

5

Con la comida no se juega

Alternativas autogestionarias a la globalización capitalista desde la agroecología y el consumo

Daniel López García y J. Ángel López López

traficantes de sueños
movimiento



Desde sus inicios **Traficantes de Sueños** ha apostado por licencias de publicación que permiten compartir, como las Creative Commons, por eso sus libros se pueden copiar, distribuir, comunicar públicamente y descargar desde su web. Entendemos que el conocimiento y las expresiones artísticas se producen a partir de elementos previos y contemporáneos, gracias a las redes difusas en las que participamos. Están hechas de retazos, de mezclas, de experiencias colectivas; cada persona las recompone de una forma original, pero no se puede atribuir su propiedad total y excluir a otros de su uso o replicación.

Sin embargo, «cultura libre» no es sinónimo de «cultura gratis». Producir un libro conlleva costes de derechos de autor, traducción, edición, corrección, maquetación, diseño e impresión. Tú puedes colaborar haciendo una donación al proyecto editorial; con ello estarás contribuyendo a la liberación de contenidos.

Puedes hacer una donación
(si estás fuera de España a través de PayPal),
suscribirte a la editorial
o escribirnos un mail

traficantes de sueños

Traficantes de Sueños no es una casa editorial, ni siquiera una editorial independiente que contempla la publicación de una colección variable de textos críticos. Es, por el contrario, un proyecto, en el sentido estricto de «apuesta», que se dirige a cartografiar las líneas constituyentes de otros órdenes de vida. La construcción teórica y práctica de la caja de herramientas que, con palabras propias,

movimiento 5

Crisis de la representación, crisis de los viejos proyectos revolucionarios y las formas de organización en crisis. En definitiva, un panorama de crisis, pero también de emergencia de nuevas formas de vida, de nuevas agregaciones vivenciales, de formas inéditas de movilización política, de temáticas que recogen la potencia del no!, apoyándose en tramas de autoorganización social.

Con esta colección pretendemos continuar con una canal que abrimos hace ya tiempo y que pretendía servir para la transmisión de experiencias y saberes colectivos generados desde los movimientos sociales y su entorno, en tanto sujetos de una política que, al tiempo que, participativa y eficaz, es capaz de pensarse sin renunciar a sus prácticas.

Diciembre de 2003
Título:
Con la comida no se juega
Autor:
Daniel López García
Jose Ángel López López
Maquetación y diseño de cubierta:
Traficantes de Sueños.
Edición:
Traficantes de Sueños
C\Hortaleza 19, 1º drcha.
28004 Madrid. Tlf: 915320928
http://traficantes.net
e-mail:traficantes@traficantes.net
Impresión:
Queimada Gráficas.
C\. Salitre, 15 28012, Madrid
tlf: 915305211
ISBN:84-932982-7-1
Depósito legal:

Con la comida no se juega

Alternativas autogestionarias a la globalización capitalista desde la agroecología y el consumo

Daniel López García
Jose Ángel López López
(*gentes del B.A.H!*)

Prólogo de:
Ramón Fernández Durán

traficantes de sueños
movimiento

El infierno de los vivos no es algo por venir; hay uno, el que ya existe aquí, el que habitamos todos los días, que formamos estando juntos. Hay dos maneras de no sufrirlo. La primera es fácil para muchos: aceptar el infierno y volverse parte de él hasta el punto de dejar de verlo. La segunda es arriesgada y exige atención y aprendizaje continuos: buscar y saber reconocer quién y qué, en medio del infierno, no es infierno, y hacer que dure, y dejarle espacio.

Italo Calvino,
«Las Ciudades Invisibles» (1972)

Dedicado a los y las otros 10 integrantes originales del primer colectivo BAH, auténtico punto de partida del presente trabajo: Carlitos, Carlos, Carola, Fernando, Luis, Nacho, Rubén, Raquel, Susana y Tania. Y a toda la gente que ha formado parte del Grupo de Trabajadores del BAH!.

Que oportunidad más buena para decir otra vez que quiero a mi familia por hacerme las manos para cultivar y escribir y otras cosas mucho más importantes. También le dedico este libro por su ayuda a Encarna por convivir tantos años al lado del proyecto y al mío; a Jose «el originario», fruticultor ecológico y mucho más, por el impulso inicial en la okupación de Torrejón y su inestimable labor de agente doble; a mi primo Javi por tragarse las primeras «reuniones clandestinas»; a Mar por estar en los momentos más difíciles; a la Chinorris más que por lo muchísimo que se lo ha currado con nosotras por ser quien es; a mi Fer por mirar siempre más allá; a Paloma por escuchar con tanto amor por las dos orejas con infinita paciencia; a Pepe por formar en solitario tantos días el grupo de apoyo al trabajo; a Pilar sin cuyo ímprobo esfuerzo militante no hubiese sido posible arrancar el objeto de este libro; a la peña del Centro Social Seco por darnos espacio en todos los sentidos... a todos y a todas aquellas que no se merecían que me olvidase de ellas (un beso a Yiffi y a Carlitos).

Índice

Destrucción global versus regeneración local[1]

Ramón Fernández Durán (Miembro de Ecologistas en Acción)

Las dinámicas del nuevo capitalismo global están acelerando aún más los procesos de urbanización a escala planetaria, que se vieron relanzados en su día por la revolución industrial, especialmente en Europa, que más tarde se extendieron a todos los países centrales, hasta alcanzar después abiertamente a la Periferia. En los albores del tercer milenio, más de la mitad de la población mundial habita en áreas urbanas, es decir, más de tres mil millones de personas. Cien veces más que hace doscientos años —en 1800 sólo el 3% de la población del planeta vivía en ciudades—, mientras que la población mundial «tan sólo» se ha multiplicado por seis en el mismo periodo. Pero el territorio engullido por la lengua de lava urbanizadora es sensiblemente superior, pues se desarrollan unas pautas de ocupación espacial en «mancha de aceite» cada día más fagocitadoras y homogeneizadoras. Pautas que van deglutiendo y transformando el territorio previamente existente, arrasando con las singularidades espaciales, paisajísticas, arquitectónicas, culturales y naturales precedentes. Se va creando, pues, una especie de «segunda piel» artificial[2] que va alterando, directa e indirectamente, los espacios naturales preexistentes, es decir, no sólo aquellos sobre los que se despliega lo construido, sino también territorios muy distantes que se ven afectados por la «huella ecológica» de los

---

1 Debido a que este texto tiene un carácter introductorio al libro de los compañeros del BAH (Bajo el Asfalto está la Huerta), no he incluido las referencias bibliográficas explícitas y tan sólo he adjuntado la bibliografía principal al final del libro. Agradezco, además, los comentarios a este texto de Chusa Lamarca, Isabel Bermejo y Luis González.

2 Se podría afirmar que esta «segunda piel» creada por la actividad humana se inició tímidamente hace unos diez mil años, cuando el ser humano se sedentariza y se inicia la agricultura y la creación de los primeros núcleos urbanos. Desde entonces, y especialmente desde el comienzo del capitalismo industrial, hace algo más de doscientos años, se está transformando de forma profunda la «primera piel» de Gaia, es decir, la compleja cubierta vegetal y la vida animal del planeta Tierra, en proceso de evolución desde hace más de tres mil millones de años, y hasta la propia atmósfera que ha permitido la evolución de la vida.

procesos urbanizadores. Ya casi no quedan territorios sin transformar por la actividad humana, sobre todo en los espacios centrales. Entre ellos destacan EEUU, la UE y Japón en los que del orden de cuatro quintas partes de su población habita en áreas urbanas, al tiempo que desarrollan una agricultura altamente industrializada, intensiva en energía y de elevado impacto ambiental, que ocupa a una muy reducida parte de su «población activa»[3] —en general mano de obra inmigrante hiperexplotada, en condiciones de semiesclavitud—, y en la que prácticamente ha desaparecido la población campesina tradicional, agobiada por un cúmulo de deudas. Una agricultura sin campesinos ni campesinas dominada por las grandes industrias del *agrobusiness* que controlan el mercado mundial.

En los espacios periféricos la situación es muy diversa, pues va desde amplios territorios como China o India donde todavía la población rural y semirrural supone en torno a dos terceras parte de su población total, y en donde aún perviven amplísimos sectores de agricultura campesina de subsistencia —en general de carácter sustentable, reducido consumo energético y bajo impacto ambiental— en proceso de fuerte transformación, a territorios como Argentina o Brasil altamente urbanizados y modernizados, con un porcentaje de población urbana cercano al que se da en los territorios centrales. De cualquier forma, es en los espacios periféricos donde las transformaciones, en lo que a la actividad agrícola se refiere, están siendo más importantes, pues este sector se incorpora a velocidad de vértigo a la lógica del capitalismo global. En los últimos sesenta años, desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, muchos espacios periféricos —presionados por su deuda externa— se han ido especializando progresivamente en abastecer las demandas alimentarias de las poblaciones —y del ganado— de los espacios centrales, en detrimento de su seguridad alimentaria, esto es, de la satisfacción de sus propias necesidades. La superficie dedicada a agricultura de exportación en los espacios periféricos, que ocupa sus mejores tierras, es ya superior a la extensión de todo el territorio europeo. La pérdida de soberanía alimentaria para abastecer sus necesidades primarias hace que cada vez más espacios periféricos dependan del mercado mundial, donde deben comprar los alimentos básicos en divisas fuertes, o estén a expensas de la «ayuda alimentaria» del Norte —proveniente especialmente de EEUU y la UE—, sujeta a criterios políticos, que les hacen objeto de extorsión política por parte de sus acreedores. Además, las exportaciones subvencionadas de productos agropecuarios provinientes de los espacios centrales están desarticulando igualmente la actividad agrícola y ganadera local en la Periferia. Todo ello ha provocado unas fuertes corrientes migratorias hacia las áreas urbanas, y ha creado con ello verdaderos monstruos metropolitanos: las megaciudades periféricas. Hoy las principales «ciudades» del mundo en términos demográficos —que no económicos— se encuentran en los países periféricos, y es en éstos donde la población de carácter urbano crece con mayor intensidad.

---

3 Menos del 3% en EEUU, menos del 5% en la UE y más del 7% en Japón. El término «población activa» esconde por supuesto todo el trabajo doméstico y de cuidado no valorado realizado por las mujeres.

La alimentación mundial cada vez más bajo la lógica del capital

A todo esto se añade que la agricultura es ya, desde la llamada Ronda Uruguay del GATT (1994), que dio lugar a la creación de la Organización Mundial del Comercio (OMC), un elemento clave de negociación entre los países centrales y periféricos de cara a las rondas de negociación de liberalización del comercio mundial, elemento que se ha tornado en moneda de cambio en las complejas negociaciones, en el toma y daca, que tiene lugar en el seno de la OMC. Pero no nos engañemos. Quienes controlan la agricultura de exportación en los países periféricos, en aquellos que se han volcado internacionalmente en este sector, son en general, directa o indirectamente, las grandes empresas del sector del *agrobusiness* mundial dominado por grupos empresariales de los propios países del Centro; que controlan también toda la integración vertical del sector desde la semilla a la mesa. Lo que sucede es que los países del Centro van cediendo en este terreno, que representa cada día un porcentaje más residual de su PIB, al tiempo que sus principales empresas agroalimentarias amplían su dominio a escala mundial. Esto permite, a su vez, garantizar un abastecimiento alimentario barato —no importa la calidad— que reduce el coste de reproducción de la fuerza de trabajo en el Centro y en la Periferia. Paralelamente, los espacios centrales se van especializando en sectores productivos de alto valor añadido, a cambio de que los países periféricos vayan cediendo poco a poco el control en otros terrenos: privatización de servicios públicos —sanidad, educación, abastecimiento de agua—otorgado a grandes consorcios transnacionales con sede también en los espacios centrales—; mercantilización —y apropiación— de los bienes que están fuera del mercado —recursos hídricos, tierra, biodiversidad, etc.—; desregulación de las inversiones transnacionales; mayor regulación de la propiedad intelectual —patentes, marcas, etc… Eso es lo que estaba en juego en las negociaciones de la OMC en Cancún, pero una súbita rebelión de los países periféricos de momento lo ha paralizado.[4] Es lo que en estos momentos está en juego de cara a las negociaciones de la OMC en la próxima reunión de Cancún en el mes de septiembre de 2004. La agricultura va a ser la «gran sacrificada» por los países centrales en el altar de las negociaciones de la desregulación del comercio y la inversión mundiales. O al menos eso nos dicen. Si bien es preciso matizar esta aseveración.

Recientemente acabamos de asistir a una nueva reforma de la PAC (Política Agraria Comunitaria), como resultado de las exigencias de las negociaciones en el seno de la OMC; es preciso recordar que lo mismo sucedió, en la década

4 Los principales países del Sur —Brasil, Argentina, India, Sudáfrica, Indonesia, etc— se agruparon en el llamado G-21. Algunos de ellos también forman parte del llamado Grupo CAIRNS, que agrupa a los principales agroexportadores mundiales al margen de EEUU y UE —Australia, Nueva Zelanda, Canadá, etc. Todos ellos reclamaban una mayor apertura de los mercados agropecuarios de EEUU y UE, así como la eliminación total de las ayudas a la exportación y a la producción, que tanto la Unión Europea como Estados Unidos no estaban dispuestos a aceptar. En caso contrario, el G-21 se negaba en rotundo a incluir nuevos temas de negociación en la OMC. —inversiones, competencia, facilitación del comercio, licitación pública, objetivos siempre de los dos gigantes del Atlántico Norte, y en especial la UE, ya que carece, en gran medida, de la fuerza necesaria, no así EEUU, para imponer en su provecho tratados bilaterales sobre estas cuestiones.

de 1990, como consecuencia de las negociaciones de la Ronda Uruguay. Esta reforma se nos ha vendido como una «racionalización» de la política agraria, destinada a reducir las ayudas a la producción y las subvenciones a la exportación para limitar y reestructurar gastos en el presupuesto comunitario —en un momento además en que se pasa en la UE de quince a veinticinco miembros; es decir, por tanto a una tarta menor a repartir entre más actores— y sobre todo se ha expuesto como una orientación hacia una agricultura más «sustentable», al tiempo que se nos resaltaba que parte de la reducción del apoyo a la producción se destinaría al «desarrollo rural».[5] El significado y las consecuencias territoriales de todo esto serán que cada vez habrá menos explotaciones que puedan permanecer en activo haciendo frente a una competencia acrecentada del mercado mundial. Sólo los grandes sobrevivirán, y esto en los terrenos más productivos, con menores costes y más alta rentabilidad. Además, es a éstos a los que se prima. Y a ello contribuirá el llamado «desarrollo rural», que «racionalizará» una estructura más diversificada —con explotaciones de pequeño y mediano tamaño—, que corresponde ya a otra etapa del desarrollo capitalista en el campo y a otro tamaño y dinámica de los mercados. El tamaño medio de una explotación en la UE es de 20 Has, mientras que en EEUU es de 200 Has, de ahí las diferencias entre EEUU y la UE por lo que se refiere a este punto. Hoy en día manda el mercado mundial, y el que no pueda mantenerse en él tiene que desaparecer.

El paisaje rural se homogeneizará y simplificará aún más. Esa es la «racionalización» que impone el mercado. La ministra polaca de integración europea no lo ha podido decir más claro: «En Polonia el 18% de la población produce el 3,5% del PIB, lo que muestra la *ineficiencia* de la agricultura polaca» [las cursivas son nuestras]. Y en España, el ministro del ramo ha manifestado también que la reforma de la PAC «hará que la agricultura española siga su camino de modernización y competitividad en un entorno globalizado». Es decir, los grandes sacrificados serán lo poco que queda de agricultura campesina y las explotaciones no competitivas —en general, de mediano tamaño. Eso sí, se permitirá una reducida producción de lujo, de carácter «ecológico», para aquellos consumidores de alto poder adquisitivo capaces de pagar los precios que ella supone. Esta política minoritaria se vende como «protección medioambiental», aunque los productos de calidad tengan que recorrer miles de kilómetros, atravesando media Europa, para llegar desde el productor a sus consumidores potenciales. Eso es lo que ocurre, ya hoy en día, la producción de calidad que se da en territorio español va a parar en gran medida a los centros comerciales de alto *standing* centroeuropeos.

---

[5] La reforma de la PAC contempla también una renacionalización de la política agraria, lo que significará una fortísima reducción de los pocos mecanismos redistributivos que tenía la Política Agraria Comunitaria. Los países del Este se verán enfrentados a un fuerte *shock*, pues tendrán que hacer frente a un brutal impacto del mercado con menos ayudas. Además, lo que se ahorre de la PAC a escala comunitaria se orientará en gran medida a la inversión en grandes infraestructuras europeas —principalmente de transporte— y a subvencionar la Investigación y Desarrollo de las grandes corporaciones de la UE.

La agricultura transgénica: un potencial Frankenstein

Pero a todo lo dicho se suma una gran batalla mundial: la de los alimentos transgénicos. Las corporaciones agroalimentarias estadounidenses son los grandes líderes mundiales en este terreno, aunque las grandes empresas europeas del ramo intentan no perder comba y se han agrupado en un *lobby* de presión a escala continental, el EUROPABIO, para incidir en la reforma de la política comunitaria en este ámbito. La UE se vio obligada, como resultado del rechazo ciudadano a los alimentos transgénicos, a establecer una moratoria en este terreno que ha durado cinco años. Las presiones de EEUU para que se levantara este embargo defendiendo a sus empresas punteras en el sector de la biotecnología han sido enormes y también las presiones sobre la Comisión Europea y los gobiernos de la UE que ha ejercido el *lobby* EUROPABIO. EEUU inició una denuncia de la UE ante la OMC aduciendo que esta moratoria era una barrera al «libre comercio». En este periodo se ha intentado vender a la población europea los avances que la biotecnología y la ingeniería genética podrían efectuar en el campo de la salud —trasplantes, tratamiento de enfermedades, etc.— y de la belleza —potencial elección de un cuerpo a la carta—, ámbitos en los que existía un menor rechazo a estas tecnologías, lo cual era una forma también de ayudar a superar las resistencias de la ciudadanía de cara a los alimentos transgénicos. Pero hace poco el Parlamento Europeo, presionado por la agroindustria, ha votado a favor de levantar la moratoria en este terreno a cambio de que se garantice un etiquetado «fiable» —alertando sobre la existencia de cualquier ingrediente que contenga más de un 0,9% de producto modificado genéticamente. Esto permitiría al consumidor elegir «libremente» los productos que come. Este cambio de actitud en la UE[6] será clave para la extensión de la producción de alimentos transgénicos a nivel mundial, pues hasta ahora muchos países periféricos eran reacios a la introducción de estas tecnologías en su agricultura de exportación, por el rechazo que éstas experimentaban en uno de los mercados mayores del mundo: el europeo. Pero EEUU[7] —y las propias empresas biotecnológicas europeas— quieren ir más allá, y suprimir hasta el etiquetado —no exahustivo— que pueda llegar a alertar sobre la existencia de alimentos transgénicos —de difícil trazabilidad. Entonces, el poder del consumidor se volvería absolutamente irrelevante, conforme la posibilidad de la llamada libertad de elección se desvanezca en la memoria. Además, en Cancún se pretendía establecer que los países no pudieran cerrar sus territorios a los transgénicos.

Se llegaría así a una situación en que los consumidores, los productores y hasta los mismos países estarían en manos de lo que puedan decidir un puñado de corporaciones, con consecuencias impredecibles para nuestra salud, el entorno ambiental y la soberanía alimentaria. Se pretende someter a

6 Aunque todavía algunos Estados de la UE., condicionados por sus opiniones públicas, siguen restringiendo la comercialización y el cultivo de alimentos transgénicos, estas restricciones deberán ser levantadas, sin embargo, conforme arrecien las presiones desde Bruselas —la Comisión Europea es muy receptiva a los intereses del lobby Europabio—, que aumentarán tras la decisión del Parlamento Europeo.

7 Apoyado por Argentina y Canadá.

los inmensos territorios de la vida —y de hecho se está haciendo ya— a la lógica de acumulación del capital. Es más, se está patentando ya la propia vida —las normas de la OMC lo posibilitan ya y serán previsiblemente ampliadas en Cancún legalizando la biopiratería, es decir el acceso irrestricto a los santuarios de biodiversidad. Se quiere conseguir fabulosos beneficios mediante el control de la reproducción de la misma. En el caso de la agricultura será un paso más, definitivo, sobre el control de las semillas que ya se inició con la Revolución Verde. Pero esta privatización de la herencia genética conlleva riesgos extraordinarios, pues las barreras interespecíficas, que en la naturaleza separan los reinos vegetal, animal y a la propia especie humana, así como a las distintas especies entre sí, se están rompiendo; y la ciencia, basada en la razón instrumental y en el afán de conseguir como sea el máximo beneficio, se está convirtiendo ya en un auténtico «aprendiz de brujo», incapaz de controlar las consecuencias de sus inventos. La seguridad alimentaria está más en juego que nunca. Hasta ahora, las crisis alimentarias —«vacas locas», «pollos con dioxinas», etc.— se han producido como consecuencia de primar a costa de lo que sea —en concreto, a costa de la salud de la población— la acumulación de capital, si bien todavía en el terreno de la producción industrializada, pero «pretransgénica». Sin embargo, estamos en el umbral, de hecho lo estamos atravesando ya, de un cambio de incalculables consecuencias: las crisis genético-ecológicas y su impacto sobre el entorno ambiental y la propia naturaleza humana.

En un momento en que la crisis de la llamada Revolución Verde y sus impactos sociales y ecológicos —despoblamiento rural, fuerte contaminación, pérdida de biodiversidad, agotamiento y despilfarro de recursos hídricos y de suelos, salinización, toxicidad y pérdida de suelo fértil, etc.— son ya patentes a escala planetaria, la agricultura transgénica va a significar una intensificación sin precedentes de estos problemas, pues los transgénicos son, por así decir, los más modernos y potentes agroquímicos: plantas transgénicas resistentes, sobre todo, a herbicidas de la misma empresa —Monsanto, por ejemplo— y, en segundo lugar, resistentes a insecticidas, o a las dos cosas a la vez. Se generará, pues, un nuevo paisaje, una especie de «campo urbanizado», esto es, un territorio de cosechas transgénicas capaces de soportar los herbicidas y pesticidas más potentes, lo que está en consonancia con las exigencias de una producción a gran escala altamente mecanizada y tecnologizada, en donde se quiere reducir al mínimo el trabajo humano.[8] A su alrededor será difícil que quede algo más, pues se tenderá a acabar con todo menos con la cosecha misma. Además, muchos insectos y malas hierbas mutarán y se harán más resistentes. La contaminación genética es sustancialmente peor que la contaminación química tradicional, pues está viva y tiene capacidad de proliferar. La ingeniería genética en el campo

---

8 Siempre ha existido una verdadera obsesión para reducir el coste de la fuerza de trabajo en la producción agraria y, sobre todo, el «coste» de su gobernabilidad. Esto ha sido así desde que en su día se introdujo la mecanización y la fertilización artificial en la producción agraria, que permitió eliminar la tracción animal y la fertilización natural que ésta proporcionaba, por los requerimientos de fuerza de trabajo que exigía. Lo cual ha significado una creciente pérdida del conocimiento humano en el manejo de los ecosistemas locales, pues se han desarrollado técnicas que se pueden aplicar de forma universal en cualquier lugar del mundo, al margen de las características y peculiaridades propias de cada lugar.

agropecuario, en sus pocos años de aplicación, ya cuenta con sonados fracasos con importantes repercusiones sociales, económicas y ecológicas, que han sido silenciadas por los *mass media*. Las corporaciones que operan en este terreno, en proceso acelerado de fusión y concentración, han pasado a denominarse recientemente «industrias —o ciencias— de la vida», cuando en realidad no son sino «empresas de la muerte» que están convirtiendo la biosfera en un laboratorio de alto riesgo y a la población mundial en un amplio conjunto de cobayas humanos.

La lógica de la acumulación de capital aplicada al campo de la agricultura pondrá en peligro la subsistencia de la mitad de la población del planeta que todavía vive de ella, al margen, en gran medida, del mercado mundial, agravando el problema de acceso a los alimentos para los más pobres. Todo esto profundizará la desaparición de los pequeños productores y productoras, y de la agricultura de subsistencia. Se ha iniciado una verdadera ofensiva mundial contra la agricultura campesina, y se podría afirmar, ya sin ningún reparo, que el capitalismo global no está en condiciones de asegurar la simple supervivencia de la mitad de la humanidad. En este sentido, es obscena la campaña mediática, dirigida fundamentalmente a la ciudadanía europea, con la que se intentan vencer las resistencias a la expansión de la agricultura transgénica sobre la base argumentativa de que su desarrollo permitirá hacer frente al hambre en el mundo; en el colmo del cinismo Bush ha llegado a afirmar que la moratoria europea estaba agravando el hambre en África.[9] Nada más lejos de la realidad. Es más, se podría afirmar que más de la mitad de la población mundial es absolutamente inútil para el capitalismo global actual —pues no cuenta ni como productora ni como consumidora— y, se quiera o no, más de tres mil millones de personas están condenadas a un lento exterminio, si se expande el libre comercio mundial en el campo agroalimentario. Es por todo esto por lo que Vía Campesina exige que se dejen fuera de los acuerdos de la OMC la agricultura y los alimentos.

La destrucción de la agricultura campesina y la práctica ausencia de espacios «vírgenes» para que dicha población emigre, comportará una oleada adicional, brutal, de expansión de los procesos de concentración urbana; y será un elemento adicional que intensifique aún más los fuertes flujos migratorios supraestatales que están generando las dinámicas del nuevo capitalismo global, principalmente: Periferia/Periferia, es decir, Sur/Sur y Este/Este; y Periferia/Centro, siempre a pesar del blindaje de éste último, esto es, en dirección Sur/Norte y Este/Norte. Si nada lo impide, será en las grandes metrópolis, especialmente en la Periferia, donde se ubicará en gran medida dicha población excluida y altamente precarizada, y donde se acumulará una extrema pobreza en inmensos tejidos urbanos de infravivienda, y sin servicios de ningún tipo, que gestarán espacios explosivos y absolutamente ingobernables. Ya lo son hoy en día y lo serán aún más en el futuro. Y en las propias metrópolis centrales también se dispara la población de los «sin techo», y hasta se desconecta de los servicios básicos —agua, electricidad, etc.— a la población precarizada de los barrios «degradados» que no los puede pagar; principalmente en EEUU y Gran Bretaña, es decir, allí donde el

9 De este modo, EEUU, en una operación propagandística e intimidatoria, ha enviado alimentos transgénicos para «paliar» las hambrunas de algunos países africanos, alimentos que sus empresas no lograban hacer penetrar en el mercado de la UE.

desmantelamiento del llamado «Estado social» y el dominio de la lógica excluyente del mercado ha avanzado más.

En suma, las dinámicas del capitalismo global nos llevan hacia un mundo fuertemente urbanizado, pues bastantes más de trescientas metrópolis superaban el millón de habitantes a finales del siglo XX —a principios del siglo XIX sólo lo hacía Londres, y tan sólo unas diez alcanzaban dicha cifra al inicio del siglo XX, todas ellas en los países centrales. De acuerdo con las NN.UU. serán más de seiscientas para el 2025, produciéndose el grueso del crecimiento urbano en los espacios periféricos. Actualmente, las principales aglomeraciones urbanas del mundo, en términos poblacionales, se encuentran en los espacios periféricos. Algunas de ellas alcanzan ya la frontera de los veinte millones de habitantes, y otras muchas superan los diez millones de personas.

Se extiende el reino de los "no lugares" y del nowhereman o de la nowherewoman

Esta «segunda piel» metropolitana —ni siquiera urbana— que se va extendiendo inexorablemente por muchas áreas del planeta —sobre espacios con importantes valores naturales, pues los núcleos urbanos primigenios se localizaron en enclaves con esas características— va arrasando con todo lo que encuentra a su paso. Es un tejido indiferenciado que engulle y transforma, como se ha apuntado, otras formas territoriales preexistentes que tenían un importante grado de identidad y complejidad interna, generando un territorio construido crecientemente homogéneo, carente de personalidad concreta. Hoy en día el desarrollo metropolitano es un automatismo de mercado que no responde a ningún plan y mucho menos a un proyecto colectivo. Es el territorio en el que la perdida de referencias espaciales propias y la ausencia de raíces identitarias ayuda a reducir al ser humano a un ente desarticulado y sumiso, en el que va desapareciendo poco a poco cualquier rastro de vida comunitaria, al tiempo que proliferan los comportamientos desordenados de todo tipo —fomentados también por la expansión y creciente criminalización de la pobreza—, marcados por una clara componente de género. Tan sólo algunos enclaves de las ciudades preexistentes conservan hoy en día alguna especificidad propia que, de todos modos, está siendo rápidamente alterada bajo la lógica de la mercantilización creciente, pues hasta los centros históricos se convierten cada día más en verdaderos «parques temáticos» para la atracción turística y el ocio ciudadano. El espacio público ciudadano va sucumbiendo también ante la imparable movilidad motorizada que genera la aglomeración urbana dispersa —y las necesidades de la fábrica y la metrópoli globales. Su máxima expresión, el ágora o plaza pública, fenece ante la lógica de esta «no ciudad», mientras que las conurbaciones se ahogan en un ambiente degradado de contaminación, ruido y estrés. En este espacio difuso metropolitano destaca la proliferación de lo que se ha venido a denominar los «no lugares» —centros comerciales, autopistas, aeropuertos, etc.—, que han ido sepultando, sustituyendo o marginando a los «lugares» tradicionales con rasgos propios, de gran diversidad, hoy sólo vestigios de lo que fue en su día la ciudad. Hay un naufragio espacial cada vez más absoluto, donde se enseñorea la anomia

y la infelicidad colectiva, y donde campa el «nuevo ciudadano», un ser humano nómada, un ser sin raíces que lo liguen a ningún lugar concreto: un *nowhereman* o *nowherewoman*. Es decir, un ser de ninguna parte, despojado de referencias vitales propias, aislado y perdido en el universo indiferenciado de la metrópoli postfordista —o en las megaciudades periféricas explosivas— del nuevo capitalismo global.

Y al mismo tiempo, su reverso, «el mundo rural», es también un territorio cada vez más indiferenciado donde crecen los monocultivos y en donde en todo caso se conservan, como en un museo, restos del mundo rural anterior, allí donde lo hubo, mucho más rico y diferenciado, que sirven de reclamo para el turismo rural. Este «mundo rural» se ve salpicado por unas pocas islas naturales poco alteradas —parques nacionales, naturales, etc.—, que se quiere también privatizar —pues se pretende que se pague por su disfrute, poniendo aún más puertas al campo—, y que constituyen un gran foco de atracción para potenciales desarrollos turísticos y residenciales de alto *standing* en sus contornos. También en la Periferia se está arrasando con toda la enorme diversidad —paisajística, cultural, natural— de los mundos campesinos e indígenas, pues es el precio que impone el que la agricultura y los territorios más vírgenes caigan bajo la lógica del capital. Algunos de ellos sucumben bajo las garras de los *Clubs Mediterranées* que acogen la «horda blanca» del turismo global; y así, por ejemplo en Marruecos, el turista medio consume 1400 litros de agua, mientras la población local puede acceder tan sólo a 15 litros de media al día. Pero el negativo de las servidumbres que impone un mundo crecientemente urbanizado es aún mucho mayor, no sólo por la profusión imparable de infraestructuras de todo tipo que lo invaden para hacer frente a las necesidades de transporte, hídricas y energéticas que impone la fábrica global y el propio funcionamiento de las metrópolis, sino porque el mundo entero se está convirtiendo en una enorme mina, de impresionantes impactos ambientales, sólo para dar respuesta a la demanda insaciable de recursos y materiales que requieren la construcción y el funcionamiento diario de esta «segunda piel» urbanizada. Impactos que a su vez se ven agudizados porque el espacio no urbanizado se convierte en el receptáculo de la inmensa cantidad de residuos de todo tipo producidos por el metabolismo urbano-industrial, lo que se ve agravado por el hecho de que hemos entrado de lleno en una civilización consumista basada en el «usar y tirar». La degradación por consiguiente del espacio no urbanizado camina a pasos agigantados y se verá agudizada por el impacto en los ecosistemas del cambio climático en marcha que provoca también el propio metabolismo urbano-industrial —sequías extremas, lluvias torrenciales, regresión de glaciares y casquetes polares y subida paralela del nivel del mar, incremento de la desertización, etc.

El nuevo capitalismo global genera pues un mundo cada día más urbanizado y más fuertemente polarizado, en el que sus estructuras metropolitanas se articulan entre sí de una manera cada vez más estrecha, no sólo en términos físicos, sino también inmateriales a través de las potencialidades que brindan las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación. Sin embargo, no es el conjunto de los espacios metropolitanos —sobre todo en los países periféricos— el que queda fuertemente conectado a la Economía Mundo, sino principalmente determinados enclaves en los que se ubican —de forma jerarquizada— las llamadas funciones globales, y muy

especialmente sus centros financieros —unos centrales como Wall Street, la City de Londres o Tokio y otros «emergentes» como México D.F., Sao Paulo, etc. Este progresivo funcionamiento en redes —materiales e inmateriales—, y la creciente desregulación, deslocalización y flexibilización que implican las dinámicas del actual capitalismo global, provocan un estallido aún mayor de la forma urbano-metropolitana, que actúa como una verdadera bomba de fragmentación que dispersa —y reestructura— aún más las distintas funciones urbanas a nivel espacial profundizando su impacto territorial y ecológico. Y en ésta metropoli postmoderna destaca muchas veces una gran trama de edificaciones grandiosas, especialmente en sus centros terciarios, con edificios emblemáticos de arquitecturas de fascinante belleza, que refuerza aún más el carácter de simulacro, de espectáculo, de nueva estética sideral que parece conectar la «no ciudad» con el ciberespacio, con el fin de deslumbrar y quizás intentar ocultar o hacer olvidar el avanzado deterioro de la «segunda» y sobre todo de la «primera piel».

La “tercera piel”, vía momentánea de escape de la realidad y vehículo principal de un nuevo deterioro ambiental

Pero todo ello parece que no importa porque la percepción que tenemos de la realidad se ve absolutamente condicionada por lo que acontece en la llamada «realidad virtual», en donde todo esto queda oculto por la avalancha del *glamour* y del poder de la imagen. Es más, la realidad virtual cada vez se impone de forma más clara y desplaza en nuestras conciencias a la realidad real, valga la redundancia. La Aldea Global, la «tercera piel», no sólo desarticula las redes naturales de relación social, acentúa la soledad y altera las interacciones de las personas con su territorio circundante, sino que desplaza las preocupaciones humanas al espacio virtual y esconde el deterioro del espacio real, la «segunda piel» donde habitamos físicamente. Esta realidad virtual, necesariamente distorsionada y seleccionada por los intereses dominantes, logra borrar las fronteras entre «lo falso» y «lo verdadero». Se produce una verdadera mezcla entre ficción y realidad que acentúa la incapacidad para conocer quiénes somos, cómo es la realidad que nos rodea, cómo deberíamos reaccionar ante su brutal deterioro y cuál podría ser un mundo deseable, justo y sustentable. Máxime cuando esa realidad virtual se ha instalado en el espectáculo y el entretenimiento para que no pensemos, cuando nuestra capacidad de reflexión se ve cortocircuitada y embrutecida por la cultura del *video clip*, que fragmenta cualquier línea discursiva, cuando se nos bombardea de forma constante desde la bombilla catódica para que consumamos, cuando se imponen sin restricción los valores urbano-metropolitanos y se menosprecia el mundo rural y la cultura campesina, cuando se difunde el cinismo y el oportunismo extremo al tiempo que se nos inculca el culto a los famosos y al dinero, cuando se propaga la violencia gratuita y la destrucción como forma de mantener nuestra atención, y cuando se recurre a cualquier cosa, a la degradación absoluta de la telebasura, para que la audiencia siga enganchada a la pantalla. No en vano es la capacidad de mantener a la audiencia «fiel», la que permite el financiamiento de la Aldea Global a través de la publicidad.

Y por esta «tercera piel» inmaterial, que se articula a través del éter, se ha reforzado en las últimas décadas la propagación de flujos de información y comunicación —ahora ya digitalizados—, que están teniendo una importancia decisiva en la desarticulación, reestructuración y mayor expansión de la «segunda piel» artificial, cuya dimensión no es física sino inmaterial. Así, en el nuevo capitalismo global que se ha ido desarrollando desde finales de los años setenta, eso que se ha venido a denominar «globalización económica y financiera», los nuevos actores globales que operan en el mercado mundial —el capital transnacional productivo y el financiero especulativo— se han ido imponiendo sobre los Estados-nación y permeando sus fronteras, como resultado del desarrollo de las nuevas tecnologías de la información y comunicación y del dominio que ejercen sobre ellas. Un capitalismo global transcrecido por las potencialidades que le brinda el manejo concentrado del ahorro de sus clases medias, a través de los fondos de pensiones y de inversión, esto es, del control centralizado del nuevo «capitalismo popular».

Todo ello ha posibilitado un reforzamiento de la potencia de esa «tercera piel» que se inició en su día con la emisión de las ondas electromagnéticas y el desarrollo de los medios de comunicación de masas —la radio y más tarde la televisión. Ya no se trata tan sólo del vigor de la Aldea Global, y del poder de la imagen que lleva aparejado en lo que a producción de subjetividad se refiere, sino que el poder de la «economía financiera» es cada vez mayor sobre la «economía real», y esto del mismo modo que la realidad virtual sojuzga la realidad real. A través de esa «tercera piel» el poder del capital financiero, en especial en su dimensión más especulativa —altamente desterritorializada—, adquiere un poder sin precedentes en la historia y sobredetermina, cada vez más, la propia actividad del propio capital transnacional productivo que opera en el espacio físico. Es decir, asistimos no sólo a una muy importante reconfiguración de los modelos territoriales como consecuencia de la transnacionalización de la propia actividad productiva, sino que sobre este proceso se sobreimpone, condicionándolo cada día con mayor fuerza, un vendaval de flujos financiero-especulativos que puede alterar profundísimamente la dimensión territorial o física de eso que hemos llamado «segunda piel» artificial. Las dinámicas del espacio inmaterial de flujos se imponen decisivamente sobre las dinámicas del espacio físico de lugares, o mejor dicho de «no lugares». El tremendo poder de las fuerzas del dinero, un huracán sin control de potencial devastador, se implanta sin paliativos a escala planetaria a través del espacio de flujos.

Las crisis monetario-financieras han azotado principalmente a los países periféricos desde la década de los noventa —México en 1994, Sudeste Asiático en 1997-98, Rusia en 1998, Ecuador en 2000, Argentina en 2001, Turquía, Brasil y Uruguay en 2002, etc.[10]—, y han precipitado en el abismo a regiones completas, provocando un importantísimo impacto económico, social y por supuesto territorial, con el pinchazo de la burbuja de los mercados bursátiles a ambos lados del Atlántico Norte —que han llegado a caer en torno a un 50% desde marzo de 2000—, lo que ha alcanzado de lleno al llamado «efecto

10 Estas crisis no sólo han tenido repercusión en los países que se mencionan, sino que su impacto ha trascendido el ámbito estatal desbordándose ampliamente su repercusión económica a escalas regionales más amplias —efecto Tequila, efecto Samba, efecto Tango, etc.

riqueza» —propiciado por el *boom* bursátil— de gran parte de las clases medias de los países centrales, alterando bruscamente su poder adquisitivo. A lo que habría que añadir el terremoto que está suponiendo que gran parte de esos capitales financiero-especulativos se estén orientando, aún más, hacia el sector inmobiliario ante la aguda crisis de las bolsas. Este terremoto está teniendo una importancia considerable en algunos países de la OCDE —EEUU, Gran Bretaña, Australia, Nueva Zelanda, etc.—, entre los que destaca especialmente el caso del Estado español, al que haremos una breve referencia más adelante.

Es a través del espacio inmaterial de flujos, es decir, de esa «tercera piel» y de los «señores del aire» que la controlan —o que creen poder controlarla[11]—, que se impone también un tiempo global único, de carácter instantáneo, bajo el que operan los mercados financieros mundiales, que actúa *non-stop*, veinticuatro horas al día, y que desbanca los tiempos y las culturas locales. Un «tiempo real» único y universal como el valor del dinero, que se instala en un presente continuo. Además, hoy en día el universo monetario se encoge cada día más y el nuevo capitalismo global camina decididamente hacia un mundo de dos o tres divisas —el dólar, el euro y quizás el yen o el yuan—, lo que tendrá muy importantes repercusiones territoriales. Muchos de los Estados periféricos —altamente endeudados— no sólo están perdiendo su soberanía alimentaria, sino que están perdiendo también recientemente su soberanía monetaria, al imponerse crecientemente la dolarización —o eurización— de territorios cada vez más extensos. Algunos de ellos han tenido que sucumbir ya totalmente a estos procesos y han introducido el dólar —o el euro— como moneda de curso legal, incapaces de mantener una divisa propia cada vez más devaluada. Las divisas centrales actúan como vehículo y vanguardia de la mercantilización total y su tremendo poder —simbólico y real— permite trascender el espacio y el tiempo, ampliando las relaciones capitalistas a todo el planeta y a las distintas facetas de la actividad humana —cultura, deporte, ocio, sexualidad, etc.—, así como alterando profundamente las relaciones de poder existentes.[12] Todo ello se ve también favorecido por la creciente desmaterialización del dinero, que se ha convertido ya en pura información. El tiempo y el espacio han sido pues comprimidos en esta «tercera piel» inmaterial, en especial en aquella parte que articula el sistema financiero global, en donde se enseñorea el poder de un dinero cada día más abstracto, que ha logrado ya emanciparse de cualquier control social, político y territorial, transformado en un fin en sí mismo.

Las fuerzas del dinero puro y duro, el capital financiero especulativo, han buscado emanciparse ilusoriamente del proceso productivo y del mundo material, sobre la base de la tremenda capacidad que adquirieron en los

---

11 Aunque también a través de esta «tercera piel», y en concreto de Internet, se está creando una verdadera capacidad de comunicación horizontal de —potencial— alcance mundial, que ha posibilitado la expansión y articulación de la contestación antagonista a las dinámicas del nuevo capitalismo global, es decir, de esa «nube de mosquitos» que se ha llegado a denominar «movimiento antiglobalización» o «movimiento de resistencia global». Al mismo tiempo, el espacio virtual sirve también para crear comunidades que van más allá de las ágoras —físicas— y viven más acá de las nubes. Pero la consigna del poder parece ser *delenda est agora*, y en ella se incluye cualquier ágora, esté ésta en la «segunda» o en la «tercera piel».

12 Esto es, las relaciones capital financiero/capital productivo, capital/Estado, capital internacional/capital nacional, poderes centrales/poderes periféricos, etc.

últimos veinte años de crear dinero ficticio, sin embargo hoy en día la cruda realidad llama a sus puertas. No sólo se está viniendo abajo la «exuberancia irracional de los mercados financieros», tal y como nos alertaba el propio Greenspan, presidente de la Reserva Federal estadounidense, sino que el castillo de endeudamiento mundial sobre el que se sustenta cada vez más el funcionamiento del nuevo capitalismo global amenaza con desmoronarse y provocar una auténtica depresión-deflación mundial de consecuencias imprevisibles.[13] Es curioso que mientras que se expanden los agregados monetarios a escala global, no haga sino disminuir el «capital natural» a velocidad de vértigo, pues la «globalización económica y financiera» acelera la crisis ecológica planetaria. El capitalismo global crecientemente financiarizado que actúa como una verdadera bomba aspirante de valor y de las riquezas productivas en todo el planeta, se está dando cuenta de que opera cada día más sobre una realidad virtual que se sustenta sobre la nada. Y es por eso por lo que recurre a estrategias de guerra permanente —y al miedo colectivo— con el fin de apuntalar sus estructuras de poder *manu militari*; lo que le permite apropiarse de unos recursos naturales cada vez más escasos —en concreto de los combustibles fósiles, indispensables en este modelo altamente energívoro— y, le capacita al menos para tratar de mantener la confianza en la fortaleza de sus monedas. Esta guerra permanente que salpica con distinta intensidad los diferentes territorios de la Periferia, está siendo un vehículo muy importante, adicional, de apropiación de recursos —en especial, de la tierra—, despoblamiento rural y concentración urbana.

España, paraíso mundial de la especulación inmobiliaria

El Estado español se ha incorporado como alumno aventajado a todos estos procesos, y es un buen ejemplo de libro de los mismos. A lo largo del siglo XX, la transformación de su estructura productiva y territorial ha sido enorme. A principios de dicho siglo, era una sociedad principalmente agraria con una población total de 18 millones de personas, en la que casi el 70% vivía en áreas rurales o semirrurales, cuyas principales ciudades, Madrid y Barcelona, tenían en torno a medio millón de habitantes, y en donde la movilidad motorizada —de carácter ferroviario— era muy reducida. Por otro lado, a finales del siglo pasado, menos de un 25% de una población total de unos 40 millones permanecía en un mundo rural absolutamente colonizado y condicionado por las dinámicas urbano-metropolitanas, y menos del 8% era «población activa» agraria, mientras que a mediados de siglo, antes del fuerte proceso industrializador que duraría hasta finales de los setenta, todavía un 50% de la «población activa» estaba vinculada al campo. En el cambio de milenio, las regiones metropolitanas de Madrid y Barcelona se situaban en los cinco millones de habitantes, con una estructura espacial cada vez más dispersa, y la movilidad motorizada estatal por carretera —de viajeros y mercancías— había estallado, desbordando muy ampliamente al ferrocarril. Además, en los últimos veinte años, España ha dejado de ser el espacio emisor de población que fue a lo largo de casi todo el siglo XX, y se ha

13 Caída generalizada de precios, quiebras en cadena de empresas e instituciones financieras, desempleo masivo, etc.

convertido en un importante receptor neto de flujos migratorios, a pesar de que se ha transformado en parte activa del muro de contención de la frontera Sur de la «Europa Fortaleza». Hoy en día hay unos dos millones de inmigrantes «legales» —un 5% de la población total— y en torno a un millón de «sin papeles», que hacen los trabajos más duros, precarios y peor pagados. Esta población inmigrante se localiza primordialmente en las metrópolis, generando espacios cada día más pluriétnicos y multiculturales, al tiempo que avanza el racismo. Los cambios han sido, pues, espectaculares. Todavía más en las últimas décadas cuando se inicia el proceso de convergencia con el «proyecto europeo», y una creciente apertura al resto del mundo, para adaptarse a la dura competitividad que impone el mercado comunitario —al que se accede en 1986— y los mercados globales.[14]

Como consecuencia de todo ello, un 80% aproximadamente del territorio español pierde población, un caso verdaderamente atípico en la UE. Prácticamente se despuebla toda la «España interior», si exceptuamos el importante atolón demográfico de la región metropolitana de Madrid, y algunos núcleos urbano-metropolitanos internos —Zaragoza y Valladolid, principalmente—, y también lo hacen todas las áreas de montaña, salvo, por supuesto, aquellas en donde hay estaciones de esquí. El grueso de la población se concentra, cada vez más, a lo largo del arco costero mediterráneo, en Andalucía occidental, en los archipiélagos balear y canario, en el eje del Ebro, en algunos ejes que parten de Madrid capital, y en bastante menor medida en el eje cantábrico y el eje atlántico de Galicia. Es decir, se da una creciente litoralización y meridionalización del crecimiento urbano-metropolitano, salvando el caso especial de Madrid, cuyo crecimiento es consecuencia de su evolución histórica como capital del Estado y como sede, cada vez más hegemónica, del poder económico y financiero. El modelo territorial se relaciona muy claramente con la importancia que ha ido adquiriendo la actividad terciaria en las principales metrópolis y el turismo —más de 50 millones de turistas al año— en la estructura económica española, así como la agricultura intensiva más volcada en los mercados europeos y mundiales —arco mediterráneo, eje del Guadalquivir y eje del Ebro. El peso de la industria ha caído en la estructura del PIB, así como su población empleada, y su ubicación se sigue manteniendo, en general, en las principales concentraciones urbano-metropolitanas. Este modelo territorial que ha provocado muy importantes impactos ambientales está chocando ya con los límites ecológicos, especialmente hídricos, pues la población y la actividad económica se localizan principalmente allí donde menos agua hay. Es por eso por lo que se proyecta el faraónico e impactante trasvase del Ebro hacia todo el arco mediterráneo, y por lo que se han puesto en marcha gran número de plantas desaladoras allí donde la escasez del agua es ya absolutamente acuciante o se ha sobrepasado ampliamente —en especial, en los dos

---

14 En 1985, antes del ingreso en la UE, había todavía un 17% de «población activa» agraria. Desde entonces, el mercado y la PAC han provocado la desaparición de más de un millón de explotaciones agrarias —principalmente de carácter familiar. Es decir, desaparece la agricultura campesina de la «España interior» y las áreas de montaña y se extiende —hasta ahora— la agricultura más competitiva en el arco mediterráneo —mucha de ella bajo plástico—, en Andalucía Occidental, en el valle del Guadalquivir y en el valle del Ebro. Este tipo de agricultura se apoya en mano de obra asalariada, en gran medida inmigrante.

archipiélagos. La desertización avanza imparable afectando ya a casi un tercio de la superficie estatal —fundamentalmente el sudeste ibérico—, y el cambio climático en marcha la agravará, al tiempo que reducirá aún más las precipitaciones —aunque se incrementarán las lluvias torrenciales— y elevará las temperaturas, agudizando la escasez crónica de agua. Parece que el Mediterráneo será un espacio especialmente afectado por el cambio climático.

Los procesos de urbanización y metropolitanización se fueron intensificando desde finales de los años 50 como resultado de la apertura de la economía española a la Economía Mundo y a la creciente aproximación al mercado comunitario. Es en esta época cuando se producen las migraciones campo/ciudad más importantes. Pero la lengua de lava metropolitana —el crecimiento en «mancha de aceite»— se puede decir que verdaderamente se activa en los últimos veinte años, coincidiendo con la integración en el Mercado Único europeo. Con la nueva vuelta de tuerca de la integración en los procesos de mundialización económica y financiera tiene lugar la aparición —masiva— de nuevas tipologías residenciales —chalets adosados, viviendas unifami-liares— y de distribución comercial —hipermercados—, la explosión de la llamada «fábrica difusa» en el territorio, la fuerte terciarización y el estallido consiguiente de movilidad motorizada por carretera y por aire. Curiosamente en esta etapa las corrientes migratorias hacia el sistema urbano superior adquieren una menor importancia, pero el espacio ocupado por el proceso urbanizador prácticamente se duplica en las principales conurbaciones, lo que provoca también profundas reestructuraciones de sus centros históricos —salvajes en los casos de Valencia y Barcelona, por ejemplo; así mismo, el crecimiento se aglutina a lo largo de grandes ejes —los ya indicados— vertebrados por las principales infraestructuras viarias. La inversión en infraestructuras de transporte —autopistas-autovías, trenes de alta velocidad, aeropuertos, grandes puertos, metros en las principales ciudades, centros de actividades logísticas, etc.— ha sido espectacular en las últimas décadas, ayudada por los flujos monetarios provenientes de Bruselas y el dinero de las privatizaciones de empresas públicas. Esto mismo ha acompañado e incentivado el desarrollo de un nuevo modelo territorial, que ha dejado también altamente endeudadas a las distintas administraciones.[15] Pero ha sido en los últimos cuatro años cuando la explosión urbano-metropolitana ha adquirido una dimensión absolutamente despropor-cionada para lo que es la realidad española. De acuerdo con un informe del Consejo Superior de Colegios de Arquitectos, en la actualidad se construyen en España más viviendas que en Francia y Alemania juntas, cuando la población española es unas cuatro veces menor, y eso a pesar de que hay casi tres millones de viviendas vacías. España es por consiguiente el país europeo donde más cemento se consume, y el país de la OCDE —el club de los países centrales— en donde más han subido los precios de los productos inmobiliarios durante los últimos 15 años.

Todo esto indudablemente no se puede entender analizando exclusivamente la demanda interna, que por otro lado no puede seguir la fortísima subida de los precios de la vivienda —con un ritmo entre el 15% y el 20% de media anual en el último trienio— y del suelo. Sólo cabe explicarlo en base a la avalancha de capitales del resto de los países centrales —fondos de pensiones

---

15 Recientemente, se está acudiendo a la capacidad inversora del sector privado —eso sí, con la garantía estatal, por supuesto— para incrementar la capacidad pública en inversión de infraestructuras, lo que profundizará el endeudamiento estatal a medio plazo.

y de inversión—, principalmente, que son invertidos en el sector inmobiliario del territorio español ante las perspectivas de rentabilidad existentes, máxime en estos años en que las bolsas estaban en plena caída libre. La dimensión e intensidad que han adquirido los procesos de urbanización ha superado todo lo imaginable, y un buen reflejo del volumen de los intereses inmobiliario-especulativos lo estamos viendo hoy en día en las crisis «políticas» que afectan a la Asamblea de Madrid y al Ayuntamiento de Marbella. El grado de endeudamiento hipotecario alcanzado por importantes sectores población española —una vez que el Estado ha jibarizado la vivienda pública y se ha olvidado de la vivienda social—, ha hecho que hasta el propio gobernador del Banco de España haya alertado acerca de los créditos impagados que podrían producirse si cambiase la coyuntura, estallase la burbuja inmobiliaria y se produjese un brusco colapso en el sector de la construcción. La economía española crece hoy en día bastante por encima de la media comunitaria —los principales países de la UE están en recesión— debido a la importancia del sector de la construcción e inmobiliario en general. Si este modelo quebrase, lo que parece que puede llegar a ocurrir en cualquier momento, sobre todo si cambiase la coyuntura internacional, los profundos desequilibrios y debilidades del capitalismo español estallarían en toda su intensidad. Esta posible situación podría afectar de lleno —como en Japón— al sector bancario, que ha sido hasta ahora uno de sus principales beneficiarios. Desde luego, en caso de crisis, muy probablemente se pasaría la abultada factura de su salvamento y saneamiento al conjunto de la sociedad española, por intermediación del Estado, como ya ocurrió en los ochenta, y siempre con especial repercusión en los sectores más débiles. De igual modo, asistiríamos también a una muy profunda crisis fiscal de los Ayuntamientos, que hoy en día solucionan sus problemas de tesorería mediante la concesión indiscriminada de licencias urbanísticas, al tiempo que habría que hacer frente al abultado coste de funcionamiento y mantenimiento de un modelo territorial urbano-metropolitano de carácter cada vez más disperso.

El modelo económico al que ha tendido el capitalismo español, y su expresión territorial, es decir, la «segunda piel» que lo acompaña, es enormemente frágil aunque tenga una apariencia «potente» —España va bien. Una «segunda piel» crecientemente sazonada también por parques temáticos de todo tipo —no en vano el ocio ocupa un lugar determinante en el modelo español— la mayoría de dudosa rentabilidad y a los que se les ha aportado asimismo abundantes inversiones públicas para hacerlos viables. Algunos de ellos han entrado ya en crisis y muchos otros lo harán si la coyuntura económica se agrava. Además, la ampliación de la UE al Este —y la competitividad acrecentada que supondrá para muchos sectores productivos españoles—, la importante reducción prevista de las ayudas comunitarias a partir del 2006 —nueva PAC, brusco recorte de fondos estructurales y eliminación de los fondos de cohesión—, la pérdida continua de competitividad que supone el tener una inflación superior a la media de la UE —con la imposibilidad de recuperarla vía devaluación de la moneda, al estar ya en el euro— y la creación de un área de libre comercio en el Mediterráneo para el 2010, que tendrá un fuerte impacto adicional sobre la estructura productiva española —agricultura de exportación, sectores industriales intensivos en factor trabajo, etc.—, pueden agudizar los desequilibrios ya existentes incrementando aún más la fragilidad del «milagro español». Un «milagro» que se sustenta sobre una enorme precariedad del mercado laboral —la tasa de precariedad es tres veces la media comunitaria—

y que provoca la tasa de paro más alta de toda la UE. En este sentido, si cae el crecimiento —por todo lo ya apuntado— podríamos asistir a un brusco incremento del paro en los espacios urbano-metropolitanos.

Mientras tanto el Estado se vuelca en ayudar a sus principales empresas —muchas de ellas provenientes del sector público privatizado— a invertir en el exterior, para ampliar mercados, incrementar beneficios y seguir siendo competitivas, al tiempo que éstas destruyen empleo en el interior y se benefician de abundantes apoyos estatales para reducir sus costes salariales —se abren así numerosos expedientes de regulación de empleo en grandes empresas con beneficios. De igual modo, si vienen «mal dadas» en el exterior, dichas empresas pueden reducir legalmente aún más el pago de impuestos de sociedades en el interior para enjugar las pérdidas. El Estado español se ha convertido ya en un instrumento perfecto para que el capital «español»[16] se transnacionalice, al tiempo que se va desentendiendo poco a poco de cualquier compromiso social interno, máxime cuando se están eliminando los débiles mecanismos redistributivos existentes —reformas fiscales. Todo esto hace que España se muestre muy sumisa a los intereses transatlánticos —como se ha podido observar en la guerra contra Irak[17]—, y en el caso de uno de los temas que más nos ocupa en este texto: la agricultura, ha tenido una actitud muy permisiva con los cultivos transgénicos, en plena moratoria a escala europea. El gobierno Aznar está promoviendo una fuerte militarización e incremento represivo del Estado, como forma de hacer frente a sus compromisos e intereses internacionales, a la disidencia política interna y a la conflictividad social antagonista en marcha, así como al auge de comportamientos desordenados de todo tipo —caminamos, poco a poco, hacia un «Estado penal» de tipo estadounidense—, al tiempo que se burla de cualquier mecanismo de control institucional. Todo ello en nombre de la lucha contra el «terrorismo», verdadero *leit motiv* de su presidencia, con el fin de aglutinar a las clases medias en torno a «su» proyecto sobre la base del miedo colectivo, fomentando y manipulando a su favor el rechazo al «otro». Este mensaje político cala en una «España» de nuevos ricos, en donde el mensaje patrio cumple también un importante papel aglutinador, especialmente del Ebro para abajo, de los sectores más favorecidos —y a otros que no lo son tanto.

---

16 Ponemos lo de «español» entrecomillas pues en la estructura de capital de estas empresas y bancos hay también importantes inversores institucionales foráneos —fondos de pensiones y de inversión—, provenientes en gran medida del mundo anglosajón.

17 Las razones de esta subordinación a Washington habría que buscarlas, quizás, en que la proyección de las grandes empresas y bancos «españoles» ha sido en América Latina, y que ante las crisis que azotan dicha región el papel que pueda jugar el FMI, el BM y el BID en la defensa de sus intereses es determinante, y el peso en dichas instituciones de EEUU es absolutamente clave. Ya lo dijo Aznar: «El gobierno quiere ampliar la proyección exterior de España». Igualmente, ante la dependencia que manifiesta hoy en día España del aflujo de capitales externos, que acuden principalmente al sector inmobiliario —sector clave para solventar el creciente desequilibrio por cuenta corriente, pues el déficit en ascenso de la balanza comercial, que se agudiza desde la entrada en la UE, no se cubre ya en los últimos años por los ingresos vía turismo—, se piensa que, vincularse firmemente a la principal potencia mundial, tal vez pueda dar seguridad a los inversores foráneos que acuden a invertir en el país. Como dice Aznar, se quiere transmitir la imagen de que «España es un país serio».

Regenerar lo local, crear comunidad, trascender el mercado, reconstruir los tiempos

Ante todo este panorama que nos conduce a una espiral de destrucción y violencia sin fin y, por lo tanto, a situaciones sin salida que ni siquiera serán manejables por las propias estructuras de poder mundiales o estatales, sobre las que no podemos profundizar aquí, se hace pues aún más necesario que nunca ahondar en la reflexión crítica, fomentar distintas formas de resistencia global y local, y formular alternativas teóricas y sobre todo prácticas a toda esta sin razón. Entre ellas, especialmente, en el terreno de la producción agroecológica y la regeneración territorial, y esta es una de las aportaciones principales que los compañeros del BAH! nos ofrecen en este texto. Ello cobra una especial relevancia en el caso español, donde la destrucción del mundo rural y el desmadre urbanístico y territorial han adquirido dimensiones verdaderamente alarmantes. Esta situación ha intensificado enormemente la dependencia exterior de recursos de toda clase, especialmente energéticos de carácter no renovable —es decir, antes o después en vías de extinción—, y ha fomentado un modelo de consumo que ha erosionado asimismo gravemente la soberanía alimentaria. Todo ello ha incrementado los impactos ecológicos en todos los niveles. Además, la fragilidad del modelo económico y territorial español hará que, muy probablemente, haya que enfrentar situaciones de enorme tensión en los espacios urbano-metropolitanos en los futuros escenarios de las profundas crisis que se avecinan, por lo que las alternativas que se abordan en este texto son doblemente pertinentes.

Frente a la explosión del desorden que implica la expansión de un capitalismo global cada vez más financiarizado, se vuelve imperativo impulsar la reconstitución de los mecanismos que engendran vida y permiten hacer frente a la creciente entropía que nos embarga. Máxime ante la inviabilidad de un crecimiento —y consiguiente urbanización— sin límite, que está inscrito en el ADN del capitalismo, en un ecosistema finito como es la biosfera. De hecho, ya se están desbordando los límites ecológicos planetarios en muchos terrenos. La lucha, pues, contra los procesos de urbanización salvaje, contra el estallido metropolitano y la defensa de un mundo rural vivo en consonancia con el entorno ecológico son componentes fundamentales de dicha reconstitución. Es preciso preservar y rehacer lo local, la vida comunitaria, los tiempos particulares, la idea de futuro, las singularidades de los diversos paisajes, defender el espacio de lugares contra la tiranía del espacio de flujos, pues la gente vive en lugares y el poder hoy en día domina principalmente mediante flujos. Por supuesto con medios coercitivos de topo tipo, cuando es necesario. Una necesidad que en la actualidad se dispara de forma exponencial para hacer frente al desorden que el propio despliegue del nuevo capitalismo global comporta. Esto permitirá reconstruir las identidades quebradas y carentes de sentido que promueven hoy en día las segundas y terceras pieles artificiales que se han sobreimpuesto sobre el planeta y cuyo funcionamiento responde cada vez más a la lógica del beneficio, del dinero, del poder y de la destrucción. Esto forma parte de la necesidad de afirmar el valor de la vida aquí y ahora. Una vida con sentido, justa, solidaria con los demás y en equilibrio con el medio.

Es preciso valorar lo cercano, en donde debemos habitar. Pero esta defensa de los particularismos locales no debe caer en la exclusión del «otro» que nos

enriquece y con el que debemos contar para la regeneración territorial, cuando además este «otro» ya está aquí probablemente para quedarse. Esta regeneración deberá ser —será— forzosamente un proceso complejo y lento que habrá que abordar sin esperar más crecimiento, es más, será vital luchar contra más crecimiento económico puesto que lo único que provoca son más desequilibrios mundiales y más urbanización. El freno a los procesos urbanizadores será clave para mantener el «capital natural» que nos queda, y para que poco a poco se regenere, tal vez con la ayuda de la actividad humana. Para ello deberemos luchar contra la lógica monetaria actual —basada, entre otras cosas, en el interés compuesto—, que conlleva y fomenta una necesidad imperiosa de acumulación constante de capital. Habrá que ir desmontando la economía monetaria dominante, y en paralelo establecer vías para el control social sobre el dinero, ampliando también las relaciones comunitarias al margen del mercado, con el fin de hacer frente a las necesidades existentes, al tiempo que transformamos la actividad productiva y el modelo territorial que la acompaña. En ese camino, el intercambio de reflexiones y experiencias es trascendental, y eso es lo que nos puede brindar también la capacidad de comunicación horizontal que se ha establecido —que hemos impuesto— en la «tercera piel». Pero habrá que ser conscientes de que ese *General Intelect* que hoy en día se expresa prioritariamente a través del ciberespacio está enormemente lastrado por los paradigmas dominantes, y puede caer en la trampa de que están sentadas las bases para una transformación profunda de la sociedad eliminando «sólo» —¿cómo?— el mando del capital. El mando del capital impregna hoy en día absolutamente todo, y no es posible ponerlo en cuestión sin transformar de abajo arriba el sistema de valores imperante, nuestras formas de vida, las estructuras productivas, las formas urbanas, los modelos territoriales, y en definitiva el poder del dinero. Y esta tarea enormemente compleja no se puede llevar a cabo en el ciberespacio, aunque la actividad que podamos desarrollar en él pueda ser una ayuda considerable, siempre que sepamos que esa «tercera piel» se sustenta, depende e incide —pues su desarrollo también tiene un impacto ecológico importante— en el mundo real. Será preciso, pues, acometer las transformaciones dentro de —y contra— la «segunda piel» que nos impone el capital, teniendo en cuenta los límites que nos impone Gaia, con la que tenemos que intentar convivir armoniosamente dentro de su «primera piel».

Ante el «no se puede hacer nada, sino aceptar la realidad tal cual es» que nos transmite la Aldea Global, la experiencia de la que nos hablan los compañeros del BAH! en este libro es altamente reconfortante, y quizás sea preciso ya darles paso, pues he agotado ampliamente el espacio de una introducción. Para mi ha sido un verdadero placer y honor el que Dani y José Angel me pidieran que prologara su libro. Me une a ellos una relación de años en los que se ha ido tejiendo una sincera amistad. Siempre he sido un admirador de la actividad que los autores han ido realizando a lo largo de este tiempo, y su trabajo —y compromiso— desarrollado más recientemente a través del BAH! me ha parecido enormemente válido y sugerente. El que una publicación como ésta recoja dicha experiencia pienso que es de lo más pertinente, en especial, como ya he apuntado, ante los tiempos que se avecinan, en los que probablemente tengamos que enfrentar escenarios de profunda crisis del capitalismo global y hasta de quiebra del proyecto modernizador, que se manifestarán de forma prioritaria en las metrópolis. Y es de agradecer que Traficantes de Sueños haya apoyado este proyecto.

Además, el texto desborda con mucho el ámbito de las reflexiones que se hayan podido formular a partir de la propia experiencia del BAH!, y se adentra en la elaboración de un pensamiento crítico potente sobre las dinámicas territoriales del capitalismo global. En el proceso de necesaria deconstrucción del modelo imperante, la experiencia de la que nos hablan Dani y José Ángel puede aportarnos muchas pistas acerca de por dónde transitar. En concreto, la necesidad de desarrollar nuevas formas de producción, distribución y consumo en el ámbito alimentario, para que el acceso a una comida sana sea un derecho básico, y no un lujo. Para que en ese camino se pueda ir construyendo también, poco a poco, una autonomía personal y colectiva, así como estructuras comunitarias al margen del mercado, recuperando elementos de un conocimiento local en vías de extinción, al que habrá que enriquecer desde la perspectiva de género. Lo cual posibilitará la regeneración — desde abajo — de lo local y de sus diferentes tiempos, transformando al mismo tiempo, también, la lógica patriarcal dominante.

La proliferación de dinámicas transformadoras de ésta índole, junto con muchas otras en otros ámbitos, posibilitarán tal vez ir creando un archipiélago de realidades que resistan las dinámicas de destrucción del poder y que conforme vayan emergiendo y entretejiéndose entre sí permitan, esperemos, impulsar de abajo arriba procesos de transformación más amplios, todavía por definir.

Madrid-Pelegrina, agosto, 2003

Introducción

... la aspiración a la construcción de una comunidad de libres e iguales, es un ideal de liberación en el que lo fundamental será siempre la labor sobre la conciencia humana, la difusión de las ideas de rebelión, de libertad, de dignidad, y esa labor habrá que seguir desarrollándola incluso después de haber establecido el organismo económico de la revolución, y sin esa labor previa no tendrá sentido ni siquiera pensar en este organismo.

Félix García en la Introducción de la edición de Zero-ZYX (Madrid, 1.978) del *Organismo económico de la Revolución* de Diego Abad de Santillán.

El presente texto nace de una serie diversa de motivaciones relacionadas estrechamente entre ellas, que podríamos agrupar en dos clases. Por un lado están las que se refieren a la necesidad de los autores de evaluar la evolución de la experiencia de la iniciativa de *Bajo el Asfalto esta la Huerta* (B.A.H!) desde los planteamientos iniciales de los que surge —esto es, el paso de la teoría a la práctica. Ni que decir tiene que con este propósito hemos elaborado este libro. Por otro lado, estarían las motivaciones relativas a la necesidad de compartir estas reflexiones con otros —personas y colectivos— de cara a enriquecer el debate sobre la articulación de alternativas locales a la globalización capitalista. De ahí, la publicación del presente texto.

Como decíamos, el propósito de publicar este libro es múltiple. En primer lugar, lo que pretende es *compartir y suscitar reflexiones* sobre nuestro actual modelo de vida. Porque, si la mayor parte del mundo muere en la miseria y en las sociedades occidentales no nos gusta el tipo de vida que llevamos, ¿qué sentido tiene que sigamos gastando nuestra existencia al servicio de un sistema que sólo genera mala vida?

Sin embargo, el simple cuestionamiento sobre el grado de satisfacción que logramos en nuestra vida personal y social es necesario, pero no suficiente para plantear un cambio real. Si nos planteamos este cambio surgen muchas cuestiones de gran calado: ¿qué es una «vida de calidad» o una vida digna? ¿Es posible realmente eso que llamamos «vivir de otra manera»?, ¿Quién es depositario de los nuevos valores necesarios para recrear nuevas formas de vida «de calidad»? ¿Merece la pena el esfuerzo que supone construir un proceso alternativo de resultado incierto? ¿Hasta dónde permitirá el poder el desarrollo de estas alternativas antes de intentar frenarlas de forma violenta? ¿Cómo evitar en ese caso que todo se reduzca a preparar un gran pulso entre fuerzas, a organizar el asalto y el mantenimiento del poder?

No disponemos de respuestas cerradas a esas cuestiones —tampoco era esta nuestra intención. Más bien pretendemos abrir algunas preguntas con las sugerencias y reflexiones —y debate y acción— que desde nuestra pequeña y

modesta experiencia lanzamos en este escrito para, al lado de vosotras y vosotros, trabajar hacia el cambio de nuestras vidas desde lo cotidiano y lo comunitario; conscientes, como somos, de que este cambio no ocurrirá sino en un proyecto colectivo y global, desde el campo y desde la ciudad simultáneamente, capaz de enfrentar y superar las formas capitalistas de relación y organización sociales.

El otro objetivo del libro es *abrir debate* dentro y entre los distintos grupos y movimientos sociales con los que se relaciona la temática que aquí abordamos, ya que los discursos y las prácticas de cambio se construirán colectivamente y de forma participativa y horizontal. Intentamos suscitar la discusión sobre el sistema agroalimentario en las asociaciones de productores y consumidores, organizaciones ecologistas, de barrio, de mujeres, de estudiantes, de trabajadores... —y en cualquier otra persona o grupo susceptible de estar interesado— desde cuatro enfoques principales que se corresponden con los cuatro primeros capítulos del libro: el enfoque territorial, el enfoque económico, el enfoque agroecológico y el enfoque participativo.

El *enfoque territorial* analiza como la vida y la lógica urbanas determinan una relación entre los seres humanos, y de éstos con la naturaleza, que pone en peligro nuestra propia subsistencia física en el mundo, a la vez que nos somete a unas relaciones sociales insatisfactorias. Expone como el capitalismo tiene también una expresión física que moldea y ordena el espacio en función de su lógica y sus intereses. Ante todo, lanza propuestas para una superación del enfrentamiento campo-ciudad que tienen también su correspondiente expresión espacial alternativa. Proponemos la búsqueda de alternativas que hagan posible una integración ecológica entre la sociedades humanas y su entorno, y unas relaciones sociales comunitarias y libertarias.

El *enfoque económico* comienza poniendo de manifiesto las nefastas consecuencias de la actual independencia de lo económico respecto al resto de las esferas de la vida. Ante esto intenta desvelar que lo económico se construye desde lo social y que su finalidad auténtica es la de satisfacer las necesidades de la gente consensuadas colectivamente, en pocas palabras, reproducir lo social. Desde este análisis abre cuestiones y formula propuestas para superar la contradicción entre lo social y lo económico, sobre las bases de una economía que abandone los elementos típicos del capitalismo —reproducción ampliada del capital, lógica del beneficio, salarios, precios, etc. Abrimos algunas propuestas de investigación en este sentido, alrededor de fórmulas como la autogestión, la propiedad colectiva o la subordinación de lo económico a estructuras y necesidades sociales.

El *enfoque agroecológico* parte de una crítica del sistema agroalimentario convencional —y de aquella parte del sector ecológico que se ha industrializado. A partir de esta crítica, esbozamos algunas propuestas fundadas en nuevos valores y en modelos de organización integrada de la producción, la distribución y el consumo, siempre desde la perspectiva de las necesidades reales de la gente y no de procesos animados por los intereses privados de la reproducción ampliada del capital. Desde este enfoque, se toma como idea central la necesidad de iniciar proyectos socio-económicos que partan del seno de los movimientos sociales y sobre la base de relaciones sociales comunitarias, en coevolución con su medio ambiente natural. Se entiende el desarrollo de la capacidad de autoorganización, la adaptación a los ciclos naturales y el conocimiento campesino acumulado como los «nuevos» medios

de producción a conquistar, para gestionar la producción y el consumo alimentarios de manera comunitaria y participativa.

El *enfoque participativo* parte de la premisa de que la cultura y los modos sociales capitalistas nos aíslan como individuos y nos conducen a la anomia social. De esta manera estamos indefensos como individuos frente a las redes del poder global. Hemos olvidado los modos de hacer colectivos y por ello se aportan ideas y experiencias para una revitalización de los espacios comunitarios desde una política de la cotidianidad y desde la articulación participativa de los espacios locales y globales. Se analiza cómo podrían ser esos espacios grupales y comunitarios, sus procesos, problemas, potencialidades....

Desde luego, hay algo de artificialidad a la hora de separar la realidad en abordajes que parten desde estas cuatro perspectivas. En algunas ocasiones hay reiteraciones o cuestiones que aparecen en varios apartados. Sin embargo, consideramos que estos cruces actúan como puentes entre las diferentes dimensiones de cada problema, y no como repeticiones, ya que en cada capítulo hemos intentado utilizar distintos encuadres de los mismos procesos. La ciencia moderna parcela conocimientos, al igual que la política profesional pretende separar ámbitos sociales, esto muchas veces impide la plena comprensión de los problemas. Nuestra intención se ajusta a un enfoque multidisciplinar e integral —como lo es el agroecológico—, que sirve tanto para analizar lo que está pasando a nuestro alrededor como para proponer posibles alternativas.

La verdadera fuente de la que bebe el texto es, como ya hemos comentado, la experiencia, y desde ahí hemos querido pensar y escribir en todo momento. La necesidad de unir teoría y práctica surge de una única idea: transformar nuestras condiciones de vida, nuevas experiencias que nos permitirán pensar de una manera también nueva. Abordar este trabajo desde la integralidad de lo vivencial, y no desde lo académico, nos otorga un punto de vista poco usual para plantear muchos de los temas aquí que tratamos. Pero quizás es éste uno de los principales valores de esta propuesta, que se escribe desde la experiencia de lo colectivo, y desde un espacio económico —la iniciativa de *Bajo el Asfalto está la Huerta, BAH!*— que ha trascendido algunas de las formas capitalistas de relación entre las personas y entre estas y el resto de los elementos del socioecosistema en que vivimos.

Por último, a fin de que tenga sentido la reflexión y el debate que pretendemos animar, *llamamos a la acción*, a la vida. Este libro está enfocado a servir a personas y grupos que están interesados en iniciar o participar en proyectos similares desde la producción, la distribución y/o el consumo, o que simplemente quieran cuestionarse, como nosotros, el funcionamiento de las realidades existentes.

En cada capítulo, el desarrollo de nuestras propuestas toma como hilo argumental la observación de aspectos concretos de nuestra vivencia en la cooperativa BAH!. Esta observación está apoyada en los resultados obtenidos por medio de un importante trabajo de investigación —en base a la metodología de la Investigación-Acción Participativa— que ha tomado como campo de trabajo la propia realidad de la cooperativa durante el año 2003, y que más abajo explicamos con más detenimiento. En cualquier caso, este libro se cierra con un capítulo que describe la experiencia del BAH! en detalle y que recoge los distintos aspectos desarrollados en los cuatro primeros capítulos en una visión más global, que esperamos haga más comprensible nuestra

argumentación. Se trata, en síntesis, de una organización social y económica asamblearia que desde una visión agroecológica y anticapitalista intenta autogestionar la alimentación —producción, distribución y consumo de verduras ecológicas— de una comunidad formada por grupos de base en el espacio periurbano de la región de Madrid.

Nuestro reto al escribir el libro ha sido abstraer esta vivencia e intentar dibujar nuevos horizontes que no respondan a la lógica neoliberal y capitalista. Para ello hemos buscado otros paradigmas que propugnaran rupturas conceptuales con las formas con las que el capitalismo trata de explicar las cosas. Así, nos hemos apoyado y hemos utilizado perspectivas críticas que pretenden nuevos cambios de paradigma en la forma de contemplar el mundo —como la Agroecología, la Economía Ecológica, la Teoría de las Necesidades de Max Neef o el análisis territorial. E incluso hemos utilizado herramientas conceptuales de unos campos para aplicarlas a otros —como la Economía Campesina o el Desarrollo Rural Endógeno con el fin de extrapolarlos a la realidad de los espacios periurbanos e incluso al propio espacio urbano.

Hemos intentado buscar posibles *líneas de fuga* a las dicotomías en que el pensamiento científico y parcelario tiene presa a la creatividad social. Así, en distintos momentos intentamos romper con pares supuestamente opuestos, tales como teoría y práctica, participación y eficacia, campo y ciudad, economía productiva y economía reproductiva, lo político y lo social, lo económico y lo ecológico, lo económico y lo social... Buscamos nuevas preguntas para encontrar caminos que nos lleven más allá de los estrechos límites en que hoy se sitúa «lo posible»: nuevas ópticas, nuevos aparatos conceptuales, nuevos valores. Para construir ese «Otro mundo posible» es necesario romper con éste en el que hoy vivimos, y el primer sitio por donde hay que empezar a romper es nuestras cabezas.

Estos son a grandes líneas nuestros propósitos, lo que conseguiremos depende ahora sobre todo de quienes lo leáis. En todo caso, conviene fijarse más en lo que hacemos que en lo que decimos.

Algunas notas sobre la metodología de la investigación-acción participativa en relación a los datos que aparecen en este libro

Los datos y tablas sobre la cooperativa BAH! que hemos incluido en el texto nos servirán, como ya se ha comentado, para ilustrar aspectos concretos de las ideas que se exponen. La investigación de la que parte ese trabajo ha sido diseñada y coordinada por Carlos Barrajón, y se ha enmarcado dentro de su Tesis de Maestría en Agroecología y Desarrollo Rural Sostenible en España y Latinoamérica de la Universidad Internacional de Andalucía —muy relacionada con el Instituto de Estudios Campesinos (ISEC) de Córdoba.

En palabras del propio autor:

> La investigación se enmarca, sociológicamente hablando, dentro de una perspectiva dialéctica, siendo las metodologías usadas de carácter cualitativo. El marco metodológico del conjunto de la investigación es la Investigación-Acción-Participativa (IAP)

Para realizar el análisis-diagnóstico de la Cooperativa en sus diferentes planos, se recurrió a la formación de un Grupo de Investigación-Acción-Participativa (GIAP), formado por 7 personas del BAH! y por el mismo autor, que se encargó de estructurar y dinamizar el proceso de investigación. Para recoger la información lo más representativamente posible, dicho GIAP abrió 5 líneas de trabajo:

- Una encuesta personal, que debía ser rellenada por los miembros de la cooperativa y que recogía información tanto objetiva como subjetiva —de esta encuesta se han extraído la mayor parte de los datos que utilizamos en este libro.[1] Finalmente, entregaron la encuesta 67 personas, de las 130 encuestas repartidas.
- Cinco sesiones de discusión, en las que se debatió temáticamente diferentes aspectos de la cooperativa. En estas sesiones participaba todo aquel que quería, con una media de unas 10 personas por sesión.
- Entrevistas grupales semiestructuradas realizadas a todos los Grupos de los que se compone la Cooperativa.
- Diálogos semiestructurados con personas concretas que permitieron profundizar sobre aspectos de orden más emocional.
- Revisión de los materiales que se han ido acumulando en estos años de funcionamiento —actas, informes específicos, contabilidad, etc.—, así como entrevistas con los miembros de las comisiones —económica, de seguimiento de cultivos...— que tuviesen información susceptible de ser relevante para el estudio.

Con todo este abanico de técnicas se intentó recoger todo tipo de información: desde lo más cuantitativo a lo más cualitativo, desde las posiciones personales a los consensos y las dinámicas grupales, desde las opiniones de quienes participan menos a las de aquellos que participan más. La siguiente fase, una vez sintetizada la información recogida y devuelta a los y las cooperativistas, consistió en la realización de un trabajo de reflexión de cara a evaluar el diagnóstico, y ver cómo superar las principales limitaciones encontradas y como aprovechar mejor las potencialidades que tenemos.

Agradecimientos

Para terminar esta introducción, queremos agradecer su apoyo, en primer lugar, a Traficantes de Sueños por sacar adelante este libro, a toda la gente de la cooperativa Bajo el Asfalto está la Huerta por dejarse retratar y el interés prestado —también económico, pues parte del libro se financia con el pago adelantado de libros en la cooperativa—, y muy en concreto a las 16 personas que leyeron fragmentos de los primeros borradores para debatir sobre ello y aportar críticas, ideas y nuevos enfoques. A Carlos Barrajón por su gran trabajo en la Investigación Acción Participante con el B.A.H!, por sus comentarios sobre este texto, y por el apoyo logístico prestado por él y Lourdes. A Isa por animarnos y caricaturizarnos en sus dibujos de trazo ligero y a la vez agudo. A Ramón Fernández Durán por el magnífico prólogo a este

1 Nota de los autores.

texto, por sus comentarios y correcciones, sus aportes bibliográficos, sus ideas e investigaciones presentes, pasadas y futuras, y en definitiva por existir y estar tan presente en la calle, en las reuniones y plataformas, en los libros, y en esos cocidos y lentejas que tan bien prepara. A Miguel Martínez por sus preguntas incómodas, por sus comentarios tan vivos, por su biblioteca y por una sugerencia que fue la chispa que encendió este libro: «Lo que contáis da muchos ánimos, pero ahora hace falta profundizar más». A todos los compañeros y compañeras con los que tanto hemos debatido y con los que juntos nos sentimos movimiento: a Fernando García (Hermanito!!!), a las iniciativas agroecológicas de Surco A Surco, Los Apisquillos, La Kosturika, la gente de La Punta, de Can Pasqual... y a toda la gente de Enraizando Las Luchas. A toda la gente con las que hemos compartido debates, encuentros, trabajos... a todos aquellos que han escrito sobre la práctica de la Autogestión y la Agroecología y que así nos han hecho compañeros en su experiencia, porque lo que aquí escribimos proviene de esta interacción entre todos nosotros y nosotras, y a este flujo pretende volver. Y en definitiva a todo el mundo que lucha y que nos transmite la energía necesaria para que sigamos día a día luchando por la Ecología Social.

Glosario

AGROECOLOGÍA. Se propone como la praxis de un desarrollo local endógeno sobre la base de una economía «campesina» integrada en su ecosistema y llevada a cabo en el seno de comunidades organizadas en un movimiento social coordinado con otros movimientos sociales rurales y urbanos.

El término agroecología surge en la década de 1970 posiblemente como síntesis del conocimiento acumulado durante el siglo XX sobre el medio ambiente, la salud humana y la sociedad, el funcionamiento de los agroecosistemas, las consecuencias de la agricultura intensiva con alto uso de insumos químicos y energía fósil, además de las experiencias acumuladas por comunidades campesinas que desarrollaron sistemas de producción en armonía con el medio ambiente. Sin embargo, el rasgo distintivo de la agroecología es la vinculación del proceso productivo a la organización social así como los conceptos de interdependencia y coevolución. Indudablemente, esto conlleva el reconocimiento del conocimiento campesino y de las comunidades autóctonas. (García Trujillo, 2000)

AGROECOSISTEMA. El enfoque agroecológico considera a los ecosistemas agrícolas como las unidades fundamentales de estudio. En estos sistemas los ciclos minerales, las transformaciones de energía, los procesos biológicos y las relaciones socioeconómicas son investigados y analizados como un todo. (Altieri, 1995)

CAPITAL PRODUCTIVO Y CAPITAL FINANCIERO. Al hablar de estos dos tipos de capital nos referimos, simplificando, a los conglomerados y redes empresariales que operan en la economía global. Siguiendo a Fdez. Durán (2003), el Capital Productivo sería aquel ligado a la producción y comercialización de bienes para el consumo y la producción de nuevos bienes. Y el Capital Financiero sería aquel cuya principal materia prima y a la vez producción es el dinero; su actividad es mover dinero, ya sea a través de la banca —créditos e hipotecas—, o de los más modernos productos financieros —fondos de pensiones, fondos de inversión, fondos de alto riesgo, mercados de divisas...—, o invirtiendo y especulando en las bolsas de valores mundiales. Mientras el Capital Productivo presenta aún cierta territorialización y ligazón con estructuras políticas estatales de sus «países matriz», el Capital Financiero se caracteriza por su naturaleza global y su desterritorialización, que le permite no tener que responder ante ningún poder político territorializado. Si bien ambos capitales tienden a estar crecientemente interpenetrados, presentan diferentes necesidades que explican en parte algunos de los conflictos políticos actuales a escala global, tales como los conflictos entre bloques —UE y EEUU—, los diferencias en las estrategias económicas estatales —fomentar la activación de la economía frente al control del déficit comercial— o las discusiones en relación a la actuación de instituciones globales como el FMI.

COEVOLUCION. Evolución integrada entre cultura y medio ambiente. Se basa «en la idea de interacción y mutua determinación de los componentes de cada sistema, la idea de que los ecosistemas agrarios son en parte ecosistemas artificiales, y la idea de que los términos de dicha interacción no se han mantenido idénticos o estáticos en el tiempo, sino que han ido mutando de acuerdo con la dinámica que tal interrelación ha ido generando en todas y cada una de las partes que componen el sistema» (Guzmán Casado *et alli.*, 2000)

COMUNIDAD. «Agregado consciente de grupos domésticos —familiares o de otro tipo— interrelacionados. [...] *Comunidad local* sería aquel agregado de grupos domésticos que estando asentados sobre un territorio específico, mantiene sus formas de vinculación por diferentes tipos de relaciones sociales [...]; por intereses comunes, pautas compartidas de normas y valores aceptados; por la conciencia de ser distintos de los demás grupos [...] Hacemos hincapié en el concepto de grupo doméstico y no en el de individuo como factor básico de agregación [...] como unidades básicas de acción social y económica». (Sevilla Guzmán y González Molina, 1993) La comunidad a la que nos referiremos no está necesariamente ligada a un territorio concreto, ni es estable en el tiempo, sino que será más bien una unidad funcional con necesidades e intereses comunes, que se refiere a un grupo capaz de actuar en forma colectiva. Este uso de la palabra «comunidad» sería compatible con los rasgos que autores como Negri o Virno asimilan al concepto de «multitud». (Revista Contrapoder, nº 7) La *comunidad* de la que hablamos podría ser una concreción de *las multitudes* —concepto mucho más abstracto y general— para una situación concreta y para la realización de una actividad determinada.

CONVENCIONAL. Cuando hablamos de agricultura, distribución o consumo *convencionales* nos referimos al modelo actualmente mayoritario en el sistema agroalimentario capitalista: no ecológico, mercantil, centralizado, de gran escala, a menudo realizado a grandes distancias, uniformizado a nivel mundial y subordinado a la lógica de los mercados mundiales —precio, tipo de productos, temporadas, formas...

CONTINUO RURAL-URBANO. Se refiere a la inexistencia, hoy en día, de una frontera física o cultural definida entre los conceptos y realidades concretas clásicas de «lo rural» y «lo urbano». En cualquier punto geográfico podemos encontrar aspectos característicos de ambos polos ideales. Lo que sí que parece claro es que el polo dominante en nuestra sociedad es el urbano, y que por tanto la dirección del proceso social toma un sentido claro de expansión de lo urbano a costa de lo rural. Esta heterogeneidad es más extrema en el llamado ámbito periurbano donde las presiones y la transformaciones son más fuertes y constantes.

ECONOMIA PRODUCTIVA Y ECONOMIA REPRODUCTIVA. La Economía Productiva es aquella parte del proceso económico que produce bienes materiales. La Economía Reproductiva es aquella parte que permite que la producción se pueda desarrollar, ya que produce, mantiene y reproduce la fuerza de trabajo y el entorno social de la producción. La Economía Reproductiva engloba pues toda aquella actividad de cuidado, relacionada con los afectos y el trabajo —el doméstico, por ejemplo— que se realiza en los espacios sociales, privados o no, que permiten que sigamos trabajando todos los días. Incluye, además, todos los procesos sociales generadores de subjetividad, que cohesionan la sociedad y a la vez producen el conocimiento y la creatividad necesarias para el funcionamiento de la economía productiva. La frontera entre ambas no está en absoluto clara, y un indicador que se usa, terriblemente grosero, es la monetarización: aquellas actividades que están remuneradas —las productivas— y aquellas que no lo están —las reproductivas. Las reflexiones sobre la postmodernidad y la era «postindustrial», —tales como la teoría económica feminista— hacen saltar por los aires esta diferenciación tan artificial, al poner de manifiesto la dependencia de la moderna economía global de procesos que trascienden completamente la esfera de lo empresarial y de lo monetarizado. Procesos que surgen directamente de los espacios sociales y de las redes de convivencia y cooperación que en estos se dan, y que no responden a la lógica mercantil. En este sentido, el *trabajo inmaterial* se situa en la interfase entre lo productivo y lo reproductivo, su contabilización monetaria es completamente arbitraria. El trabajo inmaterial viene a ser «el que produce el contenido informacional y cultural de las mercancías —investigación, diseño, la propia producción cultural de la Aldea Global, etc.—; el que se encuentra en la

interfase de una nueva relación entre la producción y el consumo —marketing, publicidad, logística, etc.—, para que aquellas lleguen a los mercados; y el que se encarga de la gestión y coordinación de una producción crecientemente globalizada». (Fdez. Durán, 2003)

DESARROLLISMO. Ideología y programa político-económico que relaciona el desarrollo de un país y el bienestar de su población con la existencia, como condición previa, del máximo número de grandes infraestructuras hidráulicas, de transportes, de comunicaciones, de producción de energía, además de equipos y materiales básicos. Normalmente estas grandes infraestructuras se financian con fondos públicos, que sin embargo son luego puestas al servicio de la explotación privada. Por esta razón, se ha definido frecuentemente estas políticas con la conocida fórmula de que «socializan los gastos y privatizan los beneficios». A estos planes de desarrollo se supedita cualquier interés o derecho medioambiental, cultural o socio-económico que puedan tener las poblaciones directamente afectadas por estas grandes obras y las consecuencias de su funcionamiento. El interés general de la Nación o la propia idea abstracta de Desarrollo o de Progreso —muy relacionado con la clásica convención económica que considera el incremento del PIB como casi el único indicador a tener en cuenta— sirven para justificar los más graves impactos ecológicos y sociales en los sistemas locales.

ECONOMIA CAMPESINA. Aquí no entendemos meramente una economía rural y preindustrial sino que haciendo abstracción, nos referimos en general a una economía que busca la reproducción de la comunidad: la autoorganización de la cobertura de las necesidades, definidas colectivamente, sobre la base de la gestión de los recursos y los ciclos naturales, de acuerdo con el principio de renovabilidad y de unas relaciones sociales y conocimientos específicos que son, a un tiempo, comunitarios y locales. La Economía Campesina se opone a la economía capitalista, cuyo objetivo primero es la reproducción ampliada del capital, mediante la búsqueda del máximo beneficio monetario.

ESPACIO PERIURBANO. Se trata de un espacio difuso que como sucede con «lo rural» y «lo urbano» no se delimita geográficamente con precisión porque comprende también aspectos culturales, sociales y económicos que no se encuentran distribuidos de manera homogénea, aunque este «espacio» es más frecuente en la periferia de las ciudades y en los pueblos más cercanos a ellas. Se caracteriza precisamente porque conviven en su seno muchos elementos típicamente urbanos, pero también rurales y de transición entre ambos. Su ecosistema natural y social está sometido a fuertes y constantes perturbaciones —demográficas, especulativas, cambios de actividad… Perturbaciones que corresponden con los procesos sociales de urbanización y modernización. En este espacio —aunque no es el único— es donde se puede observar de forma más patente y cotidiana como «la ciudad se come al campo». Se trata, por tanto, de un área de intervención política de primer orden, especialmente desde la perspectiva de la Ecología Social y la Agroecología.

NECESIDADES Y SATISFACTORES. Al hablar de necesidades seguiremos el esquema que propone Max Neef (1993) en su texto *Desarrollo a Escala Humana*. Según este autor, «las necesidades humanas fundamentales son permanentes» e iguales en todos los períodos históricos y en todas las culturas, considera además que «no son sólo carencias, sino también y simultáneamente, potencialidades humanas individuales y colectivas». Se podrían agrupar, simplificando, en nueve categorías. La diferencia se encuentra en la forma de satisfacer estas necesidades. Max Neef diferencia *necesidad, satisfactor* de la necesidad y *bienes económicos*: «La forma en que se expresan las necesidades a través de los satisfactores varía a lo largo de la historia, de acuerdo a culturas, referentes sociales, estrategias de vida, condiciones económicas, relaciones con el medio ambiente. Estas formas de expresión tocan tanto lo objetivo como lo subjetivo, pero están permeadas por la situación histórica del

vivir de las personas. De ahí que *los satisfactores son lo histórico de las necesidades y los bienes económicos su materialización*».

OLIGOPOLIO. Situación de mercado en la que existen muy pocos demandantes u oferentes lo que ocasiona un bajo nivel de competencia y por tanto una posición de poder de negociación desigual. Los oligopolistas pueden, así, imponer sus propias condiciones de mercado —precios, plazos de pago o entrega, condiciones del producto, etc. En la práctica las empresas oligopólicas suelen realizar acuerdos encubiertos —e ilegales— para repartirse el mercado —territorialmente o por segmentos— y así poder actuar como plenos monopolios.

Esta situación es muy típica de muchos mercados agrarios en los que la agroindustria funciona en un régimen de oligopolio de demanda respecto de muchos pequeños agricultores o ganaderos. De este modo, se imponen las exigencias industriales a las características naturales de la producción o las condiciones de trabajo de los campesinos. Frente a esta situación los sindicatos de campesinos han desarrollado formas de lucha análogas a las del movimiento obrero —huelgas de entrega de productos, bloqueo de carreteras y suministros, negociación colectiva de contrataciones de productos...

ORGANIZACIÓN SINDICAL AGRARIA. En este capítulo nos referimos a lo que legalmente se denominan Organizaciones Profesionales Agrarias (OPAs). Su representatividad se mide en las Elecciones a Cámaras Agrarias Provinciales en las que, sin embargo, sólo pueden votar los afiliados a la Seguridad Social por cuenta propia, ya sea por medio de su adscripción al Régimen de autónomos (RETA) o al Régimen Especial Agrario (REASS). Existen tres grandes organizaciones de ámbito estatal: la ASAJA-CEOE que defiende un modelo empresarial liberal de grandes explotaciones, la UPA-UGT y la COAG —coordinadora de diversas organizaciones autónomas territoriales— que defienden como modelo la pequeña y mediana explotación familiar agraria.

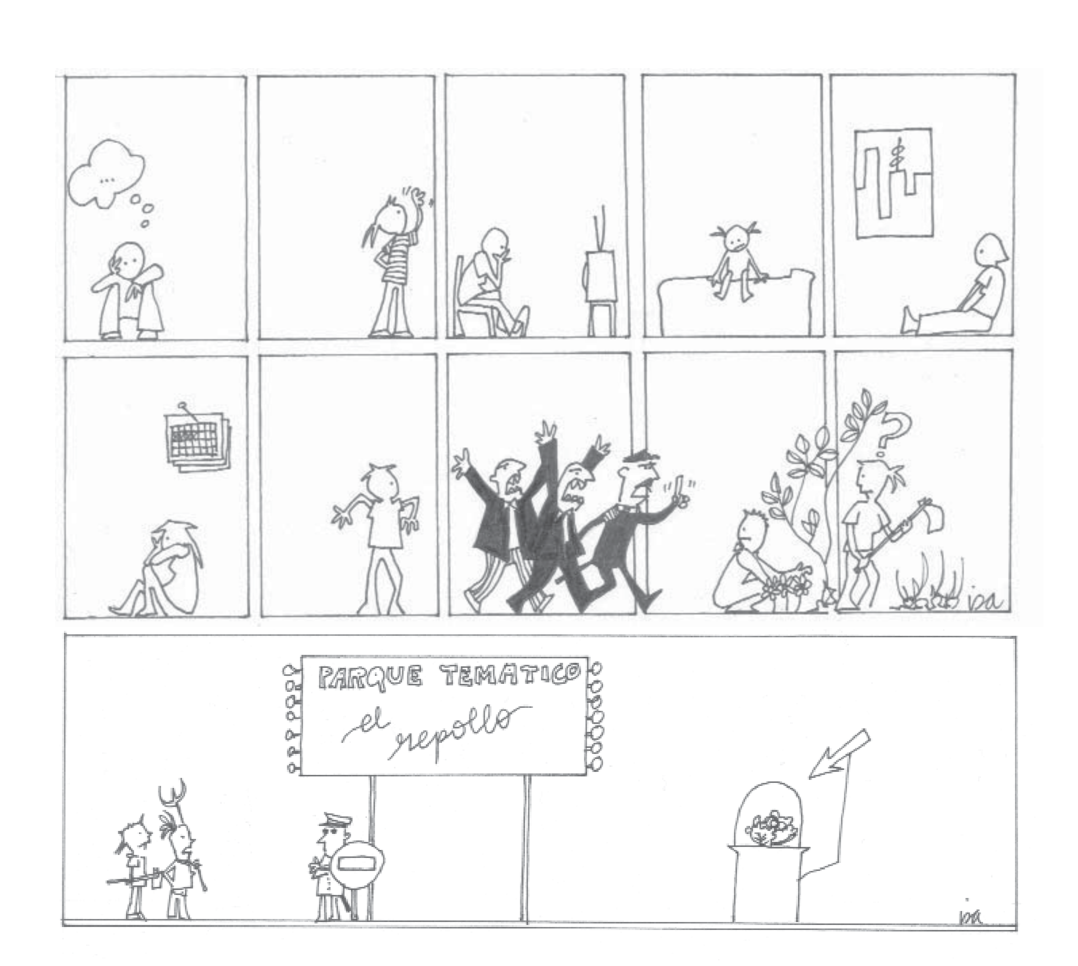
P-D-C. Abreviatura del proceso alimentario producción-distribución-consumo que en nuestra cooperativa tratamos de gestionar de una manera integrada o unitaria.

POLÍTICA DE LA COTIDIANIDAD. Praxis que intenta politizar nuestras actividades más básicas —trabajo, vivienda, alimentación, salud, relaciones personales...— con el fin de que sea posible vivir con un mínimo de coherencia entre lo que se dice y lo que se hace. De este modo, tratamos de que la política responda realmente a las necesidades y preocupaciones reales de la gente. Es sintetizada muy bien por la máxima de «*quien no vive como piensa acaba pensando como vive*».

REVOLUCION VERDE. Programa político agroalimentario implementado por las instituciones multilaterales de las grandes potencias y las transnacionales para modernizar la agricultura mundial y acabar así con el hambre. Se basaba en la transferencia de paquetes tecnológicos muy exigentes en capital e insumos petroquímicos que aunque conseguían una alta productividad —respecto del factor trabajo— finalmente agravaron el problema del hambre y generaron mayor dependencia, contaminación y destrucción de los sistemas campesinos tradicionales.

SOBERANIA ALIMENTARIA. Doctrina política que defiende el «derecho de cada pueblo a tener el control efectivo sobre los recursos necesarios para priorizar la organización de la producción, distribución y consumo de alimentos con el fin de satisfacer las necesidades alimenticias de su población [y no para la exportación, o en el caso de los países del tercer Mundo para el pago de la deuda externa]». *Declaración Final del Foro Mundial sobre Soberanía Alimentaria de La Habana.* En el ámbito de lo productivo «la soberanía alimentaria se concreta, además de en el marco político, en la capacidad de producir a nivel local, es decir, en el acceso de los campesinos a los recursos productivos locales». (Nicholson, 2001)

SUSTENTABILIDAD. Cualidad de los sistemas capaces de autorreproducirse en el tiempo y en el espacio. Este concepto puede referirse a lo ambiental y a lo social. Según la ecología, la sustentabilidad aumentaría según los sistemas alcanzan niveles crecientes de estabilidad en sus flujos y dinámicas, y según éstos se multiplican y complejizan.


PARQUE TEMATICO
el repollo

1. ¿Por qué vivimos en las ciudades?

Un enfoque territorial de la problemática alimentaria



La crisis ecológica está alcanzando, a través de la Economía de Mercado, unos límites insospechables hace pocos años, y desde el pensamiento dominante no se consideran más salidas que las que el propio mercado ofrece. Se propone hacer del problema la solución. Pero quizá haya que buscar más allá, en la propia relación que tenemos con la Naturaleza. Somos un elemento más del ecosistema, y un elemento bastante determinante en su evolución. No podemos obviar los efectos de nuestra acción sobre el ecosistema, ni pensar que la Humanidad en sí es un problema. Estamos aquí, y debemos aprender a vivir sin comprometer nuestra propia existencia. De hecho, rechazar nuestra pertenencia a la naturaleza supone perder buena parte de las posibilidades de nuestra existencia.

Se trata más bien de encontrar formas en las que los asentamientos humanos puedan desenvolverse dentro de sus propios ciclos y leyes. Es necesario transformar de raíz estos asentamientos humanos y el modelo de vida que en ellos desarrollamos, para avanzar hacia la sostenibilidad global. Podemos adaptarnos a los ciclos de los ecosistemas que nos rodean, y adaptar estos ecosistemas a nuestras necesidades, pero sin comprometer su reproducción. Es necesario recuperar la evolución conjunta —coevolución— entre sociedad y medio ambiente, que se rompió con la mercantilización de la vida, para poder crecer plenamente con lo que nos rodea y no contra ello.

El concepto de territorio nos sitúa en esta interzona donde se juntan lo ecológico y lo social. Por esto, nos servirá de plataforma de despegue para interpretar el mundo que nos rodea desde una visión integral, no fragmentada, y para buscar nuevos caminos a recorrer, más plenos y realistas que los que el pensamiento único nos impone. Es curioso observar que en las

décadas de 1970 y 1980, cuando aún había espacio abierto para la propuesta en la joven e inocente democracia, se produjeron en el Estado español gran cantidad de debates y estudios sobre esta cuestión, con propuestas muy interesantes y mucho más frescas que las que 20 años después manejamos para los conflictos entre sociedad y medio ambiente. De hecho, hoy es una disciplina que se ha fragmentado —urbanismo, desarrollo rural, medio ambiente, espacios naturales, obras públicas e infraestructuras...— y se ha subordinado a la lógica económica, después de que el suelo —el territorio— se haya consagrado como una mercancía más.

El análisis territorial es sólo un acercamiento más, otra óptica para analizar los fenómenos que proponemos, que sirve para explicar algunos procesos y obtener algunas conclusiones, así como para enriquecer todo lo que ya sabemos. Nos ayuda a situarnos en una perspectiva dinámica, a proponer algunas líneas de acción, en la medida en que consigue articular fácilmente los escenarios globales y locales. La oposición campo-ciudad permite detectar contradicciones y grietas en el modelo capitalista, imaginar escenarios posibles, y proponer transiciones entre un extremo y otro. Será la primera pincelada del cuadro que vamos a dibujar.

1.1. El totalitarismo de la ciudad

Hoy resulta ya innegable que la llamada economía financiera, simbolizada por esas inconcebibles cantidades de dinero que circulan por las bolsas de valores de las ciudades más importantes, es el poder que gobierna el mundo, imponiendo sus necesidades a través de los organismos internacionales —OMC, FMI...—, supraestatales —UE, Mercosur...—, así como a través de los propios Estados. Es este entramado de instituciones y empresas el que ha impulsado la llamada globalización neoliberal, consistente en la apertura de mercados para la libre circulación de bienes y capitales por el mundo. (Fdez. Duran *et alli.*, 2001) Este proceso está cambiando sustancialmente la lógica y la forma de los asentamientos humanos. Dichos cambios, frente a lo que algunos dicen, no abren la puerta al tan manoseado desarrollo sostenible.

La idea de que la telemática y en general las nuevas tecnologías están permitiendo la *desmaterialización* de la economía, supone que por medio de éstas se superarán los efectos nocivos de la economía industrial. Nosotros pensamos que la base de la economía sigue —y seguirá— siendo material debido a que depende básicamente de los recursos que el medio ambiente nos ofrece. Si bien las partes materiales de la producción se desplazan hacia espacios periféricos, y con ello también las actividades de extracción, emisión de contaminantes y deposición de residuos, eso no significa que estos problemas desaparezcan en nuestros territorios de origen, ya que los ecosistemas de todo el planeta son interdependientes, y que las parcelas de la economía que sí siguen manteniendo aquí plantean también amenazas para los equilibrios ecológicos, sobre todo, en torno al transporte motorizado, la urbanización, el consumo masivo, la generación de residuos y la agricultura industrial. Parece que la economía tendrá que seguir negociando con un medio ambiente que manifiesta tercamente sus límites.

De hecho, la descentralización de la producción necesita de la concentración y centralización creciente de las tareas de control y coordinación. Estas actividades de coordinación y control, precisan de determinados *servicios avanzados a la producción* —asesorías, consultorías, seguros, servicios financieros...— y de costosos sistemas de telecomunicaciones que requieren de mantenimiento e innovación continuados. También las últimas fases del proceso productivo —publicidad, comercialización, distribución...—, que son las que generan mayores ganancias, se realizan preferentemente en los espacios centrales. Todas estas actividades se complementan entre sí y se desarrollan simultáneamente, para lo cual las relaciones inmediatas, «cara a cara», son más adecuadas; y requieren espacios de gran concentración de información y de recursos específicos. (Sassen, 1999)

Esto hace imprescindible que, hoy por hoy, los centros de control de la economía globalizada se localicen en determinados núcleos urbanos, apenas un puñado en todo el mundo, que configuran lo que se ha dado en llamar la *Ciudad Global*. Los espacios que conforman la Ciudad Global controlan el mundo, más allá de los organismos políticos, económicos o financieros concretos, ya que «ella» produce aquellos servicios, tecnologías y cooperaciones que constituyen la *capacidad de control global*. Es la combinación de las administraciones locales —estatales, regionales y municipales— con las empresas y las instituciones financieras globales lo que permite esta producción específica de la Ciudad Global, y por tanto la capacidad de gestión de la economía mundial. (Sassen, 1999)

Este modelo requiere de una inversión pública muy importante. La ciudad debe atraer las inversiones, y para esto debe convertirse en un símbolo susceptible de ser utilizado por las empresas de ámbito global en la configuración de su imagen de marca, en competencia con otras ciudades. También debe modificar su estructura y funcionamiento para conectarse con la Ciudad Global y posibilitar, de este modo, el asentamiento de las mismas. Así podemos ver como en la década de 1990, todas las grandes ciudades españolas acometieron importantes programas de remodelación y modernización, como Sevilla y Barcelona en 1992 o como los Programas de Rehabilitación de Madrid, Bilbao, Valencia, Vigo..., despilfarrando dinero público. El proceso parasita la capacidad de inversión de las administraciones en otros sectores: absorbe recursos, deja desatendidas las necesidades de las poblaciones, y de este modo erosiona la legitimidad de los gobiernos.

La Ciudad Global se difumina en una red de ciudades distantes entre sí y separadas por un desierto demográfico.[1] La gran movilidad que requiere el modelo masificado y descentralizado exige caras infraestructuras para el transporte de viajeros —AVE, aeropuertos, autovías— y de mercancías de todo tipo —superpuertos, pantanos y trasvases.... Estas inversiones son territorialmente desiguales y excluyen a algunas regiones de los procesos de desarrollo económico. Las redes de infraestructuras dirigen los flujos de materiales, información y capitales hacia las «otras», hacia los territorios «ganadores». El resultado es una profunda «especialización territorial» de la producción: áreas de fuerte acumulación que concentran los procesos económicamente centrales —los centros conectados a la red global de ciudades—y áreas de extracción simple de recursos

1 El 80% del territorio español pierde población en la actualidad. (Fdez. Durán, 2003)

o simplemente de deposición y vertido de residuos —las periferias. Las etapas del proceso productivo que generan más valor añadido —las etapas finales, antes reseñadas— se quedan en los centros, mientras que las más nocivas se asientan en las periferias. Un esquema que se repite de acuerdo con los ejes Norte/Sur y Campo/Ciudad. (Naredo, 1999)

Asistimos a un proceso de transformación integral del territorio, en el que hay zonas que virtualmente desaparecen, al no estar conectadas a la red —las zonas rurales—, al tiempo que otras se ven reducidas a centros de servicios y/o turismo —los núcleos urbanos secundarios—, con una economía testimonial y dependiente. Mientras, unas pocas consiguen conectarse a la red global, al tiempo que se desarrollan explosivamente a cambio de precarizar las condiciones de vida de la mayor parte de sus habitantes y de hipotecar los recursos de la totalidad de los territorios nacionales[2] que las sostienen. Las ciudades «ganadoras» tienden a concentrar cada vez mayores proporciones de la población, se homogeneizan —física, estética, cultural, vivencial...— a nivel mundial; desaparecen las identidades locales, para asumir la identidad global que el mercado urbano y la ética capitalista exigen.

Las poblaciones que durante el siglo XX se desplazaron masivamente hacia las ciudades, se han convertido en conjuntos de individuos aislados con escasa capacidad para resistir los procesos de precarización y desculturación de la modernidad. La sociedad de masas, siempre urbana, atomizada y fragmentada, en la que la confianza en los demás viene garantizada por el Estado y los aparatos represivos, públicos o privados: está fuera de —sobre— la comunidad. La economía responde a este esquema centralista y vertical: cualquier actividad económica debe traducirse en dinero; el dinero debe funcionar también en un sistema vertical: el mercado, determinado desde arriba por los Estados y los poderes económicos. El proceso está mediado por un sistema de precios sobre el que la población no tiene ninguna autoridad, y que genera desigualdades y excluye a amplios sectores de la población. Las comunidades urbanas sólo tienen acceso a la economía en este sistema vertical, a través del mercado. Aunque haya medios para producir o consumir sin recurrir al mercado, la lógica urbana no lo permite, porque es precisamente el mercado el que estructura la comunidad.

El mercado polariza la distribución de la riqueza. En la ciudad global desaparece la capacidad de autodeterminar —individual o colectivamente— las condiciones de vida. Las posibilidades de recomponer un espacio económico que no polarice, sino que cohesione la comunidad, determinado

---

2 «Hoy en dia los sectores más importantes generan una mayor proporción de salarios altos y bajos. El crecimiento de la desigualdad está además alimentado por la erosión de las conquistas laborales en la industria y por la alta incidencia de paros involuntarios y cierre de plantas [...] de trabajadores sindicalizados y bien remunerados [...]. Finalmente, el giro global hacia una economía de servicios implica una proporción mucho mayor de puestos de bajos salarios que la que implicaba una economía basada en un fuerte sector industrial. El resultado general es un aumento de la polarización del ingreso.» p. 285. «La expansión de la actividad financiera, y especialmente sectores clave de la misma, se benefició de condiciones políticas a menudo perjudiciales para otros sectores, especialmente los industriales. [...] Las condiciones que promovieron el crecimiento en las ciudades contienen como componente significativo la caída de otras áreas —del mismo Estado-nación— [...] así como la acumulación de la deuda gubernamental y de la deuda empresarial». (Sassen, 1999, p. 40)

por valores sociales no mercantiles, pasa por la reconstrucción del tejido social que el propio mercado destruyó con la urbanización de la población y la mercantilización de las relaciones sociales y económicas. Pero el entorno de las modernas ciudades no ayuda.

La actividad está segregada en distintos espacios —ocio, trabajo, residencia. Esto parcela la vida de las personas y también sus relaciones sociales: cada espacio se estructura en función de la actividad principal y del tipo de convivencia que se da durante esa actividad; las vías de gran capacidad segregan el espacio, a la vez que dirigen los flujos de vehículos hacia espacios predeterminados; la actividad económica —producción y consumo— segregada hace necesaria la gestión centralizada del proceso; la dinámica de los mercados laboral e inmobiliario impone una gran movilidad a la gente que impide el establecimiento de lazos sociales territorializados y estables; la homogeneidad física de los espacios urbanos dificulta la emergencia de identidades colectivas locales, que son sustituidas por identidades globales basadas en el consumo; es necesario dedicar mucho tiempo al transporte, que se realiza a gran velocidad, en vehículos privados.

La lógica urbana y mercantil de gestión del territorio ha terminado por eliminar de las cercanías de la ciudad toda actividad económica del sector primario, la base de la economía; y en el momento presente la actividad del sector secundario también está desapareciendo de los territorios del centro.[3] Si la actividad productiva que permanece en los espacios urbanos es la de los servicios, la población depende del mercado para cubrir el resto de sus necesidades de consumo que, valga recordarlo, son precisamente las básicas: alimentación, ropa y vivienda. No hay, por parte de los pobladores de las ciudades, acceso directo a estas producciones.

La organización de la sociedad en procesos y estructuras a gran escala viene ligada a la imposición del dinero como mediador en todos los procesos sociales, y del mercado y sus precios como organizadores de la escena. La ciudad, que en la Edad Media representaba la libertad individual, se convierte en la actualidad en una cárcel, que nos mantiene sumisos al sistema salarial y al consumo como principal vía de relación con el resto del Mundo. Un modelo que reproduce desigualdades sociales y genera degradación ambiental, que se complementa con la otra cara de la moneda: la evolución en el medio rural.

1.2. El medio rural: el patio de atrás

En el siglo XX se han dado los mayores cambios demográficos de la historia de la humanidad. Uno de ellos ha sido la «urbanización» de la población. Frente al 15% de principios del siglo XX, más del 50% de la población mundial vive hoy en áreas urbanas. La situación se agudiza en espacios centrales como

---

3 Los 2/3 de la riqueza presente en los países del centro corresponden a la economía financiera: préstamos, hipotecas, créditos... Esto no quiere decir que la economía pierda su base productiva, sino que la base monetaria que la hace funcionar es ficticia —dinero ficticio. Si de repente estos 2/3 de la capacidad de consumo desaparecen —como en Argentina, por ejemplo—, el sistema se puede inutilizar a gran escala. (Rowbotham, 1998)

la UE, en la que este índice se acerca al 80%. (Fdez. Durán, 2001) Esto ha traído consigo un cambio radical en la forma de vida de la población, hasta el punto de que la forma de vida campesina prácticamente ha desaparecido en lugares como el Estado español.

Las sociedades rurales campesinas se caracterizan, a nivel económico, por una actividad basada en los recursos locales y limitada por las capacidades de reproducción de estos mismos recursos a través de los ciclos naturales, destinada al autoabastecimiento, muy intensiva en mano de obra y muy poco en capital —herramientas, infraestructura, tecnología... (Sevilla Guzmán *et alli.*, 1993) Las comunidades viven en estrecho contacto con su medio ambiente, ya que dependen directamente del mismo. Su estrategia se basa en un profundo conocimiento de éste, que da lugar a un aprovechamiento *eficiente* de sus potencialidades, con una tecnología y unas fórmulas de organización social adaptadas a cada entorno socioecológico concreto. (Alonso Millán, 1996)

Las sociedades urbano-industriales, por oposición, basan su economía en la extracción de los recursos y en la producción a gran escala para la mercantilización del producto. Es un proceso muy intensivo en capital y en uso de energía, y cada vez menos en mano de obra; es así mismo independiente en gran medida de los medios físico o social concretos en los que se inserta. Su finalidad es la *rentabilidad* económica del capital, la obtención del máximo beneficio económico, más allá de las necesidades o de cualquier principio de mantenimiento de la capacidad de reproducción —social o ambiental— del sistema. Para esto organiza la sociedad en procesos —de producción, distribución y consumo— a gran escala, como hemos apuntado antes.

Esta transición comenzó, poco a poco, en algunos focos de Europa y más tarde también en Norteamérica, fue transformando el resto de los territorios, organizando la producción mundial en áreas especializadas en determinadas tareas, sobre los ejes principales Norte/Sur y Campo/Ciudad. En los territorios centrales el modelo socioeconómico fue evolucionando paulatinamente con la cultura de la población. La urbanización se desarrolló a la par que el Estado del Bienestar, que viene a sustituir los lazos comunitarios que cuidaban del bienestar de las poblaciones campesinas en los asentamientos de origen. Lo comunitario fue sustituido por la masificación, por la cultura mediática, por el mercado... El interés comunitario, allá donde existió en las sociedades campesinas, se sustituye por la libertad individual y el anonimato urbanos.

En las áreas más periféricas el modelo económico global se ha impuesto sin el acompañamiento de cambios territoriales, institucionales ni culturales. La transición ha supuesto más bien una fractura entre pasado y presente, donde la organización mundial de la producción ha expropiado los recursos de las comunidades con una economía de base local, y la mercantilización de la vida ha desarticulado violentamente las estructuras sociales, culturales, económicas y ecológicas tradicionales. Esta fractura se expresa hoy en fenómenos como las «Villas Miseria» de las conurbaciones de los territorios periféricos, los movimientos migratorios entre países o las hambrunas crónicas en África.

En el Estado español encontraríamos unas características intermedias, como corresponde a nuestra situación de «periferia del centro». Durante la primera mitad del siglo XX presenta estructuras casi medievales. Tras la destrucción de la Guerra Civil, con el primer «Plan de Estabilización», emprendió en 1959 su integración en la economía mundo. Se buscó financiación internacional a través del Banco Mundial, negociando con

Estados Unidos y otras potencias, y se acometió la industrialización del país: se abren fábricas, se construyen centrales hidroeléctricas, nucleares y térmicas, se expulsa a la población rural de sus territorios y se les manda a las ciudades. Se fomentó la producción intensiva de carne estabulada, para dar salida al maíz y a la soja de EE.UU., transformando la dieta tradicional, basada en la legumbre autóctona, que se sustituye por proteína animal, lo que acaba por desarticular la producción local. Se llenaron las montañas de pinos para eliminar la ganadería residual y de paso se terminó de echar a la gente que quedaba en las áreas más marginales (López García, 1999) con el fin de que trabajasen en la floreciente industria urbana.

Entre 1950 y 1980 se abandonaron de 1500 a 2000 núcleos rurales en el Estado español. La población rural ha pasado del 75% del total en 1900 a ser menos del 20% en 1990. La cultura rural, identificada plenamente con la miseria, se perdió en la vorágine de los suburbios de Madrid, Barcelona, Bilbao... La «limpieza étnica» de Franco se unió a una rápida industrialización de la producción agraria, intensificada tras la entrada en la UE. Las subvenciones a la modernización —capitalización— de la actividad en las zonas y actividades más rentables, se unieron a todo el dinero destinado a compensar a los agricultores que abandonan las explotaciones menos rentables: las más pequeñas o las que se encontraban en las áreas más marginales. La población ocupada agraria pasó del 34% del total en 1964, al 8.4% en 1996 (Fdez. Durán, 2001), y seguirá descendiendo hasta el 5% recomendado por la UE.

La organización a gran escala de la producción y de la distribución y la comercialización de los productos agrarios destruye los mercados locales y concentra la producción en muy pocas empresas. Deja la organización del proceso en manos de estructuras transnacionales, muy alejadas de la población rural.[4] Las «grandes superficies» comerciales como Alcampo, Eroski o Carrefour, que controlan la mayor parte de las ventas agroalimentarias, consiguen sus productos en el mercado global, al que sólo las grandes explotaciones tienen acceso; la generalización del consumo urbano en las mismas destruye la pequeña explotación, y en general la capacidad productiva de las explotaciones periféricas. Por ello, podemos decir que la mercantilización de la actividad agroalimentaria genera desequilibrios territoriales, ya que expulsa gente del campo y hace inviable económicamente la actividad productiva en amplias zonas del planeta.

En otros países de Europa se ha mantenido una cantidad importante de población en las áreas rurales, con un tejido social y económico vivo e independiente, por lo que la producción local y la cultura campesina son valores sociales ampliamente aceptados. En el Estado español el campo es un desierto y la identidad campesina ha desaparecido completamente.[5] Los cambios bruscos han dejado un tejido socioeconómico débil y absolutamente dependiente de la ciudad, indefenso ante las imposiciones de la agroindustria y de las exigencias territoriales de la ciudad global. Se ha llegado a decir que

---

4 «Hoy en día, cinco empresas controlan el 80% de la exportación de los granos básicos, que son el eje alimentario principal en los mercados. Controlan toda la cadena alimentaria, imponiendo no sólo un modo de producción intensivo e industrial, sino imponiendo también un modelo de consumo». (Nicholson, 2001)

5 Quizá con la honrosa salvedad de algunos sectores del agro andaluz, agrupados en torno al Sindicato de Obreros del Campo (S.O.C.).

el medio rural, en los espacios industrializados, *no existe*, ya que no presenta una dinámica socioeconómica propia, endógena, que ni mucho menos entronca con los rasgos que más arriba hemos relacionado con las sociedades campesinas tradicionales. Todo el espacio se articula en función de la lógica que impone la ciudad global, que pasa a ocupar funcionalmente el conjunto del territorio, como si de un agujero negro se tratase.

La función de las áreas rurales es clara: extracción de recursos naturales —y también humanos— y deposición de residuos, en función de las necesidades del sistema urbano-industrial. También alberga las actividades más nocivas —industria contaminante, producción de energía— y da soporte físico a infraestructuras de todo tipo. Tradicionalmente el medio rural jugó el papel de financiar la ciudad: las rentas de la gran propiedad pasaron a la burguesía comercial que emprendió la industrialización urbana, bombeando capital desde al campo a la ciudad, sumiendo al primero en el atraso. (Alonso Millán, 1996) En la actualidad parece que una parte de los términos se invierte y la inestabilidad de los mercados financieros está dirigiendo cierta cantidad de los capitales especulativos a la compra de tierras, pero esta vez el efecto no es el fortalecimiento del campo, sino la subida de los precios de la tierra, lo cual precisamente hipoteca las posibilidades de desarrollo rural.

Las autoridades europeas han aceptado en las últimas décadas la problemática ambiental y la han identificado con el despoblamiento rural y la degradación de los sistemas campesinos de explotación de los recursos. La desaparición de pueblos, la pérdida de la productividad silvícola y cinegética de los montes conservados por las comunidades rurales, la degradación de las infraestructuras rurales y campesinas, de la tecnología adaptada a la pequeña producción, de los conocimientos tradicionales en ecología, etnobotánica, agricultura..., suponen la pérdida de un patrimonio histórico, cultural y material, impresionante, de una gran eficiencia, acumulado trabajosamente durante siglos.

El abandono del campo supone también problemas sociales debido a la acumulación de población en las ciudades, donde ya no hay trabajo para todos. Las políticas de desarrollo rural de la UE pretenden fijar población en el campo, activando el tejido socioeconómico local. La filosofía general que subyace a la actuación de las administraciones en proyectos como LEADER o PRODER es conectar las áreas rurales con el espacio global, diversificar producciones, y fomentar la producción agraria «de calidad». Pero en la práctica las inversiones se están destinando principalmente al turismo rural, en cualquiera de sus versiones, directamente o a través de la creación de infraestructuras, o de la creación de figuras de protección y regeneración de espacios naturales.[6]

---

6 Los mercados han encontrado al fin la síntesis entre desarrollo rural y medio ambiente, que tantos conflictos ha creado entre la población rural y los ecologistas. Las reservas naturales se convierten con el turismo rural en un medio espectacular de revalorización de los terrenos y construcciones rurales, precisamente en aquellas áreas que han quedado apartadas del desarrollo mercantil. Un ejemplo sangrante es el proyectado Parque Nacional de la Sierra de Guadarrama, entre las provincias de Madrid y Segovia, en una de las zonas más machacadas por el turismo de toda España, durante todo el año, donde ya no queda un palmo de terreno libre de chalets. Sin duda la apertura del parque será un inmenso negocio para aquellos que hayan ido acumulando terrenos en sus márgenes.

En el medio rural no hay capacidad de inversión ni visión empresarial para acompañar este impulso de la administración. Por tanto es la población urbana relacionada con los pueblos quien controla los negocios, de este modo se siguen bombeando capitales del campo a la ciudad. La actividad turística y vacacional absorbe los escasos recursos económicos rurales, al generar servicios para los eventuales o estacionales visitantes, a costa de infraestructuras o servicios para la actividad productiva local. La segunda residencia genera una espiral especulativa que eleva los precios de la tierra y dificulta el acceso a bienes inmuebles. Así, se hace cada vez más difícil la actividad agraria, que es la única que fija población en el campo durante todo el año.

Debemos considerar, además, que los fondos de desarrollo rural representan una pequeña parte respecto a todo el dinero que va hacia el campo,[7] a través de la Política Agraria Comunitaria (PAC) y de otros fondos, que precisamente fomentan la agroindustria y que como ya hemos comentado debilitan la sociedad rural. «Las políticas de desarrollo rural actuales también sirven de sostén al modelo de desarrollo urbano-industrial, esto es, se sustentan en la noción de crecimiento y desarrollo que, por tanto, encuentran su definición en los agregados monetarios homogéneos de *producción*». (Asoc. ECOS, 2001)

Las administraciones conciben el medio rural como reservorio de recursos naturales y biodiversidad, y al agricultor como «guardián» de estos recursos y del entorno en general. Pero si el campesino ya no depende de la tierra ni del agroecosistema, pierde el interés en cuidar de ellos. El campo también es rentable como materia prima para los mercados turístico e inmobiliario. Se valoran el paisaje y el folklore rurales porque «frente al espacio suburbano, cuyos paisajes son portadores de demasiados signos de ruptura, este campo soñado por los ciudadanos, codificado por la administración y la sociedad local, debe testimoniar la continuidad entre el pasado y el presente»[8] de una sociedad que ha perdido las referencias y los elementos de cohesión. Pero un medio rural dependiente, sin identidad económica propia, está condenado a desaparecer. Lo que hoy son recursos turísticos rurales antes eran elementos vivos de la cultura campesina local, y tenían sentido dentro de ésta. Sin esa cultura, nadie necesita de esos recursos ni de su mantenimiento, y el paisaje se tornará en un decorado que habrá que mantener artificialmente, otro parque temático, que sólo funciona algunas semanas al año. Pero no hay dinero que pague el trabajo milenario de las culturas campesinas

El campo era el único espacio de los países industrializados que aún mantenía sectores de la economía sin mercantilizar, donde se practicaba el trueque o se autoproducían muchos bienes, o donde muchas de las actividades en el tiempo libre se realizaban de forma no comercial. Se ha

---

7 «Este último tema —el desarrollo rural— ha sido definido como segundo pilar de la Agenda 2000 —de la Unión Europea—, aunque representa tan sólo el 10% de los fondos [...] Después de estudiar los documentos, es imposible obviar que el desarrollo rural está pensado para reparar algunos de los efectos desastrosos del 90% del presupuesto restante.». (Cendán, Xose Ramón, 2001, p. 78)

8 Delamarre, A, «L´espace agricole dans l´aménagement du territoire des Bouches du Rhône», *Coloquio Hispano-Francés de Agriculturas Periurbanas*, Madrid, 1985, citado en Gómez Mendoza (1987).

transformado, sin embargo, en un nuevo «yacimiento» económico con nuevos y variados «nichos de mercado», que además sirve para liberar parte de las insatisfacciones que el modo de vida urbano-industrial genera en la población. El campo ha entrado en el mercado, o mejor dicho, el mercado ha penetrado el campo, y éste ya no volverá a ser lo que era.

El propio suelo rural se califica de modo negativo, como suelo «no urbanizable». Los usos agropecuarios solo tienen sentido donde no es rentable la urbanización, a espera de nueva orden. Podemos encontrar ciudadanos madrileños que viven a 150 km de la ciudad, y vienen y van todos los días. La ciudad se expande, dificultando en su avance el desarrollo de dinámicas endógenas, ya que el mercado impone usos especulativos del suelo. Las infraestructuras agrarias se pierden, y el conocimiento y la cultura campesinas, probablemente el medio de producción más importante en una economía sostenible, también.

Se va cerrando la puerta de atrás para aquellos que no queremos vivir en la espiral del salario y del consumo, para aquellos que queremos relacionarnos con nuestro entorno según unos valores no capitalistas ¿En qué espacio físico vamos a experimentar las nuevas relaciones? ¿En los espacios y tiempos segregados de la ciudad? ¿En un campo vacío y dependiente? Mantener el campo como un espacio útil y productivo no es sólo un problema ambiental, o de seguridad o soberanía alimentarias. Supone la posibilidad de reconstruir un modelo territorial equilibrado a escala humana: economías locales, autónomas e independientes, y con ellas comunidades que desarrollen sus singularidades y sus potencialidades, en armonía con —y alimentadas por— su entorno natural particular.

1.3. ¿Proteger el medio ambiente? ¡Seamos medio ambiente!

La ideología dominante hoy día, supone que la mejor forma de gestionar las sociedades humanas y el medio ambiente, es a través del libre mercado, convirtiendo las actividades y los bienes en mercancías susceptibles de ser compradas y vendidas. El capitalismo necesita expandirse y crecer, todas las actividades económicas deben realizarse dentro del mercado y generar un movimiento creciente de capital. Eso explica por qué es preferible comprar nuevas máquinas antes que reparar las viejas, hacer más pantanos antes de optimizar los sistemas de transporte de agua, producir bienes de «usar y tirar» antes que otros reutilizables.

Un buen ejemplo son las grandes infraestructuras y las obras públicas, además de que la economía global necesite de fuertes inversiones que posibiliten la distribución mundial de la producción, estas inversiones son a su vez necesarias para generar actividad económica, para inyectar capitales en el mercado. Es el llamado desarrollismo. Otro buen ejemplo es la mercantilización de la naturaleza y de los procesos naturales. Las empresas presionan para que las relaciones con los recursos naturales y con el medio ambiente en general se realicen a través del mercado; se privatizan los cursos de agua, o la gestión de los parques naturales, o los derechos de uso del genoma de una bacteria o de una semilla agrícola. Esto genera ingresos, dinero y permiten, así, que la rueda siga girando.

Los capitalistas ortodoxos opinan que es el trabajo humano la única fuente de riqueza. Pero... ¿qué derecho tenemos sobre un bosque? ¿Qué representa el trabajo de talar un árbol respecto a todos los elementos que actúan en la reproducción de un bosque? ¿Y respecto a los mecanismos por los que éste se regenera? Esto no entra en los precios, y por eso la explotación capitalista no se preocupa por su despilfarro, no necesita calcular su impacto. Se supone que la gestión privada y mercantil va a ser más eficiente que la pública por su especial interés en obtener beneficios, pero eso no es cierto porque la degradación ambiental generada no se contabiliza. También se supone que todos vamos a tener el mismo acceso a los recursos que antes, porque el mercado es un espacio libre. Pero a estas alturas hemos comprobado que es mentira, que genera desigualdades de acceso a los recursos.

Un paso previo y necesario a la privatización de los recursos naturales era que los recursos fuesen *propiedad* de alguien. Aún hoy, el capital encuentra grandes problemas para acceder a la explotación de ciertos territorios, porque éstos no pertenecen a nadie: en el Amazonas hay zonas que no se pueden comprar ni vender, y hasta ahora nadie lo había necesitado, porque sus moradores sencillamente disfrutan de su uso. Un poco más cerca, hasta mediados del siglo XIX en la mayor parte de las comarcas españolas al norte del Tajo, gran parte de las tierras de los pueblos eran comunales; no eran públicas, propiedad del ayuntamiento, sino que era la asamblea de todos los vecinos del pueblo —el concejo— quien las gestionaba para satisfacer las necesidades de la comunidad.

Muchos de estos sistemas de gestión colectiva de los recursos naturales han llegado hasta la actualidad y revelan que el modelo comunal o colectivo es mucho más eficiente que la gestión privada o la pública, como podemos comprobar en algunos pueblos de Castilla y León u otras comunidades y en sus distintos modelos de gestión forestal, o más claramente en los conflictos entre las sociedades campesinas e indígenas en los países de la periferia y sus Estados. (Garrido Peña, 1997) La gestión comunal consigue muy buenos rendimientos, conserva el patrimonio y garantiza realmente la igualdad de acceso de la población a los recursos naturales. Pero los beneficios monetarios son menores a corto plazo, no alcanza la rentabilidad que una empresa mercantil necesita, ¡porque no la busca!

La rentabilidad que busca el capitalismo se ampara en que los precios no incluyen los perjuicios ecológicos o sociales que acarrea la producción, así como las ayudas que reciben las empresas mercantiles de las administraciones. Si considerásemos todo esto, o si lo incluyésemos en el precio de los productos, el proceso no resultaría rentable, y las cosas tendrían que funcionar de otra manera.

Pero esto no ocurre, y el mercado, la producción industrial y el consumo de masas se someten en todo el territorio. La dinámica que subordina la estructura y actividad rurales a las urbanas se impone con fuerza y la ciudad se expande como una mancha de aceite a gran velocidad. No se puede decir que queden aún en el planeta ecosistemas naturales, pues la totalidad ha sido transformada directa o indirectamente por las sociedades humanas. Sin embargo, el salto que supone la expansión de la ciudad global se concreta en la *mercantilización* de las relaciones existentes dentro de los ecosistemas humanizados y el consiguiente deterioro de su equilibrio en la medida que desarticula, a través de la mediación del mercado, los mecanismos de comunicación entre la sociedad y su medio ambiente. La *privatización* supone la desarticulación de los mecanismos colectivos

y culturales de control del manejo de los recursos, con la desaparición de un bien común y una identidad comunitaria ligados al ecosistema. La g*lobalización* segrega espacial y temporalmente las etapas del proceso económico, de este modo invisibiliza los efectos nocivos del mismo, poniendo en peligro su sostenibilidad global.[9]

El manejo campesino de los recursos naturales se realizaba en sistemas prácticamente cerrados; cada comunidad contaba con unos recursos limitados: un territorio, un número de gente, unos animales de trabajo, una capacidad de trabajo, unas herramientas, una cultura, unas relaciones sociales, un conocimiento técnico... Y era esto lo que podía poner en juego para satisfacer sus necesidades. El sistema debía ser capaz de autorreproducirse, de ser sostenible. Numerosos estudios sobre la llamada economía campesina[10] sugieren que la sostenibilidad se integra en la propia cultura de las comunidades, hasta el punto de que su estrategia reproductiva no busca el beneficio, sino simplemente la autorreproducción. El mérito de las más afortunadas —o más sabias— sociedades campesinas ha sido saber «artificializar los ecosistemas manteniendo las bases de su renovabilidad» (Guzmán Casado, 2000, p. 107), para cubrir sus necesidades materiales en el proceso de coevolución entre medio social y medio ambiente.

Si hay un valor a rescatar de las culturas campesinas, éste es el de la *eficiencia*. Si la eficiencia de los procesos busca la autorreproducción del sistema, nos acerca a la sostenibilidad social —por la optimización del esfuerzo, en forma y cantidad— y ecológica —por la optimización de la interferencia humana en los ciclos naturales del ecosistema. La estrategia se basa en el conocimiento del funcionamiento del sistema, y en considerar un sistema —una realidad— complejo que integra al medio ambiente y a la sociedad humana: las costumbres y los gustos locales, las formas de organización social, los recursos técnicos...

Es necesario retomar un análisis integral, holístico, para poder encontrar modos de relación con nuestro entorno —economías, en su sentido básico— realmente sostenibles. Lo cual se enfrenta con el enfoque parcelario que predomina en el análisis de la problemática ambiental global. Es precisamente esta parcelación de la realidad a la hora de tratar la problemática territorial o ambiental, la que genera la incapacidad para aportar soluciones, dado que causas y efectos se sitúan a menudo en momentos o espacios del proceso no inmediatos. «Las mejoras obtenidas en la productividad agrícola e industrial o en las condiciones de salubridad y habitabilidad de las ciudades que posibilitaron su enorme crecimiento, se consiguen generalmente a costa de acentuar la explotación y el deterioro de otros territorios».[11] Por esto, y porque una misma lógica subordina hoy en día las formas de vida en el campo y en la ciudad, intentamos enfocar nuestra visión hacia la totalidad del territorio y superar este antagonismo.

---

9 Nos referimos a la Sostenibilidad Global que define Naredo, perdurable en el tiempo y en el espacio, considerando como referencia la totalidad del planeta. (Naredo, J.M. et *alli*., 1999, pp. 65-66)

10 Desarrollamos el concepto de Economía Campesina en los siguientes capítulos.

11 Naredo, J.M. et *alli* (1999, p. 66).

Como veíamos al principio de este capítulo la descentralización de la producción y la segregación espacial de las distintas etapas del proceso económico —extracción de materias primas, transformación, transporte, consumo y deposición de residuos—, requieren de un control altamente centralizado del mismo, que por necesidad se realiza en base a un conocimiento general, alejado de las particularidades de cada momento y espacio del proceso. Por el contrario, la eficiencia requiere un conocimiento particular y complejo de la realidad con la que se interactúa, el desarrollo de un manejo específico para cada entorno socioecológico concreto. Frente a las prácticas industriales, groseras y homogéneas, la Sostenibilidad Global requiere de modelos de economías locales y de pequeña escala, basadas en los recursos locales, en las que los procesos estén adaptados a los ciclos naturales.

Debe darse una descentralización de la economía y del control sobre esta, para poder adaptar las fórmulas de organización social a cada medio ambiente concreto, y viceversa. Las fórmulas institucionales centralistas, aún a pequeña escala —gobiernos regionales, ayuntamientos—, producen una pérdida de eficiencia importante. Habría que conocer cada palmo de tierra para saber lo que necesita y lo que nos puede dar. Hay que estar *dentro* del ecosistema, ser parte de ese palmo de tierra, para recoger toda la potencia, fuerza y sabiduría que la Naturaleza contiene. Habría que descentralizar la gestión económica hasta el punto en que nuestras sociedades sean capaces de vivir esta unión con el medio ambiente.

Desde los organismos oficiales se plantea todo lo relacionado con el clima —agujero de ozono, calentamiento global...— como la problemática ambiental más importante. Sin embargo, estos fenómenos están muy alejados de nuestra cotidianidad. El deterioro al que se somete diariamente al suelo, aire, agua, vegetación y ecosistemas locales es probablemente igual o más importante, y está mucho más cercano ya que tiene relación inmediata con el manejo humano del entorno y los recursos naturales. Por tanto es mucho más fácil concienciar a la población al respecto y actuar sobre las causas. Tal actuación pasa inevitablemente por un cambio de raíz en los modos de producción y consumo en las sociedades humanas, y sobre todo por un cambio radical en la forma de organizar los procesos económicos. Supone un cambio en las estructuras políticas, hacia la descentralización. Como hemos visto, las transformaciones se deben dar en varios niveles a la vez.

Una línea muy interesante, desarrollada a principios del siglo XX por geógrafos y urbanistas cercanos a los círculos anarquistas, fueron los debates en torno a la Ciudad Jardín, que incorporaban el cuestionamiento de la concepción liberal de las posibilidades de crecimiento ilimitado de la urbanización y de la producción industrial. El concepto de Ciudad Jardín trataba de restablecer el equilibrio territorial entre campo y ciudad, entre agricultura, industria y esparcimiento. Desplegaba modelos de asentamiento basados en la autonomía política y el autoabastecimiento, con un tamaño adecuado para el ejercicio de la democracia directa y para el respeto de la capacidad limitada del entorno para sostener en relación al sostenimiento de la actividad humana. (Masjoan, 2001)

Aún antes, hubo también numerosos aportes teóricos en este sentido, e incluso intentos más o menos pintorescos, como los de los llamados «socialistas utópicos» —Fourier, Saint Simón, Owen...— de recrear fórmulas «modernas» de asentamientos humanos que evitasen los males sociales y ambientales que acarrean la urbanización de la población y la industrialización

de su forma de vida. (Badal, 2001) Son debates que se fueron abandonando y que hoy han sido enterrados con la victoria del neolibreralismo como ciencia mas allá de toda ideología. Pero sigue siendo tan necesario, hoy como entonces, pensar fórmulas distintas de organización social, económica y territorial, para frenar esta carrera hacia el abismo. Nuestras relaciones con la Naturaleza pueden aportarnos muchas claves del rumbo a tomar.

El nexo con el territorio siempre ha estado en la base de las identidades locales,[12] y hoy también nos puede ayudar a escaparnos de la identidad global, de masas, que nos mantiene indefensos ante la ideología neoliberal. Llamémoslo barrio, pueblo o región, o lo que sea; la relación con un espacio físico concreto, diferenciado, con sus propias dinámicas físicas y ecológicas, define un entramado social propio y autodeterminado, adaptado al territorio, al tiempo que este mismo entramado social también define y modifica el propio espacio que habita. (Garrido Peña, 1997) «Si admitimos que la generación de saberes e iniciativas desde los sectores populares parten generalmente de lo concreto, lo cercano, lo vivencial, lo subjetivo, lo emotivo, lo cotidiano... cualquier proyecto de acción social transformadora, a protagonizar por los propios ciudadanos, debe considerar los territorios que ocupan y viven estos sectores sociales como base inexcusable de partida». (Carmona Gallego, 1994)

La profundidad en la acción de los movimientos sociales urbanos podría fortalecerse al emprender desarrollos que transformen los espacios en que vivimos, a fin de que éstos posibiliten unas relaciones sociales y económicas horizontales e igualitarias. Las actuales ciudades no ayudan a este proceso, ya que están estructuradas para el funcionamiento en base al mercado. Un horizonte deseable puede ser ruralizar la ciudad en el sentido de reintroducir usos y lógicas campesinas del territorio y devolver el espacio a una «escala humana» en donde se fortalezcan las comunidades locales. Un territorio con cierta homogeneidad social y urbanística, capaz de albergar elementos de autoidentificación comunes a —y exclusivos de— la población. (Rdguez. Villasante, 1991) Una actividad interesante puede ser conectar nuestra cotidianidad, aunque sea parcialmente, a los ciclos naturales, a lo rural. Y si no queda rastro de la naturaleza, una tarea interesante puede ser reintroducirla.

Resulta difícil imaginar cómo vamos a aprender a respetarnos entre los humanos si nuestra relación con el resto de los seres es de dominación y saqueo. (Bookchin, 1994) Con la creciente subordinación funcional del campo a la ciudad, con la transformación del paisaje rural en un mero decorado, en una mercancía homogénea, perdemos el espacio rural como referencia de un desarrollo autocentrado y de una economía local, perdemos de vista la coevolución entre medio ambiente y sociedad. Unas relaciones de integración en los ciclos naturales son más que una cuestión de supervivencia material para asegurar el abastecimiento de materias primas; supone la posibilidad de una nueva cultura y una nueva economía, recuperar los valores de lo colectivo, de la diversidad y la complejidad, apreciar los procesos de reproducción frente a la hegemonía de la producción, el equilibrio frente al crecimiento, la eficiencia frente al beneficio, el uso frente a la posesión. Esto significa estar *en* la Naturaleza, sin pretender dominarla.

---

12 Es importante resaltar que el nazismo u otras ideologías autoritarias, así como todos los nacionalismos, también se han basado siempre en el paisaje o la unión con la Tierra, entre otros conceptos biológicos como la raza. La integración en la lógica de los ciclos naturales no implica el abandono de toda racionalidad, como algunos de la «Nueva Era» pretenden.

No se trata de irnos todos al campo, idealizar la cultura rural para mantenerla como está,[13] volver a las cavernas y a nuestro «ser animal», ni destruir cualquier estructura social o política basada en «lo humano». Debe ser la unión de nuestra racionalidad con la sabiduría que emana de nuestra interacción con el resto del ecosistema, lo que nos acerque a los nuevos valores (Bookchin, 2000) y a organizaciones territoriales a escala humana. (Villasante, 1991; Max Neef, 1994) Hoy por hoy somos una cultura urbana e industrial, y éste es nuestro punto de partida. La historia ha traído progreso para las sociedades humanas en muchos aspectos, hay mucho conocimiento acumulado que nos es muy útil. La interacción entre gente de la ciudad y del campo incorpora a éste último elementos propios de la cultura urbana, que sin duda lo enriquecen, y viceversa.

No se trata de renegar de lo que somos, sino de enriquecerlo en un ambiente más propicio para el desarrollo de nuestras potencialidades, de generar una «modernidad alternativa». (Guzmán Casado, 1999) No somos campesinos. El medio rural no existe más que como decorado. Pero la adaptación a la naturaleza y los valores campesinos pueden servir de guía en la ruptura con una lógica vital que nos mantiene dependientes del capitalismo. Muchas culturas campesinas son y han sido patriarcales, autoritarias, inmovilistas... Los valores positivos que venimos resaltando pueden servirnos para establecer nuevas formas de relación entre humanos y entre humanos y naturaleza, como punto de partida hacia un modelo territorial que no tiene que ser ni rural ni urbano. Puede ser una combinación de ambos, o mucho mejor algo completamente nuevo que supere esta oposición, pero que en cualquier caso permita la descentralización y la diversidad biológica y cultural que las culturas campesinas han reproducido.

El entorno debe ser parte de nosotros, igual que nosotros somos parte de él. Es cuando pasamos del «espacio» al «lugar», (Nogué i Font, 1988) cuando dotamos al entorno de una significación subjetiva propia, a través de la cual se abre la posibilidad de desarrollar las potencialidades particulares de la interacción entre éste y nosotros, mas allá de los «no lugares» que representan los espacios urbanos que hoy poblamos. «El territorio [...] no es sólo un producto urbanístico o geográfico, sino una referencia individual y colectiva construida y modificada tanto en lo racional como en lo emocional». (Carmona Gallego, 1994) La *territorialización* viene dada a través de convivir con el entorno de forma no mediada, y de su transformación individual y comunitaria en procesos autodeterminados, comprendidos; viene dada por el desarrollo de una visión de la realidad y de un trabajo vivo y creativo, integrado en nuestra vida no como castigo sino como realización de ésta. Quizá es por esto que la agricultura tradicional, la pesca artesanal o aquellos oficios ligados a los ciclos naturales producen amor hacia la Naturaleza y no el temor o desprecio que hacia ella sienten los ingenieros y demás sacerdotes de la ciencia y la tecnología.

---

13 Allá donde los «sistemas —sociales—, por su durabilidad en la historia, han probado ser sostenibles, el cambio social y la innovación tecnológica son una constante, aunque en la mayor parte de los casos resulten invisibles a los ojos urbanos». (Guzmán Casado, G. *et alli.*, 2000, p. 145)

1.4. El espacio periurbano: el conflicto territorial como posibilidad

Cambiar nuestra relación con el medio ambiente no es cosa fácil. Hacerlo de forma colectiva y masiva es algo bastante difícil. Por eso tenemos que trabajar mucho y muy bien para encontrar la forma de hacerlo.

Un primer paso puede ser acercar a la gente de la ciudad —mayoría aplastante en el Estado español— a la problemática rural; a la vez que acercamos a la población rural a los condicionantes que impone la vida en la ciudad. El enfrentamiento de intereses entre gente del campo y de la ciudad, entre producción y consumo, puede en parte ser un problema de insolidaridad, de egoísmo o de incomunicación. Pero más bien es un componente estructural de la organización de esta sociedad, que nos mantiene segregados y enfrentados, haciendo necesaria la gestión centralizada y vertical de los asuntos comunitarios. Vencer la invidencia que nos produce la segregación territorial del proceso económico puede ayudarnos a imaginar una sociedad que no reproduzca desigualdades sociales y degradación ambiental.

La agricultura, o el sector agroalimentario en su conjunto, pueden ser espacios interesantes para esto, ya que engloban una de las necesidades más básicas, la alimentación. Se trata del componente central de las culturas campesinas y de sus valores en torno a la sostenibilidad y a la autonomía; es una de las primeras actividades que desaparece con la expansión de la actividad industrial y de la ciudad; y en su forma industrial es uno de los mayores factores de degaradación ambiental. Involucrar a los productores agrícolas —normalmente rurales— con los consumidores —normalmente urbanos—, y viceversa, para que todos participemos del proceso, puede ser una forma efectiva de realizar este acercamiento. Tendremos así la oportunidad de un diálogo fuera del conflicto de intereses, para irnos acercando a la determinación colectiva de una parte de nuestra economía, no como consumidores o productores, sino como miembros de un grupo social inserto en un ecosistema concreto, con unas necesidades y un manejo de los recursos naturales determinado socialmente. Y, por tanto, podremos acercarnos al control integral y colectivo de nuestra acción sobre los ecosistemas y a la de éstos sobre nosotros.

Un espacio interesante para trabajar estos temas es el *espacio periurbano*, que groseramente sería aquel espacio que rodea a una ciudad y en el que se dan simultáneamente procesos propios de los espacios rural y urbano, sin llegar a ser ni lo uno ni lo otro.[14] La dinámica general es, aunque de forma discontinua y heterogénea, la progresiva desaparición de los rasgos rurales para ir dando

---

14 Se encuentran diversas definiciones del espacio periurbano en J., Gómez Mendoza, (1987, pp. 114-122). En cualquier caso será útil para nuestro análisis una caracterización funcional de este espacio en tres coronas: la 1ª corona periurbana sería aquel espacio plenamente suburbano, soldado física y funcionalmente a la ciudad compacta; la segunda estaría en proceso de transformación, pero en ella la renta de la tierra ha pasado ya a ser urbana; en la tercera los procesos de urbanización se encuentran aún enfrentados a una agricultura y a una sociedad rurales en pleno funcionamiento, Kayser, B. y Shektman-Labry, G., *La troisième couronne périurbaine: une tentative de identificatión*, citado en Gómez Mendoza (1987, p. 120).

paso a los urbanos. El proceso es muy visible en cuanto a los usos del suelo. La expansión de la ciudad genera en los espacios rurales circundantes ciertos procesos que se podrían resumir en tres bloques:

- *La relocalización periférica de las actividades económicas*, tanto industriales como de servicios. Con el crecimiento urbano, aumenta la posibilidad de trabajos estables en nuevos sectores, que habitualmente generan más ingresos, y menos riesgos y molestias que la pequeña explotación agraria. Esto hace que el campo se vaya abandonando como actividad económica principal.
- *Modificaciones dentro del sector inmobiliario*, ya sea por la demanda de segunda residencia o por dinámicas especulativas debidas al crecimiento urbano o a la ampliación de la red de infraestructuras de transporte; pero en cualquier caso el precio de la vivienda y del suelo se eleva hasta el punto de que no es posible el uso agrícola o el acceso a la vivienda a través de las rentas agrarias.
- *La pérdida de peso de la actividad agropecuaria en la economía local* que trae consigo un cambio en la composición del poder local, de modo que pasa a fomentar otras actividades más en consonancia con las funciones urbanas del espacio

La actividad agraria tiende a desaparecer. La dinámica que se impone excluye los usos agrícolas, los cuales al ir desapareciendo hacen aún más difícil la propia actividad agraria. Los servicios, infraestructuras y saberes necesarios para esa economía también van desapareciendo: quiebra el tejido económico agrario. Además de la dificultad de conseguir tierra a buen precio, se hace muy difícil conseguir el resto de los insumos necesarios —agua, semilla, herramienta, maquinaria, conocimiento—, en buen estado, a un precio razonable y adaptados a la pequeña producción.

Si los usos urbanos generan más beneficios y mejoran la calidad de vida de la gente, el cambio de uso es comprensible. Pero debemos valorar también que la agricultura es la principal actividad económica que realizamos directamente con el ecosistema y es, por tanto, un nexo íntimo e inmediato con el mismo, central para las identidades locales, hasta el punto de que la sociedad rural tradicional se estructura en torno a la actividad agraria. Además, la práctica agrícola y su articulación con el sistema sociocultural local, son la garantía del mantenimiento de los recursos naturales.

Ni la cultura campesina ni la producción agraria local *tienen lugar* en espacios como los periurbanos, en nuestro caso el área periurbana de Madrid. Pero los mecanismos mercantiles, por sí solos, no sirven para explicar que la rentabilidad sea hoy en día el valor supremo en la actividad económica. El mercado necesita para funcionar de unos comportamientos, unas reglas, unas motivaciones, unos fetiches... Es la cultura urbano/industrial la que impone estos comportamientos, porque la rentabilidad y el beneficio son sus específicos valores funcionales, útiles y necesarios en este entorno social construido alrededor del mercado. Lo social, lo político y lo cultural, se estructuran en forma mercantil respondiendo al entorno urbano/industrial, y viceversa. La evolución es necesariamente conjunta. Y en este contexto no cabe el mantenimiento de un campo vivo en las cercanías de la ciudad.

La muerte de lo rural es un problema estructural, que surge en el mismo centro de la lógica del modelo socioeconómico capitalista, y es un problema de toda la sociedad. Por esto, hay que acercar el mundo urbano y el mundo rural, no para uniformizar, sino para buscar modelos de desarrollo alternativos, hacia un equilibrio que pueda mantener la multiplicidad de

entornos y que permita un intercambio de recursos de todo tipo —materiales e inmateriales—, para el enriquecimiento de todos. No se trata de congelar el campo, meterlo en un museo y mantenerlo como está. Se trata de retomar la unión con la naturaleza en la evolución conjunta de ecosistemas y sociedades, de invertir dinámicas, de ruralizar la ciudad y de *campesinizar* el conjunto del territorio, en el sentido de reconstruir comunidades —y economías— locales no mercantiles.

Consideramos la Agroecología como la propuesta más interesante para un auténtico Desarrollo Rural Sostenible. Nosotros añadimos que dicho desarrollo no es sostenible si tan sólo se aplica al espacio rural, y por esta razón nos apoyamos en las propuestas de la agroecología para pensar evoluciones posibles respecto al conjunto del territorio. De las particularidades y conflictos de los espacios en transición, tales como el espacio periurbano, surge la riqueza que queremos aprovechar, y las posibilidades de superar la expansión homogeneizadora de la lógica urbano-industrial, para tender puentes entre lo rural y lo urbano. Tal desarrollo será paulatino, gradual, y necesariamente empezará siendo parcial, afectará tan sólo a grupos sociales y espacios muy específicos, a facetas muy concretas de la vida de los mismos. Pero la voluntad será la de globalizar el proceso, adaptándolo a cada situación concreta. Somos tan conscientes de que los cambios parciales no alcanzan gran profundidad ni durabilidad, como de que es el movimiento lo que nos permite ver más lejos y de que esperar a un cambio global no hace sino inmovilizarnos.

La Agroecología, como Desarrollo Rural Endógeno, nos puede servir como herramienta metodológica a la hora de proponer proyectos emancipatorios para la ciudad, el campo o sus diversos híbridos. La aplicación de paradigmas rurales a la ciudad supone la ruptura conceptual que buscamos para comenzar a trazar nuestro propio camino, que a partir de ahí no tiene por qué seguir las líneas de la Agroecología, ni las del entorno urbano ni las del rural, sino a aquellas que vayan surgiendo en el proceso que iniciemos. Para estructurar nuestra idea vamos a utilizar un esquema que recoge los rasgos principales del Desarrollo Rural Agroecológico, elaborado por Javier Calatrava Requena (1995).[15] Un esquema que vamos a adaptar a los entornos urbano y periurbano. En cualquier caso lo que nos interesa de este enfoque es que es endógeno —nacido desde dentro— y participativo, y que sitúa el centro de los procesos de desarrollo global en la propia comunidad, articulando propuestas tanto desde una perspectiva social como ecológica. Este esquema que surge desde una óptica campesina, y por eso no mercantil, se caracterizaría por los siguientes principios:

- *Integralidad*. Debe aplicarse al conjunto de las potencialidades de aprovechamiento de los distintos recursos existentes en la zona y en el grupo. De esta forma, debe buscarse el establecimiento de actividades económicas y socioculturales que abarquen la mayor parte de los sectores económicos necesarios para permitir el acceso a los medios de vida de la población e incrementan el bienestar de la comunidad.
- *Armonía y equilibrio*. Los esquemas de desarrollo generados desde la base de los recursos locales deben realizarse buscando el equilibrio entre los sistemas social,

15 Calatrava Requena, J., «Actividad agraria y sustentabilidad en el desarrollo rural», en Eduardo Ramos Leal y Josefina Cruz Vilalón (eds.): *Hacia un nuevo sistema rural.* MAPA. Madrid, 1995, citado en Guzmán Casado (1999).

económico y ecológico, de forma que el desarrollo de ninguna parte merme o hipoteque el desarrollo de las otras, sino que más bien se refuercen mutuamente en su despliegue.

- *Autonomía de gestión y de control*. Han de ser los propios habitantes de la zona —o los directamente involucrados en la experiencia— quienes, en líneas generales, gesten, gestionen y controlen los elementos clave del proceso. Esto no significa que la propuesta tenga un carácter «autárquico»: la intervención de las administraciones públicas o de otros grupos pueden existir, ya que rechazar todo tipo de ayudas —materiales o inmateriales— puede suponer una precariedad que a la larga mine el proceso. La autonomía es un tema muy complicado sobre el que es difícil dar soluciones concretas, ya que éstas deben adaptarse a cada caso y dependerán de las características del proyecto y de la actividad concreta a realizar, de la zona, del contexto económico —local, regional, nacional...—, y del institucional, entre otros.

- *Cerrar los ciclos en la circulacion de los materiales*. Para hacer visibles todas las implicaciones de los procesos económicos, intentaremos realizar, o al menos controlar o conocer desde la comunidad, todo el recorrido que podamos. Se abre así la posibilidad de cambiar la lógica del «usar y tirar» para cerrar los ciclos ecológicos, como se ha hecho siempre en las sociedades campesinas. También juegan un papel muy importante las redes locales de intercambio de bienes y de medios de producción, «como elementos de resistencia y enfrentamiento al control que, tanto en la fase de producción como en la(s) de transporte —y comercialización—, ejercen las empresas comerciales que introducen los elementos de naturaleza industrial en el manejo de los recursos naturales». (Guzmán, 1999) Las relaciones económicas e intercambios con elementos externos al sistema deben realizarse si es necesario, siempre y cuando no debiliten la autonomía del grupo

- *Mantenimiento y potenciación de los circuitos cortos*. Esto es, se deben potenciar los mercados locales para protegernos de la estructura de poder de los mercados convencionales: buscar la cercanía, el conocimiento directo entre productor y consumidor, y la eliminación de los intermediarios. Creación de espacios económicos que intenten superar el antagonismo entre productores y consumidores en la constitución de espacios sociales unitarios, con capacidad de gestión conjunta de la economía. Desde cooperativas de consumidores a asociaciones unitarias de productores y consumidores, pasando por figuras de trueque u otros sistemas que busquen alternativas al sistema de precios que fija el mercado.

- *Utilización del conocimiento local vinculado a los sistemas tradicionales de manejo de los recursos naturales*. En aquellas zonas en las que el manejo tradicional histórico ha mostrado su sustentabilidad resultará útil, ya que «la coevolución local posee la lógica de funcionamiento del (agro)ecosistema [...]. Somos conscientes que en la mayor parte de las zonas rurales de las "sociedades avanzadas" la erosión del conocimiento local ha sido tan fuerte, que resulta tremendamente difícil el "rescate" de este conocimiento. No obstante, existe una contundente evidencia que nos muestra su recreación allá donde el hombre recobra la coevolución con su ecosistema.[...] [Incluso] en los agroecosistemas fuertemente artificializados —y mercantilizados—, donde el manejo tiene una naturaleza rabiosamente industrializada, también es posible generar un conocimiento local que aporte soluciones». (Guzmán, 1999) Lo mismo podríamos decir de las formas de organización económica.

- *Pluriactividad*. Consiste en buscar la complementariedad de actividades, el uso múltiple del territorio y de las estructuras generadas y el aprovechamiento de todas sus potencialidades. Se debe intentar cubrir la mayor cantidad de etapas posibles de la producción —y de ahí hasta la distribución y el consumo, si es posible— para controlar el proceso y no ceder valor de los bienes producidos a intermediarios, haciendo de la integración de las diferentes actividades un factor de fortalecimiento del sistema. Así mismo se debe intentar combatir la especialización territorial de la actividad económica, para devolver autonomía a las comunidades locales.

El espacio donde desarrollamos nuestro proyecto, Madrid y sus alrededores, está ciertamente muy alterado por la industrialización y por la subordinación del territorio a la economía global. Desde luego, se trata de una dinámica que

no vamos a revertir de la noche a la mañana. Debemos analizar los ritmos y potencialidades de cada situación particular, de cada fractura que encontremos en nuestro barrio, en nuestro grupo vecinal, en cada estructura comunitaria, en las actividades cotidianas, para analizar qué hay de transformador y sostenible en ellos y reconducir el sistema en ese sentido.

No se trata de aplicar recetas preestablecidas, sino de promover la reorganización gradual de los sistemas sociales hacia situaciones de estabilidad socioecológica creciente, más sostenibles, en función de las potencialidades que cada entorno posea y de las líneas de desarrollo en las que la comunidad local se muestra más dinámica y más eficaz. El criterio para apoyar un movimiento u otro sería que éste ganara energía y reforzara el tejido social y su articulación con el medio ambiente. Esto último es lo que da vida a la comunidad en cuanto que ésta vuelve a tejer sus relaciones sobre la base de lo social y de sus valores autogenerados. De este modo, vuelve a elaborar sus propias formas de relación con el entorno de modo no mercantil.

En este sentido, hemos observado en los últimos años movimientos muy interesantes en ciudades del Estado español, donde comunidades locales —más o menos articuladas como tales— han desarrollado movimientos para defender o reapropiarse de los usos de su entorno inmediato para configurar, más allá del ocio, espacios vivibles, en los que sea posible una relación directa y no excepcional —de fin de semana, «naturaleza museo»— con la naturaleza, desde la cotidianeidad. Buena muestra de ello son todas las resistencias que han surgido a los citados planes de reorganización de los cascos históricos o a las grandes operaciones urbanísticas y de construcción de infraestructuras de transporte en los espacios periurbanos. Pero merecen especial mención aquellos que reivindican *el uso* tradicional del territorio como parte imprescindible de la identidad local.

Citaríamos la lucha de los vecinos y vecinas de La Punta, en la zona sur de la ciudad de Valencia, que ha sido excepcional. Allí se encontraba una de las huertas más fértiles del planeta, que conservaba en buena parte el modelo de asentamiento y explotación que desarrollaron los árabes a su paso por estas tierras: casas de labor, sistema de acequias, modelos locales de manejo del agroecosistema... Un legado histórico inigualable, un modelo urbano que puede compatibilizar la agricultura con el resto de actividades de la ciudad, tan sostenible que ha sobrevivido a las civilizaciones que han pasado por este territorio, hasta llegar al siglo XXI. (Per L´Horta, 2002) La ampliación del puerto y las expectativas especulativas de crecimiento urbano han acabado con siglos de coevolución entre los campesinos periurbanos de Valencia, con el fabuloso agroecosistema de la Albufera y las huertas que la rodean, que hasta el último día se mantuvieron a plena producción. Han sido 13 años de lucha vecinal y tres años finales de okupaciones de casas y huertas. Tras toda clase de amenazas y chantajes a los campesinos y a los colectivos que los apoyaron, tras varios cortes de agua de riego y todo tipo de sabotajes, en 2002 las máquinas arrasaron finalmente las huertas de La Punta.

Otro ejemplo serían las muchas decenas de casas que se han okupado en la Collserola, pequeña cadena montañosa que rodea Barcelona al oeste, un espacio completamente rodeado por el espacio metropolitano y que en barrios como La Floresta o Les Planes ofrece muchas casas abandonadas, testigos de un pasado muy reciente en el que esta zona aún era campo y en el que las masías albergaban a «pagésos» que daban de comer, desde sus

pequeñas explotaciones periurbanas, a los habitantes de la ciudad. O casas de campo que ya no resultan tan atractivas para las vacaciones. Muchos grupos de jóvenes han rehabilitado las casas abandonadas para construir sus vidas en entornos más vivibles, en las cercanías de la ciudad, y en algunos casos, como el de Can Pasqual, para constituir proyectos colectivos de vida que acerquen la ciudad al campo, y experimentan así modelos sostenibles y autogestionados de vida colectiva.

Se debe también citar al Parque Miraflores, del popular distrito de la Macarena en Sevilla, otra centenaria zona de huertas en la periferia de la ciudad, de cuyo valor comunal han sabido apropiarse los vecinos, tras una fuerte lucha desde 1983, para conseguir un parque construido por el Ayuntamiento, pero de gestión vecinal. Este espacio combina áreas de esparcimiento y ocio con los huertos urbanos; actividades de educación ambiental y de recuperación de la memoria histórica del barrio y de sus luchas, de los antiguos pobladores campesinos de la zona y de sus formas de vida; así como proyectos de creación de empleo en un barrio en el que éste es un bien escaso. (Carmona Gallego, 1994)

A otro nivel, quizá más institucional, estaría el Parque Agrario del Baix Llobregat, figura de protección y gestión de una zona de horticultura y de un territorio amenazado por la expansión de la ciudad. Esta iniciativa empezó en 1996 con dinero de la Unión Europea y parece que está consiguiendo cierto éxito al dinamizar la actividad socioeconómica local. Sus objetivos son «preservar el espacio agrario previsto como tal, promover el desarrollo económico del territorio agrario y las explotaciones agrarias en particular, y conservar y difundir los valores ambientales y del territorio». La figura de Parque Agrario reconoce los valores culturales, sociales y ambientales de la actividad agraria, y promueve actividades para preservarla, a través de la colaboración entre administraciones, población local y organizaciones agrarias. También hallamos en esta dirección la experiencia desarrollada en Aranjuez por el Ayuntamiento y la Comunidad Autónoma de Madrid a mediados de la década de 1980, al poner a producir una finca pública de más de 300 Ha. de regadío para la explotación de hortaliza y otros cultivos, con el fin de salvar el paisaje hortícola de la célebre vega y de generar a la vez empleo. (Mata Olmo, 1987)

Seguro que hay muchos más ejemplos interesantes que no conocemos, cada uno con sus peculiaridades y adaptados a su situación concreta. Algunos han funcionado y otros no, pero de todos tenemos mucho que aprender. Una de las enseñanzas más interesantes es que es necesario que la gente sienta como *suyo* el espacio, así como los usos que se quieren conservar o desarrollar en el medio; sólo de esta forma se consigue una implicación real de la población. Esta ligazón con el entorno no puede venir únicamente por medio de valores estéticos o sentimentales, sino porque juega un papel central, propio, en la cotidianidad de la gente. Si queremos esta implicación de nuestra comunidad en la construcción del entorno y de nuestras relaciones con él, debemos encontrar cuál es este papel, o cuál podría ser.

Lo cierto es que los procesos que afectan a todos los espacios invadidos funcionalmente por la ciudad —directa o funcionalmente— son análogos: la ciudad mercantiliza el suelo, «produce suelo» (Fernández Durán, 1979) al introducirlo en el mercado urbanístico, ya sea por la construcción de los servicios necesarios para la urbanización, por la simple cercanía del núcleo

urbano, o por generar expectativas de futuros desarrollos. Desde que el suelo se afianzó como un nuevo mercado, las administraciones locales han apoyado el proceso con planes específicos de recalificación, urbanización o reforma urbanística a medida de las empresas promotoras inmobiliarias. De hecho, la revalorización del suelo y el crecimiento urbanístico continuos son una necesidad imperiosa para la financiación de la administración local. La venta de los suelos «liberados» y el beneficio obtenido por el cambio de usos constituyen uno de sus principales ingresos.

Detrás de las promotoras inmobiliarias está siempre la administración local, que generalmente mantiene con las primeras una absoluta coincidencia de intereses y que incluye toda clase de casos de corrupción. Por ello, la problemática territorial queda siempre relegada a la invisibilidad frente a la problemática económica de las administraciones, y por eso también las comunidades locales chocan frontalmente con aquellas al plantear usos del territorio que no generan capital. Mientras la actividad agraria o una determinada forma de asentamiento —casas bajas, ciudad jardín...— no sean valores reconocidos por toda la comunidad, no existirá una correlación de fuerzas positiva con los poderes locales y no podrá existir resistencia alguna a los procesos de urbanización. Ya sea en barrios antiguamente periféricos, en pueblos absorbidos físicamente por la expansión urbana, o en pueblos convertidos en ciudad-dormitorio o lugar de vacaciones, sin una dinámica socioeconómica local fuerte, es difícil frenar los procesos de mercantilización y especulación del suelo.

En esta lucha también hay infinidad de ejemplos, como las resistencias de las comunidades de inmigrantes venidos del campo de las distintas etapas de industrialización en el Estado español. Cuando en las décadas de 1970 y 1980 las administraciones sustituyeron los poblados de chabolas por edificaciones modernas, ya reguladas dentro del mercado, los vecinos exigieron el realojo en el mismo barrio, así como la participación en el diseño de los nuevos barrios. Más recientemente el movimiento de okupación de viviendas y centros sociales está aprovechando los vacíos que quedan en la reestructuración de las ciudades para desarrollar nuevas formas de cooperación social ligadas a territorios concretos. La denuncia de las consecuencias de la mercantilización de un bien básico como es la vivienda y la intervención positiva en la reestructuración de los cascos antiguos metropolitanos, tiene ya algunos ejemplos muy interesantes en Madrid —por hablar de los que más conocemos— como son los Centros Sociales Okupados de Seco (Vallekas) o El Laboratorio (Lavapiés).

1.5. Bajo el asfalto está la huerta: una odisea en el espacio

El proyecto de Bajo el Asfalto está la Huerta (B.A.H!) surge como un intento de poner en contacto las problemáticas rurales y urbanas, al considerar que ambas son complementarias y que, por tanto, cualquier alternativa vendrá dada por la transformación simultánea de ambos medios. Ésta es una de las razones por las cuales el proyecto se situó en el espacio periurbano, y no en una zona más rural, donde probablemente todo resultaría más fácil a la hora de hacer agricultura.

La fórmula que hemos utilizado ha sido gestionar una explotación agraria desde la ciudad y de forma asamblearia. El productor conoce los problemas, motivaciones y posibilidades del consumidor, y viceversa, en un debate que abre la posibilidad de desarrollos que beneficien a ambas partes. De hecho, éstas se disuelven en el proceso de gestión conjunta para mantenerse y mantener la actividad, hasta el punto de que en el BAH! hay un tránsito constante de gente entre el grupo de trabajadores y el de consumidores. Gracias a ello la apertura de un espacio económico alternativo está posibilitando que miembros de la cooperativa emprendan actividades productivas que no serían posibles en el mercado abierto. La definición del tipo de explotación corre a cargo de toda la comunidad en la que se inserta la actividad y por tanto se adapta a sus necesidades específicas.

Lo ideal sería, por supuesto, que las huertas estuviesen en los propios barrios y que los niños jugasen en ellas al salir del colegio y conociesen desde pequeños lo que es una lechuga en la tierra y lo que es la autoorganización de la alimentación; que la actividad económica estuviese espacial y funcionalmente dentro de la comunidad y se insertase efectivamente en el propio ecosistema urbano. Nosotros okuparíamos toda la vega que aún queda en el Manzanares a su paso por Madrid,[16] o cada solar en cada barrio, si tuviésemos fuerza para mantenerlo, no como huertos de ocio o equipamientos ambientales, sino para dar de comer a la gente. En cualquier caso, la tierra y el agua no serían de peor calidad que la de los tomates de Murcia y Almería. Pero por el momento cultivamos la tierra en sitios que nos permiten seguir adelante con el proyecto sin comprometer demasiado la producción, la actividad central del proyecto, mientras vamos acumulando la fuerza necesaria.

Nuestra idea es que la gestión de los espacios naturales y de los ecosistemas degradados sólo es sostenible si se realiza desde una óptica integral y desde el desarrollo de modelos de asentamientos humanos globalmente sostenibles. Por eso estuvimos buscando zonas que tuviesen unas características interesantes para significar el conflicto entre campo y ciudad, y que a su vez nos diesen posibilidades de desarrollo real del proyecto. Para comenzar, nuestro experimento se basaba en ocupar una zona del llamado «Parque Regional del Sureste», o de las cuencas medias de los ríos Jarama y Henares con el fin de dotarlo de vida y de restablecer la coevolución con la población humana.

La Comunidad Autónoma de Madrid es la mayor concentración de población del Estado español. Su economía se basa en el sector servicios, con especial importancia de las administraciones regionales y estatales y de todas las actividades anexas. Es la bolsa de valores más importante del Estado, y este factor y la capitalidad explican la presencia de la mayor parte de las divisiones centrales de las grandes empresas que operan en España. También el sector inmobiliario ocupa un lugar importante en la economía regional. En los primeros años de la década de 1980, la crisis energética mundial, la caída de las industrias pesadas y el aumento del paro supusieron un fuerte parón en el sector de la construcción, que permitió un replanteamiento de la política

16 De hecho, la M-30 discurre por las vegas del río Manzanares y el arroyo Abroñigal. Estas vegas son huertos y dehesas al menos desde el siglo XV (Madoz, 1848), y todavía se utilizaban hasta hace escasamente 30 años, cuando en 1975 construyeron la autovía.

desarrollista de la administración regional, para buscar un mayor equilibrio en el desarrollo territorial de la CAM. En estos años, primeros de la «etapa democrática», entraron ideas frescas y nuevas en el gobierno socialista, tales como el aprovechamiento de la agricultura periurbana para la descentralización de la población y el desarrollo de asentamientos más sostenibles. (Ballesteros *et alli.*, 1984) Sin embargo, tras la entrada del Estado Español en la UE en 1985 y la consecuente entrada de capitales, el gobierno retomó la política desarrollista que nos conduce a la situación actual.

El citado Parque del Sureste está dentro del área de expansión del Gran Madrid, y por esto sus límites físicos y normas de funcionamiento no se respetan. Por ejemplo, hay gran cantidad de actividades ilegales en su interior, denunciadas desde hace años, contra las que no se actúa. La finca que okupamos se llama «Caserío del Henares», a 17 Km. de la Puerta del Sol, expropiada en la década de 1980 para su conservación por el especial valor ambiental de su ecosistema de ribera. En la actualidad está fuertemente degradada, y se juntan en sus cercanías las autovías M-45 y M-50, la autopista de peaje R-III y el AVE Madrid-Barcelona; está rodeada de polígonos industriales y en el más cercano hay un depósito de la Compañía Logística de Hidrocarburos (CLH) que hasta hace poco vertía al río Henares a través de la Finca. Las alcantarillas de un cercano barrio de Torrejón de Ardoz también vierten allí, y en el interior hay restos de graveras abandonadas, además de un desguace y un depósito de chatarra todavía en funcionamiento.

La finca había sido una reivindicación vecinal histórica como zona verde y está catalogada, en el Plan de Ordenación de los Recursos Naturales del Parque como destinada a «equipamientos ambientales», con especial recomendación para la agricultura «respetuosa con el medio ambiente». Además, en algunos documentos oficiales, recibe la calificación de «colchón ambiental» del parque respecto a las ciudades cercanas y sus polígonos industriales. De hecho, formaba parte de un ambicioso plan promovido en tiempos de la administración del PSOE para generar en esa finca un eje de desarrollo basado en la agricultura ecológica, la educación ambiental y otras actividades económicas sostenibles, plan que se quedó en su primera fase: abrir tres hectáreas de terreno para huertos de ocio en el «Caserío del Henares» y una Escuela-Taller de Agricultura Ecológica en la misma finca, que hoy permanece cerrada y abandonada. En la práctica, la gestión de la finca corre a cargo de empresas privadas —TRAGSA y Soluciones para el Medio Ambiente— y se reduce al mantenimiento y reposición del vallado, contratar a los guardias de seguridad para que nadie entre y realizar algunas visitas guiadas por un entorno de abandono.

Realmente la ocasión era perfecta y nos propusimos tomar la finca para desarrollar de forma autogestionada lo que de hecho constaba en los papeles oficiales: agricultura ecológica y educación ambiental, en un proyecto colectivo que abriese finalmente la zona al uso público. Al pasar el primer año nos vimos en la situación de no tener fuerzas suficientes para mantener simultáneamente la ocupación,[17] producir verdura y montar la compleja estructura económica que el proyecto planteaba. Así que decidimos apostar

17 Debido a las dificultades que se nos pusieron desde la administración. Desarrollamos más en profundidad los sucesos en el último capítulo: «¿Cómo es el BAH!?»

por una cooperativa que produjese verdura, por la construcción de un proyecto estable y de base material, pues no bastaba con acceder a la tierra: había que revertir todo un modelo de gestión privada y mercantil de los recursos y el espacio, y eso requería tiempo, esfuerzo y motivación. Para eso el proyecto tenía que generar algo tangible: verdura de calidad y en cantidad suficiente. Toda nuestra reivindicación política cobra realmente sentido al provenir de un proyecto social con una base real, material, que puede funcionar efectivamente por medio de una lógica alternativa. Desde esa posición podemos superar la acción simbólica para empezar a transformar directamente nuestra realidad, y para cargar de esta misma realidad nuestras acciones reivindicativas y de denuncia.

Después fuimos a parar al valle del Tajuña, a unos 40 Km al sureste de la capital. Aquí no nos fue nada fácil encontrar tierra. Conseguimos juntar el primer año 1.5 Ha de terreno, diseminado en 5 fincas y 4 pueblos, a lo largo de 20 Km. En este valle la situación era distinta: no se produjo en su momento la modernización de la explotación y por ello hay mucha tierra vacía y apenas quedan agricultores, y también por eso están muy deterioradas las infraestructuras agrarias. Sin embargo si nos ha sido más fácil encontrar ancianos hortelanos que aún conservan restos de las prácticas agrícolas tradicionales, e incluso semillas tradicionales, adaptadas por ellos mismos a la zona y a su modelo específico de cultivo o algunas variedades autóctonas, ya que incluso hemos encontrado gente que reproducía semilla y plantel de hortaliza con prácticas artesanales. Así, comenzamos a tejer relaciones con agricultores de la zona —todos por encima de los 60 años—, empezamos a conseguir el estiércol de explotaciones extensivas, a aprender sobre los ciclos de cultivo y prácticas tradicionales, a recuperar acequias, a ayudar y ser ayudados...

Nuestro horizonte temporal tampoco es muy halagüeño. Se prevé la inmediata construcción de una central térmica en Morata de Tajuña —a 7 Km.— y para dentro de unos años un nuevo aeropuerto en Campo Real —a 15 Km.—, que sin duda alterará la funcionalidad de toda la comarca. No cabe duda: la ciudad expulsa las actividades que no son rentables, y lo comprobamos día a día. Pero de momento nos hemos quedado en este lugar. El caso es que no podemos irnos más lejos porque haría imposible el contacto directo de la gente de la cooperativa con la huerta, y el transporte diario de los trabajadores que viven en Madrid.

Este valle es el menos urbanizado de toda la Comunidad de Madrid. Presenta una orientación perpendicular a las carreteras nacionales —Autovías de Levante y de Andalucía— y quizá esto puede retrasar un poco los fenómenos de urbanización. Los pueblos conservan aún su estructura rural tradicional, y por tanto es el valle en el que hay más posibilidades de impulsar líneas de desarrollo alternativas a la urbe. De hecho, la llamada comarca de Las Vegas —del Tajo medio, Bajo Tajuña y Bajo Jarama—, en la que nos situamos, concentra el 50% del cultivo de regadío madrileño.

En la actualidad casi todas nuestras tierras —más de 2.5 Ha— de huerta están en Perales de Tajuña, son de una calidad bastante buena, al igual que el agua de riego, y tenemos mayor acceso a infraestructuras e incluso a ciertos organismos oficiales locales, fruto de los tres años de persistencia machacona en el lugar. El trabajo de varios años en alguna de las fincas, antes abandonadas, empieza a dar sus frutos al controlar mejor las malas hierbas y plagas, y al aumentar notablemente la fertilidad y salud de la

tierra. Cada día aparecen nuevas posibilidades de tierras, actividades, líneas de cooperación... parece que se nos va aceptando. De alguna forma, nos reconocen como parte del pueblo, nos valoran y cuentan con nosotros para algunas cosas, lo cual es mucho para unos «hippies, ecologistas y jóvenes» recién llegados de la ciudad. Nos ha costado mucho esfuerzo entender la lógica local: mucho pasar por el aro, mucho ayudar y hacer lo que te dicen sin rechistar, callar cuando sabes que te ocultan cosas... Pero empezamos a comprender y respetar a la gente del pueblo; y parece que, a su manera y poco a poco, también ellos nos respetan. Esto mismo está multiplicando las posibilidades de cooperación que al principio eran nulas.

Es de resaltar que las relaciones que mantenemos en el entorno de Perales se dan casi exclusivamente con agricultores, y están totalmente centradas en el trabajo. De hecho, el trabajo es el principal medio de socialización. Cuando nos han visto sudar, y más aún cuando han visto que nuestra forma diferente de manejo agrícola también da frutos, ha sido cuando nos han empezado a aceptar. A través de la perseverancia en nuestro trabajo, en ver, en escuchar y preguntar, en ayudar y comprender, tenemos la recompensa de acceder al milenario conocimiento campesino que los ancianos hortelanos que quedan en Perales portan en su quehacer diario y que posiblemente desaparezca con ellos.

Tenemos acceso a apasionantes debates en el bar de los hortelanos, con sus palabras, a las siete de la mañana de un día cualquiera, sobre los cambios en las plagas tras la introducción de los fitosanitarios de síntesis, o la pérdida de biodiversidad en el agroecosistema de huerta y la degradación de la tierra con las prácticas industriales, o sobre distintos tipos de labores y su impacto sobre la producción... Hemos comprobado que su conocimiento no científico es efectivo, hasta el punto de que ya apenas utilizamos libros de agricultura: ante cualquier problema preguntamos y contrastamos luego con nuestra propia experiencia.

Aplicamos el esquema que hemos reseñado antes para el Desarrollo Rural Agroecológico a un proyecto en el que gente de la ciudad gestiona un espacio rural para desarrollar una actividad agraria: lo aplicamos a la ciudad y al campo a la vez, en un proyecto que atraviesa la oposición entre ambos. «Se cumple una doble función, la de dinamizar procesos de desarrollo en el ámbito rural y la de facilitar un cambio en los hábitos de consumo de la ciudad, creando nuevas alianzas y complicidad entre consumidores y productores hasta fundirse en una unidad». (Julia, 2003) La fórmula concreta en la que hacemos esto es lo que vamos a desarrollar y fundamentar en el resto del presente trabajo.

Con nuestra actividad en Perales dinamizamos la vida local, hasta el punto de que una jóven de Morata entró en la campaña 2002/03 en el grupo de trabajadores. Movilizamos recursos por medio del intercambio y otras fórmulas no monetarias y generamos ingresos —alquiler de maquinaria, compra de plantel y semilla, de herramientas, de comida, alquiler de tierras...— para el tejido agrario local. Conectamos la tradición campesina con la cultura que nosotros traemos, generando nuevas posibilidades determinadas por nosotros mismos, ya que no necesitamos que el mercado medie en la actividad interna de nuestra cooperativa. Más que la propiedad o el acceso a unos medios de producción o a la tierra, consideramos que lo único que nos va a permitir mantener nuestra actividad en un espacio concreto será nuestra capacidad de generar dinámicas que conviertan nuestra existencia en parte constitutiva de la realidad y la identidad locales. Conseguir que las cosas

funcionen de otra manera, de una manera en la que *sí tengan lugar* actividades agrarias sostenibles, dinámicas colectivas y autodeterminadas de gestión del espacio, identidades socioecológicas no mercantiles.

Por otro lado, de cara a la ciudad, conectamos a la gente de la ciudad con el campo: la verdura y el resto de actividades que realizamos en torno a ella ligan a esta pequeña comunidad urbana a la tierra que cultivamos, en una actividad tan central en nuestra vida como cotidiana: la comida. Nos ligamos al clima, porque si viene malo, hay mala verdura; a la cantidad y calidad del agua; a los precios de la tierra que marca la especulación; a la desaparición de las infraestructuras agrarias comunitarias; a la desaparición del conocimiento campesino... Nos permiten hablar de «el pueblo» sin necesidad de decir qué pueblo, porque lo hemos hecho parte de nosotros, igual que nosotros ya somos parte de él —«los verdes», como nos llaman—, de su paisaje, de su cultura, de su gente.

Un papel importante en este sentido lo juegan los Domingos Verdes: en los que vamos juntos, de forma voluntaria, al huerto a trabajar, a comer algo rico: unas gachas, una caldereta, unas migas, un gazpacho... Al principio se hacía una vez por temporada y venían unas 10 personas... En el 2003 algún día nos hemos acercado a las 60 personas, de todas las edades y colores, y la gente ha pedido que se haga dos veces al mes. Para los trabajadores agrícolas es una ayuda inestimable, además de ver reconocido su trabajo «in situ». Para los consumidores supone visitar su huerta, nuestra huerta, y trabajar en la verdura que nos vamos a comer. Y también un día de campo, en el que se hace ejercicio, se aprenden cosas interesantes, se respira aire limpio, se conoce gente... Un día para hablar de política, o salir con los niños a contarles historias «del pueblo», o para rebajar el estrés urbano con un poco de dolor de riñones: para recordar que tenemos cuerpo.

Es el segundo espacio colectivo más importante en la cooperativa, según los consumidores —véase el capítulo: «Perdonen, ¿podríamos decidir algo?»—, y supone un nexo irremplazable de unión entre la gente. Se conoce otra gente de los distintos Grupos de Consumo y la problemática del trabajo agrícola, lo que refuerza la confianza entre productores y consumidores. De hecho, el Domingo Verde es el mayor aval que nos permite prescindir de las certificaciones oficiales de Agricultura Ecológica, de las que por otro lado no nos fiamos. Y quien trabaja un día en la huerta, ya la siente como suya. Aunque somos muy conscientes de que esto aún queda lejos de integrarnos en los ciclos del ecosistema, al menos nos vamos acercando, conscientes de que los cambios en la forma de vida no se pueden dar de forma demasiado violenta. Nos valen como referencia algunos proyectos, como el «Plan Arcoiris» en Nagai (Japón), que sí consiguen ir cerrando algunos ciclos de la materia en torno a la actividad agroalimentaria en núcleos urbanos de tamaño medio. (Ichiyo, 1998)

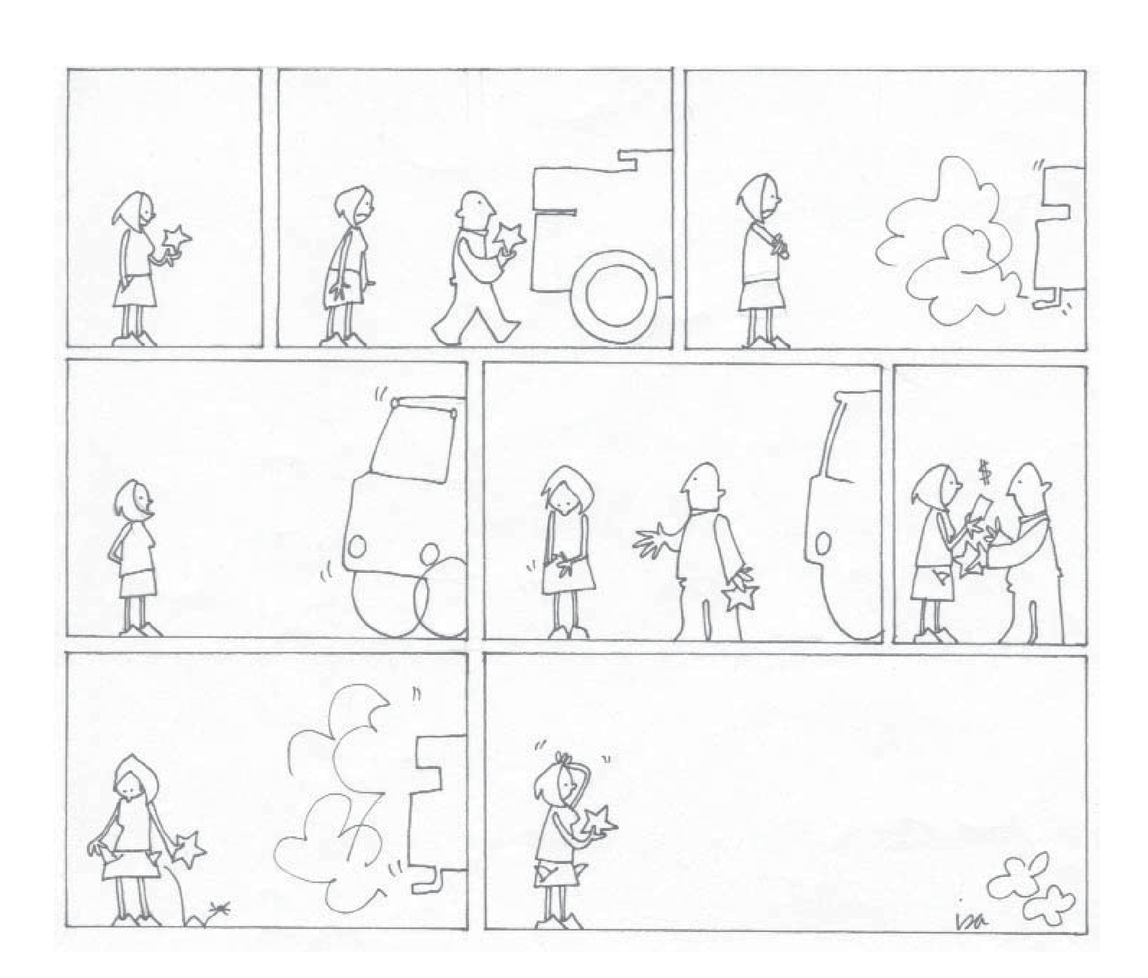
Otro objetivo, más centrado en el ámbito urbano, es fomentar con la actividad de la cooperativa el fortalecimiento de las redes sociales en la ciudad. A través de los Grupos de Consumo que hay en distintos barrios de Madrid, también estamos generando movimiento, al poner en contacto a gente de muy diversas procedencias, en una actividad centrada en la cotidianeidad —la alimentación— y en el territorio —el propio barrio y la zona de las huertas—, de la que están saliendo comunicaciones y cooperaciones muy interesantes. Una organización como la nuestra, que agrupa unas 300 ó 400 personas en 12

grupos de barrio, no tiene un gran impacto absoluto en una ciudad de 3 millones de habitantes. Por ello cuando en la cooperativa hablamos de «lo local» estamos pensando en nuestros barrios o pueblos, pero también en las redes sociales que conformamos desde los movimientos sociales antagonistas, lo cual supone «un pequeño pueblo», con un territorio difuso, pero con flujos y procesos autocentrados sobre los que sí tenemos cierta capacidad de interacción, y que presentan muchas posibilidades.

En el BAH! hay gente de muchos colectivos y movimientos distintos, que encuentran en esta estructura un espacio informal de relación que fortalece el tejido social de cada barrio, e incluso de Madrid. Es posible unir la capacidad económica y de articulación de proyectos colectivos que se dan entre las masas urbanas, más o menos concienciadas, con la flexibilidad y la capacidad de innovación de las pequeñas explotaciones periurbanas. Abrimos así pequeños espacios de descentralización de la economía, y de gestión colectiva y autodeterminada de algunos procesos económicos. Esta «comunidad» de los Movimientos Sociales Madrileños está abierta, y llega a unos cuantos miles de personas, según el eje en que se mire, lo cual de momento nos ofrece mucho terreno por recorrer. Nuestro objetivo es abrirla cada vez más, y en concreto territorializar lo más posible este tipo de experiencias. Por eso queremos crecer y apoyar la creación de otras cooperativas, autónomas y coordinadas, de tal modo que nos vayamos centrando en territorios más concretos —distritos o barrios—, para seguir abriendo pequeños espacios de autogestión y de subjetividades agroecológicas ligadas a espacios concretos, que sin duda presentan grandes potenciales de desarrollo.

Sabemos que la expansión de la ciudad también encierra en sí misma contradicciones sobre las que es posible construir alternativas. La presión que desarrolla sobre el territorio no es homogénea, como tampoco lo es la absorción de culturas y usos del espacio que aquí hemos planteado. La miseria cotidiana que impone la vida urbano-industrial genera resistencias de todo tipo, en todos los grupos sociales, en las que podemos encontrar intereses comunes que muevan proyectos colectivos de articulación de alternativas.

En cualquier ciudad del mundo coexisten islas de funcionalidad transgresora dentro del espacio periurbano e incluso dentro de la propia ciudad: actividades económicas y otros usos del espacio. Estas discontinuidades normalmente tienen lugar por la unión en un espacio y momento concretos de una posición periférica respecto a la dinámica ordenadora del territorio y por el éxito de una comunidad o explotación al introducir innovaciones en sus modelos económicos, aprovechando las ventajas diferenciales de su situación excepcional; tales como la cercanía a un gran centro de consumo como Madrid, en el caso de la actividad agraria periurbana. Estas islas tienen el valor de abrir la posibilidad de la trasgresión, no sólo la suya particular, sino de la trasgresión como un hecho cotidiano. Transmiten que la excepcionalidad que ponen en juego mañana puede ser la tónica dominante, que la realidad es un proceso heterogéneo y sin terminar, sobre el que podemos influir, y que la normalidad es algo muy variable.



2. ¿Para qué sirve la economía?

Alternativas al mercado como fuente de valor

Con un grito triunfante, se afirma que «no hay suficiente dinero»... Entonces no podemos hacerlo. El dinero tiene nuestra confianza. El dinero es aceptado como el árbitro final. El dinero es la verdad económica absoluta; la realidad limitante. Y si no hay suficiente dinero, bueno, es lo que hay.

The Grip of Death, 1998
Michael Rowbotham



2.1. Introducción

Como ya hemos apuntado en el anterior capítulo, la actividad humana va adquiriendo formas mercantiles según la sociedad avanza hacia formas urbano-industriales. Todo se realiza para conseguir dinero y todo se cambia por dinero. La esfera económica se sitúa por encima del resto —de la esfera social, política, afectiva, cultural...— hasta transformarlas en meras herramientas.

Para Aristóteles, economía —proveniente del «oikos»: casa— era «todo lo concerniente a la correcta administración de la casa». La economía de la que hoy hablamos es tan solo cierto tipo de gestión económica, a saber: la economía mercantil, el capitalismo en sus diversas formas. La dinámica que impone el capitalismo necesita que el resto de estructuras, que conforman la sociedad, sean funcionales, y por eso debe transformarlas en su desarrollo. Este modelo de economía requiere de un crecimiento sostenido de los flujos

de capitales y por tanto se impone con carácter totalitario al resto de las relaciones sociales y a otros espacios regidos por modelos diferentes de organización social. La ideología económica neoliberal toma cuerpo de ciencia y se desarrolla en leyes de rango casi natural, a menudo independientes de la realidad que pretenden explicar. Y es esta ley, que sólo funciona en los papeles y en los congresos de los poderosos, la que está rigiendo nuestra sociedad.

Las sucesivas rondas de profundización en el capitalismo, tras sus respectivas crisis, están consiguiendo que aquello que el capitalismo pretende gobernar mediante la ciencia económica —las sociedades humanas y los recursos naturales— sea cada vez más inestable. El modelo consigue adaptarse al desorden que va generando mediante nuevas aplicaciones tecnológicas, cambios en su organización, la ocupación de nuevos espacios socioeconómicos —nuevos territorios, nuevas actividades, nuevas rela-ciones...—, o simplemente mediante la violencia contra los pueblos o territorios que se resisten... Pero, ¿hasta cuando? Cada vez más gente y más espacios van quedando excluidos del acceso a los bienes básicos para la subsistencia, y las formas de dominación se revelan cada vez más burdas y brutales. Pareciera que los cimientos del modelo se tambalean, y surgen por doquier síntomas de una crisis estructural.

Siguiendo los rastros de este Nuevo Orden Mundial, observamos que el capitalismo presenta vacíos, discontinuidades e híbridos en las formas de organización social que adopta en cada situación concreta. La realidad socioeconómica no es un bloque monolítico, estático e impenetrable, sino un fluido múltiple y dinámico en el que operan innumerables fuerzas, con distintas direcciones, naturalezas y condiciones.[1] Por ejemplo, en los espacios sociales más degradados —las Villas Miseria de los suburbios metropolitanos, las zonas menos accesibles, las culturas más refractarias a los valores de la propiedad privada y el mercado...— el capitalismo por sí solo no consigue implantar plenamente su modelo, y por ello debe apoyarse en otras relaciones sociales no basadas solamente en el beneficio, para gestionar los recursos y organizar, mal que bien, los flujos de bienes y servicios.

Mucha gente ve en los sucesos de los primeros años de este milenio el inicio de importantes transformaciones en la «Aldea Global». Si es así, debemos empezar a trabajar para que las tendencias futuras nos lleven a espacios de mayor libertad.[2] No podemos esperar que estas tendencias se definan, debemos definirlas nosotros y nosotras, y para ello debemos pensar y probar sistemas, modelos nuevos, construir los cauces por los que la creatividad social dibuje escenarios posibles de emancipación hacia los que dirigirnos. Organizar nuestros deseos y volar con ellos.

---

1 «Sólo raramente encontramos en la vida económica un orden económico... puro... Lo usual es que los sistemas económicos existan los unos al lado de otros formando conglomerados muy complejos». Chayanov, 1924, citado en Sevilla Guzmán (1993).

2 Según Godelier, los momentos de transición serían aquellos en que «los modos de producción, modos de pensamiento, modos de actuación individual o colectiva se ven confrontados con límites, internos o externos, y comienzan a agrietarse, a perder importancia, a descomponerse a riesgo de vegetar durante siglos en lugares menores, o también a extenderse por sí mismos o por voluntad sistemática de grupos sociales que se oponen a su reproducción en nombre de otros modos de producir, pensar y actuar cuyo desarrollo desean». Godelier, Maurice, «D´un mode de production á l´autre: thèorie de la transition», *Recherches sociologiques, Vol XII, nº2; 1981*. Citado en Sevilla Guzmán y Gzlez. Molina (1993, pp. 54-55).

Intentamos construir antagonismo desde el centro del sistema: la economía y los aspectos más cotidianos de ésta. La autogestión no puede esperar al momento en que emerga simultaneamente en todo el planeta. Debe surgir desde algún sitio, desde muchos sitios, y debemos empezar a construirla cada uno desde el suyo, con nuestras potencialidades, nuestras particularidades y nuestras limitaciones. Exploramos otro tipo de economía, que sí tiene que ver con nosotros y con nuestro mundo —nuestra casa, el *oikos* de Aristóteles.

Necesariamente los vacíos se llenan siguiendo otras fórmulas; nuevas relaciones sociales y nuevas economías, que sí consiguen ser funcionales en cada situación concreta. Los experimentos de economía alternativa no surgen aislados ni en espacios puros, sino que se asientan en escenarios complejos, ya dados, en los que necesariamente se relacionan con el mercado. Para mantenerse deben prepararse para la interacción con el capitalismo, moverse con él, alimentarse de sus debilidades, y defenderse de las agresiones y trampas que éste les tienda. Nosotros trabajamos para generar espacios económicos autogestionarios en estos huecos que el capitalismo deja en sus transformaciones. También intentamos abrir huecos por nosotros mismos, a partir de procesos que presentan un potencial especialmente interesante para ello.

2.2. La economía monetarizada entra en crisis

Está ampliamente aceptado que todos los ciudadanos tienen garantizados gran cantidad de bienes y servicios de todo tipo, sólo por existir y haber nacido. Es el llamado pacto entre el capital y el trabajo que se instaura tras la segunda guerra mundial en los países industrializados, con el Estado como mediador y garante del proceso. La forma que se encontró de pactar la paz social con el movimiento obrero, en un momento en el que éste mostraba una gran capacidad de presión. Una fórmula para desarticular su capacidad de antagonismo y a la vez seguir sacando beneficios: el «Estado del Bienestar».

La fórmula ha sido la mercantilización de crecientes aspectos de la vida para permitir la expansión de los mercados, el tan necesario crecimiento económico. El modelo postfordista de organización de la economía ha «puesto a producir» al conjunto de la sociedad y sus relaciones, organizando la producción en un modelo cooperativo y difuso que extrae recursos de cada uno de los momentos y espacios de la vida social. El capital ha encontrado la forma de sacar beneficio a cualquier acto de nuestra vida; ver la televisión, dar un paseo por la calle o someterse a un tratamiento gratuito de desintoxicación por drogadicción. Todo genera comunidad, subjetividad, cultura del consumo... todo nos mantiene subordinados al mercado de trabajo y al consumo de masas. Los ciclos se cierran. Incluso las situaciones más penosas generan ganancias. El caso más extremo, en que se convierte cualquier aspecto de la vida en negocio, son las cárceles privadas.

Pero en los últimos años parece que el modelo está encontrando algunos límites. Se están produciendo cambios importantes. Tras la crisis del petróleo de finales de la década de 1970, y para encontrar una salida a la misma, se sentaron las bases de lo que será la «globalización neoliberal». Se realizaron ciertos cambios para flexibilizar la economía, y más en concreto para

impulsar la llamada economía financiera —los movimientos de capital especulativo alrededor de las Bolsas de Valores. Se modificó el Sistema Monetario Internacional, se impulsaron de forma acuciante las Áreas Transnacionales de Libre Comercio y los Planes de Ajuste Estructural para los países de la periferia.

En las tres últimas décadas, en los espacios del centro, donde situamos al Estado español, los sectores primario y secundario quedaron relegados a las áreas menos rentables de la economía al tiempo que se desarticularon amplísimos sectores de los mismos. Aparece el paro como fenómeno masivo y en nombre del pleno empleo se precariza el mercado laboral y se merman los servicios de protección social, siempre para destinar más recursos a las empresas llamadas a crear este empleo. Se sanean las cuentas nacionales, se fortalece el mercado financiero y se fomenta el movimiento de capitales hacia él, llamado a ser el motor de la nueva economía globalizada.

La traducción social de estos procesos está suponiendo la precarización general en las condiciones de vida de la mayor parte de la población. Vamos a detenernos en algunos rasgos de esta crisis.

2.2.1. Un modelo basado en el consumo

El capital aplaude e impulsa la expulsión del campesino hacia la ciudad, para que allí se apiñe y se conecte con el espacio económico global. Y así estamos concentrados en la ciudad: dependemos del mercado hasta para cuidar a nuestros hijos y mayores; para divertirnos, amar o practicar el sexo; para obtener la comida, para cubrir nuestras necesidades más básicas...

En esta fase del capitalismo, no resulta tan necesario que todo el mundo produzca, sino más bien que todo el mundo consuma. Con los altos salarios —en muy diferentes grados según el país— se mantienen altos niveles de consumo que moverán la economía al absorberse volúmenes siempre crecientes de producción. La bajada en el precio de las hipotecas y la flexibilización de las condiciones de pago de ésta y otras formas de dinero bancario permiten que hoy circule en el mercado el dinero que ganaremos en el futuro. Esto permite que la economía —el consumo— crezca sin que haya mayores salarios.

Y sin embargo, hoy que los adelantos técnicos permiten la mecanización de gran cantidad de actividades y la reducción del trabajo manual, se trabaja cada vez más. Se generan nuevas necesidades de consumo, por lo que debemos conseguir más dinero para poder vivir, y nos vemos endeudados hasta las orejas,[3] produciendo bienes que no apreciamos, formándonos continuamente para un mercado laboral arrogante y caprichoso que nos puede expulsar en

---

3 Por poner un ejemplo cercano, en 1996 cerca del 95% del dinero que circulaba en el Reino Unido consistía en deudas a los bancos vía créditos u otras figuras de dinero bancario y financiero. De esa cantidad, el 60% eran deudas domésticas: ya sean la hipoteca, el coche, las vacaciones, la lavadora, la segunda residencia... lo que sumaba 483 billones de libras esterlinas. (Rowbotham, 1998) En el Estado español encontraríamos cifras un tanto inferiores, por la menor financiarización de la economía y el menor volumen total de dinero en circulación, pero que sin duda son igualmente asombrosas.

cualquier momento. Producimos más que nunca, las 24 horas del día, y toda esa producción se transforma en consumo, a través del mercado. Y, desde luego, el circuito siempre comporta grandes fugas en forma de ganancias para los propietarios del capital. A las trabajadoras y a los trabajadores nos queda poco más que mucha prisa, cansancio, inseguridad y nuevas necesidades insatisfechas.

El espacio que poblamos se ha transformado, ya no para la vida, sino para el consumo. Y a la vez el consumo se ha introducido en nuestra subjetividad de tal forma que parece que es la única vía de integración social, el factor de cohesión social por excelencia, aquello que todos y todas tenemos en común. Las identidades locales, ligadas a un espacio concreto, a un pasado, a unas formas socioecológicas de organización concretas y complejas, tan variadas, han sido absorbidas y reelaboradas en el proceso de mercantilización de la sociedad. El presente devuelve una identidad global, homogénea e uniformizante, revestida con ciertos detalles locales que sean funcionales a la paz social y que aplaquen las necesidades de sentirnos comunidad y a la vez independientes. Una identidad construida en base al consumo.

2.2.2. Entre la miseria asalariada y la exclusión social

El capitalismo nos expulsa de los espacios no mercantilizados, y en el extremo opuesto construye otros espacios de exclusión para disciplinarnos y mantenernos obedientes: el paro, el subempleo, los guetos, el estigma de los servicios sociales... La amenaza está muy presente en nuestra cotidianidad, en las calles, en los medios de comunicación, en nuestra realidad laboral, incluso en los espacios de ocio y en las relaciones afectivas. La precariedad de nuestra forma de vida, nuestra dependencia del mercado y la arrogancia de éste son tan patentes que hacen impensable cualquier alternativa de vida. La exclusión social aparece como la «prisión en libertad» o la muerte en vida a la que temer, el argumento disciplinar. Podemos hacer cualquier cosa, pero *dentro* del sistema: produciendo y consumiendo. Para obtener los bienes en el mercado se necesita dinero. Y para conseguir dinero debo someterme al trabajo asalariado.

En los años que han pasado desde la instauración del «Estado del Bienestar», la situación ha ido cambiando: la forma de organización de la producción, de extracción de la ganancia —plusvalía—, de las relaciones entre trabajadores y entre éstos y su trabajo... También han evolucionado las fórmulas de mediación del Estado y de las organizaciones obreras que han servido de interlocutoras con el capital. Sucesivos pactos han ido burocratizando las fórmulas de representación a la vez que desarticulaban el lugar de agregación de clase —la gran fábrica, el empleo fijo, la propia identidad de clase... El resultado es que el movimiento obrero ha perdido fuerza y se ha disgregado.

Así ha sido posible, a partir de la década de 1980 y más en concreto en la de 1990, que se hayan desarticulado todas las protecciones del trabajo: la estabilidad en el empleo, las prestaciones de la empresa, el mantenimiento del poder adquisitivo del trabajador... Los derechos de huelga, asociación, etc. siguen vigentes, pero no son en absoluto efectivos porque han dejado de ser

operativos. La actividad laboral se desplaza hacia el sector servicios,[4] en el que el tamaño de las empresas es más pequeño, y la actividad es móvil, discontinua y muy flexible, lo cual revierte en una mayor precarización y eventualidad de las condiciones laborales, y en la dificultad para organizar la defensa de los trabajadores. El empleo basura —becas, contratos de aprendizaje, eventualidad, formación en prácticas...— se ha generalizado, haciendo recaer sobre la sociedad —la familia y los servicios sociales— la reproducción de una fuerza de trabajo precaria a la que los sueldos no le alcanzan.

Los Estados reducen la cantidad de recursos destinados a la protección social, en cuanto a su alcance —enseñanza, salud, transportes, protección por desempleo... y próximamente pensiones y otros— y en cuanto a su calidad, dato éste que se resalta ampliamente desde los medios de comunicación. Después de deteriorar los servicios y empresas públicas, los Estados privatizan los recursos a precios de saldo; y a la vez se intensifican las campañas de los servicios privados o de los seguros de salud y de pensiones.

Uno de los grandes «yacimientos de mercado» son los Servicios Sociales, que a partir de la década de 1990, sostienen el crecimiento de la economía[5] en los países que alcanzaron el «Estado del Bienestar». Con la privatización de los Servicios Sociales, la gestión y por tanto los recursos que quedan tras los recortes, se derivan hacia la empresa privada. Pero al aumentar los intermediarios se han reducido de una forma muy importante los recursos reales que llegan a la población destinataria: los llamados «grupos en situación de riesgo social».

El triunfo del capital ha consistido en monopolizar las relaciones sociales. «El supermercado es el *agora* de la sociedad moderna, el centro civil de un mundo totalmente económico e inorgánico. Se abre paso hasta el ámbito más personal y hasta cada aspecto de la vida doméstica». (Bookchin, 2001) Fuera de este espacio social tan sólo hay desestructuración y miseria. Le vendimos nuestra alma al capital para que garantizara nuestra seguridad material y a cambio el capitalismo ha transformado el mundo en un mercado. Una vez transformado el mundo, nos quita la seguridad material porque necesita mas y más ganancia, espacio para sus negocios. Ya no podemos decirle que deshacemos el contrato, porque no tenemos fuerza para imponer otro ni otras ideas que proponer.

2.2.3. Jugando con la bolsa: afilando el hacha del verdugo

Y así, asistimos desde la década de 1980 a la pérdida de los derechos conseguidos a través de las luchas obreras, coincidiendo con los procesos de desarrollo final de la llamada «globalización neoliberal». Poco a poco, el poder económico se ha ido imponiendo sobre el político para hacer que los Estados eliminen derechos laborales e impongan una nueva subordinación

---

4 En 1996, el 61% de la población asalariada española está ocupada en el sector servicios, proporción que sin duda ha aumentado sensiblemante en los últimos años. (Fernández Durán, 2002)

5 En este sentido no debería extrañarnos que empresas de moral tan dudosa como El Corte Inglés o Dragados mantengan empresas filiales en el sector.

del trabajo al capital. La identidad de clase ha sido sustituida por otra identidad construida en torno al consumo, que asegura el compromiso de la población con la buena marcha de la economía.

> [El capital financiero ha conseguido] liberarse de un cierto número de obstáculos ligados a su modo de acumulación anterior y a las demandas de justicia que había suscitado [...] Estos cambios ideológicos han acompañado a las recientes transformaciones del capitalismo [...] Transformaciones que el propio capitalismo genera en base a las críticas que se le formulan [...] Llamamos espíritu del capitalismo a la ideología que justifica el compromiso —social— con el capitalismo. (Boltansky y Chiapello, 2002)

El capital productivo consigue que gran cantidad de dinero se dirija hacia sus fondos a través del Estado: a través del traspaso de actividades del sector público al privado —como en el sistema sanitario, en el mercado de trabajo, especialmente por medio de las ETTs, o en relación a las pensiones—; a través de las ayudas a la producción, a la generación de empleo y al consumo; y a través de la creación de infraestructuras, la cesión de terrenos o los prestamos.

Por otro lado, los ahorros privados engrosan el capital financiero y también dinamizan las bolsas y generan beneficios, ya sea en los bancos o de forma más flexible y rentable a través de los seguros, los fondos de pensiones y los fondos de inversión. Esta última forma de capital financiero, que movilizan los ahorros de las clases medias pudientes, ha experimentado en los últimos años un crecimiento espectacular, y en la actualidad participa en bolsa el 30% de la población española —frente el 40% en la UE y el 50% en EEUU. (Fdez. Durán, 2003)

Las expectativas de bienestar a través del consumo y las posibilidades de consumo a través del endeudamiento privado hacen que nos identifiquemos con el sistema económico, y especialmente con el aparato financiero, que permiten que seamos cada vez más «ricos»; hasta el punto de que en todos los telediarios y periódicos hay una importante sección dedicada a las cotizaciones en bolsa o de que la Ministra española de Asuntos Exteriores en la primavera del 2003 se permite justificar, explícitamente y para todos los españoles, la invasión de Irak y el subsiguiente etnocidio, por la bajada en el precio del petróleo y el apuntalamiento de la crisis bursátil en Occidente.

Confiamos en que los bancos tienen nuestro dinero y lo devolverán cuando lo solicitemos. Confiamos en que los gestores de los fondos de inversión trabajan en nuestro beneficio. Confiamos en que el crecimiento económico nos va a traer mayores riquezas y empleo. Confiamos en que el crecimiento económico se va a mantener. Aún cuando todas las evidencias apuntan en la dirección opuesta y constantemente saltan escándalos a este respecto.[6] Este sistema basado en la economía financiera se mantiene gracias a la confianza de la gente en él. Si la confianza desaparece, el sistema se hunde. Y salta a la vista que este modelo no es demasiado fiable.

---

6 Recordemos, por ejemplo, que en junio de 2003 el gigantesco banco francés *Crèdit Lyonnàis* se salvó de la quiebra gracias a la millonaria actuación del gobierno francés. Se da la circunstancia de que el director, principal responsable de la crisis, estaba llamado a convertirse en el siguiente director del Banco Central Europeo, designio que no podrá cumplir al estar implicado en escándalos financieros.

La crisis financiera se acerca, en el tiempo y en el espacio. Cada vez un mayor número de espacios económicos y cada vez de mayor centralidad se desmoronan de la noche al día: el Sudeste Asiático, Brasil, Japón, Argentina... En cada una de esas crisis no han desaparecido los Estados ni las empresas; lo que ha desaparecido son los ahorros de las más o menos escuetas clases medias y los beneficios sociales de los que disfrutaba la población. Las crisis, al fin y al cabo, solo la sufre la población, y en su recuperación se compromete el futuro de los países —de su población— con nuevos prestamos para reflotar la economía. Son los conglomerados financieros, que manejan el dinero de los pequeños ahorros en las bolsas, los que ocasionan las crisis arruinando países enteros.

2.2.4. El conflicto entre producción y consumo: la esquizofrenia cotidiana

En la sociedad capitalista se da una fatal división entre la producción y el consumo.[7] Producimos una gran cantidad de ciertos bienes de consumo, y después debemos adquirir el resto de los bienes necesarios para subsistir. La forma predominante de realizar este intercambio es el propio mercado, a través del dinero. Queremos recibir mucho dinero del mercado por los bienes que hemos producido; y sin embargo, una vez en el mercado queremos gastar poco por adquirir aquello que necesitamos y no podemos producir. Si pago poco, será porque alguien recibe poco dinero por su trabajo; si los precios en general son bajos es porque a la gente se le paga menos y por tanto a mi también. Si pago mucho, no podré conseguir el resto de cosas que quiero. Pero este enfrentamiento es falso: todos y todas somos a la vez productores y consumidores de algo en esta sociedad, donde la producción está tremendamente segregada y especializada, y en la que no tenemos posibilidad de autosuficiencia.

Las condiciones de P y C están determinadas desde fuera. El juego está organizado en ciclos muy largos, con muchos intermediarios, que no producen directamente sino que hacen funcionar el proceso de forma centralizada. Productores y consumidores somos enemigos porque es el capitalista el que determina las condiciones de cada parte, siempre para que sea él mismo, como mediador y organizador del proceso económico, quien obtenga beneficios del proceso. Se ha establecido un espacio económico en el que se depende de los capitalistas, de su gestión y de su trabajo organizativo. Para eso es imprescindible la mediación del dinero, el intercambio monetario. En la ciudad no tenemos otra posibilidad que destinar gran parte de nuestro trabajo a darle dinero a los intermediarios: comprar los productos y servicios más caros y recibir salarios más bajos.

Hoy somos conscientes de que la producción funciona no sólo por las actividades individuales de los trabajadores y la coordinación de los empresarios, sino por todo el saber acumulado a lo largo de la historia, por las redes de todo tipo que cohesionan la sociedad, por las estructuras sociales

[7] A partir de ahora, designaremos «Producción y Consumo» con la expresión «P y C». A su vez, nombraremos «Producción, Distribución y Consumo» con la de «P-D-C».

que reproducen la fuerza de trabajo... Cosas no medibles en términos monetarios, y que en cualquier caso no tienen un propietario al que pagar por su uso. Si superamos la oposición entre P y C y observamos que la economía es un proceso social, del que todos y todas participamos desde ambos lados, descubrimos una identidad total de intereses entre P y C.

Para trascender ese egoísmo miope que nos mantiene enemigos de nuestros iguales y de nosotros mismos, ha de existir un espacio donde la comunidad decida colectivamente sobre cómo se valora cada actividad de forma que nadie sea discriminado. Establecer un diálogo para eliminar el enfrentamiento en pro del bien común. Los largos ciclos en que se desarrolla el proceso económico diluyen toda posibilidad de diálogo entre producción y consumo, y por tanto desaparece la posibilidad de establecer un espacio social local en el que insertar la economía. La globalización, como ya hemos reseñado anteriormente, exige de un control centralizado de los procesos económicos.

2.2.5. Acerca del trabajo asalariado

Está generalmente aceptado que asistimos a una «crisis del trabajo», que cada persona enfoca de una forma: debido a las transformaciones en la organización territorial de la producción, o por cambios en la misma naturaleza del proceso productivo —por ejemplo la irrupción del llamado trabajo inmaterial—, o por la introducción de nuevas tecnologías en el mismo, por la precarización generalizada de las condiciones de trabajo, por el hundimiento de la quimera del pleno empleo... Lo general, en cualquier caso, es considerar el trabajo productivo asalariado como un bien social, como un derecho de las personas, algo por lo que luchar, algo que pedir... y muy a menudo una forma de realización de las potencialidades humanas. Ideas todas ellas muy modernas, y profundamente distintas de las anteriores concepciones del trabajo.

Las culturas de las que nos consideramos herederos directos —Roma, Grecia, el Cristianismo—, valoraron lo que hoy consideramos trabajo como algo indigno. Naredo (2001) unifica las actividades despreciadas en la antigüedad en «aquellas tareas dependientes y generalmente forzadas por la necesidad, que no se practicaban por el placer mismo de hacerlas, sino por sus retribuciones o contrapartidas utilitarias»; frente a aquellas otras, creativas, libres, que no pretenden más beneficio que el mismo placer de la obra y que sí honraban a la persona. Dada la vuelta a la tortilla, a lo largo de muchos siglos de transformaciones culturales respecto a la concepción del trabajo, nos encontramos rogando por una versión del trabajo muy cercana a la esclavitud.

En efecto, la palabra «trabajo» se refiere hoy, según el mismo Naredo, exclusivamente a las actividades que se realizan «para obtener una contrapartida monetaria o monetizable». Es decir, no queda determinado por la actividad que se realice, sino por la finalidad de dicha actividad: la obtención de beneficio monetario. Queda fuera de este cómputo gran parte de la actividad que se realiza en esta sociedad, como por ejemplo el trabajo doméstico o gran parte de los trabajos de cuidados a personas dependientes, tales como discapacitados, niños o ancianos, que juntos suponen más de dos tercios del trabajo total (Del Río, 2002), y que principalmente recaen sobre las mujeres. Así

como gran cantidad de tareas que no se contabilizan en el tiempo de trabajo pero que son imprescindibles para su realización, tales como el tiempo de transporte, de formación o la simple actividad de informarse con el fin de «estar al día», también las tareas burocráticas relativas al Estado o a la propia empresa...; lo que se ha dado en llamar el trabajo sombra.[8] Digamos que el capital obtiene beneficios con nuestra explotación como «capital humano», y además no corre con los gastos del mantenimiento y reproducción de su medio de producción: la fuerza de trabajo, nosotras y nosotros. Esto se debe precisamente a que las actividades que se consideran trabajo reproductivo no son actividades monetarizadas, y a que las consecuencias de la precarización de las condiciones laborales —paro, eventualidad, desprotección frente al despido...— no recaen sobre el capital sino sobre la red social de cada sujeto «precarizado».

Nos encontramos, pues, rogando por conseguir un empleo que en su raíz no es más que sufrimiento, cuando en realidad ya estamos produciendo sólo por formar parte activa de esta sociedad; cuando lo que queremos son recursos suficientes para subsistir con dignidad. La precarización generalizada del mundo laboral y las condiciones de trabajo progresivamente más penosas nos ofrecen cada vez menos garantías de subsistencia. La escasez del empleo convierte nuestra vida en un debate miserable entre paro o explotación, que adquiere condiciones más dramáticas según vamos asimilando las nuevas necesidades que nos crea la «sociedad de consumo».

La sociedad beneficia las actividades destinadas a la adquisición de riquezas sobre las destinadas a la producción de esta misma riqueza. Esto es, prima la especulación, el comercio y las actividades de gestión sobre la producción material, llegando al absurdo de que los trabajos más penosos son los menos retribuidos. Un fenómeno que se repite a cualquier escala —especialización productiva de los países, de los distintos espacios geográficos, de las clases sociales...— y que fomenta los desequilibrios y la situación general de escasez. Una vez más, Naredo (2001) comenta que la «economía, en vez de combatir la escasez, favorece los procesos que se encargan de agravarla y extenderla por el mundo. Escasez que no sólo alcanza a los "bienes" y al dinero u otros tipos de "activos", ¡sino hasta al propio trabajo que ofrece a la mayoría de la población los ingresos con los que competir en la carrera del consumo!».

Todo este planteamiento es sospechoso: ¿es cierto que hay escasez de trabajo? No. De hecho las posibilidades de trabajo son infinitas, todos y todas realizamos infinidad de tareas a diario. Incluso si hablamos del trabajo productivo que entraría dentro de la definición mercantil, se realiza gran cantidad del mismo sin estar dentro de la esfera monetarizada. Y mucho más se podría realizar si hubiese lugar para ello. Recordemos a los millones de personas en paro en el Estado español, muchos de ellos altamente cualificados y con experiencia. Lo que es escaso es el dinero para pagar el trabajo disponible. Visto desde otro lado: la actual organización del proceso económico impide el desarrollo de la capacidad de trabajo de la población, porque el capitalismo requiere un mercado laboral saturado de oferta, para que la compra de fuerza de trabajo se realice en buenas condiciones para el comprador.

La situación se ha pasado de rosca y ahora hay demasiado poco trabajo, tan poco que con la escasez de dinero entre los trabajadores peligra el

---

8 Illich, Iván, *Shadow work*, Marion Boyards Inc. Boston, 1981. Citado en J.M. Naredo (1999).

volumen de consumo necesario para mantener los índices de crecimiento económico necesarios para una economía boyante. La escasez que el propio capitalismo genera se vuelve contra él, y al no haber dinero que impulse la economía productiva, el crecimiento se paraliza. Un claro ejemplo es el reciente caso de Argentina, dónde la escasez de dinero ha bloqueado la economía, y donde la gente ha tenido que reconstruir espacios económicos donde su capacidad de trabajo tuviese algo de espacio, a través de iniciativas como trueque y distintas formas de economía alternativa.

Donde el mercado no funciona para regular los procesos económicos; donde la escasez de dinero bloquea estos procesos generando —entre otras cosas— paro y escasez de recursos, hay que buscar otras formas de organización de la actividad que funcionen sin la mediación del mercado.

2.3. Ideas para un proyecto

El fin de cualquier economía es la satisfacción de las necesidades de la gente. La economía capitalista neoliberal busca este fin a través del trabajo asalariado y de la maximización del beneficio, por medio de la articulación de elementos tales como precios, salarios o capital. Genera unos circuitos de materiales y de información que se alejan del individuo productor, para volver a él al final del recorrido en tanto que consumidor.

Esta fórmula se ha revelado altamente ineficiente, con el paso de los siglos: genera grandes excedentes que se pierden; bloquea la expresión de las potencialidades económicas —individuales y comunitarias— en fenómenos como el desempleo; convierte la actividad económica en sufrimiento; priva a amplios sectores de la población mundial de acceso a los bienes más básicos; genera fuertes desigualdades sociales; desintegra los lazos comunitarios, que suponen la mayor riqueza de que goza el individuo y a su vez son un importante medio de producción en el mismo circuito económico; y produce degradación ambiental, lo que pone en peligro la sostenibilidad material en el tiempo del propio sistema.

En su desarrollo, el capitalismo entra en contacto con espacios no capitalistas —como las culturas precapitalistas, el espacio doméstico o las zonas socialmente degradadas...—, y los transforma para extraer de ellos recursos, estableciendo formas híbridas de economía. En estos espacios la economía no sigue circuitos tan largos, sino que mas bien se desarrolla en circuitos cortos, sobre la base de recursos locales. Los intercambios no se basan tanto en el valor que fija el mercado para cada producto —valor de cambio— sino que siguen lógicas propias. De estos espacios, con sus propias lógicas y con sus propios modos de relación social, podemos extraer algunas claves para construir alternativas al capitalismo.

Con este fin vamos a utilizar algunos conceptos de la llamada «Economía Campesina», disciplina que se viene desarrollando desde inicios del siglo XX, en diversos puntos de Europa y de toda América.[9] Si bien la Economía

9 En un principio desarrollado por Alexander V. Chayanov y más recientemente por autores como Theodor Shanin, Angel Palerm, Víctor M. Toledo, Eduardo Sevilla Guzmán, Raúl Iturra, Jan Douwe Van der Ploeg, Manuel González de Molina y muchos otros.

Campesina surge como teoría aplicada a la sociología rural y al estudio de las sociedades campesinas, nosotros nos vamos a permitir el lujo de utilizar algunos de sus conceptos para el análisis de la sociedad urbano-industrial en que vivimos. Nos parece importante la teorización que realiza sobre un modelo de gestión social de los recursos y la economía no basado en el beneficio económico —la reproducción amplificada de capital—, sino en la *reproducción* de la comunidad. Esta diferencia de fondo con respecto al capitalismo nos puede servir de base para construir un lenguaje que nos permita imaginar una transformación social hacia fórmulas de organización socioeconómica distintas al capitalismo, y que no tienen por qué ser ni las propias del capitalismo ni tampoco las de la economía campesina tal cual.

El capitalismo propone el mundo que vivimos como un espacio hostil al ser humano y donde reina la *escasez*. En ese escenario son la racionalidad económica y la producción industrial y mercantil quienes nos van a llevar a la abundancia, que una vez alcanzada traerá bienestar para todos. Nosotros partimos de que la generalización de la escasez es generada por el mercado y la economía capitalistas. La economía campesina conjura la idea de escasez, para situarnos en un espacio de *abundancia*: la naturaleza nos da todo lo que necesitamos, porque nosotros *somos* naturaleza y por ello no haremos nada que pueda debilitar los ciclos naturales y la capacidad de regeneración de los ecosistemas. Un adecuado manejo de los recursos y del conocimiento nos permite entrar en estos flujos, dentro de los cuales no existe la escasez, sino una plenitud no monseruble en términos cuantitativos.

Para Chayanov, la lógica económica del campesinado se basa en la existencia de una fuerza de trabajo familiar y en la satisfacción de las demandas de la unidad económica familiar campesina. «El volúmen de la actividad económica no responde a la búsqueda de ganancias [...] El Campesino —para Chayanov— mide *subjetivamente* los insumos de su trabajo: son las necesidades que hay que satisfacer las que originan la organización económica en el campesinado. La remuneración, expresada objetivamente, por unidad de trabajo será considerada ventajosa o desventajosa por la familia campesina según el estado de equilibrio básico entre la medida de la satisfacción de las necesidades de consumo y la fatiga y dureza del trabajo. [...] En cuanto se alcanza el punto de equilibrio, seguir trabajando carece de sentido».[10] «La autoexplotación campesina está motivada por la lógica de su reproducción social [...] manteniendo asegurada su producción y consumo futuros [...]; sus obligaciones sociales impuestas por las necesidades culturales de carácter social [...]; y al cumplimiento de la transferencia de excedentes que le exige la sociedad global». (Sevilla Guzmán, 1993)

Todo esto no se puede comprender sin considerar que el modelo está basado en una actividad económica dedicada principalmente al autoabastecimiento y a la mínima obtención de excedentes. Resulta difícil aplicar estos conceptos a un escenario —la sociedad urbano-industrial— en el que es casi imposible, por las condiciones físicas y sociales, dedicarse al autabastecimiento. Queremos resaltar el carácter *subjetivo*, determinado socialmente, de las necesidades de producción; la s*ostenibilidad* del modelo como eje central de su desarrollo y también que los objetivos de la actividad no sean el crecimiento ni la

[10] Chayanov, Alexander V., citado en Sevilla Guzmán y Gzlez. de Molina (1993, pp. 90-94).

acumulación, sino más bien el *equilibrio* entre los diferentes elementos en juego: necesidades, capacidades, ideología, ecosistema...

Vamos a tomar algunas ideas y herramientas teóricas de la Economía Campesina para articular nuestras propuestas. Donde hablan de *familia campesina* nosotros hablamos de *comunidad*, como unidad socioeconómica capaz de integrar partes importantes de los ciclos del proceso económico, desde la producción al consumo. La sostenibilidad de un sistema depende en cierta medida de la escala de la observación, y en la situación actual es necesario ampliarla para buscar espacios económicos con cierta capacidad de autogestión de los procesos económicos. En cualquier caso no hablamos de la totalidad de la actividad económica de la comunidad, sino de algunos circuitos que sí empiezan a funcionar de forma alternativa. Al ser procesos tan parciales y abiertos, sin duda también serán débiles y dependientes del exterior —del mercado. Se trata tan sólo de un comienzo, de abrir nuevos horizontes de aplicación de la idea.

La Comunidad de la que hablamos se articula mediante una relación inmediata y cotidiana, aunque no necesariamente se trate de un grupo de gente ligada a un territorio definido —tampoco tiene que situarse en un espacio rural— sí es importante la existencia de un territorio físico compartido. En cuanto a sus rasgos sociales y culturales, hablamos de un grupo que responde a unos intereses comunes, que comparte la voluntad de cubrir sus necesidades de forma colectiva y se relaciona para este fin. A veces se parecerá a un Movimiento Social, otras veces responderá a un espacio físico determinado —un barrio, un pueblo, una ciudad...— y en otros a una organización. Será por tanto un grupo abierto, con entradas y salidas, definido por su actividad y por la función en ésta de cada elemento.

Con estos apuntes nos disponemos a lanzar propuestas de acción para los tiempos —y espacios— que vivimos. Para fortalecer aquellos procesos que ya se están dando, que no responden en su lógica a los valores del capitalismo, y que a nuestro parecer presentan cierto potencial de construcción de tejido social antagonista. Al hablar de Economía Campesina no suponemos que todos debamos convertirnos en campesinos, tampoco hablamos de un medio exclusivamente rural y agrario, ni siquiera nos referimos solo a necesidades alimenticias. Se trata de abrir espacios socioeconómicos donde desarrollemos actividades variadas que respondan a una lógica alternativa. Nuestra propuesta pasa por una decidida apuesta por la economía colectiva, por los circuitos cortos y los mercados locales y por la recuperación de los valores de uso sobre los valores de cambio —esto es, sobre los precios.

2.3.1. Espacios económicos autodeterminados: autoprotección social

El análisis que hemos encontrado en numerosos textos de diversos países y entornos sobre el movimiento cooperativo y autogestionario durante las últimas décadas —principalmente en las décadas de 1970 y 1980, mucho más activas en este sentido—, es coincidente. En la trayectoria normal de las cooperativas o empresas colectivizadas por los trabajadores, al enfrentarse al mercado, se encuentran con el «crecer o morir». (Bookchin, 1999) Y para crecer, el propio mercado obliga a adoptar una estructura que sea funcional:

una estructura empresarial cuyos objetivos sean la eficiencia financiera y la rentabilidad económica según criterios monetarios. En la mayor parte de los sectores no hay otro camino.

Por otro lado, la concepción clásica de la organización autogestionaria de la economía ha sido la gestión de la producción por los trabajadores, o del consumo por los consumidores, conjunto organizado por un amplio aparato institucional —estatal en el Chile de Allende, sindical en la Cataluña de 1936— que apoya y promueve el modelo. En las últimas décadas, los proyectos autogestionarios han surgido aislados o con muy débil apoyo de organizaciones sociales, en todo caso las relaciones con éstas últimas han tomado la forma de declaraciones formales de solidaridad y muy raras veces han seguido el camino de una interpenetración real. Los proyectos, tras una primera etapa de lanzamiento, se ven compitiendo dentro del mercado capitalista.

Desde estos análisis, la salida apunta hacia trabajar desde un primer momento en la construcción de espacios sociales donde se puedan desarrollar estos proyectos en base a otros parámetros, no capitalistas. Eduardo Sevilla Guzmán (2000) propone *que la iniciativa productiva debería ir inserta en un movimiento social*, que conforma su lógica y objetivos en función de lo que necesita este mismo espacio y de los recursos de que dispone, para que se dé un *desarrollo endógeno,* con capacidad de maniobra independientemente del mercado. A falta de instituciones autogestionarias fuertes, debemos reconstruir espacios sociales —comunidades— con capacidad de gestión de la actividad económica (P-D-C).

Organización económica y relaciones sociales evolucionan juntas: la una condiciona a la otra. La apuesta tiene entonces doble dirección: para que funcione la gestión colectiva de los recursos, debe haber una mínima cultura de autoorganización y de apoyo mutuo que haga funcionar el sistema; debe haber cierto tipo de «comunidad», «el vivero» del proyecto. Y será a su vez el desarrollo práctico de las nuevas relaciones económicas lo que sirva para que se vaya definiendo y estructurando la comunidad con sus referentes, sus tiempos, su lenguaje..., el escenario en el cual el grupo irá construyendo su propia cultura.

Al cubrir necesidades económicas de forma colectiva, es posible juntar gente.[11] Si encontramos fórmulas de gestión comunitaria —autogestionarias— eficaces y útiles, para cubrir estas necesidades, entonces la cultura que se recreará con la actividad será la de la autogestión. El objetivo está en construir un proyecto, aceptable para grupos de población amplios y no necesariamente organizados o concienciados previamente; en encontrar una necesidad social que pueda movilizar a la gente y una manera óptima de satisfacerla que, a un tiempo, refuerce la comunidad y se sustraiga a las estructuras de opresión, como el mercado o el Estado.

Nuestro trabajo está en investigar, en probar modelos, y en construir identidades antagonistas, que sean funcionales y atractivas, que sean

11 Un buen ejemplo sería la Koordinadora de Kolectivos del Parke, en Parque Alcosa, Alfafar, Valencia. Tras casi 20 años de funcionamiento autoorganizado y asambleario, a través de crear iniciativas de autoempleo y cubrir las necesidades de la gente, han construido un tejido social muy fuerte, con gran capacidad de movilización. Dossier: «¿Qué pasa en el Parque?»; Malayerba, 1999. Encontraríamos muchos más ejemplos en América Latina.

incluyentes. Transformar la realidad material a la vez que vamos desarrollando unos valores funcionales con formas no mercantiles de organización de la sociedad, que surjan de estas nuevas realidades y que a su vez retroalimenten su desarrollo. Es necesario superar la cultura del consumo pasivo y del trabajo enajenado, establecer una economía que no dependa de la ley del valor capitalista, que siempre favorece al que ya posee dinero, y que despilfarra recursos. Recuperar el placer de transformar el entorno colectivo y personal con nuestras propias manos e inteligencia, de construir nuestras condiciones de vida, de desarrollar nuestro papel en el ecosistema humano en base a la libertad, más allá de los mismos conceptos de *producción, consumo, salario* o *valor.* (Bookchin, 2001)

2.3.2. El valor de la actividad: entre lo posible y lo necesario

Dentro de una comunidad que organiza su actividad para satisfacer sus propias necesidades, sería muy poco realista darle a ésta valores fijos, numéricos, cuantitativos; y esto en la medida en que dependen de factores personales, sociales, culturales, variables y a menudo subjetivos y, por tanto, muy difíciles de cuantificar, pues requieren siempre una constante reformulación. Tampoco es necesario darle un valor monetario —un valor de cambio— a la actividad realizada. De hecho, pensamos que sería muy nocivo entrar en esa lógica, contraria a la visión unitaria que buscamos al juntar Producción-Distribución-Consumo en un mismo espacio determinado por criterios sociales. Es importante entonces ir más allá del intento de cuantificar la actividad, para funcionar en un espacio determinado tan sólo por la capacidad y las necesidades comunitarias. Se trata de algo vivo, y como tal su única finalidad es mantenerse, autorreproducirse.

Al contrario que en el mercado capitalista, no queremos ponerle precio a los bienes y servicios. La relación que proponemos sería más parecida a una familia, en la que no se establece un sistema de precios que distinga entre limpiar los baños, hacer la comida, etc... y luego que el libre cambio entre las distintas partes regule el proceso según las leyes de la oferta y la demanda. Si hay que pintar las puertas de la casa, se ve si hay dinero para comprar pintura y se espera hasta entonces. Y cuando hay dinero, entonces se ve quien sabe pintar y cuando tiene tiempo, y se hace. Como el fin es que la casa de todos esté bonita, todo el esfuerzo que se hace va a la caja común.

No existe valor de cambio, sino tan solo valor de uso. Se ve que se necesita una cosa, y se disponen recursos para ello. Si hay excedentes en alguna parte de la producción, se reajusta la actividad o se rebaja la intensidad del trabajo: supone un aumento de la riqueza que se convertirá inmediatamente en una mejora de las condiciones de vida de la comunidad. No se produce acumulación, puesto que no hay excedentes, ya que las reparticiones se hacen en función de las necesidades de los miembros. Más aún, en espacios en que se da la propiedad comunitaria de los medios de producción y de los bienes producidos, no es posible especular: todo es de todas y todos, y todo se dispondrá para el bien común.

Como en la familia del ejemplo anterior, lo importante es seguir vivos como comunidad, y tener la casa bonita. «Economía es el proceso de satisfacción de

necesidades, de mantenimiento de la vida. Si la lógica de acumulación prima, la sostenibilidad social no es una prioridad». (Pérez y Del Río, 2002)

Este espacio económico debe ir pues determinado por las posibilidades del grupo para producir y para organizar la producción y la distribución, y a la vez por las necesidades de consumo y de organización del proceso. Del equilibrio entre estos dos lugares dependerá la consecución de los objetivos marcados y el consiguiente refuerzo del grupo, o su desestructuración, en caso de que no resultase funcional, al no resolver aquello para lo que se creó. Si lo realmente importante es que la comunidad y sus actividades se mantengan, *lo necesario* sólo puede estar entre lo que se puede y lo que debería ser.

No podemos pues utilizar el concepto de *rentabilidad* para calificar la actividad, sino que debemos conceptuar los diferentes grados de necesidad de una acción concreta, que se van redefiniendo según evoluciona la comunidad: según se va dotando, y va generando recursos —ya sean capacidades de gestión, trabajo disponible, bienes de producción, conocimientos prácticos, confianza...— y según cambian las necesidades o apuestas. Así, por poner un ejemplo de la actividad agrícola, se puede elegir entre una intensificación en el uso de maquinaria u otras aplicaciones tecnológicas y el desarrollo de nueva infraestructura, o en capacidad de trabajo humano; se pueden variar los recursos destinados a la asignación de los trabajadores según cambian las necesidades subjetivas de la gente que aporta trabajo; o se puede variar la actividad agraria según evolucionan las necesidades subjetivas de consumo. La actividad se compensará con el único criterio de que ésta se pueda mantener, que sea sustentable. Habrá un reajuste constante de lo que aporta y recibe cada parte, en función de los recursos que genera el sistema y de la necesidad de recursos para la reproducción de la actividad.

2.3.3. Un intento de crear riqueza y de reapropiarnos de nuestra capacidad de trabajo.

Un espacio socioeconómico de este tipo puede servir para albergar un tipo de trabajo no alienado, vivo, capaz de dar salida a las capacidades de la gente. Esta capacidad se puede desarrollar sin que sea un sufrimiento; sin la inseguridad del mercado laboral, en un espacio donde no caben las jerarquías y sí la creatividad y la cooperación; donde la actividad responde a necesidades reales de la comunidad, determinadas autónomamente y percibidas como tales, portadoras de un valor social. André Gorz (2001) lo explica espléndidamente:

> ...ni la reapropiación del tiempo ni la del trabajo se desarrollarán espontáneamente a menos que se vinculen a un proyecto colectivo, político y se expresen en la transformación y rerapropiación de un espacio urbano, en la proliferación de lugares dotados de equipamientos avanzados técnicamente para la autoactividad, el autoaprendizaje, la autoproducción cooperativa de productos inmateriales y materiales, la autoorganización de redes de intercambio, etc., en resumen, mediante el despliegue de una «economía popular» que ilustre las formas posibles que puede tomar la alternativa al sistema salarial, a las relaciones mercantiles, a la economía y a las empresas capitalistas. La reapropiación del trabajo y de las empresas no puede realizarse

> a través de la autogestión y la propiedad colectiva de las empresas tal y como están actualmente, sino que requiere otra concepción diferente. El trabajo, la actividad humana, no puede en estos momentos desarrollarse más que fuera de la esfera de valorización capitalista, la cual, como sabemos, no cesa de comprimir el volumen de trabajo que utiliza y la masa de salarios que distribuye. (...) [Necesitamos] otras formas de trabajo y de cooperación social para crear esa totalidad de valores de uso que no tienen ni precio ni valor de cambio cuantificable.

El trabajo asalariado, eventual y precario, en esta era post-industrial ya no nos garantiza nada: ni seguridad vital, ni la cobertura de las necesidades materiales, ni siquiera la visión de que el trabajo vertebra la vida del trabajador. No se trata solo de reconstruir una comunidad capaz de albergar actividad económica no mercantil, también hay que atreverse a desarrollar esta capacidad de trabajo vivo dentro de esta comunidad, y en las condiciones actuales del mercado laboral. Se abre la posibilidad de que a más y más gente nos resulte atractivo y útil iniciar actividades productivas en espacios económicos no mercantiles, tal como está pasando en Argentina y otros espacios donde el mercado se ha hundido.

2.3.4. El capital social, la solidaridad materializada

Ciertas teorías, entre ellas algunas voces de la economía feminista, proponen que las bases de todo tejido económico no están en la mercantilización de los bienes y procesos, sino que están más bien basadas en lazos sociales y afectivos (Rodríguez, 1998; Carrasco, 2001; GEFCS, 2001; Narotzky, 2001; Del Rio, 2002; Garcia Sainz, 2002), a través de la *reciprocidad*, entendiendo esta como «un sistema de transferencias de bienes y servicios que se realizan sobre la base de lazos sociales ajenos al mercado y enmarcados en imperativos de orden moral. [...] [De hecho] estos procesos de reciprocidad tienen a su vez como objetivo fundamental la consolidación o transformación [...] de la relación, forman el tejido conjuntivo del entramado social». (Narotzky, 2001)

Así, todo aquello que no cubren el salario, el Estado o los intercambios mercantiles atiende a estas otras formas de relación: regalos, favores, cuidados... utilizando los tejidos sociales, afectivos, familiares, comunitarios... para sostener aquello que no contabilizan los indicadores macroeconómicos, pero que reproduce la sociedad y la actividad económica. «Los salarios tradicionalmente han sido insuficientes para la reproducción de la fuerza de trabajo y, por tanto, el trabajo realizado en el hogar —y en el resto de los espacios donde se dan estas relaciones sociales— sería una condición de existencia del sistema económico». (Carrasco, 2001) Los mecanismos de reciprocidad de las sociedades tradicionales rurales se sustituyen, con la urbanización y salarización de la población, por el Estado del Bienestar, rompiendo el tejido social preexistente.

Con la *precarización* que conlleva la globalización neoliberal, las «externalidades» sociales de la producción ya no las cubre más el Estado, que está, de hecho, animando la privatización de los servicios públicos. La forma de cubrir este vacío parecen ser los seguros privados, la sanidad, la educación

privadas... pero para quien no le alcanza, la cobertura vuelve a recaer sobre el tejido social, la familia, los vecinos... en distintas formas de reciprocidad. Estos espacios «se entrelazan entre sí para poder conjugar los afectos y los desafectos, las necesidades materiales e inmateriales y, cómo no, para enfrentarse a una vida cada vez más marcada por las inhumanas exigencias de la globalización». (Pérez y Del Río, 2002) Es el capital social que utilizan las empresas y no contabilizan, y que permea la miseria de la economía mercantil hacia el espacio afectivo, contaminando de carencia, obligación y rentabilidad espacios que no responden a la lógica de la competencia, sino a la de la cooperación.

Nos basamos en recursos no mercantiles para desarrollar nuestra actividad económica dentro del mercado, reproducimos así las estructuras de dominación. Los proyectos sociales en los que venimos trabajando, también surgen de este mar de relaciones —la poderosa mano invisible de la vida cotidiana, según Carrasco (2001). La dificultad de acceso a recursos monetarios o de otro tipo, nos lleva a movilizar los recursos que sí disponemos: las redes sociales. Es algo que ya ocurre de hecho. El capital social presenta entonces una naturaleza ambivalente: sirve para muchas cosas, a veces opuestas. De nosotros y nosotras depende, entonces, en qué lo empleemos.

Ya hemos visto que el capitalismo no funciona por sí solo: requiere de los recursos, las leyes y la fuerza represiva de los Estados; y también de toda la red de relaciones que se encargan de la reproducción social, así como de los procesos y conocimientos que vertebran la cultura que hace posible la producción. No debe asustarnos entonces que nuestros proyectos requieran de grandes esfuerzos para salir adelante: organización, voluntarismo... no son cosas excepcionales, sino completamente usuales. Más bien podríamos decir que ningún proceso social ocurre por inercia.

Perdámosle el respeto al capitalismo: se aprovecha de nosotros más de lo que pensamos, y ésa es una de sus mayores debilidades. Somos capaces de poner a trabajar este capital social que *ya* poseemos al servicio de lo que nosotros queramos, en este caso para organizar el conjunto de la actividad económica dentro de lo social, y respondiendo a una lógica de lo colectivo. Se trata de desocupar los espacios de vida de los que el capitalismo nos expulsa —el trabajo asalariado como fuente principal de nuestra subsistencia— para volcar nuestra energía en la construcción de espacios sociales de autogestión.

La red de afectos y apoyos, y sobre todo la capacidad de trabajo, improvisación y creatividad de la multitud que forma los espacios donde nos desarrollamos, cada uno desde su sitio, es el *capital social* que estamos invirtiendo para lanzar nuestros proyectos. La actividad que surge de una comunidad para satisfacer las necesidades de la propia comunidad, depende principalmente de sí misma. Y el desarrollo y fortalecimiento de esta red de relaciones, la ilusión que se va generando, es el aval para todos y todas nosotras de que nuestra actividad es viable y sostenible en el tiempo, aunque en algún momento pueda no serlo en términos de rentabilidad económica. Depende de nosotros y nosotras y no de los vaivenes de la oferta y la demanda, de los precios y de la liquidez del mercado.

Al hablar de capital social como una forma de capital, corremos el peligro de estar utilizando términos mercantiles para explicar procesos que responden a otra lógica: la de la *economía del don* o del cuidado. (Fdez. Durán, 2003) El concepto que utilizamos no pretende ser cuantificado, ni supone la posibilidad de ser acumulado, ni es sustituible por otros tipos de

capital.[12] Su cometido es visibilizar que la economía se sustenta en procesos sociales: toma su sentido y su energía de ellos. Hablamos de capital porque el fenómeno a definir responde a una materialización de los procesos sociales para fomentar la realización de un proceso económico concreto, cuando el tejido social actúa como factor de producción. Si los procesos económicos y sociales presentan naturalezas diferentes y no son sustituíbles entre sí, el capital social sería un *concepto puente* entre ambas esferas, que nos sitúa en el espacio en que éstas interactúan.

La base de la unidad económica sobre la que nos apoyamos y que a su vez estamos construyendo —la comunidad— es la propia voluntad colectiva de hacer las cosas de cierta forma: es necesidad —alimentación, trabajo, vivienda...— y a la vez también es ideología —asamblearismo y autogestión. En este sentido, todo el trabajo que empleemos en fortalecer la comunidad en que se inscribe nuestra actividad, supone fortalecer aquello que nos da sustento. El éxito de nuestras iniciativas depende de nuestra habilidad para detectar las potencialidades de la comunidad, y para fomentar su desarrollo óptimo en base a la participación, a la explicitación de los procesos —que saquen a la luz todos los flujos y mecanismos de la reproducción social—, y a la autoconsciencia de los propios desarrollos.

La visibilización de los procesos de reproducción social pone en juego una cantidad inmensa de energía, hasta ahora encerrada en el desván de lo no monetarizado, que abre posibilidades de configurar la actividad comunitaria de una forma completamente distinta. Podremos así, tal vez, superar la oposición entre producción y reproducción que reparte tareas entre sexos de forma muy desequilibrada;[13] parcela nuestros tiempos de vida y nos abandona a la dependencia de la organización capitalista de los tiempos y las actividades. Y a la vez, podemos animar la incorporación de la mujer —que se ocupa de estos trabajos de forma mayoritaria— al espacio público y a las esferas de lo económico, lo político y lo cultural como miembro de pleno derecho, y no desde el patio de atrás, como hasta ahora. La frontera entre Producción y Reproducción sociales es una convención, algo construido; y como tal, es posible reconstruirla según convenga a la comunidad, y no al mercado.

2.3.5. Un modelo de financiación que fortalezca al grupo

Hemos visto que el capital financiero —los bancos, las compañías de seguros— funciona gracias a la confianza que la gente deposita en ellos. La realidad se conforma desde estos espacios a través de los medios de comunicación de masas, y por eso estas estructuras parecen no sólo fiables,

---

12 «Los tecnócratas padecen la obsesión económica, pues parten de la premisa de que incluso los problemas no económicos pueden solventarse con remedios económicos». Toffler, A., *El shock del futuro*, citado en Abad Marigil, J. (2003).

13 Encontramos datos interesantes sobre el tiempo dedicado a tareas domésticas por sexos en un estudio realizado en Barcelona por Carrasco, C. Domínguez, M. Alabart, A. y Mayordomo, M., *Medición y valoración del trabajo familiar doméstico. Propuesta de una EPA alternativa*, inédito. Citado en Carrasco, C. (2001, p. 11). El esfuerzo por mantener los flujos afectivos, mucho más difíciles de cuantificar, también recae en su mayor parte en las mujeres.

sino fuera de toda duda, a pesar de que continuamente se destapen todo tipo de fraudes o se hundan los sistemas financieros de países enteros, con terribles consecuencias para la gente que pierde todos sus ahorros.

Somos conscientes de que el capital financiero-especulativo promueve los recortes en gastos sociales, los Planes de Ajuste Estructural en los países empobrecidos y hunde economías enteras. Pero seguimos depositando el dinero en los bancos y en los fondos de pensiones e inversión. El 30% de la población española juega en bolsa, esto supone mucho dinero proveniente de mucha gente. Estamos seguros de que mucha de esta gente destinaría su ahorro a otros fines si tuviese otras alternativas que le produjesen confianza.

Lo mismo ocurriría del lado de los y las emprendedoras que pretendemos iniciar actividades económicas, para las cuales necesitamos financiación. Al impulsar una empresa, se piden préstamos a los bancos, que siempre piden un alto interés. ¿No seríamos capaces de conseguir ese dinero prestado de gente que conocemos o que confía en nuestros proyectos? Si somos capaces de comprometernos a pagarle el 10 ó el 12% al banco, fácilmente le podremos devolver el préstamo con un 3% de intereses a gente cercana.

En un excelente trabajo, Nuria del Río (2003) hace una interesantísima exposición de distintas experiencias de financiación solidaria en todo el mundo, y más en concreto en el Estado español. Fórmulas más institucionales o más ligadas a la cercanía entre prestamista y emprendedor, más locales o más globales, más clásicas o más innovadoras... De toda esta gente que invierte en Bolsa, o que guarda su dinero en bancos o en fondos de cualquier tipo, seguramente muchos de ellos estarían dispuestos a depositar esos fondos en estructuras que los utilizasen para actividades socialmente útiles, si tuviesen alternativas.

Pedir ayuda a gente cercana y con la que nos identificamos, u ofrecerla, no supone necesariamente generar dependencia. Muy al contrario, puede generar confianza, y por tanto mayores posibilidades de interacción y de cooperación. Pero será una confianza horizontal, que genera complicidades y sinergias, y no vertical —como la de los bancos o el Estado— que genera miedo y dominación. La solidaridad y los lazos comunitarios son recursos que cuanto más se usan, más se reproducen, si el objetivo de la actividad es el bien común. La comunidad que conformamos será más fuerte y más capaz de satisfacer las necesidades de sus integrantes según se va poniendo en funcionamiento, según se multiplican y complejizan sus flujos internos.

Necesitamos reconstruir la confianza en nosotros y nosotras mismas, en nuestras capacidades, en el grupo, en la comunidad —no hay otra vía— en el espacio social, en los territorios concretos, en lo local, en la vida cotidiana. En las personas de carne y hueso que comen y cagan, que lloran y ríen. Es ahí, en el barrio, en el pueblo, en el lugar donde vivimos, donde nos podemos reconocer, convivir, descubrir nuestros intereses comunes, nuestros defectos y potencialidades. Más allá de que sea una batalla perdida, cualquier esfuerzo que hagamos en esta dirección mejorará indudablemente nuestras condiciones de vida, y las posibilidades de construir cualquier proyecto social emancipatorio. Pedir ayuda, a menudo es el primer paso para tejer relaciones fuertes de apoyo mutuo en la que —más allá de la solidaridad, que constituye una relación entre gente lejana— podemos pasar a crear *comunidad*.

2.3.6. Perspectivas ante una economía en crisis

Llegados a este punto, no podemos evitar volver a referirnos a lo que está pasando en la actualidad en Argentina. Con la crisis económica, con la escasez de dinero, asistimos a una tremenda explosión de iniciativas económicas no mercantiles, ya que, como decíamos antes, allí el mercado *ya no es útil*, no es funcional para una inmensa parte de la población. Así, entre las agrupaciones de desocupados, en las periferias urbanas... se están dando multitud de iniciativas de autogestión de todo tipo, ya sea por organización colectiva o por intercambio de producciones privadas en redes de trueque. Esto ha sido posible porque ya existían modelos mucho antes del estallido de la crisis, gente que trabajaba para desarrollar espacios de gestión colectiva frente a la insolidaridad del mercado. Y en efecto, estos espacios están construyendo organización social horizontal.

Cada vez más gente se está quedando fuera del «Estado del bienestar». EE.UU. parece el referente económico para el gobierno español, y nos debería servir también como referente social lo que está pasando ahí: en el país más poderoso del mundo hay grandes masas de población que no tienen acceso a sanidad, ni a muchos otros servicios sociales privatizados hace ya tiempo. Hay mucha gente, los llamados «working poors», que aún teniendo un empleo, el dinero que reciben no les da para subsistir. Están fuera. Y en el Estado español, según el desarrollo actual de acontecimientos, parece que vamos en un rumbo parecido, a toda prisa.

Diversas iniciativas de economía comunitaria, en las que el valor mercantil de la actividad no tiene tanto peso como la utilidad social de la misma, llevan décadas de vida en otras zonas de América Latina, sobre todo en entornos urbanos o entre el campo y la ciudad, ya que de otra forma no era posible el abastecimiento de alimentos básicos para amplias capas sociales. Pero, ¿nos sirve a nosotros el mismo rasero? Tal y como están las cosas, parece que de momento no hay tal necesidad de cubrir colectivamente necesidades básicas; que no se da tal desequilibrio entre la escasez de dinero en circulación y la abundancia de recursos no mercantiles para que la gente se lance en masa a producir e intercambiar fuera del mercado.

Pero se va acercando. En Sudamérica la crisis se generaliza, a Japón llegó hace tiempo, el crecimiento de la economía alemana es negativo... El último ciclo del capitalismo global, a la desesperada, tratará de desarticular lo que nos ha llegado de Estado del bienestar para seguir trasvasando beneficios y recursos a las grandes corporaciones y evitar así que se hundan, como ha ocurrido con Enron o Worldcom. Grandes capas de la población estaremos cada vez más excluidas de un número creciente de bienes y servicios, de la cobertura social del Estado y también de la privada. No habrá dinero para pagar salarios, ni tampoco seguros, ni la vivienda, la salud, la educación..., como ya ocurre en EE.UU., o una alimentación con un mínimo de calidad.

Faltará dinero para amplias capas de la población. Y sin embargo habrá muchos recursos disponibles entre la gente, como siempre los ha habido, que no serán rentables para su circulación en el mercado. Ante esto, como está ocurriendo en Argentina[14] y como lleva ocurriendo en la economía informal

---

14 Donde, ante la escasez de dinero, las redes de trueque han llegado a reunir a más de seis millones de personas, y en sus diversas fórmulas cubren una inimaginable cantidad de intercambios, desde la asistencia de un dentista o el servicio de guardería hasta pan o libros.

desde siempre, estos recursos «sumergidos» se movilizan atendiendo a otros valores, a otros parámetros, que les hacen más útiles. Simplemente hay espacios de la economía en que el mercado no funciona, no es útil. Cada vez es más fácil encontrar más atractivo el autoempleo o la economía sumergida que el trabajo basura de las ETTs o el Telepizza; el trueque al intercambio monetario. Al mismo tiempo, se hace cada vez más difícil conseguir dinero.

Es momento de experimentar fórmulas autogestionarias de cubrir estas necesidades, que generen tejido social consciente y activo. De encontrar los espacios de agregación que harán posible una sociedad solidaria, libertaria, que reúna en sí nuestros objetivos sociales, políticos y económicos. No es constructivo decir que la asamblea y la autogestión son poco operativos, difíciles, lentos, que a la gente no le atraen... Tenemos que encontrar la forma en que la organización autogestionaria de pequeñas pero crecientes parcelas de la economía sea atractiva y, sobre todo, útil para una mayoría de la población. No podemos desaprovechar la ocasión: el desmembramiento del Estado del Bienestar abre espacios para la descentralización y colectivización de algunas parcelas de la economía. Aprovechemos las grietas en que el mercado y su ley del valor ya no son útiles, para sustituirlos por autogestión. Investiguemos cómo.

2.4. La experiencia económica del BAH!

A alguna gente nos surgía la necesidad de llevar a la práctica nuestras discusiones. La idea es que viviendo de hecho situaciones que responden a claves —lógicas— distintas a aquellas que rigen nuestra vida en el capitalismo, seremos capaces de imaginar horizontes sustancialmente distintos, proyectar desarrollos divergentes con los convencionales, abrir líneas de fuga entre la exclusión social y la miseria de la vida salarial.

Escogimos la agricultura ecológica porque a buena parte del colectivo nos interesaba y nos apetecía probar, pero también porque intuíamos que las cooperativas de consumo u otras formas de consumo asociativo de alimentos ecológicos suponían una actividad que estaba en franca expansión, y que aunaba elementos muy interesantes para trabajar: interacción campo-ciudad, modelo de consumo, trabajo, relación sociedad-naturaleza a través de la agricultura... Pero otra actividad productiva y material con potenciales análogos también nos hubiese valido.

Intentamos plantear un proyecto que supusiera una ruptura con algunos conceptos básicos del capitalismo y la sociedad urbano-industrial, como el precio o el salario, o en determinar la ubicación del proyecto en el espacio periurbano. Sin duda, tras cuatro años de experiencia —realmente muy pocos—, nuestro cerebro se ha disparado, y subjetivamente estamos seguros de que hoy somos capaces de imaginar en base a conceptos que antes ni tan siquiera lográbamos intuir. No sabemos si hemos superado los precios o los salarios, pero al menos hoy somos capaces de explicar parte de aquellas intuiciones que entonces sólo lográbamos traducir en excitación. En ese sentido, para nosotros esta experiencia ya ha sido un éxito.

El análisis que nos llevó a proponer un proyecto tal como lo hicimos surgió de las siguientes ideas:

- La producción, distribución y consumo de alimentos son un bien social, del que toda la sociedad se debe responsabilizar. Mucho más si se realiza según los principios de la Agroecología; es decir, atendiendo a criterios ecológicos, sociales, territoriales...

- La Política Agraria Común (PAC) de la UE; la industrialización y «petrolización» de la Producción agraria; el modelo «global» de producción —explotación del campo por la ciudad y del norte por el sur—; el cambio en los hábitos de consumo y la artificialización de la estructura de necesidades de la gente en la sociedad de consumo; y la estructura del mercado agrario, hacen del sistema de precios agrario algo tremendamente artificial, con precios por los suelos, que sólo pueden afrontar las grandes explotaciones, muy intensificadas en capital.

- Los riesgos de la producción agraria corren exclusivamente a cargo del o de la agricultor/a. Esto es mucho más acusado en la producción ecológica, mucho menos subvencionada, y está haciendo desaparecer la casi totalidad de las pequeñas explotaciones, así como de las más extensivas o de producción artesanal.

- La proporción que representa la alimentación respecto del gasto familiar total, ha disminuido tremendamente en el último siglo, lo cual no se corresponde con su importancia real en comparación con, por ejemplo, el gasto en ocio; ni con el impacto social o ecológico que produce el actual modelo de producción-distribución-consumo.

- En tan sólo dos generaciones —variará en función de cuando se industrializó cada país concreto—, que han vivido la mayor parte de su vida en entornos urbanos, se ha perdido toda sensibilidad hacia la tierra, todo nexo identitario con el paisaje, el territorio y el ecosistema que nos vio nacer y nos sustenta.

- Por otro lado, también se ha perdido todo conocimiento popular de los ciclos naturales y agrícolas, la utilidad de los distintos recursos naturales de un entorno concreto, de la dieta tradicional, de la calidad de los alimentos, y de los requerimientos de recursos —la huella ecológica— de la produccion agraria tradicional —campesina—, y por tanto la capacidad para comparar ésta con la huella ecológica de la producción agraria convencional —industrial. Hoy no sabemos lo que comemos, ni lo sabemos valorar.

Frente a este panorama, nos hemos planteado un modelo de producción, distribución y consumo agrícolas, que recupere la seguridad y la dignidad para el productor, y la seguridad y soberanía alimentarias no sólo para el consumidor/a o el productor/a, sino para «lo social», para la comunidad; y todo esto sin dañar al ecosistema en que ésta se inserta, sino al contrario, fortaleciéndolo y enriqueciéndolo.

Desde el otoño de 1999 comenzamos a dar forma a un modelo económico para la producción y el consumo de hortaliza que, al menos para nosotros, era novedoso. Surge del bagaje de los integrantes de lo que fue el colectivo Bajo el Asfalto está la Huerta, de experiencias de «Community Sustained Agriculture», de otras de venta directa, de comercio justo, de experiencias locales de economías alternativas, de Circuitos Cortos de Comercialización, de sistemas de venta directa por «bolsas fijas» o «canasta básica»... Bebe directamente de la

experiencia de los «Grupos Autogestionados de Konsumo» de Madrid, y en concreto de las reflexiones del agricultor que durante sus tres primeros años impulsó el proyecto: Jesús Lázaro.

Nos planteamos un proyecto productivo en el cual, mediante la gestión colectiva de la actividad que se realizara, movilizásemos valores distintos, alternativos a los del mercado y estableciesemos unas relaciones que intentaran superar el falso antagonismo entre producción y consumo —trabajadores y consumidores—, para buscar unas relaciones económicas no capitalistas, aunque sea tan sólo en un espacio concreto, y por eso mismo limitado de la esfera vital: la alimentación.

Por tanto, el valor de la actividad dentro de este espacio no mercantil pretendía estar establecido sobre la base de parámetros y valores de la «economía campesina», esto es, de sustentabilidad —posibilidades de persistencia en el tiempo y de autorreproducción— de la actividad, de eficiencia ecológica en la movilización de los diferentes tipos de recursos y, en definitiva, de las posibilidades y necesidades del grupo social que las realizaba y las gestionaba. En nuestro caso, partiendo de un proceso muy concreto de gestión de la producción, distribución y consumo de verdura ecológica de temporada, la opción que habíamos tomado era la de unir en una misma estructura a todas las partes interesadas.

2.4.1. El compromiso entre producción y consumo

Un proyecto vivo, que busca experimentar y aprender, debe estar preparado para cambios constantes en ese camino de investigación y aprendizaje. Y para ello requiere referentes y guías que indiquen que no estamos yendo en un sentido distinto al deseado, y que a la vez se puedan mover con nuestra propia evolución. En debates de los distintos grupos de trabajadores nos hemos preguntado a menudo cuál era la esencia del proyecto; aquellas relaciones no solo económicas, más allá del precio, que nos diferencian de la economía mercantil, y que suponemos que van a generar subjetividad antagonista y tejido social autogestionario.

Lars Bonell (2003) propone una serie de indicadores para empresas de economía social, como referentes móviles para ver hasta que punto una empresa es social o no: estructura de la propiedad de los bienes de la empresa, gestión de los beneficios, toma de decisiones, condiciones laborales y orientación social de lo que se produce. En oposición, define los antiindicadores —los que no lo son necesariamente y que podrían pasar por auténticos indicadores—: la figura jurídica, que trabaje en el sector económico de la intervención social, o que acoja a personas en situación de riesgo social.

Nosotros hemos intentado, aplicado al sector agroalimentario, definir cuál es la base de la relación económica que estamos desarrollando en el BAH!, hasta llegar a una definición que nos permita evolucionar, y que sea por tanto flexible. Pero que encierre unos principios que se puedan mantener a lo largo del tiempo. Llegamos a la definición de *autonomía alimentaria*; un concepto que no es tan limitado como autarquía ni algo tan amplio como *soberanía alimentaria*. Consistiría, más o menos, en «cómo nos apañamos para superar la ley del valor capitalista» en relación a la alimentación de determinado grupo social, y lo definíamos así:

- *Autonomía alimentaria* sería las condiciones necesarias para el autoabastecimiento directo de alimentos, dentro de un espacio social unitario —una comunidad—, en el que todas las partes deciden conjuntamente sobre todo el proceso: producción, distribución y consumo de esos alimentos. Esto se llevaría a cabo con:

- *Gestión conjunta, en una estructura unitaria, de todo el proceso económico: producción-distribución-consumo (P-D-C)*

- *Corresponsabilidad:*

  -Compromiso total entre producción y consumo, en función de lo planificado conjuntamente, ya que ambos, con la distribución, integran la unidad. Todos necesitan lo que se produce y todos son responsables de todas las partes del proceso económico.

  -Mantenimiento de la actividad como máximo objetivo de la estructura; que no prevalezcan unos eslabones del circuito (P-D-C) sobre otros cuando haya problemas en algún sector: solidaridad subsidiaria, al ser la misma estructura.

  -Garantía de ingreso mínimo para el/la productora mientras trabaja, y no solo mientras hay cosecha. Prioridad de surtir de productos a la cooperativa

- *Relación política directa entre P-D-C en una asamblea conjunta.*

- *No hay excedentes.* Todo lo producido se reparte a partes iguales entre todos los que conforman la estructura.

Si bien este concepto se elaboró en un debate del Grupo de Trabajadores —a partir de ahora, GT— de la cooperativa de la campaña 2001-02 sobre cómo podría ser nuestra relación con otros núcleos de producción, surge como un intento de, partiendo del funcionamiento actual, eliminar exigencias y rigideces propias de la situación, que hacen difícil esta relación. En el BAH!, estos principios se llevan a cabo por medio del espacio unitario de gestión —la Asamblea General que reúne a productores, consumidores y distribuidores— y a través de la propiedad colectiva de todos los bienes y producciones de la cooperativa y con el sistema de Bolsas Fijas.

Las bolsas fijas son la cantidad de verdura que le llega a cada Unidad de Consumo cada semana, igual para todas ellas. Su contenido varía de una semana a otra, y de una temporada a otra, ya que en ella va simplemente todo lo que había esa semana para repartir. Se planifica para que todas las semanas del año haya verdura suficiente para una familia media —3 ó 4 personas—, en cantidad y en variedad. Pero otra cosa es lo que sale al final. Y este resultado es lo que se reparte. Es aquí donde se ve realmente la *corresponsabilidad* en la cooperativa: si sale bien, sale bien para todos; y si sale mal, pues también. Los errores se solventarán entre todos y todas y se traducirán en un cambio en el funcionamiento de la cooperativa para que no vuelva a ocurrir, en una readaptación, pero no en pérdidas para ninguna de las partes.

2.4.2. Una actividad económica dentro de un movimiento social

Para comenzar el proyecto nos apoyamos en un tejido que ya existía: los movimientos sociales antagonistas madrileños; en una conciencia hacia el consumo que ya existía, el comercio justo; y en una cultura de consumo ecológico y solidario que tras tres años se iba asentando con fuerza, los Circuitos Cortos de Comercialización y los Grupos Autogestionados de Konsumo. Este es el ámbito social dentro del cual nos movemos y ante el que respondemos, en espacios formales o informales, ya que a él pertenecemos gran parte de los integrantes del proyecto, y en él nos apoyamos para funcionar en muchos sentidos: ideas y cultura política, capacidad de acción, infraestructuras de todo tipo, financiación... incluso gracias a cierta identidad difusa que cohesiona este espacio bien difícil de definir y siempre con los límites bien abiertos. Sobre esta identidad comenzamos a construir las relaciones más fuertes y concretas dentro de este espacio que hoy formamos las 128 viviendas —familias, pisos compartidos, casas okupadas, comunidades...— que integran el proyecto.

Comenzar con un grupo de gente altamente concienciada, un entorno «artificial» y muy favorable, nos está permitiendo avanzar hasta encontrar y desarrollar un modelo autogestionario —productivo y organizativo—, eficaz y útil —ojo, que no rentable— para mucha gente, de alimentarnos. Nos permite echarle la energía extra, la inversión inicial, el motor de arranque que pondrá en funcionamiento un proyecto que para funcionar requiere que cambie, al menos en parte, la vida de sus integrantes. Y eso no es poco.

Para comenzar la actividad son necesarios muchos recursos desde la nada, lo que se conoce por capital inicial: conocimiento agrícola u organizativo, maquinaria, locales de reunión, almacenes, vehículos... Y por supuesto también hace falta dinero para comprar y pagar infraestructuras, maquinaria, semillas... Muchos recursos que no teníamos y que teníamos que conseguir. Al ser esta una iniciativa ilegal, no tenemos la posibilidad de pedir ayuda financiera al Estado, bancos u otras instituciones. Tampoco se nos pasó nunca por la cabeza. Al pedir un préstamo debes adoptar una estructura, un funcionamiento determinado: sólo te darán el préstamo si eres rentable. Pero nosotros no queremos ser rentables y de hecho la estructura que hemos adoptado responde a otra finalidad.

Mientras podamos, estamos intentando financiar nuestra cooperativa de forma que fortalezca a la cooperativa y a los movimientos sociales a los que pertenecemos, y que no nos haga dependientes de entes que ni nos conocen ni nos aprecian en absoluto. Por ello, hasta el momento nos hemos financiado con las cuotas mensuales de los miembros de la cooperativa y con actividades colectivas de financiación, tales como bonos solidarios, fiestas y cenas de apoyo al proyecto, venta de camisetas... Cuando hemos necesitado sumas importantes de dinero, se han recibido préstamos de miembros de la cooperativa o de gente cercana, que se han devuelto de forma colectiva. También hemos eliminado muchos gastos al apoyarnos en infraestructuras preexistentes, tales como los locales de asociaciones y Centros Sociales Okupados relacionados con la cooperativa, préstamos de material o maquinaria... Se puede decir que la mayor parte de los recursos que movilizamos no son dinero, sino redes sociales.

No necesitamos avales ni papeleos, ni tampoco muchos requerimientos legales que a menudo hacen muy difícil el inicio de pequeñas empresas con pocos recursos iniciales. A cambio, en el BAH! tuvimos que publicar muchos papeles, consultar con mucha gente, hacer actos públicos, estar en muchos sitios... También hacemos muchas reuniones para intentar tener las cosas muy claras y proponer a la gente algo que cuadre con las actividades y capacidades que ya desarrollan. Si queremos insertar nuestra iniciativa económica dentro de un movimiento social, es para responder a las necesidades del mismo, para responder ante él. De hecho, nosotros participamos a través de distintas estructuras de este espacio común, y desde ahí decimos que lo fortalecemos: desde una pertenencia previa. Los papeles que publicamos, las reuniones que hacemos y todos los trabajos emprendidos para poner en marcha el proyecto sirven para buscar formas de comunicación y coordinación que resulten a la vez positivas para el BAH! y para aquellos con los que interactuamos. En vez de acumular capital, generamos bienestar social.

Empezar sin bancos, sino movilizando redes sociales, nos ha costado unos años de arranque tremendamente precarios, funcionando con muy poco dinero para inversiones y mejoras. Desde el tercer año las cifras cambian, y la realidad también. Se ha hecho un gran esfuerzo presupuestario y se ha intentado adaptar la cuantía de la cuota de socio a los gastos reales. Así, en el plenario de noviembre de 2001 se decidió subir ésta de 6 a 7 euros, más uno de transporte, para afrontar la deuda con los antiguos trabajadores y las nuevas inversiones en furgoneta y motoazada. Y al ver que esto no alcanzaba, y que no era posible subir más la cuota de socio, se decidió sacar dinero mediante actividades colectivas de la cooperativa, hasta que en noviembre de 2002 conseguimos pagar todas las deudas y aún tener un remanente nada desdeñable para eventualidades o posibles inversiones. Esto nos ha llevado a tener, al tercer año de vida, las cuentas totalmente saneadas y a poder plantearnos destinar lo que se gastaba en pagar mensualmente estas deudas y a mejorar las condiciones de los trabajadores.

El capital inicial en esta cooperativa se ha compuesto, en su mayor parte, de capital social. No tiene otra explicación. Ahora bien, este capital social no se basa en redes sociales tradicionales jerárquicas —tales como la familia o el clan primitivo— sino en lazos de amistad, de apoyo mutuo e incluso de un proyecto político o una ideologías compartidos, siempre en base al acuerdo y a la libre decisión de la gente.

2.4.3. Ni precios, ni excedentes, ni beneficios

El proceso ha sido tremendamente dinámico, y ha habido muchas situaciones distintas en cuanto a la disponibilidad de recursos en la cooperativa. En períodos de escasez, se ha fijado un orden muy riguroso para el destino del dinero disponible: cubrir gastos corrientes generales, después para asignaciones del GT, y después para otro tipo de gastos. Todo lo que se ha producido se ha repartido entre los y las cooperativistas, y de hecho nunca ha habido excedentes. Según ha ido mejorando la situación se iban asignando recursos a los elementos más precarios: incrementos en la calidad y cantidad en la verdura repartida, en la asignación de los trabajadores, reducciones en los tiempos de trabajo, mayor dedicación a actividades complementarias —cursos, actividades lúdicas, acción política...

Los factores más importantes de mejora han sido, probablemente, la acumulación de experiencia, los ajustes en la organización de la cooperativa y del trabajo en el GT, el progresivo aumento en la participación —la incorporación de más y más gente a los distintos órganos de gestión de la cooperativa, así como al trabajo agrícola.[15] Como consecuencia hemos conseguido aumentos sostenidos de la productividad agraria por unidad de trabajo, de tiempo, de superficie y de inversión. Este aumento en la productividad viene producido a su vez por la acumulación de conocimiento y experiencia, la estabilidad en las tierras en torno a Perales de Tajuña y la mejora de los medios de producción en general.

Pero no se traduce en beneficios monetarios para la cooperativa, sino en mejoras en las condiciones en las que la gente participa. Las mejoras resultantes están consistiendo en: reducción del tiempo de trabajo en el GT, incremento de cantidad y calidad de verdura, incremento en dinero y servicios recibidos por los trabajadores, incremento relativo de las unidades de consumo por cada unidad de trabajo, incremento absoluto de las Unidades de Consumo, apertura de fondo de seguridad para imprevistos o desastres en la cosecha

La estructura del sistema de precios del mercado global beneficia la iniciativa económica a gran escala y más en concreto la de las fases finales de la producción —embalado, comercialización....—, y los Estados y demás estructuras económicas supraestatales velan por ello. Esto hace que muchas iniciativas económicas mercantiles fracasen. Nosotros no funcionamos con precios, sino que la cuota de socio no varía en función de la producción, sino de las necesidades de la cooperativa. En este sentido, la relación directa —la comunidad de intereses— entre Producción y Consumo puede hacer de colchón frente a las fluctuaciones de los precios en el mercado, para aquellos bienes o servicios para los cuales se depende de éste. O también frente a factores que escapan al control de la cooperativa, tales como el clima.

Funcionar en un espacio en el que P-D-C buscan el bien común, hace posible modificar la circulación de dinero y bienes en el interior de la cooperativa cuando alguna parte del proceso económico lo necesite; o incumplir, si es inevitable, los compromisos de alguna parte, y que la cooperativa siga funcionando. En el primer invierno no se cumplió el compromiso de darle dinero a los trabajadores por el trabajo realizado mientras no había producción. El segundo invierno pasó algo opuesto: los trabajadores se habían comprometido a tener producción todo el invierno, pero esto no se pudo cumplir en calidad y cantidad. Intervinieron fallos en la planificación, pero también problemas ajenos al GT, y muy especialmente que fue un invierno muy duro, en la huerta del BAH! se alcanzaron los –14º C. Algo que en el mercado supuso la ruina de muchos horticultores. Sin embargo en la cooperativa se garantizó el mismo ingreso para los trabajadores: se pudo hacer de colchón para conseguir el mantenimiento de la actividad.

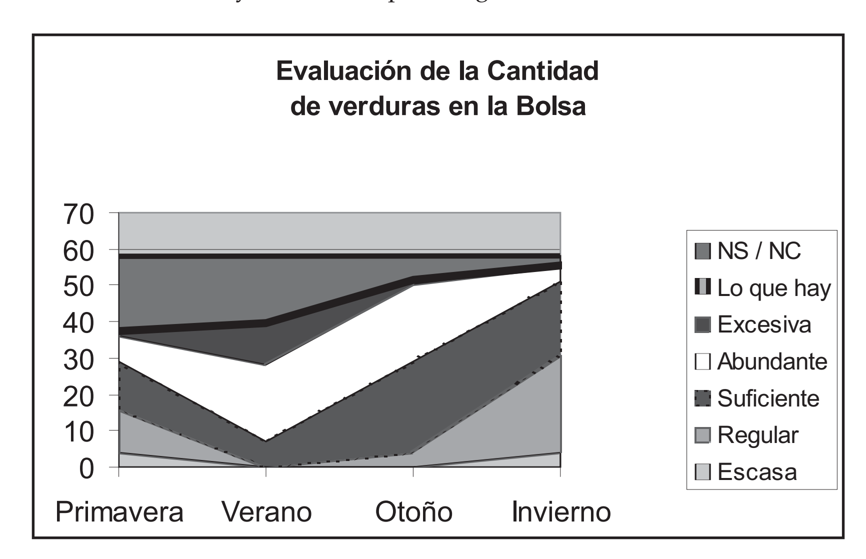
La forma de la cooperativa permite que estos dos límites tengan cierto margen de movilidad, si la cooperativa lo necesita, ya que tanto las asignaciones del GT como lo que aportan los socios pueden variar. Así, ante fluctuaciones en el mercado que nos afecten, se pueden reestructurar los flujos de

---

15 A través de los llamados «Domingos verdes», que explicaremos más detenidamente el capítulo sobre «Participación».

recursos en la cooperativa. O se pueden asumir periodos de transición en los que la cooperativa no funciona con normalidad, por las razones que sea. Es así como hacemos efectivo eso de que las cuentas de la cooperativa se organicen en función de sus necesidades y sus posibilidades, y no en función del mercado. Digamos que se van generando recursos entre todo el mundo, ya sean potencial financiero, red social de apoyo, conocimiento agrícola u organizativo..., y las mejoras que esto produce revierten en el conjunto de la cooperativa.

Si este colchón supone solamente «precarizar» nuestras vidas —las de trabajadores y consumidores— es algo muy discutible, tanto como el mismo concepto de precariedad. La precariedad tiene sin duda una componente económica base, pero que está determinada socialmente y por tanto depende de la cultura y el espacio social en que se inserta la actividad. Por otro lado, lo que obtenemos de la cooperativa no es solamente material, sino que los beneficios también son sociales y relacionales. Por tanto, a la hora de valorar el resultado de la actividad habrá que contemplar ambos. Lo cual no quita para aceptar que los recursos que reciben los trabajadores de la cooperativa son aún escasos, y que la verdura que se reparte no es todo el año todo lo abundante, variada y de calidad que nos gustaría.



La estructura unitaria —que reúne en un mismo espacio P, D y C— es necesaria, en cualquier caso, ya que los medios de producción que utiliza la cooperativa son de propiedad colectiva; esto es, pertenecen a toda la asamblea, y es ésta la que responde ante cualquier cambio o problema en relación con ellos. También intentamos facilitar así la toma de decisiones en base a los intereses comunes y la toma de conciencia colectiva de las potencialidades y dificultades de todas las partes y momentos. Pero además la relación continua, la *comunidad de intereses* al formar la misma estructura, es lo que hace posible este *colchón* respecto a nuestra dependencia económica del mercado.

2.4.4. La organización del trabajo

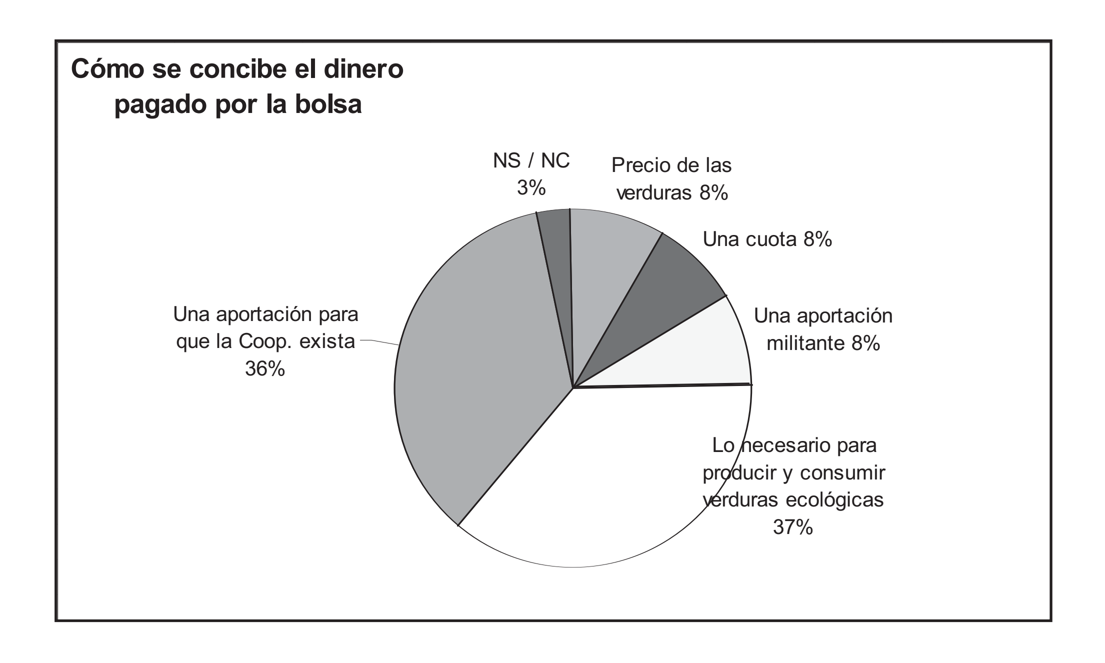
En el BAH! hemos intentado que no predominasen las actividades de gestión sobre las de producción, como en la organización capitalista de la economía. Lo que se ha hecho ha sido repartir las tareas de gestión del proceso económico entre todos los grupos de la cooperativa en la asamblea general, asumiendo que el único trabajo remunerado sería el agrícola y el de distribución, y el resto de las tareas serían, por decirlo de alguna forma, voluntarias.

De todas formas, esto no se cumple a rajatabla en la realidad. Ya que por el GT pasa inevitablemente la mayor parte de la información de la cooperativa, en ellos recae también una parte desproporcionada del trabajo de gestión de la cooperativa, sobre todo en cuanto a coordinación de tareas y a resolución de problemas urgentes; lo que supone una gran responsabilidad. Y la responsabilidad es algo que pesa mucho, y que ha generado grandes tensiones dentro del mismo GT, hasta el punto de que ha habido gente que ha dejado el mismo, en buena parte, por esta razón.

En cualquier caso, este efecto viene condicionado desde los inicios de la cooperativa al ser iniciativa del primer GT. Por ello, el trabajo de organización y gestión ha venido muy mediado por el mismo. Desde el primer día esto ha sido explicitado, y se ha trabajado activamente por equilibrar el reparto de la responsabilidad y el trabajo de gestión en la cooperativa; pero por la propia situación de inicio, este trabajo de organizar las tareas, crear órganos de gestión democráticos y horizontales, y fomentar y hacer posible la participación, también ha recaído en gran parte en el GT. Si bien los avances han sido impresionantes, y cuatro años después del inicio la descentralización de la actividad de gestión en la cooperativa es bastante satisfactoria.

Pensando en el esfuerzo inicial para echar adelante la cooperativa, a menudo nos ánima la idea de que algún día esto marchará por sí solo. Pero esto, ¿qué significa? Si los trabajos de gestión se asumen colectivamente de forma voluntaria, la cooperativa siempre va a requerir del esfuerzo de todo el mundo para funcionar. La actividad económica no es un sistema cerrado, y por ello el espacio social en el que ésta se inserta deberá bombear constantemente mensajes y recursos para alimentarla en función de los propios desarrollos comunitarios. «Los grupos, al igual que los sistemas físicos, se debilitan y se desordenan si dejan de recibir energía en forma de tareas, recursos, personas, aprendizaje y sentido». (Cembranos y Medina, 2003) La economía no es un sistema aislado; la Economía Social necesita ser alimentada constantemente por los procesos sociales.

En términos mercantiles, se podría analizar si todo este trabajo de gestión se traduce en una disminución en el precio de las verduras recibidas por los consumidores. Sin embargo afirmamos que no es posible dicha traducción, ya que los cooperativistas no perciben la cuota mensual como el precio de las verduras, sino como un dinero necesario para el mantenimiento y la reproducción de la actividad de la cooperativa. Este dinero no se corresponde —no es proporcional— con el precio de la verdura que se recibe, ni con su cantidad o variedad, ni siquiera con el trabajo aportado por el GT. Se percibe subjetivamente como algo distinto que obedece a otro tipo de relación económica, y esta es la mejor prueba de que estas relaciones económicas no siguen un patrón mercantil, de que la actividad en el BAH! no tiene una *traducción monetaria directa.*



2.4.5. El trabajo en el Grupo de Trabajadores del BAH

En otoño de 2002 se calculó que cada miembro del GT —en régimen de jornada completa— dedica a la cooperativa una media de 55 a 58 horas semanales. Si le restamos las actividades que no se suelen contabilizar en empleos asalariados, esto es, el transporte, los almuerzos, las reuniones que no son de trabajo, la formación y las tareas de gestión, que no se contabilizan en el resto de los grupos de la cooperativa, nos queda una jornada de 31 a 32 horas semanales.

Trabajo productivo	25 h
Reuniones trabajo	4-6 h
Reuniones GT	4 h
Reuniones y actividades del BAH!	3 h
Papeles, encargos	2 h
Formación	1-2 h
Almuerzo	3.5 h
Transporte	12.5 h

La mayor parte de los Grupos de Consumo de la cooperativa sólo utilizan unas 4 ó 5 horas mensuales a la reunión de grupo, mientras que los miembros del GT dedican unas 10 u 11 horas semanales para tareas de gestión y otras actividades como las reuniones del grupo para tratar los temas generales de la cooperativa, las reuniones propias de la cooperativa, los trabajos de las comisiones, los papeleos necesarios y los trabajos de gestión, y la formación. Esto arroja unas cuentas muy desequilibradas entre el GT y el resto de los grupos. Entonces, y considerando todos los principios expuestos en el análisis del trabajo al inicio de este capítulo, ¿qué escogemos? ¿Las 55 o 58 horas de autoexplotación que incluyen todo el tiempo destinado a actividades

relacionadas con la cooperativa? ¿Las 31 ó 32 horas semanales que no consideran ni transporte —un cuarto del tiempo total— ni todas las tareas de gestión/coordinación?

Hasta la fecha no se ha dado el debate en la cooperativa sobre el tiempo de trabajo en el GT, ni se habían hecho estos cálculos. Ni siquiera ha sido posible dentro del mismo GT, donde se conoce bien esta realidad. Esto probablemente se debe a la dificultad ideológica de digerir el papel del GT en la cooperativa, y más aún de considerarlo como algo que, en cambio, tiende a mejorar. También por que no se ve la forma de sustituir el tiempo extra que se aporta desde el GT sin que la cooperativa deje de funcionar, ya sea el tiempo de gestiones o el de transporte —condición constituyente de la propia cooperativa en tanto proyecto periurbano. Se han producido avances a la hora de reducir este tiempo y esta responsabilidad suplementarias, sin embargo la permanencia en el GT sigue siendo bastante precaria, y más de la mitad del grupo es sustituido cada temporada. Desde luego, esto es problemático, ya que crea inestabilidad y requiere mucho esfuerzo crear grupos nuevos todos los años, así como fijar y transmitir la experiencia acumulada.

Por otro lado, la asignación monetaria que perciben los miembros del GT se ha fijado en base a un mínimo aceptable por ellos y a la capacidad financiera de la cooperativa, pero siempre ha estado por debajo de los que éstos consideran «deseable» para el desarrollo de su vida normal. Los 500 euros que perciben en la actualidad se acercan a los 507 que definen como «suficiente», pero muy por debajo de los 844 euros «deseables».[16]

El debate, se puede abordar desde muchos lados. La dinámica inicial ha consistido en impulsar la cooperativa con esfuerzo militante. Se entiende así que lo percibido por los trabajadores suponga muy poco dinero para el trabajo realizado. Siguiendo esta línea, entramos directamente en un debate sobre los valores de la gente y de la cooperativa, y sobre los sentimientos de los integrantes del GT. ¿Se sienten explotados? ¿Les merece la pena el balance entre la energía y esfuerzo que se dedica al proyecto y lo que se recibe de él?

En el BAH! se aportan al/la trabajador/a la asignación monetaria, una bolsa semanal y algunas otras cosas físicas, pero también la experiencia colectiva-comunitaria, el aprendizaje, el goce por las tareas realizadas y del desarrollo libre y colectivo de las capacidades de transformar la propia realidad, las bondades de fecundar la tierra para después recoger el fruto común... Estas últimas apreciaciones entroncan más con la visión clásica, si queremos romántica, de las actividades dignas del ser humano. Algo que cada vez tiene menos lugar —menos sentido— en la sociedad urbano-industrial. En cualquier caso, son estos bienes inmateriales los que realmente compensan la dureza del trabajo, las exigencias de responsabilidad y de tiempo.[17] Hasta el momento nadie ha dicho que se haya sentido explotado en el BAH!, sino que todos valoraban este aspecto como algo muy positivo, y a partir de ahí decidían si merecía la pena.

---

16 Medias de los datos obtenidos en una encuesta de elaboración propia, realizada a seis de los siete trabajadores de la campaña 2002/2003 y a un trabajador de varias campañas pasadas.

17 Esta afirmación la realizamos desde nuestra condición de miembros más antiguos del proyecto, ya que hemos participado desde la fundación del mismo hace cuatro años.

De esto podemos extraer que el trabajo en el GT del BAH! se entiende como algo más que una actividad cuyo único fin es la obtención de dinero. De hecho, pensamos que el proyecto pone en cuestión al propio sistema salarial, ya que los recursos aportados no tienen relación con lo producido, ni con el tiempo de trabajo, ni con el valor de la actividad en el mercado libre de trabajo, sino más bien con el compromiso recíproco entre el trabajador y la cooperativa de acuerdo a las posibilidades y necesidades de ambos. Pensamos además que este modelo genera unas relaciones socioeconómicas que tampoco responden a las pautas del sistema salarial:

- No es trabajo enajenado: El trabajador o la trabajadora es dueño o dueña del producto de su trabajo, decide sobre cómo lo realiza y sobre su destino, si bien no es una decisión individual, sino que esta se toma dentro de una estructura colectiva. No se extrae plusvalor del proceso. El trabajo es considerado por el trabajador/a como la realización de sus potencialidades, como algo creativo, además de como una forma para obtener el sustento.

- Es una actividad con valor social. Frente a la naturaleza generadora de conflictos del trabajo asalariado —competitividad, conflicto entre Producción y Consumo, y entre capital y trabajo—, la actividad productiva desarrollada en un espacio económico determinado y englobado por lo social, genera cohesión, unión entre la gente, en beneficio de la búsqueda de un interés y un bien comunes.

- La actividad colectiva genera sensación de pertenencia a un grupo —algo explotado sobremanera hoy en día en la publicidad para aumentar el consumo—, que sin duda es muy necesario para todos y todas nosotras, más aún en estos tiempos de disolución de las estructuras sociales tradicionales.

Al considerar estos elementos estamos hablando de otra cosa distinta al trabajo asalariado convencional, que supera la esquizofrénica parcelación de los tiempos de vida que hoy sufrimos —ocio/trabajo/residencia—, elementos siempre constituyentes del modelo de producción capitalista. (Debord, 1974) Estamos hablando de una actividad no sólo económica, sino también social. ¿Hasta que punto esto es realmente así? Como hemos comentado en todo momento, esta «comunidad» es algo parcial, que no cubre todas las necesidades del individuo, ni mucho menos. Hay que compatibilizar el tiempo «en» la cooperativa con el tiempo «en» los otros espacios, lo que genera importantes contradicciones cuando el tiempo «en» la cooperativa se difumina entre lo laboral, lo lúdico, lo relacional.... Las necesidades afectivas —más allá de las meramente identitarias, o grupales—, la necesidad de pertenencia a un grupo social, otros disfrutes... A menudo la cooperativa no deja tiempo para esta otra realidad, y esto genera mucha tensión a los trabajadores.

Por otro lado, la ilegalidad no permite el acceso al sistema público de la Seguridad Social, De este modo, bastantes aspectos en la seguridad laboral y vital de los trabajadores de la cooperativa quedan desatendidos. Durante el último año se está desarrollando un nuevo debate sobre la cobertura social de los mismos. Un debate no concluido. De hecho, queda abierta la discusión entre la opción estatal o la búsqueda de una «Seguridad Social Alternativa»

articulada sobre la base del espacio social que estamos construyendo y que constituimos con otras muchas iniciativas económicas en Madrid. Sin duda, la evolución vendrá marcada por la combinación de distintos elementos, ante la imposibilidad de constituir una alternativa real y completa con los recursos que maneja la cooperativa.

2.4.6. Es un sistema abierto y deberá seguir siéndolo

El sistema de la cooperativa está basado en una contradicción. Al tratarse de un proyecto parcial, sólo afecta a una parcela muy concreta de la vida de la actividad económica, la alimentación, aparte de la cuestión laboral que afecta especialmente a la gente del GT. Por ello, para muchas cosas se funciona con dinero, en concreto para todas aquellas cuyo valor está determinado por el mercado. Se trata de un sistema abierto, que a través de las entradas y salidas el mercado nos obliga a utilizar el valor mercantil de algunos elementos. Por eso mismo, está condicionado por ciertas necesidades de recursos, además de porque las posibilidades de utilización de los recursos generados son limitadas.

Relaciones entre la cooperativa y el mercado. El dinero con que se financia la cooperativa proviene en su mayor parte[18] de las cuotas de los cooperativistas, y por tanto del trabajo asalariado. Esto marca fuertes desigualdades en lo que representa la cuota semanal respecto a los recursos totales del/la socio/a, debido a las fuertes desigualdades salariales entre los miembros del proyectos. Además, permanecen tres vías más por las que el mercado condiciona nuestra organización económica:

- El flujo de dinero que entra desde el mercado a la cooperativa, las cuotas de socio, que provienen en su mayor parte de salarios, obviamente no están controladas por la cooperativa o sus miembros, sino por el mercado. De esta forma, somos dependientes del mercado, el despido de un/a socia, alteran su participación en la cooperativa.
- Los gastos de los miembros de la cooperativa en otras cosas que no son verdura, y que tienen que adquirir en el mercado según el sistema convencional de precios. Esto afecta a su estructura de gastos, y por tanto al dinero que pueden emplear en la cuota de la cooperativa, según la proporción que destinan a la alimentación. En el caso de los miembros del GT, lo que perciban de la cooperativa para poder dedicarse de lleno a las tareas agrícolas, deberá ser suficiente para cubrir el resto de sus necesidades —vivienda, cultura, salud, ocio, formación....—, muchas de las cuales tienen que ser cubiertas en el mercado. Esto supone un fuerte condicionante para los gastos totales de la cooperativa,[19] y por tanto en relación a la cuota que aportan los socios.

---

18 Entre noviembre 2001 y noviembre del 2002, los ingresos extra —fiestas, donaciones y demás actividades de financiación— suponían tan sólo un 7.6% de los ingresos totales.

19 En la actualidad, aproximadamente un 68% de los ingresos de la cooperativa, via cuotas, se destina a las asignaciones del GT.

- Los insumos y bienes de producción: semillas, pesticidas biológicos no autoproducidos, tierras, maquinaria, herramienta, transporte...y sobre todo petróleo para mover las máquinas. Hay partes que son más difíciles de encarar de una forma no mercantil, como la furgoneta o la motoazada. Existe tecnología que podría sustituir el uso del petróleo por combustibles autoproducidos, como el aceite de girasol. La semilla debería ser autoproducida u obtenida fuera del mercado, ya que la que este ofrece no es interesante, no sólo por el precio sino también por sus cualidades. Abono y pesticidas se podrían autoproducir y reducir su uso con las adecuadas prácticas agroecológicas. Las tierras se podrían okupar —tal y como empezó el proyecto—, trocar o conseguir cedidas. La herramienta se podría autoproducir en parte, y la otra parte y la maquinaria se podrían obtener tan sólo comprándola... De momento, aceptamos la dependencia tecnológica de las máquinas, aunque estamos trabajando para minimizar el resto de las dependencias nocivas del mercado con relación a los bienes de producción.

Hablaremos ahora de los dos primeras cuestiones. Una posibilidad de solucionar el problema de dependencia respecto al mercado sería el trueque, entre la gente de la cooperativa, para eliminar el intercambio monetario. Pero para eso habría que producir muchas cosas con el fin de cubrir todas o muchas de las necesidades de los integrantes del GT. Otra posibilidad, que algunos han propuesto, sería repartir el trabajo entre todos los miembros de la cooperativa[20], con lo que no sería necesario destinar recursos para que alguien se pudiese ocupar específicamente de los trabajos agrícolas.

Ambas parecen dos soluciones interesantes, sin embargo, cerrarían el proyecto. Examinemos algunas posibilidades:

- *Repartir el trabajo*. Supondría que sólo podría asumir el proyecto gente muy concienciada, dispuesta a pasar muchos fines de semana en el huerto, y buena parte del verano, cuando hay más trabajo –y más cosecha. Además sería muy difícil coordinar y organizar el trabajo, y mas aún acumular experiencia, con lo cual la productividad nunca sería muy buena, y las herramientas y maquinaria sufrirían mucho.

- *Abrir un espacio de trueque en el que se cubran las necesidades del GT*. Realmente sería difícil producir desde nuestra cooperativa de 135 Unidades de Consumo lo necesario para cubrir todas las necesidades del GT: toda la comida, ocio, viajes, ropa. ¿Sería posible cubrir esto mediante trueque? Si así fuese, supondría que ya tendríamos una red de producción e intercambio bastísima, y sin duda nuestros debates irían por otros horizontes. En cualquier caso, se van realizando intercambios de este tipo para algunos servicios al GT, como la asistencia fisioterapeuta.

20 Desde del verano de 2002, gente del GC de Alcalá de Henares, junto con otras personas, están cosechando y repartiendo verduras de un huerto colectivo, en el que simplemente se reparten trabajo, responsabilidades y producto.

En todo caso, hoy en día, con la gente que forma la cooperativa, ¿Estaríamos dispuestos a aportar el tiempo necesario? ¿Desea la gente del GT cubrir sus necesidades así? Haría falta un cambio radical en la forma de vida de todos y todas las integrantes de la cooperativa para que esto se pudiese hacer. Debería darse en una comunidad, en un espacio social y económico mucho mayores, pero igual de cohesionados, para poder cubrir tan sólo una parte de estas necesidades según los principios de gestión conjunta —corresponsabilidad— y no mercantilización que buscamos en el BAH!. Debería existir ya la cultura autogestionaria de la que hablábamos antes: la identidad, la confianza, un modelo organizativo asentado... que hiciesen que todo esto funcionase, minimizando los trabajos de gestión y los debates inútiles.

2.4.7. De momento es necesario que siga circulando dinero dentro del BAH

Si nuestra voluntad es ampliar el arco de producciones, y que más y más gente pueda sustraerse al trabajo asalariado para comenzar proyectos productivos autogestionarios, necesitamos que las producciones se cambien, al menos en parte, por dinero. Efectivamente, mientras se van cubriendo una mayor cantidad de necesidades dentro de este espacio, hace falta dinero para que la gente que produce se pueda dedicar de lleno al proyecto, «vivir de ello», cosa muy importante, a nuestro entender, para que los proyectos avancen. Digamos que hace falta tener espacio abierto, donde se puedan insertar nuevos núcleos autónomos de producción, mientras van asentándose y trabando relaciones con el resto de la red. El dinero posibilitaría mantener los proyectos mientras todo esto se extiende, mientras vamos cerrando círculos.

Por otro lado, queremos conectar con la mayor cantidad de gente posible, y permitir que todo el que quiera puede entrar en la red, como productor también, pero normalmente el primer contacto suele ser a través de los grupos de consumo. Así, debe ser posible enlazarse en la red sin variar demasiado tu vida, al menos en un primer momento. Si nuestra idea es «debemos cambiar nuestra forma de vida», debemos hacer posible la transición, de forma lo menos violenta posible. Digamos que debemos preparar el espacio para que gentes muy diversas puedan integrarse en él. Tenemos que poder asomarnos a esos *valores distintos* que decimos que practicamos, experimentar ese espacio no-mercantil que nadie entiende cuando se le cuenta —y muchos no se creen—, para después, si queremos, comprometernos más a fondo. Y para eso es importante mantener el papel de «socio/a consumidor/a». En un primer momento, se puede entrar en contacto con el BAH! a través la cuota y de recibir las verduras, y después existe la posibilidad de una implicación mayor en el grupo de consumo, para luego entrar en el grupo de trabajadores[21] o proponer a la cooperativa un nuevo proyecto productivo, ya sea complementario o paralelo.

---

21 Este año, la tercera campaña, de las cuatro personas que han entrado nuevas al GT, tres provienen de los grupos de consumo y una ha llegado a través de ellos de un total de siete integrantes. La campaña anterior, cuatro personas provenían de los grupos de consumo, de las cinco que entraron.

Por último, es importante la entrada de dinero para «capitalizar» los proyectos. El BAH! comenzó con una inversión ínfima que provenía de las cuotas que adelantaron algunas personas, de préstamos o cesiones de otros colectivos, de pequeñas expropiaciones de material e infraestructuras y de actividades que realizó la gente del colectivo BAH!. Ahora todas las inversiones se están haciendo, poco a poco, a través de la cuota de socio y en menor medida por medio de fiestas y otras actividades de autofinanciación. Por otro lado, las inversiones se suelen realizar con préstamos privados de integrantes de la cooperativa, que se van devolviendo poco a poco.

Así, la cooperativa construye su propia «banca alternativa», construye su propio «nicho de financiación» de forma endógena. Pero para poder acumular medios de producción y comprar, por ejemplo, una furgoneta, necesitamos que haya gente con dinero. Porque no nos engañemos, para que esto funcione y sea útil, para que la gente pueda comer de lo que se produce y los integrantes del GT puedan tener una jornada laboral decente, hace falta invertir, y eso cuesta dinero.

De momento, no nos da tanto miedo el dinero en si, como quien le pone el valor a las cosas. Para crear un espacio donde la gestión de la producción y el consumo están autoorganizados, una parte importante de los recursos que se manejan deben traducirse, de momento, en dinero. Lo que sí intentamos es no tener relaciones con la esfera bancaria, los préstamos y el interés compuesto. Tratamos de consumir lo menos posible, de minimizar los condicionamientos que nos pone el mercado en la valorización de los bienes y actividades que se dan en la coooperativa, redistribuyendo el peso de la financiación y de la actividad de gestión, intentando trocar con otras gentes todo lo que se pueda, autoproduciendo lo que podamos, y creando nuevos mecanismos de solidaridad interna. En general tratamos de ir, poco a poco, minimizando las relaciones con el mercado.

2.5. Posibles vías de desarrollo del proyecto

Por supuesto nos preguntamos, detrás de tanta palabrería y con todas las dependencias del mercado que han sido descritas, ¿hasta qué punto o en qué modo estamos hoy valorando las cosas de forma no mercantil? El mercado nos afecta en la cantidad de dinero que debe circular en la cooperativa, no en la forma en que circula ni en la que se obtiene, dado que aquí no hay subordinación a la lógica de beneficio, ni acumulación ni especulación. Sin embargo, a más dinero requerido por el GT, o por los gastos corrientes de la cooperativa, más dinero habrá que aportar. Si bien los recursos movilizados muchas veces no son en forma de dinero, los fenómenos monetarios nos afectarán en gran medida. Ante fenómenos de inflación importantes, y de pérdida de poder adquisitivo general, la cooperativa sufriría mucho en las condiciones actuales, sobre todo en lo que se refiere a los socios con salarios bajos o inestables.

Esto se podría solucionar abriendo espacios productivos, y por tanto introduciendo en el circuito más bienes en forma no mercantil. Y también repartiendo el trabajo. Hay muchos gastos corrientes del trabajo agrícola que se podrían sustituir por tiempo de trabajo, en régimen de autoproducción —como la producción de plantel y semilla, los abonos... El trueque de trabajos con

gente exterior a la cooperativa —por ej: un tractor o un tractorista a cambio de trabajo manual— es sin embargo la mayor parte del tiempo según los precios del mercado, que siempre valora más ciertos trabajos —aquellos más dependientes e intensivos en capital— que otros.

Sin duda, el camino sería ampliar la cantidad de puestos de trabajo en función de una ampliación real del consumo, tanto en variedad como en cantidad. La ampliación de la demanda debería absorber la producción, en un primer momento a cambio de dinero, y poco a poco avanzando hacia formas de trueque u otras relaciones económicas alternativas. Pero el camino hacia este punto debe ser abierto, flexible, ir evolucionando poco a poco, de forma equilibrada, fortaleciendo siempre la estructura, conservando, sin dogmas, los principios de la autonomía alimentaria.

Considerando que de momento lo malo no es tanto el dinero en sí —como unidad de valor—, sino las relaciones sociales en que este se desenvuelve, debemos forjar un espacio que se vaya ampliando e incluyendo gente para que podamos sustraernos, en esferas crecientes de nuestra vida, a la lógica mercantil.

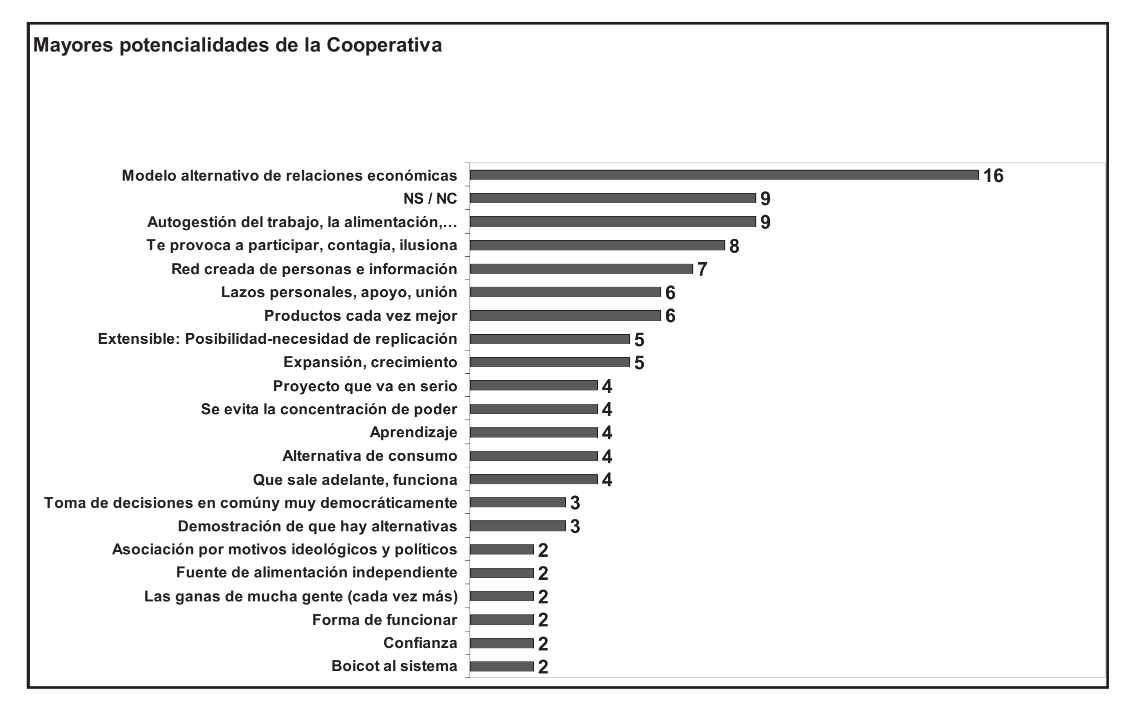
2.5.1. ¿Estamos consiguiendo que sea un proyecto “útil”?

Desde el principio del proyecto, una de nuestras ideas-fuerza era que los proyectos sociales deben fundarse sobre su utilidad práctica e inmediata. El proyecto de huerta del BAH! busca de hecho satisfacer varias necesidades a la vez, de forma que estas se fortalezcan recíprocamente. Pero continuamente flota en el ambiente la idea de que este es un «proyecto militante», para militantes y sostenido por el voluntarismo de unos pocos. Así, hay varios elementos que aún no funcionan bien, que no son útiles o eficientes: sobre todo los mecanismos de gestión y toma de decisiones.

Nuestro objetivo es construir una estructura que provea de alimentos de forma autogestionada a la gente que la conforma. A la gente debe serle más útil estar en el BAH! que ir a comprar al Carrefour o al ecocentro más cercano. No más barato, más rentable o más cómodo. Más útil.

Y en esta *utilidad*, consideramos que jugamos con varias necesidades:

- *La participación en un proyecto social.* Partimos de la base de que todos tenemos necesidad de construir, de definir, de formar parte de grupos sociales. En el BAH! estamos trabajando mucho por que este sea un espacio incluyente, donde cualquiera se pueda integrar y participar de la estructura. Un proyecto en el que se *construya grupo*.
- *La construcción de modelos socioeconómicos alternativos al capitalismo.* Y en este caso autogestionarios. Es algo no tanto necesario pero si deseable para mucha gente, que gusta de apoyar estas iniciativas. Fue muy importante para conseguir apoyo y difusión del proyecto comenzar con la okupación pública de tierras, lo cual ligó desde el primer momento el proyecto a las dinámicas de lucha anticapitalista.



- *El desarrollo de modelos de producción y consumo sostenibles ecológicamente.* El discurso ecologista, y más recientemente el del *ecologismo social*[22], se van integrando en los discursos y prácticas de los movimientos sociales y en las vidas de la gente, que cada vez le da más importancia a estas cuestiones.

- *La comida de calidad.* Últimamente comienza a apreciarse, y mucho más a partir de los fenómenos, en los últimos años, de las vacas locas, los pollos con dioxinas y demás escándalos que han puesto tan de moda el término de seguridad alimentaria.

- *La construcción de alternativas al mundo productivo/laboral capitalista*: trabajo asalariado, paro y trabajo precario. Si bien esto está bien presente para toda la gente de la cooperativa, hasta el momento no hemos sido capaces de generar unas condiciones de trabajo realmente dignas. Si bien estas han mejorado mucho, y el trabajo en el GT no deja de ser atractivo para unas cuantas personas que se interesan por entrar a formar parte de él, la gente aguanta poco en el Grupo, y para mantener la producción, la solución natural es una cierta rotación entre los Grupos de Consumo y el GT. Este desarrollo aumenta la cohesión interna en la cooperativa, facilita la comunicación y soluciona en parte los problemas de estabilidad y acumulación de conocimiento en cuanto a

22 Utilizo la cursiva para diferenciar el ecologismo social de la Ecología Social. El primero sería cierta tendencia, cada vez más importante entre los grupos ecologistas, que liga las causas de la degradación ambiental con el modelo socioeconómico imperante. La segunda sería mas bien una teoría bastante definida, sobre todo por Murray Bookchin y sus colaboradores, de análisis de la realidad y de propuestas para la transformación social, en clave ecológica y libertaria.

las tareas organizativas, pero el constante cambio de los integrantes en el GT impide, sin duda, el aprendizaje agrario y la mejora de la producción y además indica que realmente aún no se ha constituido una alternativa estable de empleo, a pesar que la gente permanece más tiempo en el mismo.

2.5.2. Avanzando, aprendiendo, experimentando...

En cuatro años, la cooperativa se ha multiplicado por dos y ha apoyado la creación de otra cooperativa de características similares: «Surco a Surco», en La Iglesuela (Toledo), con Grupos de Consumo en Madrid. Ha creado 10 puestos de trabajo directos —5.5 UTAs en la primera cooperativa y 4.5[23] en la segunda—, otros tres más si contamos «Surco A Surco». Además el proyecto actúa como mercado principal para otros núcleos de producción que traen pan, yogur, repostería y eventualmente quesos y carne. Y continuamente llega nueva gente que quiere entrar en los grupos de consumo o en el de Trabajadores, o montar nuevos grupos de consumo. El primer experimento de multiplicación de la Cooperativa, planificado para el invierno 2003/04 puede marcar el camino para un crecimiento importante en el número de gente que accede a la red.

Por otro lado, el BAH! está sirviendo de semillero de proyectos para microempresas que comienzan a producir alimentos elaborados para los GGCC, encontrando así un mercado estable y receptivo en el que sacar su producción. Hasta el momento se han creado cuatro iniciativas —pan, yogúr, queso y empanadas— que sirven de complemento para las rentas de 8 personas.

La gente que se está integrando en el grupo de trabajadores deja empleos con mejores condiciones monetarias para integrarse en la cooperativa, y cada vez más consumidores y consumidoras quieren entrar al Grupo de Trabajadores.

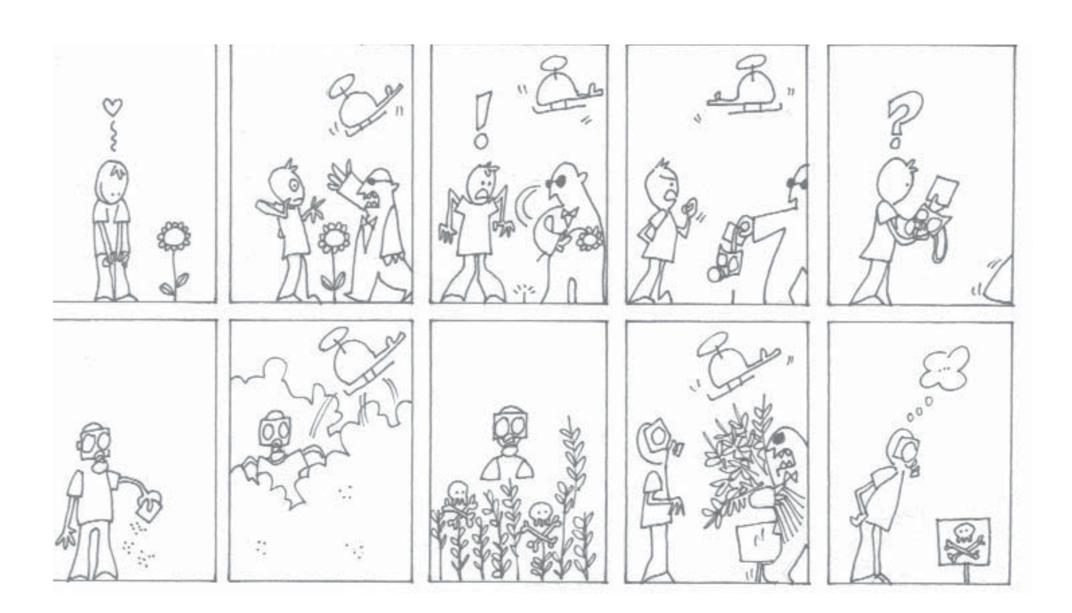
Continuamente se nos invita a charlas en Madrid y en otras ciudades para exponer el proyecto, ya que a mucha gente le parece muy interesante e innovador, y porque el sistema de momento está funcionando muy bien. El sistema de «bolsas fijas» se extiende con velocidad por el Estado español, y está ampliamente difundido desde hace décadas en Centroeuropa y Norteamérica. Sin duda, es útil para una parte importante de la población, para la que son importantes otros valores además de los monetarios.

Esta fórmula, con todas las variantes que pueda adoptar en cada sitio, parece estar de momento lejos de agotarse. Más bien parece en el inicio de un desarrollo vigoroso. Este modelo organizativo parece que aporta una vía de desarrollo que atraviesa la contradicción entre lo sociopolítico y lo económico, y nos plantea el crecimiento en proyectos de economía social. El requisito previo para acercarse no es una alta concienciación respecto a la problemática agroalimentaria, sino más bien tener ganas de relacionarse con la gente y con las cosas de una manera distinta. Y eso lo tiene ya muchísima gente.

---

23 A finales de 2003 se prevé el inicio de trabajos de lo que se ha llamado el BAH!-San Martín (S. Martín de la Vega, Madrid), que surge de sacar un trabajador y dos grupos de consumo del primer BAH! (Perales de Tajuña, Madrid) para reproducir a partir de éstos la misma estructura, que se desarrollará de forma autónoma, pero coordinada.

Hemos tratado de definir muy someramente algunos aspectos negativos de la economía mercantil, así como tratamos de apuntar en la dirección de las posibilidades que se abren en los espacios y procesos donde ésta se descompone o donde no logra ser funcional. Proponemos trabajar en estos espacios para construir experiencias alternativas de vida, basadas en el desarrollo de una economía —y por supuesto, una producción— no mercantil. Pensamos que esta ruptura con lo mercantil es necesaria para avanzar en direcciones inéditas, realmente antagonistas al capitalismo. Pensamos también que esta propuesta no es cerrada ni autorreferencial, sino al contrario: lo que proponemos es investigar en *todo aquello que no es mercantil*, y este es un espacio bien abierto, tanto como queramos. Nosotros basamos nuestra experiencia en un proyecto pequeño, joven y muy concreto. Que cada uno desarrolle el suyo, en su sitio y en su momento.



3. ¿Quién le está poniendo puertas al campo?

El complejo alimentario-industrial y la alternativa agroecológica autogestionaria



«Me estoy jugando mis habichuelas»
Dicho popular

3.1. Tenemos un nuevo problema (¿nuevo?)

Es ciertamente complicado en nuestras sociedades occidentales del bienestar consumista plantear la importancia del problema de la alimentación o siquiera el de la alimentación como problema. Tenemos asumido que la comida es algo que se da ya por asegurado y nuestras reivindicaciones van «más allá», hacia mejores condiciones de trabajo o de libertad. Sin embargo, en este capítulo vamos a tratar de cuestionar esa pretendida seguridad alimentaria en la que creemos vivir, e incluso su relación con esas mejores condiciones de vida y de libertad que seguimos buscando.

Normalmente pensamos que el problema es obtener un salario digno, porque una vez que contemos con el dinero suficiente es cuestión de comprar en un mercado rebosante de toda clase de alimentos. Además este gasto supondrá una pequeña parte de nuestra renta.[1] Sin embargo, empezamos a ver, incluso en los medios de comunicación, una creciente

[1] Dicen los manuales de economía elemental y numerosos estudios sobre el comportamiento del consumidor que conforme aumenta la renta disminuye la proporción destinada a la alimentación. (Mochón, 2000; Minetti, 2002)

preocupación por los escándalos alimentarios y el deterioro del medioambiente —hambrunas, vacas locas, dioxinas, pesticidas, transgénicos, etc.[2]

Si empezamos a no estar preocupados por la cantidad de alimentos, sí lo estamos ya por su calidad sanitaria y por sus efectos contaminantes sobre el entorno. Esto no nos debería hacer olvidar que para la mayor parte de la población mundial la pregunta «¿hoy comeré?» sigue siendo la cuestión teórico-práctica más inquietante y de actualidad (*http://undp.org*). De hecho, en el Estado español el hambre fue una realidad cotidiana y generalizada hasta la década de 1950 —como bien nos relatan nuestros padres y abuelos— y hasta bastante más recientemente en el sur de nuestra geografía.

En efecto, lo que comemos afecta a nuestra calidad de vida porque condiciona gravemente nuestra salud y el medio ambiente en el que nos movemos, condicionando también lo que comen y no comen el resto de los pueblos de la humanidad. El mercado agroalimentario es un mercado globalizado, oligopólico y a la vez intervenido políticamente, y por mucho que uno no piense en nada más que en comer cuando entra en el supermercado a hacer la compra la realidad es que está realizando un acto «político» que condiciona para bien o para mal la salud, el medioambiente y la vida de muchísimas personas y grupos humanos, porque está participando en un sistema que organiza y ordena todo maximizando y privatizando los beneficios en muy pocas manos; a la vez que socializa los gastos y sufrimientos concentrándolos en determinados sectores sociales multitudinarios.

Cuando compramos comida estamos determinando no sólo un modelo de consumo sino también de distribución y de producción. Por un lado estamos potenciando un sistema de transporte de mercancías que necesita enormes inversiones para ordenar los territorios con grandes infraestructuras —que se pagan con dinero público— y un gasto inmenso de energía no renovable. Por otro lado también estamos marcando las condiciones de trabajo de las personas que trabajan la tierra y el uso de esas tierras. Por mucho que leamos unas etiquetas de productos que no nos informan sobre nada de esto, en realidad estamos hablando de las condiciones de vida de millones y millones de campesinos y trabajadores agrícolas, y del destino de las mejores tierras de todo el mundo —incluyendo las de los países donde la gente se muere de hambre— al servicio de producciones que no son de primera necesidad: café, cacao, algodón, soja y maíz para piensos, carne para hamburguesas ...

3.2. O comer agroecológicamente o comer capitalismo

Dice un refrán popular que «*de lo que se come se cría*».

¿Alguna vez nos hemos preguntado si vivir en una ciudad, coger el coche para ir a trabajar cada día o comerse una ensalada de tomates en enero tiene algo que ver con el capitalismo? Puede ser incluso que pensemos que si todos

---

[2] Alrededor del 60% de los alimentos procesados llevan soja transgénica. El cultivo de la soja transgénica, cuya semilla comercializa la transnacional MONSANTO, aumentó un 9% de 1999 a 2000. El 70% de los herbicidas consumidos en EE.UU. se aplican sobre campos de soja. (*Revista Integral*, febrero 2.002)

pudiésemos hacer esas cosas algo habría cambiado, o que esas cosas cotidianas las haríamos en el capitalismo, en una economía de tipo soviético o en cualquier otra. Esta forma de pensar nos tiene que indicar que no hemos entrado aun en la *política de la cotidianidad*, que todavía estamos en el pensamiento de los grandes discursos, más aún, sólo de los discursos, pero que en nuestra vida diaria somos un perfecto eslabón de la cadena, un ladrillo más en el muro. Quizás despotricamos más que nadie contra el sistema, quizás incluso seamos duramente reivindicativos desde diversas organizaciones pero la realidad es que la mayor parte de las horas del día producimos y consumimos capitalismo y para el capitalismo.

Vamos a intentar analizar todo esto desde nuestra necesidad más básica: comer. El sistema alimentario se compone de producción, distribución y consumo de alimentos. ¿Por qué es necesario un cambio de raíz en la manera de organizar la forma de proveernos de alimentos o —usando un lenguaje reivindicativo clásico —una reforma agraria agroecológica? Veamos.

3.2.1. La producción: ¡Produce agroecológicamente o produce capitalismo!

Podríamos definir la situación que vivimos como de alienación alimentaria. Esta alienación no tiene un sentido meramente económico aunque también. Comienza —por empezar por alguna parte este círculo vicioso de nuestra alimentación— por la situación que vive el pequeño o mediano productor agrario, que no controla los medios de producción y en esto es indiferente que sea propietario —como ocurre con el pequeño agricultor— o que sea, propiamente, un obrero agrario —que no posee más que su fuerza de trabajo. Hoy el productor agrario tiene cada vez menos control sobre sus medios de producción como, podemos observar en el siguiente cuadro:

MEDIOS DE PRODUCCIÓN CONVENCIONALES:	EJEMPLOS de PÉRDIDAS DE CONTROL:
Tierra	Organización del territorio en función de los intereses del desarrollismo urbano y la especulación.
Agua	Contaminación, agotamiento de recursos.
Semillas	Pérdida de recursos fitogenéticos campesinos e imposición de la tecnología genética oligopólica de transnacionales.
Fertilizantes y fitosanitarios	Desaparición de técnicas y productos ecológicos —ganadería campesina— e imposición de tecnologías industriales oligopólicas.
Maquinaria	Supresión máxima del factor humano en función de maximizar la productividad, inversión intensiva en capital y dependencia financiera.
Combustibles	Dependencia de los aportes de energías externas a los agroecosistemas controladas por oligopolios transnacionales.

En efecto, para el caso del pequeño agricultor o de sus cooperativas es el mercado el que marca su renta y sus condiciones de trabajo.[3] Los medios tecnológicos de producción están controlados en régimen de oligopolio por transnacionales. De este modo, el agricultor no puede negociar ni el precio ni sus efectos sobre las condiciones de trabajo o el medio ambiente. Por otra parte, tiene que vender casi toda la producción a la agroindustria —centrales lecheras, fábricas de azúcar, fábricas de piensos, etc.— o a la gran distribución.[4] Estas agroindustrias tienen el monopolio de demanda en sus territorios de acopio, por lo que una vez más les resulta muy difícil a los pequeños productores negociar precios o efectos sobre el medio ambiente o sobre los consumidores de sus métodos de producción. El margen de maniobra económica que les queda a los pequeños agricultores entre el precio del gasoil y los demás gastos y aquello que les pagan por la cosecha es muy reducido. Además, según datos del MAPA, la renta media agraria es la mitad de la media de los demás sectores —industria y servicios— con lo que nos encontramos que para sacar una renta equivalente a un salario bajo los campesinos deben invertir muchos millones de pesetas —o cientos de miles de euros— en maquinaria, almacenes, tierras, etc. El índice de endeudamiento es altísimo.[5] De ahí la famosa frase de «trabajamos para los bancos». Pero ¿cómo se ha llegado a esta situación?

---

3 Es cierto que los Estados nacionales y la Unión Europea proporcionan ya vía subvenciones casi la mitad de la renta de muchos productores agrarios europeos, pero se trata sólo de políticas de suavizamiento de la gran reconversión agraria que se lleva realizando en las últimas décadas en el campo europeo. A pesar de las subvenciones y según datos de la EUROESTAT —Agencia estadística oficial de la U.E.—, sólo en el año 2000, 200.000 agricultores y 600.000 ganaderos abandonaron la producción en Europa —quedan 6,8 millones de agricultores en la Europa de los 15 según la Comisión europea. En el Estado español -según datos del Ministerio de Agricultura MAPA el Censo Agrario de 1999 reflejó la desaparición del 22% de las explotaciones agrarias respecto del anterior Censo de 1989. Desde nuestra entrada en la C.E.E han desaparecido ya más de un millón de empleos agrarios —según la E.P.A. sólo en la década 1.984-95 se redujeron de 1.873.000 a 1.040.200— y la tendencia continúa —880.000 ocupados en febrero 2003. De 1990 a 2002 los ocupados en el sector agrario han bajado del 9,8% al 5% de la población ocupada total. El propio Ministro de Agricultura español, Arias Cañete, ha admitido que en los próximos 10 años van a desaparecer otras 400.000 explotaciones agrarias para justificar la aceptación de la nueva reforma de la PAC que independiza las ayudas de la producción, creando una subvención única por explotación que ponga en evidencia ante la sociedad que es un sector subsidiado por todos los demás —declaraciones a la cadena SER de radio, Informativos 3/7/2003. Para ello ha reformado también El Régimen Agrario de la Seguridad Social, aumentando las cotizaciones y cambiando la Ley de Arrendamientos Rústicos para liberalizar el mercado de la tierra —en realidad para precarizar las condiciones de los arrendatarios frente a los propietarios acortando la duración mínima de los contratos.

4 En declaraciones a la cadena de radio COPE (28/12/02) el Presidente de la Cámara Agraria de Burgos pedía que se incluyese en el etiquetado no sólo el precio de venta al público sino también el precio percibido por los productores. Esta reivindicación se enmarcaba en una campaña contra los márgenes abusivos de las grandes superficies iniciada por la Unión de Campesinos COAG. La concentración en el sector de distribución de alimentos en nuestro país llega al extremo de que tan sólo 10 empresas acumulan el 59,64% del total de las ventas y sólo 5 de ellas facturan el 38% del volumen total de ventas.

5 Según datos del sindicato de empresarios agrícolas mayoritario en Almería (COAG) —por otro lado provincia paradigmática de la agricultura rentable—, el endeudamiento medio de los 16.000 agricultores es de 20 millones de pesetas. Mientras que la productividad por hectárea se ha duplicado en los últimos 15 años, la rentabilidad ha bajado del 16 al 2,1%.

La política promovida con la *Revolución Verde* (Arnon, 1987) que impulsaron las principales agencias de desarrollo internacionales a instancia de las grandes empresas y potencias occidentales fue el gran punto de partida de esta situación. Con el publicitado objetivo de intentar acabar con el hambre en el mundo se desarrollaron una serie de paquetes tecnológicos agrícolas basados en la intensificación a ultranza de la producción. Para ello se diseñaron variedades de alto rendimiento y sistemas de producción superdependientes de insumos tecnológicos industriales —abonos, pesticidas, herbicidas, maquinaria...— y por tanto de nuevas y mayores fuentes de financiación. Estos sistemas de producción intensivos en capital y medios de producción de la industria petroquímica dejaron sin trabajo a muchos trabajadores agrarios, arruinaron a los campesinos y contaminaron suelos y aguas en todo el mundo. Las producciones se orientaron mayormente a la exportación para que pudieran atender los pagos de la deuda externa que exigían los organismos multilaterales. Es decir, el Primer Mundo ordenó las producciones del Tercero en función de las aspiraciones de ganancia de sus mercados, en lugar de garantizar la *soberanía alimentaria* de las poblaciones empobrecidas. Los campesinos se vieron obligados a tirar por la borda todo su saber agroecológico acumulado durante siglos y adaptado a su ecosistema y se vieron forzados a aprender a cultivar nuevos productos con nuevos métodos. Con el paquete tecnológico normalmente no iba ninguna advertencia acerca de los efectos sobre su seguridad e higiene en el trabajo, la de sus tierras y sobre la salud de los consumidores de las nuevas producciones. Vandana Shiva explica muy bien este engaño de la propaganda productivista:

> Según los defensores de la agricultura industrial, la intensificación de los insumos de origen químico y el uso de energía fósil son necesarios para alimentar a una población mundial siempre creciente, ya que aumentarían la productividad y, por lo tanto, la cantidad de alimentos disponibles. Sin embargo, la productividad es, por definición, la producción con relación a la cantidad de insumos utilizados: recursos naturales —agua, materia orgánica—, energía, productos químicos, etc. Dado que la agricultura industrial es muy consumidora de insumos, su productividad final es menor. El uso intensivo de insumos como el carburante sustituye, por el uso de máquinas agrícolas, el trabajo humano y contribuye así a concentrar la propiedad —el control de los medios de producción— en grandes explotaciones. Cuando se selecciona el «trabajo humano» como única clave, entre todas las que hay, para calcular la productividad, se llega a la ilusión de una productividad agrícola más importante, de una disponibilidad alimentaria mayor; cuando en realidad, más recursos han sido desperdiciados; más modos de vida, destruidos ... Todo ello contribuye al empeoramiento de la situación alimentaria. (Shiva, 2003)

En efecto, el resultado es: menos trabajadores en las explotaciones agrícolas». Sin embargo, se sigue utilizando ese concepto *sui generis* de «trabajo humano» —que en realidad desaparece sustituido por la máquina y la química y por costes ambientales y sociales que no hay que remunerar— como único criterio para evaluar la productividad —sólo hay que leer el Informe sobre Agricultura y Alimentación de 2000 de la F.A.O.

Para un análisis de los diferentes enfoques de la productividad de un agroecosistema ver el artículo de Vandana Shiva: «Sostenibilidad y bioagricultura en las pequeñas granjas familiares» en la *Revista The Ecologist*, nº 13, 2.003.

La Política Agraria Común (PAC) gasta la mayor parte del presupuesto de la Unión Europea «para mantener el medio rural y su principal actividad: la agricultura». Sin embargo, se han perdido millones de puestos de trabajo agrícola —véase la nota número 3 del presente capítulo— y amplias áreas de nuestra geografía siguen perdiendo población rural. Por si fuera poco, los estudios encargados por la propia Comisión Europea sobre la distribución de estas «ayudas» han revelado que la inmensa mayoría se conceden a las grandes empresas agrarias —encabezadas por la Reina de Inglaterra, la Duquesa de Alba o Mario Conde—, de manera que aproximadamente el 80% de las subvenciones se destinan a sólo el 20% de las explotaciones. Mientras el discurso ambientalista y en pro de la agricultura ecológica ocupa cada vez más espacio en la propaganda oficial de la PAC. la realidad es que la inmensa mayoría del presupuesto sigue asignándose a las producciones excedentarias y superintensivas.

Es decir, que cuando nos comemos una ensalada de tomates en enero probablemente estamos dando salida a la producción de los invernaderos de Almería que gastan una enorme cantidad de energía no renovable en su climatización, y un gran volumen de abonos y pesticidas generando ingentes cantidades de residuos —un millón de toneladas de residuos orgánicos contaminados y unas 30.000 de plásticos. En el interior de estos invernaderos trabajan inmigrantes sin papeles —más de 20.000— en pésimas condiciones de trabajo y de vida —viven en «cortijos» especie de chabolas hechas con restos de plásticos, sin agua, junto a dichos invernaderos. Estos últimos que requieren una inversión de 100 millones de pesetas por hectárea, que han cubierto de plásticos 30.000 Has. y que suponen la mayor concentración de producción de hortalizas del mundo[6], son capaces de hacer el milagro agrícola que ningún agroecosistema del Estado español manejado agroecológicamente podría: producir tomates en lo más crudo del invierno. Quizás alguien piense que comer así es un logro de la ciencia y del bienestar que tiene costes, pero ¿a qué otros descubrimientos científicos y facetas del bienestar hemos renunciado para que sea posible el «milagro económico almeriense»?[7] ¿Qué relaciones sociales ha creado ese sistema de producción que en febrero de 2000 culminó con una *razzia* racista contra los trabajadores inmigrantes? Tras décadas de labor de las Agencias de Extensión Agraria oficiales ¿quién convence ahora a los productores de que no pueden sacarse 60 Kg de una mata de tomate, o que el mercado va a valorar sus tomates más que los de la competencia, si produce menos intensivamente o da mejores condiciones a sus trabajadores? ¿Cómo van a pagar los créditos al ritmo impuesto si baja su producción? ¿Qué alternativa tenemos?.

Dicen algunos defensores —y usufructuarios siempre en alguna medida— de las tecnologías transgénicas que la agricultura es por definición una modificación del ecosistema natural en beneficio de la especie humana y que

---

6 Fuentes diversas: Universidad Pública de Navarra, CC.OO. del Campo, revista Integral, GEM de Almería, ITDA de la Cdad. de Madrid, etc.

7 La competitividad de Almería es consecuencia directa de la explotación de los trabajadores inmigrantes. El coste de producción en euros de 100 Kg. de tomates comparado con la agricultura hipermoderna de Holanda presenta una diferencia a favor de Almería de 13,92 □ de los cuales 11,17 □ provienen del ahorro en el capítulo de «mano de obra». (Extraído de la Revista francesa *Culture légumière*, nº 53.

por tanto ésta lleva miles de años modificando genéticamente y de muchas otras formas los entornos donde habita.[8] (García Olmedo 1998) La propia lectura clásica del marxismo nos habla de un ser humano en lucha con las fuerzas de la naturaleza. Es a través del trabajo como el ser humano se libera de estas fuerzas ciegas que le sometían secularmente.[9] Muchas interpretaciones de los textos bíblicos —claves en nuestra cultura judeocristiana— nos hablan de un dios que nos coloca en el trono de la naturaleza sobre todas las criaturas y nos invita al dominio técnico: «creced, multiplicaos y someted la Tierra».[10]

Esto no son más que tres ejemplos simples que nos pueden dar una idea de hasta que punto está establecida en nuestra cultura, desde sus orígenes a la época actual —atravesando la religión, la política, la tecnología , etc.—, la visión de «una naturaleza a someter por la mano del hombre» como parte de *la idea de progreso* eurocéntrica y patriarcal.

Para la visión agroecológica, es clave este cambio de enfoque en que se pasa de ver la naturaleza como «enemiga del progreso humano» a verla como «compañera en un proceso de coevolución de la cultura humana con el ecosistema natural». (Sevilla Guzmán *et alli.*, 2002) Para nosotros y nosotras *los ciclos naturales* son un factor de producción de primer orden que podemos aprovechar adaptando nuestros procesos productivos a la medida de nuestras posibilidades —que más adelante analizaremos— en vez de empeñarnos en modificarlos al máximo y destruirlos. Es más, coincidimos con los enfoques críticos que cuestionan la propia idea de progreso que nos ha llevado a las ideologías y proyectos políticos desarrollistas.[11]

La idea de coevolución implica que se da un desarrollo paralelo y recíproco entre la forma en que evolucionan las sociedades humanas y los ecosistemas naturales, es decir, que un ecosistema evoluciona de una manera dada porque

---

8 Lo que no advierten es que no es igual ni cuantitativa ni cualitativamente la selección genética campesina que la modificación transgénica industrial. En realidad la selección campesina sólo potencia la selección que los propios agentes naturales hacen en campo: por ejemplo guardan semillas de las plantas que han resistido el frío natural, la sequía natural o que mejor se adaptan a los métodos de cultivo tradicionales. La transgenia modifica en laboratorio de una forma que nunca ocurriría en la naturaleza —como que un gen de pez se incorporase a la dotación genética de un tomate. Por otra parte, los ritmos de selección son muy diferentes, así como los riesgos que suponen. (Ramos Monreal, 1992)

9 Es necesario decir que siempre han existido corrientes dentro del pensamiento marxista que han contemplado otro tipo de relación sociedad-naturaleza, desde el narodnismo ruso (Sevilla Guzmán y González de Molina, «Hacia un neonarodnismo ecológico») hasta recientes compromisos con el movimiento social ecologista.

10 Igualmente, han existido diversas corrientes teológicas o incluso herejías cristianas que han asumido una visión de la naturaleza asimilada a la misma idea de Dios o que daban a la creación un carácter cuasi-sagrado y al ser humano como una parte de esa Creación: Teologías de la Creación cercanas a la Teología de la Liberación, panteísmos diversos. (Leonardo Boff, 1996)

11 Esta idea teleológica de Progreso atraviesa desde la Ilustración la mayor parte de los discursos ideológicos occidentales. En efecto, la máxima explotación de los recursos naturales «a favor del progreso humano» está presente tanto en el desarrollismo capitalista que ve la naturaleza como una fuente inagotable de materia prima convertible en mercancía, como en el clásico dogma marxista de que «el desarrollo de las fuerzas productivas nos llevará mecánicamente al socialismo» o la significativa frase del propio Lenin: «el socialismo es soviets más electricidad».

la sociedad que lo habita está influyendo para ello; y viceversa: una sociedad evoluciona de una determinada manera porque habita un ecosistema con unas características propias. (Morán, 1993) Si en nuestra sociedad nos agrupamos millones de personas en poco espacio y lo llenamos todo de hormigón no es extraño que necesitemos establecer sistemas de producción superintensivos y productivistas ordenando grandes extensiones de territorio deshabitadas para servir a esas grandes concentraciones —energía, servicios, infraestructuras de eliminación de desechos, de transportes... De esta manera el ecosistema va transformándose, convirtiéndose en un lugar cada vez más inhabitable —degradado, contaminado, insalubre...— y dependiente de aportes exógenos de materia y energía. Todo esto retroalimenta el proceso convirtiéndolo en una espiral que conduce al colapso ambiental del que nos llevan advirtiendo décadas diversos sectores críticos de la sociedad —científicos, ecologistas, comunidades indígenas... (Weizsacker, 1992)

Sin caer en ningún determinismo materialista, pensamos que una sociedad que cambia sus valores y, en coherencia, postula un nuevo consenso en torno a los recursos y limitantes ecológicos, como algo «objetivo» a la hora de decidir sobre los modos de asentamiento, las formas y niveles de producción, distribución y consumo, es una sociedad que implementará cambios profundos en sus estructuras socio-económicas. En este punto es donde entra otro de las cuestiones fundamentales de la visión agroecológica: el enfoque social. Este consenso social —basado en un proceso auténticamente democrático deliberativo y participativo (Ovejero, 2000)— implica, como decíamos, un nuevo tipo de organización social capaz de ser guetos a nivel de cada agroecosistema. Esta organización social radicalmente democrática se basa en una epistemología o conocimiento de su realidad cultural-ambiental que sólo es posible en el ámbito local, es lo que la agroecología llama «saber campesino».

Una vez más nos encontramos con otro factor de producción de primer orden desde la visión agroecológica: *el saber campesino o agroecológico*. Este conocimiento además de ser local, es colectivo —no reside sólo en un agricultor individual dado. Se trata de una construcción colectiva histórica y cultural en diálogo con el entorno natural y social —adaptada social y ambientalmente. No es un saber estrictamente científico sino de carácter eminentemente empírico y coevolutivo. Un saber capaz de ir evolucionando en función de las anomalías ambientales y las perturbaciones de tipo social y por tanto sustentable en el tiempo y el espacio. Ni que decir tiene, que hoy en día está totalmente desvalorizado y desdeñado por la academia agronómica productivista y el positivismo cientificista en general. Éste trabaja hoy en las líneas de investigación subvencionadas por las grandes transnacionales del sector que, como en los demás aspectos afectados por la globalización capitalista, busca una homogeneización adecuada a su «utopía» de mercados homogéneos «de competencia perfecta». En su lenguaje de economía ortodoxa: «un solo producto para un solo mercado global permitiría economías de escala con ahorro de costes, volúmenes de ventas y beneficios monetarios ilimitados».

A esta «economía científica» nada le interesa hablar de *sustentabilidad ambiental o social*, (Xavier Simón, 1995) pues los costes sociales y ambientales no existen en su lenguaje económico, ni mucho menos en sus anotaciones contables, eso se lo dejan a beneficio de inventario del resto de la humanidad y a las generaciones futuras. Tampoco le importa la desaparición de las culturas y formas de vida asociadas a los ecosistemas naturales que han

coevolucionado tan íntimamente ligados que normalmente la desaparición de uno conlleva, más temprano que tarde, la del otro. En efecto la despoblación rural lejos de proporcionar «una alegría para la expansión de la naturaleza salvaje» como afirman ciertas políticas conservacionistas, sólo logra una degradación de los ecosistemas en los que la acción de las comunidades humanas estaba ya integrada en los mecanismos de regulación de poblaciones de las distintas especies, cierre de ciclos energéticos, etc. Asimismo, la degradación de un ecosistema frecuentemente deja sin sustento a las comunidades humanas adaptadas a él —es el caso de las culturas indígenas o de las propias culturas rurales del Estado español.

La alternativa que proponemos se basa en una gestión alternativa de medios de producción alternativos —valga la redundancia— a los convencionales.

Tradicionalmente la reforma agraria se ha entendido como el reparto de la tierra latifundista improductiva entre pequeños productores sin tierra. Poco a poco los campesinos se dieron cuenta que sólo con la tierra no se produce: se necesita agua, semillas, fertilización, fitosanitarios, maquinarias y conocimientos para conjuntar correctamente todos estos factores.

Actualmente muchos agricultores parece que han conseguido todos estos inputs productivos. Pero esto ha sido a costa de pasar a depender tecnológica y financieramente del sistema oligopólico de las transnacionales y de los bancos. Es por esto que la Reforma Agraria Agroecológica debe dar una respuesta al conjunto de las dependencias de los productores y consumidores:

MEDIOS DE PRODUCCIÓN	PROPUESTAS PARA UNA REFORMA AGROECOLÓGICA
Tierra	Organización del territorio en función de los valores y las necesidades vitales y culturales definidas colectivamente en función de las capacidades ecológicas.
Agua	Diseño de rotaciones de cultivos autóctonos adaptados a los regímenes hídricos de cada cuenca y ecosistema. Organización colectiva de los riegos en función de sistemas de ahorro de agua.
Semillas	Recuperación de las variedades autóctonas que disponga la comunidad que estén adaptadas a los agroecosistemas locales.
Fertilizantes y Fitosanitarios	Recuperación y diseño de técnicas y productos ecológicos —ganadería campesina— adaptados al agroecosistema y su saber campesino
Maquinaria	Valorización del uso de tecnologías que aprovechen los procesos y ciclos naturales, así como la integración del ser humano con la tierra
Combustibles	Autonomía energética. Diseño de sistemas productivos que aprovechen recursos locales, que cierren ciclos de materia y energía del propio agroecosistema.

Aunque en el cuadro se han mantenido los medios de producción convencionales para que se compruebe que la alternativa agroecológica les da también respuesta, en la columna de la derecha ya se dibujan los medios de producción alternativos: la naturaleza y la cultura concretadas en los ciclos naturales, el conocimiento campesino y la organización social comunitaria y autogestionada.

¿Cómo hemos intentado construir en el BAH! esta alternativa? En primer lugar siendo modestos. No pretendíamos autogestionar desde el principio todos los aspectos de nuestra vida. Sabíamos que contábamos con muy pocas fuerzas y conocimientos y aun hoy nuestras incapacidades e incoherencias son grandes y evidentes.

Desde el punto de vista productivo, lo primero fue plantearse algunos principios como el de funcionar en Asamblea para organizar todo,[12] producir ecológicamente —sin productos químicos de síntesis— y producir para grupos de consumidoras autogestionados de barrio por el sistema «bolsa». El sistema bolsa de hortalizas de temporada es muy importante para nuestra visión agroecológica porque tiene muchas implicaciones productivas y económico-sociales: permite una planificación más exacta de la producción para que no haya excedentes; da una estabilidad muy grande a los ingresos de la cooperativa y por tanto a las trabajadoras; y no se establece una competencia con los precios del mercado «eco» o convencional pues no hay relación cantidad/precio, sino que la cantidad de dinero entregada por la bolsa es la misma todo el año independientemente de su contenido. No existe valorización en el sentido de mercantilización, sino que existe un proceso de «valorización colectiva» que tiene en cuenta su valor de uso para la cooperativa, su utilidad para el avance de la autoorganización así como los costes ambientales y sociales. De esta manera permite adaptar todo el proceso Producción-Distribución-Consumo (P-D-C) a los ciclos naturales de producción de la huerta, aprovechando todo su potencial en el clímax veraniego y no teniendo que forzar las producciones en el austero invierno de la región central peninsular.

Nosotras tuvimos muy pronto que plantearnos el acceso a los medios de producción. No contábamos con dinero para invertir en nada y no queríamos socios capitalistas, así que optamos por la autofinanciación colectiva y por la okupación pública de tierras. Para ello, y durante muchos meses, se comenzó a contactar con grupos de consumo ya existentes y a ayudar a crear otros nuevos. En estas primeras Asambleas de productoras-consumidoras se organizaron estas tareas aunque el Colectivo BAH! iniciador tuvo un peso fundamental hasta que se creo el grupo de trabajadoras agrícolas. Se hicieron bonos solidarios, se reunieron aportaciones anónimas entre los futuros consumidores y se recogieron firmas de autoinculpación en la okupación entre muchos colectivos y organizaciones sociales de todo Madrid y de la comarca del Henares —sindicatos, asociaciones juveniles, otros grupos de consumo, colectivos de mujeres, centros sociales ocupados, asociaciones culturales de barrio, asociaciones de estudiantes, grupos ecologistas, etc. Es en este sentido que decimos que el BAH! no sólo produce tomates sino que también producimos organización social —incluso antes de empezar a producir tomates. Y en este mismo sentido decimos que nuestro principal medio de producción es nuestra capacidad de autoorganización.

---

12 Como ya se ha explicado ampliamente en el capítulo sobre Economía, partimos de la base de que no creemos, como asegura la ideología neoliberal, que la Economía posea una racionalidad propia y autónoma en el sentido de que sea una ciencia cuyas leyes sean de carácter «natural», sino que entendemos que como toda actividad humana y social es susceptible de ser construida y transformada en base a decisiones democráticas participativas.

Desde la visión agroecológica se abre un abanico de criterios que fijan si una producción es ecológica o no. Mientras que para obtener el sello oficial es suficiente cumplimentar un buen montón de papeleos, pagar, no utilizar productos químicos de síntesis y poco más, para desarrollar una producción agroecológica hay un complejo sistema de interrelaciones entre factores medioambientales, agronómicos, económicos y sociales que hay que «cultivar» de manera constante y equilibrada. Por ello no podemos ser muy puristas en un aspecto a costa de descuidar otros. Por ejemplo, hemos renunciado por el momento a desarrollar determinadas técnicas agronómicas importantes en el acerbo de la agricultura ecológica como la elaboración de compost, o la autoproducción de planta para poder ofrecer unas condiciones de trabajo menos precarias al grupo de trabajadoras de la cooperativa y poder tener tiempo para formarnos o asistir a las reuniones de la organización. También hemos tenido que adaptarnos a las necesidades de nuestros vecinos agricultores para colaborar con ellos, trocar, apoyarnos mutuamente y que nos enseñen su saber campesino de generaciones. ¿Qué es más ecológico comprar semilla ecológica certificada de una cooperativa de Cataluña o planta de semilla autóctona cultivada al modo tradicional por un agricultor vecino de una variedad adaptada al agroecosistema de la zona durante generaciones?

Finalmente se okuparon las tierras —abandonadas muchos años por el gobierno autonómico de la ciudad de Madrid— públicamente con la ayuda de mucha gente de muchas organizaciones sociales de Madrid y la comarca. Con una pequeña motoazada de segunda mano, una furgoneta también de quinta mano y una motobomba de riego de poco caudal como únicos medios mecánicos y tecnológicos comenzamos la producción un grupito de cinco personas sin apenas experiencia. Poco a poco hemos ido asentando un sistema de formación para las nuevas trabajadoras y formas de organizar nuestra toma de decisiones y de organizar el trabajo para que cada vez sean un poco más autogestionarias.

En cuanto al acceso al saber campesino ha sido muy difícil pues dada la precariedad que teníamos en nuestras tierras hemos tenido que cambiar de pueblo casi cada año debido a la presión del desarrollismo y a la represión de la Administración.

LOCALIDAD	FECHA	RAZONES DE ABANDONO	MODO DE ACCESO
TORREJÓN	Marzo 00-Junio 01	Represión de la administración	Okupación pública
S. MARTÍN DE LA VEGA	Mayo 00-Octubre 00	Orden Municipal por obras de Parque Temático	Cesión municipal de Finca Comunal
TIELMES	Noviembre 01-Diciembre 02	Excesiva dispersión de parcelas	Arrendamiento verbal anual
PERALES	Diciembre 02- ?	*Peligros*: posible central térmica; próxima urbanización de la vega, nuevo aeropuerto en pueblo limítrofe	Arrendamiento verbal anual y cesiones y ocupaciones privadas
GALÁPAGOS	Noviembre 02- ?	*Peligro*: terrenos en próxima urbanización	Aportación de nuevo miembro de la cooperativa

Analizando nuestra experiencia vemos que está muy relacionada la estabilidad en las tierras con las posibilidades de acceso al saber campesino de la zona y el aprovechamiento de los ciclos naturales y de los recursos naturales y sociales locales en general. Esto es debido a que es lento y difícil entablar relaciones de confianza con los agricultores de la zona, y más viniendo de fuera como nosotros y nosotras. Este proceso comunicativo y de convivencia se hace sólo en el día a día durante años. Por otra parte, es imposible conocer, por propia observación, los ciclos naturales tal y como se dan en la zona en tan solo un par de años: fechas de primera y última helada, comportamiento del agua y nutrientes en los suelos de las diferentes parcelas, fechas de siembra y recolección y variedades adecuadas, recursos disponibles en la zona para fertilizar, posibles tratamientos fitosanitarios con plantas naturales autóctonas, ciclos biológicos de organismos que mantienen relaciones ecológicas con los cultivos de parasitismo, mutualismo, competencia —plagas, enfermedades, insectos auxiliares y flora adventicia...

Por otra parte es esperanzador comprobar que estos medios de producción alternativos aún no son propiedad directa de las corporaciones transnacionales, y esto aunque en muchos países estas corporaciones controlan grandes extensiones de tierra y están patentando tanto variedades autóctonas cultivadas como plantas silvestres —cuyos usos son un saber que están expropiando a las comunidades autóctonas. Desde luego, sus industrias y usos energéticos están cambiando el clima y con ello los ciclos naturales.

3.2.2. La distribución: ¡Distribuye agroecológicamente o distribuye capitalismo!

Actualmente el mercado de la alimentación está muy globalizado. La Bolsa de Chicago y los mercados de futuros agrarios fijan la referencia a nivel mundial de precios en el llamado mercado libre. Sin embargo, esto no quiere decir que los países que pueden no protejan sus producciones agrícolas.[13] De hecho, tanto EE.UU. como la U.E. libran constantes batallas en este sector del comercio mundial. EE.UU. no ceja en su empeño de intentar exportar sin trabas su soja y su maíz transgénicos y su carne y lácteos hormonados mientras la U.E. no cesa de «inventar» barreras arancelarias y sanitarias para proteger su agricultura. A pesar de que la O.M.C., el Codex Alimentario y todas las instituciones y acuerdos multilaterales presionan para que se uniformice y liberalice el comercio mundial —algo que apoyan muchos países del Tercer Mundo para poder dar salida más fácilmente a sus exportaciones— las potencias mundiales no paran de subvencionar a sus agricultores para que exporten, estableciendo contingentes y otros tipos de barreras que les protejan del dumping social y ecológico que supone la competencia tercermundista.

---

13 Las cifras son muy significativas: cada vaca de la U.E. recibe más dinero, en subsidios y protección en aranceles, que el que dispone la mitad de la población mundial para vivir. El 30% de la renta media de un agricultor del mundo rico procede de subsidios —un 35% en la U.E. y un 21% en EE.UU. Europa gasta 93.000 millones de dólares en ayudas, destinando más de la mitad del presupuesto comunitario a su política agraria. Sólo en dotar su Norma de mínimos —que son subvenciones que no se contabilizan en el importe total de ayudas sujeto a compromiso de reducción en la O.M.C.— EE.UU. gasta 7.000 millones de dólares anuales. (Datos O.C.D.E., 2002)

Este mercado alimentario de exportación exige de unos medios de transporte de mercancías rápidos y de gran capacidad. Esto significa grandes infraestructuras de comunicación y enormes gastos de energías no renovables. Pero además exige que se ordenen territorios, producciones y en definitiva la vida de mucha gente en función de intereses ajenos y lejanos. De este modo: «La crisis argentina ha ilustrado de nuevo una realidad frustrante e injusta: no hay una relación directa entre la cantidad de comida que se produce en un país y el porcentaje de población hambrienta. En el año 2001, Argentina produjo trigo suficiente como para cubrir las necesidades de China e India juntas. Pero los argentinos estaban hambrientos. Argentina es el segundo productor mundial de cultivos transgénicos —la mayor parte para la exportación— y nada pudo hacer para solventar sus propios problemas de hambruna ...». (Doug Parr, 2002) Esto ocurre porque la comida se va. Se la llevan a cientos o a miles de kilómetros de distancia en busca de una demanda solvente organizada dentro del sistema alimentario mundial.

El actual sistema de distribución, por su configuración oligopólica (véase nota número 4), al intermediar la relación productores-consumidores tiene además un efecto económico muy importante sobre la renta de éstos: pagan poco al productor y cobran caro al consumidor. Así su margen de beneficios aumenta constantemente, y esto se agrava por los plazos de pago que imponen a los productores —pagos a 90 y 120 días. De hecho, estas multinacionales de la distribución —que en el Estado español son en su mayoría de capital francés— se financian a costa de los productores y tienen, de hecho más ingresos financieros que ingresos por ventas —el Estado francés llegó incluso a plantearse el exigirles su legalización como entidades bancarias con su correspondiente encaje. Su control sobre el consumo es tan grande que los fabricantes de alimentos llegan a pagar para que sus productos sean distribuidos en esas grandes superficies así como por su ubicación en los lugares más visibles —esto es, por su efecto publicitario dada la gran afluencia diaria, de miles de personas, a estos establecimientos. El consumidor sólo puede encontrar allí unas pocas marcas en unas determinadas condiciones de presentación y durabilidad de los productos. Estas condiciones son elegidas por las empresas distribuidoras en función de sus intereses y las imponen a los productores «porque las demanda el mercado». Por su parte, los productores deben adaptar, invariable y convenientemente, sus métodos de producción y la estructura económica de sus explotaciones.

¿Qué alternativa puede proponerse? Desde la agroecología se entiende que el cambio tiene que llegar a nivel de todo el sistema P-D-C. Dos ejemplos. Si se producen cultivos de vocación exportadora es inútil que luego se les trate de buscar un mercado nacional o mucho menos local. La gente hambrienta no va a comer café o algodón. Otro caso: si las variedades cultivadas han sido seleccionadas para suministrar materia prima a la agroindustria de los países ricos difícilmente van a poder ser procesadas por los sistemas tecnológicamente rudimentarios de que disponen los países pobres. Como ya analizaremos en el apartado dedicado al consumo, es necesario que las poblaciones locales puedan participar en la decisión sobre qué se produce, para que esas producciones puedan cubrir realmente sus necesidades.

El saber campesino, lejos de ceñirse al ámbito de lo agrícola, ganadero o forestal ha practicado todo un sistema económico que abarca desde los demás sectores productivos —manufacturas, servicios a la comunidad—, hasta hábitos

y niveles de consumo y de relación entre ambos que van desde el autoconsumo a las diferentes formas de distribución y circulación. ¿Por qué? Porque las economías campesinas atienden a *necesidades humanas definidas colectivamente*. El objetivo de la economía es satisfacer necesidades humanas, no lograr el máximo beneficio privado, ni tan siquiera la máxima producción global. No tiene sentido maximizar el Producto Interior Bruto sin satisfacer equitativamente las necesidades culturalmente definidas, de manera que se asegure la reproducción futura del sistema social y ambiental. No tiene sentido trabajar más allá de la cobertura de esas necesidades para acumular el excedente que haga posible un progreso o crecimiento ilimitado, sólo lo imprescindible para una reproducción del sistema social-ambiental comunitario. La «Economía» dominante, el capitalismo, sólo busca la reproducción ampliada del capital y organiza la subsunción de todos los aspectos de la vida social y natural a este objetivo abstracto y autista. Sólo así se explica un mundo «globalizado» en el que coexistan inmensos contingentes de «costosos» excedentes alimentarios y millonarias multitudes hambrientas. Se dictan políticas de limitación de cuotas de producción y de incentivos para el abandono de producciones, junto a políticas de ajuste estructural, basadas en el recorte de los derechos y prestaciones sociales y en los sacrificios de multitud de gentes como condición a priori para alcanzar «el desarrollo económico» que acabará con la miseria. Se cultivan las mejores tierras y se exportan sus producciones, mientras las poblaciones locales se mueren literalmente de hambre.

Sin embargo, este enfoque poco tiene que ver con las nuevas tendencias del *econegocio*. Aprovechando la creciente preocupación en la opinión pública por los escándalos alimentarios[14] y el trabajo de concienciación realizado durante décadas por el movimiento ecologista, algunos inversores han visto en la alimentación ecológica un mercado en expansión en los países occidentales que posee una demanda solvente de élite que puede permitirse pagar el sello de una nueva denominación genérica de calidad. El *ecobussiness*, ya ha generado grandes explotaciones «eco» y grandes extensiones de terreno ecológico. Estas explotaciones comerciales cumplen al mínimo la normativa marcada por los organismos de control y realizan una agricultura biológica de «sustitución de insumos». Esto quiere decir que sustituyen productos prohibidos por otros autorizados pero no llevan a la práctica la filosofía ecológica en lo referente a aprovechar los ciclos naturales, el saber campesino o integrar los aspectos sociales. Pero sin duda su mayor incoherencia es la de continuar participando de unos sistemas de distribución y consumo convencionales. ¿De qué sirve que no se hayan empleado pesticidas químicos de síntesis en la producción de una fruta si luego se va a transportar a miles de kilómetros de distancia gastando ingentes cantidades de energía fósil hasta que llega a su consumidor final seguramente habiendo pasado por múltiples cadenas de selección, calibración, embalado y envasado? ¿De qué sirve si ha sido producido gracias a salarios de hambre, reforzando relaciones sociales de explotación y dependencia?

---

14 Uno de los casos más famosos fue el de Alar. Después de un reportaje algo alarmista de una hora en una de las televisiones estatales estadounidenses de mayor audiencia, en el que se desvelaba que uno de cada ocho productores de manzana empleaban Alar, un regulador del crecimiento declarado por la Agencia de Protección Ambiental como carcinogénico, media América, de repente descubrió lo ecológico. «Panic for Organic» tituló este fenómeno la portada de Newsweek, y, por la noche, la demanda de las cadenas de supermercados se disparaba.

Esta manipulación o corrupción de lo ecológico es lo que Michael Pollan llamó el «Complejo Ecológico-Industrial».[15] El mercado de la agricultura ecológica supone en los EE.UU. 7.700 millones de dólares y crece a un ritmo del 20% anual —a nivel mundial la O.M.C. estima que se obtuvieron beneficios por valor de 24.000 millones de dólares en el 2001. Empresas como la Greenways Organic poseen una exitosa explotación de 1.000 hectáreas —por ejemplo cultiva 80 hectáreas de brócoli. El negocio de la agricultura ecológica está convirtiéndose en un oligopolio a imagen y semejanza del sistema agroalimentario convencional. En el Estado de California —puntero en producción ecológica— sólo cinco grandes empresas acaparan la mitad del mercado; y así la empresa Horizon, con un capital de 127 millones de dólares, controla el 70% del mercado estadounidense de la leche ecológica que ultrapasteuriza y envasa en tetrabrick para poder distribuir a grandes distancias, una leche proveniente de granjas de miles de vacas que sólo comen pienso ecológico, eso sí, con todos los avales y certificaciones legalizadas —sin ver una brizna de hierba—; o la empresa Cascadian Farm que vende comida precocinada congelada «eco» moviendo toneladas de ingredientes a miles de kilómetros, primero hasta las industrias de transformación y luego, una vez transformada, a los grandes centros de consumo.

El problema que supone combinar la agricultura ecológica y la empresa capitalista se ve bien patente en el caso austriaco. Austria es un país que ha apostado muy fuerte por este tipo de agricultura hasta el punto de que el 10% de las fincas existentes son ecológicas. A causa de la entrada en el mercado ecológico del gigante de la distribución BILLA —que controla el 75% de las ventas—, con una marca propia llamada «*Sí, naturalmente*» se resintieron primero las pequeñas tiendas de productos ecológicos que no podían competir con ella pues ofrecía a los consumidores precios más bajos y la comodidad de encontrarlo todo en el mismo supermercado. Pero lo más importante es que pronto empezó a surgir el descontento entre los campesinos ecológicos, a los que estas grandes distribuidoras cada vez exigían más, de manera que acabaron por sentirse explotados tras la primera alegría de encontrar una salida más segura a sus productos. Esta imagen de *boom* de la agricultura ecológica fue aprovechada por los políticos austriacos e incluso por la agricultura convencional, pero no hay que olvidar que el primer caso de vacas locas apareció en este país.[16]

Al problema global de una producción agraria orientada a la exportación que profundiza en la inseguridad alimentaria de los pueblos no escapa la producción ecológica del Estado español. Según datos del MAPA, el 80% de la producción española se sigue exportando lo cual no es impedimento para que de los 102,2 millones de euros que se comercializaron en el 2000 el 50 % de los productos elaborados procediesen a su vez del extranjero.[17] Es frecuente que las distribuidoras españolas tengan que comprar a Perpignan (Francia) productos ecológicos españoles porque los productores españoles tienen toda su

---

15 Michael Polland es periodista y publicó en mayo de 2.001 un artículo en *The New York Times* con el título «La Pesadilla americana. Detrás del complejo Ecológico-Industrial» —traducción de Fernando García Dori.

16 *La Fertilidad de la Tierra*, Federación de Asociaciones de Agricultura Ecológica de España (FANEGA), nº 9, Navarra, 2002.

17 *La Fertilidad de la Tierra*, Federación de Asociaciones de Agricultura Ecológica de España (FANEGA). nº 7, Navarra, 2002.

producción comprometida o porque se niegan a servir en cantidades menores. En el Estado español existen empresas productoras como BIOCAMPO (Murcia)[18] que exportan hortalizas ecológicas por valor de 7,2 millones de euros anuales. Cuando todo el mercado nacional de patatas ecológicas supone 8.000 Kg. al mes esta empresa vende 4 millones de Kg. a Alemania. Dicha empresa tiene inscritas en el Consejo Regulador de la Agricultura Ecológica 200 Has. de hortalizas, 25 de ellas en invernadero con una plantilla de 250 trabajadores. ¿Bajo este modelo sigue siendo realmente alternativa la agricultura ecológica? ¿Puede ser ecológica, por ejemplo, una leche en cuya producción la energía y la contaminación ahorradas en labores de tractor y pesticidas —o más—, se vuelve a gastar en envasar en tetrabrick, embalar y transportar en palés y trailers a un centro de logística en Madrid, a cientos de kilómetros, para llevarla de vuelta al supermercado del pueblo donde se produjo?

¿Qué alternativas pueden existir para una agricultura ecológica sin las consecuencias sociales y ecológicas de la gran distribución capitalista? Es necesario un sistema alimentario que haga coherente la producción con la distribución y el consumo. En un sistema P-D-C campesino o agroecológico sólo tienen sentido *circuitos cortos de intercambio*. Partiendo de la base de que las necesidades colectivas y las características del ecosistema marcan la especialización productiva, y no la búsqueda del incremento de la productividad —esto es, el productivismo, como vía de maximización del beneficio monetario—, se minimiza entonces la necesidad de los intercambios. Además se busca la máxima autonomía en base al aprovechamiento de los recursos locales, para lo que es imprescindible atender a su renovabilidad, dado que si se agotasen habría que buscarlos fuera. Un intercambio local o con ecosistemas espacialmente próximos hace que cada sistema eco-social se ordene en función de sus propias necesidades y que no necesite ordenar otros en función de sus intereses —como pasa ahora en la relación campo/ciudad, ricos/pobres, etc. Estos intercambios al ser limitados en función de necesidades finitas y concretas no necesitan de un equivalente tan universal como el dinero, dan así más espacio para el intercambio sobre la base del trueque.

En nuestra experiencia pronto vimos que en una ciudad como Madrid la logística de la distribución es clave y explica porqué no se han desarrollado más experiencias de comercialización de productos ecológicos. Intentamos ser siempre conscientes de que trabajamos con la contradicción que supone la ciudad —y más la gran ciudad— como modelo de acumulación espacial al cual nos oponemos. La distribución supone el enlace físico campo/ciudad: la ciudad envía trabajadores y un modelo organizativo alternativo y a cambio recibe verduras y saber campesino. En principio, empezamos compartiendo el sistema de distribución que ya tenía montado la Red de Grupos Autogestio-nados de Consumo de Madrid —muchos de los grupos de esta red habían impulsado también la creación del BAH!— con la que teníamos —y tenemos— muchísimos principios y prácticas en común. Sin embargo, el puesto de trabajo generado para hacer el transporte de la distribución siempre fue bastante precario y esto hacía que la persona cambiase frecuentemente con los problemas de aprendizaje que esto ocasionaba. Esto unido a que la cooperativa tiene como principio intentar autogestionar todo el proceso de la alimentación

---

18 *La Fertilidad de la Tierra*, Federación de Asociaciones de Agricultura Ecológica de España (FANEGA), nº 6, Navarra, 2001.

nos llevó a colectivizar esta actividad de forma que fue asumida como tarea del grupo de trabajadores y por tanto de la cooperativa. Con ello conseguimos dar una estabilidad al trabajo y al ingreso correspondiente y que la tarea pasase a ser realizada por personas que entienden perfectamente el proyecto y asumen sus defectos porque pertenecen a él. Desaparece así una intermediación exterior para la relación producción-consumo de la que se han beneficiado todos los grupos implicados en la distribución y la propia cooperativa en conjunto. Dentro de la cooperativa existen también otras formas de distribución —a parte de la general que reparte a nueve grupos. El grupo de la Asociación la Guindalera se reúne en el propio Centro Social Seco de Retiro —donde el grupo de trabajadores hace llegar toda la verdura de la cooperativa cada semana— para hacer allí las bolsas de cada unidad de consumo y el grupo de consumo de Alcalá de Henares se autoorganiza con rotaciones entre sus miembros para acudir directamente a las huertas a recoger sus verduras.

3.2.3. El consumo: ¡Consume agroecológicamente o consume capitalismo!

La alienación alimentaria que hemos ido analizando en la fase productiva y de distribución continúa debido a la pérdida de control de los consumidores y las consumidoras sobre lo que comemos:

Consumidores y productores de alimentos no pueden elegir ni sus condiciones de trabajo, ni lo que van a comer. Los consumidores no pueden controlar ni las condiciones en las que van a «obligar» a trabajar a quienes producen esos alimentos, ni evitar que se deteriore el medio ambiente en el

Aspectos: formas	Formas concretas
Condiciones nutricionales	No controla información sobre lo que realmente le alimentan los productos.
Condiciones sanitarias	No tiene seguridad sobre los residuos y contaminantes que puedan contener los alimentos y en especial sobre los efectos de estos a largo plazo sobre su salud.[19]
Condiciones sociales	No puede rechazar alimentos producidos a base de la explotación de los campesinos y trabajadoras del campo en general.
Condiciones ecológicas	No puede elegir alimentos que no hayan deteriorado su medio ambiente en su proceso de producción.

19 Según un informe realizado a instancias del Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente (UNEP) queda claro que estamos afectados por una gran cantidad de contaminantes que ingerimos continuamente, aunque en dosis bajas. Se conoce su actuación como cancerígenos, como productores de importantes alteraciones endocrinas y del sistema nervioso y de una larga lista de disfunciones orgánicas. Si bien aun no se conocen bien el alcance que puede tener a largo plazo la exposición continua a estos productos, todas las evidencias apuntan a que estos tóxicos incrementan las enfermedades neurovegetativas, el cáncer, los problemas de infertilidad, las diabetes y muchas otras. Asimismo, los informes señalan que toda la población sin excepción está expuesta a estos contaminantes desde la fase embrionaria. El último informe de la Oficina Alimentaria y Veterinaria de la Unión Europea reveló que el 40% de la fruta y la verdura que se comercializa en Europa tiene restos de plaguicidas y el 4,5 % presentaba niveles preocupantes. (Diario EL PAIS, 28 de enero de 2003).

que tienen que vivir si quieren seguir comiendo. Los productores no pueden controlar los residuos contaminantes que van a lanzar a la naturaleza e incorporar a los alimentos para los consumidores. Es el Mercado el que demanda contaminación y ofrece contaminación que nadie quiere realmente. Es esta lógica la que lleva a la O.M.C. a decir que Europa no tiene derecho a prohibir la importación de carne hormonada, porque entiende que eso es «competencia desleal»; mientras por otro lado, consiente que EE.UU. niegue al consumidor el derecho a reconocer los productos transgénicos en su etiquetado, por ser considerado «otro elemento de competencia desleal». Esta es la libertad real que nos ofrece el mercado. Bastaría con querer llevar a la práctica un mínimo de objeción de conciencia y de criterios sobre nuestra salud y la situación social de los productores para que no pudiésemos comer casi nada. Además lo poco que comiésemos nos llevaría una gran cantidad de trabajo de búsqueda y organización para encontrar alimentos «mínimamente decentes» en «circuitos alternativos». El Mercado controlado por los intereses de la élite capitalista lo ordena con la complicidad cada vez mayor de crecientes «masas» alienadas, también, alimentariamente.

Como podemos comprobar, la alienación alimentaria conlleva otras muchas pérdidas de autonomía: nos implica de lleno en el sistema desde una de nuestras necesidades más básicas. Nos hace cómplices una vez más del mismo sistema que nos aliena.

> El café que bebemos, los muebles de madera tropical que dan lustre a nuestras casas, los neumáticos de nuestros automóviles y bicicletas... son engranajes todos, junto a tantos otros, de una máquina compleja y precisa que determina el destino de millones de personas, de países y continentes enteros, de amplios ecosistemas.
>
> Quizás podría parecer más heroico y entusiasmante desfilar con la bandera de algún frente de liberación. Ser quintacolumnistas en la ciudadela del colonialismo y del imperialismo: activista en Francia por la independencia de Argelia, apoyar a Vietnam en EE.UU. o apoyar en todo el mundo el boicot económico al apartheid surafricano. Aquí se propone usar finalmente aquel pequeño poder que nuestra civilización permite a favor del Sur y que en determinadas ocasiones puede ser más útil que el voto o la huelga.
>
> Este pequeño poder del «consumidor»: palabra espantosa, porque pone al desnudo la verdadera dimensión de nuestro papel asignado por el sistema, cualidad más verdadera en la práctica que nuestra condición de ciudadanos o electores... La construcción teórica, la ideología —es decir: la falsa conciencia difundida para protección del sistema— no cesa de repetir que el consumidor es objetivo y destinatario final de todo producto y servicio y que todo se hace para satisfacerlo y servirlo cada vez mejor —«el cliente siempre tiene la razón». Pero en la práctica se sabe que en las estrategias del mercado, el consumidor es considerado como bestia de engorde y matadero en no menor medida que los animales cebados en los establos industriales: igualmente previsible y manipulable, igualmente fácil de alimentar y ordeñar. Y que sus gustos y preferencias pueden ser inducidas y dirigidas desde la persuasión publicitaria, y que, en todo caso, obedecen a leyes dominadas por el dinero y la conveniencia, no por la opción de los ideales y valores... la objeción de conciencia ante los productos manchados de sangre, de destrucción medioambiental, de sudor malpagado, de infancias arrebatadas nos lleva al campo de lo en apariencia poco político o heroico: la elección de nuestros alimentos, ropa, cosas para la casa, uso de nuestro dinero, del tipo de productos o embalajes que aceptamos o repudiamos. (Centro nuevo modelo de desarrollo, Langer, 1995)

Nuestra forma de consumo determina la forma de vida de miles de millones de personas:

Nuestra forma de consumo...	**Ejemplos, vidas...** (C.N.M.D., 1995)
Su marginación	El 26% de la población mundial consume el 80% de los recursos de la Tierra (UNDP, 1.993). Los más pobres no son necesarios ni para consumir porque nosotros ya consumimos de sobra para el capitalismo.
Su déficit alimentario	Con la superficie que se destina a producir soja para exportación en Brasil podrían producirse los frijoles suficientes para abastecer de proteínas a 35 millones de brasileños (FAO, 1992). Con esa soja las potencias occidentales producen carne y leche excedentarias. Las mejores tierras de los países empobrecidos se destinan a producir té, café, cacao, claveles o carne para hamburguesas mientras estos países son importadores netos de alimentos, gastan sus ingresos por exportaciones de alimentos en pagar los intereses de la deuda externa y sus poblaciones siguen pasando hambre. En los últimos 20 años en Costa Rica y Honduras ha aumentado la producción de carne casi un 300% pero el consumo medio de sus habitantes ha bajado casi a la mitad. La sociedad holandesa HVA, con ayudas del Banco Mundial, llenó de caña de azúcar y hortalizas frescas para Europa el valle etíope de Awash desplazando al pueblo Afars a los altiplanos circundantes en que murieron 35.000 personas de hambre en 1973.[20]
Su (y nuestro) medio ambiente	En Níger —y en general en todo el Sahel— los sistemas autóctonos de pastoreo y agricultura rotativa en el bosque han sido sustituidos por el cultivo para exportación de algodón y cacahuete que han supuesto la desertificación de más de ½ millón de hectáreas y la bajada de los rendimientos agrícolas a la mitad. (*The ecologist,* 1982)
su explotación	En la República Dominicana se trabaja a destajo a 2 pesos por tonelada de caña cortada. Esto supone el 57% del salario mínimo legal que la ley fija en 3,50 pesos diarios por 8 horas. En realidad para alcanzar aquella producción deben trabajar más de 12 horas de media.[21]
Su ganancia	El grupo Ferruzzi —que ocupa el primer lugar en el comercio de grano en Europa— es propietario de 22.000 Has. en Argentina, 380.000 Has. en Brasil y 40.000 Has. en Paraguay. Los pequeños campesinos u obreros de grandes plantaciones productoras de plátano se llevan sólo el 5,5% del precio final del plátano, los impuestos del país productor el 2,6%; mientras el minorista del país rico se queda un 32% y las multinacionales —de insumos, transporte y comercialización mayorista— casi el 60%. (FLACSO, 1992).

20 Susan George, *Les stratèges de la faim*, Editions Grounauer Ginebra, 1981.

21 J.César Neffa, *El trabajo temporal en el sector agropecuario de América Latina*, ILO Ginebra,1986.

Nuestra forma de consumo determina el déficit alimenticio, la destrucción del medio ambiente, la explotación, la marginación. Por otra parte el Planeta tiene unas capacidades limitadas en lo material y en lo temporal que no podemos superar sin comprometer nuestro futuro y el de las próximas generaciones. Está claro que no podemos alinear nuestras reivindicaciones dentro de la cultura consumista que vivimos porque numerosos estudios muestran que si toda la población mundial viviese al nivel medio en que vivimos en Occidente habría un colapso ecológico. (Weizsacker, 1992) En otras palabras «debemos vivir más sencillamente para que los pobres puedan sencillamente vivir».[22] Con este fin, debemos hacer una revisión personal y colectiva de cuáles son realmente nuestras necesidades, cuáles son reales y cuáles han sido creadas por la eficaz propaganda de estilos de vida que vende la publicidad del sistema.

¿Por qué productores y consumidores no se ponen de acuerdo en producir lo que quieren y lo que necesitan realmente? El sistema actual está parasitado por toda una colección de intermediarios que según ellos «añaden valor» al producto agrario —que se le considera un producto primario. La distribución de alimentos se convierte en un caos ecológico —al que llaman «logística»— que mueve y remueve alimentos a larguísimas distancias con gran gasto de energías de transporte, conservación frigorífica, cargas, descargas, almacenamientos, intermediaciones comerciales y financieras... El dinero «facilita» los intercambios haciendo innecesario que las personas tengan que hablar y ponerse de acuerdo en necesidades reales de producción y consumo.

Habría que superar una movilización social que reivindica sólo la bajada de precios y el aumento de la calidad —en la que caen las asociaciones de consumidores y usuarias al uso— porque esa presión, lejos de ser absorbida por una reducción de la ganancia empresarial, va a ser transmitida brutalmente al eslabón más débil de la cadena. Asimismo, una iniciativa autogestionada de P-D-C empieza por una toma de conciencia de nuestra condición productora-consumidora —lo que en algunos movimientos de desocupados argentinos han denominado con el concepto de *prosumidor*. Se trata de comprimir al máximo aquellas estructuras que han potenciado la brecha producción-consumo —en principio fruto de una sociedad de especialización productiva. Unas estructuras con una capacidad enorme para extraer ingentes cantidades de plusvalía, parasitando a las personas cuando producen y cuando consumen para procurarse sus medios de vida.

La Reforma Agraria Agroecológica que proponíamos al hablar de la producción se continúa por la recuperación de una autonomía de los consumidores y las consumidoras sobre lo que comen.

Una vez más es necesario preguntarse por una alternativa coherente con un sistema de producción basado en una agricultura agroecológica que también hemos llamado campesina, con unos circuitos cortos de distribución que relacionen directamente producción y consumo dentro de una lógica que hemos llamado también economía campesina. Creemos que la propuesta de

---

22 Según datos sobre consumo de productos básicos del Informe anual del Plan de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD, 1992) tan sólo el 25% de la población mundial consume el 70% de la energía, el 75% de los metales, el 85% de la madera y el 60% de los alimentos mundiales.

un consumo campesino requiere de una explicación más precisa, pues el hecho de que este consumo se realice en la ciudad puede a primera vista parecer una paradoja insuperable.

CONDICIONES NUTRICIONALES	Los consumidores controlan información sobre lo que realmente le alimentan los productos. Participan colectivamente en la decisión de lo que se cultiva porque es lo que se van a comer.
CONDICIONES SANITARIAS	Tienen seguridad sobre el diseño de un sistema productivo que elimina o minimiza la producción de residuos y contaminantes.
CONDICIONES SOCIALES	Participan en la creación de organizaciones productivas autogestionadas en las que los trabajadores, junto con la comunidad, crean sus propias condiciones de trabajo.
CONDICIONES ECOLÓGICAS	Participan en la creación de organizaciones productivas con métodos de producción ecológicos.

Para este propósito es necesario plantear y aclarar la dialéctica ciudadano *versus* campesino. La categoría de ciudadano ha adquirido dentro de la filosofía política —y a través de los intelectuales orgánicos del sistema en la demagogia política— un significado preciso y virtuoso. Algo así como «sujeto de derechos». El origen de los derechos individuales liberales se suele situar en las primeras ciudades burguesas. Esta afirmación parte de una visión nada real que considera las ciudades como una suerte de «islas de civismo en un mar rural atrasado y embrutecido dominado por el caciquismo y el servilismo». Es la misma visión que hoy observa el campo como «lo que queda a los lados de las carreteras que unen las ciudades». El campo, dentro de la visión desarrollista de la ordenación del territorio que tiene el capitalismo es un espacio residual «próximamente urbanizable» o destinado a producir en función de las necesidades características de las altas concentraciones urbanas —producción contaminante de ingentes cantidades de energía, alimentos, almacenamiento de residuos, etc. La realidad histórica nos ha mostrado que las ciudades son sitios donde cada vez se vive peor y donde se potencia la concentración del poder y el capital, se acentúan las desigualdades sociales, la marginación y la degradación ambiental.

Hay que romper con la propaganda urbanita de un modo de vida rural «agrícola-atrasado» y de un modo de vida urbano con todos los «servicios-moderno».

Las culturas campesinas —aunque no todas— han generado ordenaciones del territorio ecológicas y socio-económicamente más equilibradas y sustentables que las urbanitas. Las personas y los grupos sociales tenían, en general, más control sobre los medios de producción y sobre sus vidas que en nuestra cultura urbanita actual. Eran en realidad sujetos de derechos personales y colectivos más reales que el pretendido individuo-ciudadano de la ideología liberal, que en realidad sólo posee libertades negativas no garantizadas más que por su poder individual. Este individuo sólo tiene derecho a que el Estado no intervenga en ciertos aspectos de su vida —casi siempre relacionados con su economía. A la persona que no posee nada no le sirve de nada que no le intervengan, esos derechos negativos no le permiten ejercer ninguna libertad —por ejemplo nadie le prohíbe viajar pero de hecho no viaja porque no tiene medios. En muchas culturas rurales se tenía un cierto control sobre los medios

de producción —incluso colectivo—, sobre los procesos productivos —en armonía con los ciclos naturales— y sobre lo que se comía —al haber una trazabilidad —o seguimiento del proceso— casi total del alimento.

No se trata de idealizar todas las culturas campesinas —ha habido sociedades campesinas con algunas características tremendamente liberticidas—, sino de señalar que también tenían valores y recursos que promovían la autonomía de las personas y de los grupos sociales, que con el desarrollo urbanita hemos perdido e incluso aun desdeñamos en la ciudad y en el campo actuales. (Bookchin, 1999) La ciudad no es hoy aquel sinónimo de libertad[23] y oportunidades que «vendieron» a nuestros abuelos para que dejaran el pueblo. Hoy el campo quizás tampoco lo sea, pero quedan elementos de las culturas campesinas que sí pueden serlo en la línea de construir sociedades más autónomas —que no quiere decir aisladas—, ecológicas y socialmente más equilibradas.

Valores campesinos (a recuperar)	Valores urbanos (dominantes)
Vida y solidaridad comunitaria	Individualismo, anonimato
Economía local	Economía mundial
Integración ecológica	Hábitat artificial
Cultura popular, conocimientos validados por la experiencia colectiva de generaciones	Ultra especialización de conocimientos validados sólo por la racionalidad científico-técnica

Nuestro concepto de consumo campesino recoge los siguientes elementos y prácticas:

- Relación directa con los productores y/o autoproducción.
- Consumo de alimentos producidos y distribuidos cercanamente y en circuitos cortos.
- Consumo de productos de temporada en el agroecosistema donde se ubican.
- Participación en la planificación de lo que se va a producir-consumir
- Participación en la conservación de productos de temporada para su consumo en otras épocas.
- Implicación en la gestión del sistema de P-D-C entendiéndose de manera unitaria y no como defensa de intereses contrapuestos. El consumo se responsabiliza de la producción y viceversa.
- Consumo personal integrado en un grupo inserto en una comunidad concreta que se coordina con otras afines en múltiples niveles.

Es preciso adaptar nuestros hábitos de consumo a las capacidades de nuestros ecosistemas locales y también del ecosistema global planetario. Es lo que desde diferentes movimientos sociales se ha llamado ejercer un consumo responsable con nosotros y nosotras, con los demás habitantes del planeta y para con las generaciones futuras.

---

[23] Esto no quiere decir que no existan ejemplos de vida comunitaria y agroecología urbanas. Sólo hay que recordar el ejemplo autogestionario de Villa El Salvador en Lima o el impresionante desarrollo de la agricultura ecológica urbana en algunas ciudades cubanas.

Nuestra experiencia es la de la integración de la P-D-C en una sola organización que, aunque tiene especializadas las tareas de producción-distribución en un grupo de trabajadores que recibe una asignación económica, gestiona en común la vida de la cooperativa en todos sus órdenes. Nuestro concepto de autogestión incluye no sólo a los productores, sino también a los consumidores pues planificar la producción supone planificar lo que van a comer los consumidores. El origen de nuestra actividad es cubrir una necesidad definida colectivamente y en función de esto se organiza el aparato productivo necesario. No se produce para el mercado impersonal sino para gente muy concreta, y por eso los consumidores entienden la parte productiva de la cooperativa como algo suyo, que es necesario financiar y gestionar. Esta organización común maximiza la cercanía productores-consumidores y desarrolla sus actividades en base a intereses comunes. El circuito de comercialización no puede ser más corto, pues la cooperativa tiene como único objetivo productivo autoabastecerse, hasta el punto de que no consideramos que sea propiamente una comercialización sino una distribución entre los miembros de la cooperativa de lo que de formas diferentes , todos han contribuido a producir.

La cercanía de la producción está muy relacionada con nuestra opción política de actuación en el ámbito periurbano, esto evita el transporte a grandes distancias —estamos a 35 kilómetros— normal en el sistema alimentario convencional y en la agricultura ecológica de exportación. Esta opción en una ciudad como Madrid supone enfrentarse a una precariedad permanente en cuanto a la estabilidad en las tierras y las poblaciones, pues la especulación y su política de infraestructuras avanza borrando de un plumazo todas nuestras realizaciones —relaciones sociales en los pueblos, reconversión ecológica de fincas, etc. Lo único que salvamos es la experiencia autoorganizativa en cuanto a P-D-C y el saber campesino que recuperamos —pues procuramos no cambiar de comarca.

El consumo de productos de temporada se consigue mediante el sistema de planificación conjunta producción-consumo que es muy facilitado por el reparto en bolsas:

FASES:

Propuesta técnica del responsable de Planificación de Cultivos al Grupo de Trabajadoras sobre el contenido de las bolsas —en la próxima estación del año— siempre teniendo en cuenta la experiencia en anteriores estaciones y años.

*

Elaboración en el G.T. de la Propuesta de Bolsas en función de criterios ecológicos y agrícolas locales, de organización del trabajo, de relaciones sociales locales y de gestión económica a corto plazo.

*

Debate en cada Grupo de Consumo de la Propuesta de Bolsas en función de los criterios comunes de la cooperativa y de las necesidades concretas de los consumidores y consumidoras.

*

Puesta en común y aprobación en la Asamblea General de Grupos mensual de la propuesta del G.T. y de las modificaciones de las consumidoras.

*

Redacción definitiva de la Planificación de contenido de las Bolsas.

3.3. Agroecología y capitalismo

Como se ve esta Reforma Agroecológica propuesta presupone la conformación de nuevas formas de ocupar el territorio basadas en comunidades «a escala humana». En estas comunidades la toma de decisiones sobre los asuntos comunes es democrática. Esta democracia tiene que ser participativa y deliberativa y no un mero formalismo. El fin de su actividad económica es la satisfacción de las necesidades definidas colectivamente, dando prioridad a que todo el mundo tenga garantizadas las necesidades más básicas. Para que esto sea posible es necesario el cultivo de unos valores diferentes a los actualmente predominantes. El cultivo de estos valores se realiza en un proceso que combina muchos aspectos vitales: intentando cambiar de estilo de vida —como hábitos de trabajo y de consumo—, luchando contra los actuales valores dominantes —en uno mismo y en la sociedad— y con una nueva pedagogía que los impulse —comunicativa y no jerárquica. Es importante ir cambiando el entorno institucional que favorece el cultivo de los valores capitalistas, pues un entorno favorable, o al menos no hostil, puede ayudar mucho a las personas y sectores sociales menos militantes.

Estos entornos no hostiles no van a crearse solos y probablemente el poder se va a oponer con todo su aparato privado y estatal. Por esto, es necesario que ese emergente sistema productivo y de consumo agroecológico autoorganizado surja en el seno de un movimiento social con fuertes valores, pero que no sea meramente autorreferencial. Este movimiento social no se entiende como una organización única del tipo de un partido o de una central sindical al uso, sino como una red plural de organizaciones que se relacionan horizontalmente en base a acuerdos democráticos que se deciden siempre de abajo a arriba, desde sus bases y sus luchas locales y cotidianas. Estas organizaciones que trabajan la realidad más concreta e inmediata se coordinan a fin de acumular fuerzas para las luchas globales contra el capitalismo. Este movimiento social tiene que defender frente al Estado y al Capital —y todas las múltiples formas del poder— su autonomía (A.C.I., 1995), además de todo lo que vaya construyendo. Ese movimiento social, que junto a otros, tiene su ámbito de actuación en el campo y la ciudad tiene que ser comunitario, autogestionario, ecológico y anticapitalista o si se quiere buscar una palabra: agroecológico.

En este sentido, y desde nuestra pequeña experiencia concreta, nos hemos dado cuenta que no podemos construir basándonos en una política de mera no-colaboración con el sistema. El Estado de Derecho y el formalismo democrático nos da una sensación de aparente libertad en la que parece que a cada uno se le deja hacer lo que quiera mientras no entre en colisión con el sistema. Pero, ¿es esto realmente posible? ¿Es posible construir autogestión pasando simplemente del capitalismo? Finalmente la experiencia nos ha mostrado que no. Nuestro proyecto encuentra constantemente obstáculos de todo tipo:

OBSTÁCULOS	FORMAS EN QUE NOS LIMITA	LA EXPERIENCIA DEL BAH!
ECONÓMICOS	La capacidad económica de la cooperativa se encuentra limitada entre el coste de los factores de producción convencionales en el mercado y el poder adquisitivo de las consumidoras —que depende del mercado de trabajo.	Cuantía de la aportación de las consumidoras y de la asignación percibida por las trabajadoras de la cooperativa. Cantidad de trabajo aportada que repercute en la calidad de vida en general y en la participación en la vida cooperativa en particular. Entrada y salida constante de algunas productores y consumidores agotados por el esfuerzo que exige la precariedad de condiciones en que se desenvuelve el proyecto.
LEGALES	Nuestra actividad es clasificada por la legalidad como economía sumergida. No existe figura legal que reconozca nuestra entidad jurídica tal como es —no somos empresa ni asociación.	Limitación en la difusión y crecimiento del proyecto para evitar ser detectados por los organismos de control y represión estatal.
DE CONCIENCIA	Nos encontramos en una sociedad que constantemente bombardea nuestras conciencias con la propaganda de unos valores que son opuestos a aquellos con los cuales tratamos de vivir y que son la base de nuestra organización y actividad.	Dificultad a la hora de promover una participación más activa en el proyecto de las cooperativistas y de lograr la inclusión en el proyecto de personas y grupos no militantes.
POLÍTICOS	La política de desarrollo rural y urbano enmarcada en una política territorial desarrollista clasifica, constantemente, con usos incompatibles con los nuestros, las tierras donde trabajamos, el barrio donde nos reunimos y desde donde distribuimos. Esto provoca una presión especulativa que nos expulsa hacia la periferia a medida que la frontera periurbana se va ampliando «comiéndose» lo rural y lo barrial	Precariedad en el acceso a la tierra y a locales que nos obliga a cambiar de lugar casi todos los años teniendo que empezar de nuevo la puesta en cultivo y la reconversión a la agricultura ecológica de las tierras, creando nuevos lazos con el entorno social de la zona, al tiempo que perdemos todo lo construido hasta entonces.

En un proyecto que tiene como uno de sus objetivos básicos, aunque no único, la cobertura de una necesidad real, como es la de una alimentación con unos mínimos de calidad nutricional y sanitaria, la relación «verdura percibida» / «dinero y trabajo social aportado» —en el caso de los consumidores— y la relación «trabajo agrícola y de gestión» / «asignación percibida» —en el caso de los productores— se convierte en un índice importante a la hora de evaluar nuestro proyecto y de entender la precariedad a la que el capitalismo somete experiencias que se quieren autogestionarias. ¿Hasta qué punto el capitalismo es capaz de extraer plusvalía más allá de las relaciones salariales y jerárquicas formales típicas de la empresa capitalista?

Que trabajemos colectivamente estas cuestiones es la única vía para no caer en voluntarismos, autoengaños y valoraciones autorreferenciales. Que colectivamente creemos nuevas formas de valor en el interior de nuestra comunidad no debe hacernos olvidar que, queramos o no, la lógica del capital sigue teniendo puesto un precio a todo lo que hacemos y que con esos ojos nos miran los demás y la parte capitalista que queda dentro de nosotros y en nuestra vida. Aunque sea inconscientemente todos calculamos qué porcentaje de nuestro salario capitalista-tiempo de trabajo nos cuesta la «verdura ecoló gica-autogestionada» que obtendremos en la cooperativa. No debemos

llevarnos a engaño, la movilización de recursos y medios de producción que realiza nuestra cooperativa en su actividad de P-D-C es en parte funcional para el capitalismo —damos beneficios a las gasolineras, a los propietarios de tierras, a empresas proveedoras de insumos agrícolas. Lo importante es ser conscientes o ir trabajando, al ritmo que nos permita el desarrollo de nuestra autoorganización, un modo de sustituir, paso a paso, las relaciones sociales de producción típicamente capitalistas que aún conservamos por relaciones cooperativas, de apoyo mutuo, de trueque y de autoabastecimiento dentro de nuestro proyecto y con proyectos afines en el ámbito de «lo constructivo» y a la vez de denuncia explícita y constante de los valores y los usos económicos y políticos capitalistas en el ámbito de «lo destructivo». También en el interior de nuestra comunidad y coordinados en un movimiento social agroecológico que lucha con los demás movimientos sociales en lo global.

El cooperativismo con su gran acervo de valores ha demostrado históricamente demasiada maleabilidad en su definición política, de manera que han sido promovidas cooperativas desde gobiernos de todo signo —fascistas, democráticos, comunistas,...— tanto en períodos revolucionarios como de estabilidad.[24] Por otra parte, la realidad actual en el campo del Estado español —y del europeo en general—, es que la mayor parte de las agricultoras y ganaderos pertenecen a alguna empresa legalizada como cooperativa —sobre todo de transformación y comercialización. Sin embargo, el modelo gerencial parece haberse impuesto en las cooperativas legales —en las que el gerente es quien gobierna la cooperativa y los cooperativistas son tratados como meros clientes. Es importante evitar la despolitización de las cooperativas especialmente las que surgen y se mantienen gracias a motivaciones políticas. En nuestra experiencia en el BAH! por las dificultades con que empezó el proyecto —sin asignación económica para los trabajadores y con muy escasa verdura para los consumidores— y por la gran cantidad de participación y esfuerzo colectivo que requiere, la motivación económica no es suficiente para que la gente se apunte y menos para que se mantenga a largo plazo en la cooperativa. El BAH! ofrece no sólo verduras, sino también una comunidad donde la gente se relaciona de manera diferente y sobre la base de otros valores: una oportunidad de potenciar y aprender a autoorganizarse. En este sentido nosotros decimos que el BAH! no sólo produce verduras sino que también produce organización social autogestionaria.

Otro aspecto importante a la hora de confrontar la agroecología con el capitalismo es su dimensión global. Hay que tener en cuenta que los subsidios agrícolas suponen el 35% de los ingresos agrícolas brutos europeos frente al 21% en EE.UU. o al 59% de Japón.[25] Ante las presiones de la Organización Mundial de Comercio (O.M.C.) la Unión Europea (U.E.) ha propuesto reducir un 45% las subvenciones agrícolas a la exportación que aunque se han

---

24 Un ejemplo muy paradójico en relación a los orígenes históricos del cooperativismo —obrero y socialista utópico— fue la promoción del sindicalismo vertical y del cooperativismo-corporatista agrarios por el franquismo y por sus corrientes nacional-católica y nacional-sindicalista en España. Un modelo cooperativista que contrasta enormemente con todas las cooperativas que destruyó la dictadura y que habían tomado la forma de colectividades social-marxistas y anarquistas durante el período revolucionario de la Guerra Civil. (Soldevilla, 1973).

25 *Actualidad Económica*, nº 2.321, diciembre 2002.

reducido ya a la cuarta parte respecto a su volumen de hace una década aun continúan suponiendo el 7,5% del presupuesto de la Política Agraria Común (P.A.C.).[26] Esta reducción se limitaría a los «productos que tienen especial importancia para los países en desarrollo» y siempre que fuera secundada por todos los países miembros de la O.M.C. Diversas ONGs que trabajan en el campo del desarrollo —siguiendo a gobiernos de estos países[27] —se han sumado al carro de la liberalización del comercio mundial como vía de mejora económica. Una situación ante lo que cabría cuestionarse, primero: si las políticas liberalizadoras del comercio mundial aplicadas hasta ahora han supuesto algún alivio para la situación de estos países; y segundo, cómo se distribuiría dentro de cada país la supuesta riqueza generada por este incremento de las exportaciones del Tercer Mundo para que estas medidas no redunden sólo en beneficio de los grandes terratenientes o las transnacionales , como ha pasado hasta ahora. Estas cuestiones además nos devuelven a la crítica que hemos realizado al actual sistema agroalimentario —en sus tres fases de P-D-C— en el sentido de que aunque fuese una medida acertada a corto plazo, la apertura de los mercados sólo estaría afectando a las esferas de la distribución y de la comercialización de mercancías, pero no a la producción de alimentos y a las cuestiones relacionadas —acceso a los medios de producción, condiciones de trabajo y de vida de las productoras, distribución de la riqueza ...

3.4. Agroecología: razones para una lucha y para una esperanza

Dicen los intelectuales y voceros del pensamiento único que tras la caída del bloque soviético se ha llegado a una suerte de «fin de la Historia» en el que el capitalismo ha quedado como único vencedor en pie tras la batalla.

Intelectualmente esta puede ser una hipótesis digna de discusión, pero hay muchos millones de personas que sencillamente no pueden aceptar que la miserable realidad —material y/o en cuanto a sus condiciones de libertad— que les toca vivir sea la única posible y que vaya a ser así siempre. Aunque su análisis sea erróneo si deciden rebelarse, las consecuencias de su análisis, sus acciones, sí serán reales.

Aunque actualmente la realidad de los movimientos sociales que se rebelan contra la globalización capitalista, contra el Imperio, pueda parecernos muy lejana a plantear una alternativa global y claramente organizada, estos movimientos no dejan de ser relativamente pequeños signos de esperanza (Fernández Durán, 2001) que, junto a muchos otros, ponen seriamente en duda la doctrina oficial de que todo está atado y bien atado aquí y en el cielo.

---

26 Los Ministros de Agricultura de la U.E. están analizando una propuesta de reforma de la PAC —elaborada por la Comisión Europea— que va dirigida a mantener las ayudas directas —cerca de 30.000 millones de euros anuales— sobre la base de conceptos distintos —como respeto al medio ambiente—, para recortarlas en el futuro entre un 12,5% y un 19%. (Diario El País, 29/1/2003)

27 Luis Sebastián, *Mundo rico, mundo pobre*, Ed. Sal Terrae, Santander, 1992; y el artículo de Ignasi Carreras (Director General de Intermón-Oxfam) en el diario *El Pais*, 13 de diciembre de 2002.

Desde la agroecología se proponen valores y experiencias vividas por muchas gentes, comunidades y pueblos enteros que dejan claro que no es imposible, aunque sí muy difícil, organizarse al margen del Capital y del Estado —en general del poder en sus múltiples formas. Quede claro que la agroecología no pretende ser el nuevo paradigma que solucione todos los problemas de la humanidad. La realidad es demasiado rica y compleja para solucionarla con una sola teoría rectora válida para todo tiempo y lugar.

Precisamente la Agroecología hace hincapié en la necesidad de un enfoque multidisciplinar de los análisis y de los proyectos. Igual que la naturaleza se manifiesta localmente con una gran pluralidad de formas y especificidades y relaciones, las sociedades que coevolucionan con ellas también se expresan con una enorme riqueza de construcciones y matices culturales locales. Esto no quiere decir que se apueste por un provincianismo localista que no ve más allá de sus propias narices. Existen gran cantidad de problemas que nos afectan de manera global a todas y que sólo coordinando y aunando esfuerzos podremos enfrentar —el más paradigmático de ellos es el capitalismo global.

En el mundo avanza también «una segunda Revolución Verde», que —al contrario de la primera— puede hacer honor verdaderamente a su nombre. No es una revolución biotecnológica y todavía tiene menos que ver con la ingeniería genética. Se trata de un movimiento global hacia la agricultura ecológica, hacia la soberanía alimentaria y hacia un control verdaderamente democrático de los medios de producción y subsistencia que intenta alimentar a la creciente población mundial sin comprometer las necesidades de las generaciones futuras. Trabajando conjuntamente con la naturaleza y fomentando la biodiversidad y la auto-dependencia local, esta nueva tendencia agroecológica está vibrando en África, América Latina y Asia. Aunque todavía esté en gran parte supervisado por los consejeros políticos, este movimiento representa una esperanzadora alternativa a un mundo que, a falta de alternativas, será dominado por las redes de gigantescas corporaciones transnacionales agroquímicas y por la agricultura monocultural.

Existen ya entre 15,8 y 30 millones de hectáreas —una cantidad que varía según estimaciones y criterios, en cualquier caso 17 millones ya certificadas[28] — de tierra manejada ecológicamente sin incluir la agricultura tradicional de subsistencia. Dos terceras partes de los nuevos miembros de la Federación Internacional de Movimientos de Agricultura Ecológica (IFOAM) son del Tercer Mundo. Incluso la FAO está empezando a tener que reconocer la ventaja de este tipo de agricultura a la hora de incrementar los ingresos de los pequeños agricultores, la creación de empleo y el aumento de la seguridad alimentaria. Cuba está moviéndose —obligada también por el bloqueo de las petroquímicas— hacia un sistema ecológico nacional, y hoy en día el 65% del arroz y cerca del 50% de sus hortalizas son ecológicas. Mientras la agricultura industrial global ha conducido a una situación en la que el 90% de la población del mundo se alimenta —a duras penas— de tan sólo 15 especies cultivadas, las pequeñas campesinas ecológicas de todo el mundo proporcionan un servicio vital en el mantenimiento de la diversidad genética, un servicio amenazado cada vez más por la contaminación transgénica y la biopiratería

28 *La Fertilidad de la Tierra*, edita la Federación de Asociaciones de Agricultura Ecológica de España (FANEGA), nº 10, Navarra, 2001.

corporativa. Las agricultoras indígenas de Perú cultivan más de 3.000 tipos diferentes de patatas; más de 5.000 variedades de patata dulce son cultivadas en Papúa Nueva Guinea; en Méjico los indios Huastec manejan parcelas con más de 300 especies cultivadas, las áreas alrededor de las casas contienen entre 80 y 125 especies muchas de ellas medicinales. (Doug Parr, 2002)

Una agricultura ecológica que trasciende al ámbito de lo estrictamente productivo y normativo puede insertarse dentro de una estrategia integral de desarrollo endógeno agroecológico impulsada por los movimientos sociales para que sea realmente democrática —véanse algunas prácticas de organizaciones como el MST en Brasil, el EZLN en Chiapas o el SOC en Andalucía. (Sevilla Guzmán, 2002; Harnecker, 2002) Un modelo alimentario ecológico asume los costes sociales y ambientales porque no se los difiere a otras poblaciones del Planeta ni a las futuras generaciones. Basa su concepto de rentabilidad para aceptar o descartar proyectos económicos en la premisa de su sustentabilidad a largo plazo y en una eficiencia que se contabiliza en unidades energéticas —regidas por los patrones de la termodinámica— y de satisfacción social —regidas por patrones políticos de democracia ética y participativa— y no sólo en unidades monetarias —regidas por el patrón dólar. Sólo en base a este nuevo modelo alimentario pensamos que es posible ir superando la contradicción campo-ciudad que hasta ahora se está resolviendo con la hipertrofia urbana y el despoblamiento rural. Este nuevo modelo implica una nueva relación con el territorio que sea antagonista con la actual expresión espacial del poder. El campo puede entrar en la ciudad (Fernández Durán, 1996) bajo experiencias de autoproducción y consumo alimentarios (P-D-C) que cambien los usos del suelo, bajando la densidad de población, rompiendo el modelo centro-periferia, cambiando la geografía de nuestros barrios, el modelo de vivienda y las relaciones vecinales al gestionar en común una necesidad básica. Asimismo, esto evitaría la ordenación territorial del campo en función de los intereses de las concentraciones urbanas —energéticas, infraestructuras de transporte y agua, alimentarias, depósito de residuos... El campo por su parte podría recuperar sus núcleos de población abandonados al recuperar su fisonomía y sus actividades, pero no por medio del ensanche de los suburbios ni por medio de la urbanización en torno a las vías de comunicación interurbanas, como hasta ahora, sino en cada territorio siguiendo un modelo propio adaptado a las condiciones ecológicas de los ecosistemas —el modelo de subsistencia adaptado en cada caso determinará la densidad de población y su modelo de distribución espacial.

En nuestra opinión, es necesario un gran pacto de apoyo mutuo entre los movimientos sociales del campo y de la ciudad sobre la base de la producción, distribución y consumo de alimentos para construir en los territorios concretos la soberanía alimentaria de los pueblos desde la base. Esta autogestión de la necesidad más básica es fin en sí —porque sin comer no se puede vivir— pero no se agota en sí misma, sino que forma parte de un proyecto político más amplio que tiene que ver con el derecho a la autodeterminación de los pueblos en todos los aspectos de la vida social. En algunas de estas líneas trabaja la Red Europea de Alianzas que agrupa organizaciones de consumidores, ecologistas, de desarrollo rural, sindicatos de agricultores y de trabajadores del campo —a la que pertenece, en el Estado español, la Plataforma Rural. Este proyecto político no es fruto exclusivo de una sensibilidad primermundista, sino que es impulsado con fuerza por organizaciones populares de todo el mundo y se

articula ya en organizaciones internacionales, como *Vía Campesina* que agrupa a organizaciones de campesinos, obreros agrícolas e indígenas de los cinco continentes que han ido construyendo una plataforma reivindicativa y propositiva común, sobre la base de su oposición al neoliberalismo y de su apuesta por una soberanía alimentaria que sirva de sustento para una democratización real de toda la vida social.

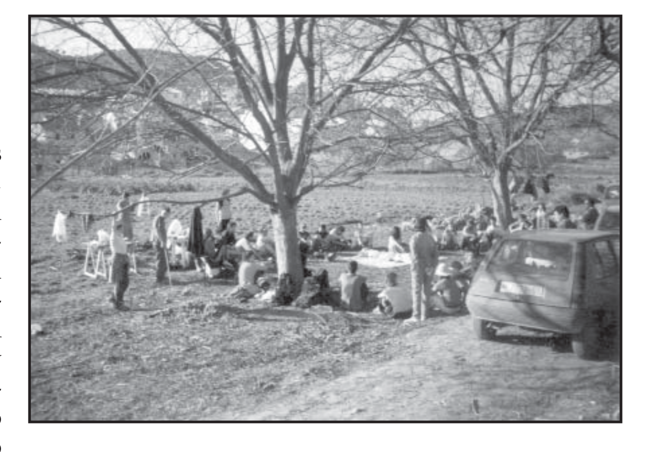
En definitiva, pensamos que la cuestión ecológica podría ser un nuevo paradigma de objetividad —un paradigma que no tiene porqué ser el único, y una objetividad que tendría que nacer del consenso popular— sobre el que edificar discursos y prácticas que, desde las necesidades cotidianas —materiales y de socialización—, generen las transformaciones que necesitamos todas las personas y pueblos carentes de la más elemental base material y de libertad. Teniendo en cuenta que las prácticas no han de ser sólo prácticas puramente militantes sino modos de vida, esa «objetividad» estaría definida por los límites de los ecosistemas, tanto locales como globales. Con este consenso no pretendemos olvidar la dificultad de encontrar unas afirmaciones científicas que puedan ser generalmente admitidas para fijar unos límites concretos —ni si quiera evita lo relativo en sí a nivel epistemológico de cualquier afirmación o construcción llamada científica. Pero creemos que un cambio de conciencia y de formas de vida personales y colectivas que permitiera la adopción de criterios ecológicos en las formas de ordenar el territorio —poblamientos, actividades económicas, etc.— teniendo en cuenta la condición de sustentabilidad a largo plazo —asunción de costes sociales y ambientales— obligaría implícitamente a cambios profundos en todos los órdenes de la organización social. No creemos que esta tarea sea labor de individuos aislados ni de grandes aparatos o estructuras que nos conduzcan mecánicamente. Creemos que sólo será posible mediante la participación en formas de vida comunitarias diversas y multiformes en las que podamos desarrollarnos como personas y como sociedad vertebrada en lo local y en lo global a través de las redes de los movimientos sociales populares.

Queda abierta la cuestión de hasta dónde van a consentir los poderes de este mundo —las redes de las transnacionales, las clases políticas, las potencias militares, etc.— los desarrollos autogestionarios pacíficos. La Historia ha parecido mostrar una y otra vez que las clases nobles y poderosas han defendido con violencia inusitada sus privilegios cuando las iniciativas populares han puesto en cuestión, en la práctica, la injusticia que supone que coexistan —como sucede aun en la mayor parte del mundo— la opulencia y la miseria extremas, la prepotencia y la opresión extremas. Un sistema apuntalado con la complicidad de las relativamente numerosas clases medias de las sociedades democráticas de Occidente, que defienden también sus mediocres privilegios con la buena conciencia de ser la reserva mundial de los valores democráticos, sin querer ver que nuestro pretendido «bienestar» se asienta sobre la explotación y la opresión de la mayoría de los seres humanos de la Tierra. Un bienestar que realmente se garantiza en último término con la violencia militar —y ésta es la auténtica razón por la que no vale el doble o el triple llenar el depósito de nuestro coche y hacer funcionar nuestras modernas industrias. Los movimientos sociales deben articular una red de relaciones, a todos los niveles necesarios, que hagan posible una revolución social que permita que nos demos pan y libertad. El mundo será autogestionario o no será tan siquiera.



4. Perdonen, ¿podríamos deci(di)r algo?

De la democracia de (súper)mercado a la alimentación autogestionada



Nuestra relación con el mundo que nos rodea —personas, animales, plantas, cosas— está mediada por el dinero y el sistema mercantil de precios, y determinada cada vez más por la lógica del beneficio monetario a través del consumo de masas. Estas dos vías de relación con el entorno —trabajo asalariado y consumo de masas— se desarrollan juntas, y si queremos cambiar este modelo económico que, como hemos señalado genera, desigualdad social y miseria a la vez que degradación ambiental, también deberemos cambiar las relaciones sociales que lo mantienen y reproducen.

Esta sociedad organizada a gran escala requiere de estructuras centralizadas de gestión y control de los asuntos comunes, hasta el punto de haber separado la esfera de lo político[1] de aquello de lo que emana: la gente. El alejamiento de lo político respecto de la esfera de «lo social» se realiza al mismo tiempo que la ruptura de las comunidades que *conforman* lo social: de las culturas locales y de sus mecanismos de reproducción y autorregulación. Se sustituyen por una cultura global construida, como decimos, alrededor del consumo de masas y el trabajo asalariado, que es esencial para el actual modelo de desarrollo capitalista.

Para construir alternativas al capitalismo no bastará con reconstruir economías de menor escala, ni con desarrollar técnicas y tecnologías sostenibles

---

1 Entendemos *lo político* como todo aquello relacionado con la toma de decisiones respecto a los asuntos públicos. Nos desmarcamos de la concepción tristemente generalizada de la política como aquello relacionado con los «políticos profesionales», para recuperar el espacio público de las relaciones horizontales, hacia una «política de la cotidianidad».

ecológicamente. También es necesario construir una cultura que no reproduzca capitalismo sino libertad. Aspiramos a construir una forma de entender las cosas, y sobre todo una disposición para transformar el mundo que nos rodea, que surja de una visión del mundo opuesta al capitalismo, centrada en la reconstrucción de lo humano en base a lo colectivo o comunitario —atravesando el dualismo entre lo público y lo privado—, para ganar cada día mayores cotas de libertad. Buscamos proyectos reales, físicos, que transforman lo cotidiano, para construir precisamente una vivencia de lo cotidiano que sea radicalmente distinta al capitalismo, sobre la que construir esa nueva cultura.

Los nuevos valores se construirán según desarrollemos nuevas condiciones de vida y nuevas formas de relación que responden a una lógica de la libertad, y no del beneficio económico. «No sólo no renunciamos a la expectativa de nuevos valores, sino que los pretendemos construir en los mismos procesos, con independencia de que se puedan alcanzar para una sociedad futura. Serían así los medios que se usan los que justifican los fines, y no al revés». (Rdguez. Villasante, 1998) Nosotros proponemos trabajar desde y por lo colectivo; lo colectivo es el espacio donde nos llegamos a realizar, donde nuestra libertad se hace plena, y por ello es a la vez medio y fin.

La apuesta por lo colectivo, por una democracia radical y la participación no se hace sólo desde aspectos éticos o morales: aseguramos que los espacios colectivos son mejores, en el sentido de que permiten una vivencia más plena de la experiencia individual y nos ofrecen mayores posibilidades de desarrollo personal en todos los sentidos. Los grupos son más ricos que las individualidades. El individuo es un valor en sí y tiene derecho a un espacio de libertad propio e inalienable, pero no se construye de forma aislada sino en relación con los demás, a través de las experiencias de lo social y de lo comunitario.

El capitalismo destruye las culturas comunitarias, los espacios públicos horizontales como ejercicio de la vida comunitaria, de la gestión de los propios asuntos junto con el resto de gente con la que compartimos espacios y tiempos de vida. Los sustituye por espacios y procesos verticales, mediados por el dinero —el ocio de masas— o por estructuras centralistas y autoritarias de gestión de los asuntos comunitarios —como el modelo de democracia parlamentaria. En este sentido hay un gran camino que recorrer: nos toca experimentar nuevas formas de relación y de organización de los asuntos de forma horizontal, y la poca práctica que hemos desarrollado nos dice que no es tarea fácil.

Los espacios mayoritarios de contestación o resistencia al capitalismo se han movido en las últimas décadas en base a modelos también verticales, como en la mayor parte de las organizaciones de izquierda. Hoy vemos que este modelo organizativo jerárquico y centralista no consigue aglutinar fuerza, ni gente, ni mucho menos despertar la creatividad social. Aquellos que nos resistimos a esta fórmula también tenemos grandes problemas para organizarnos en formas horizontales alternativas, ya que, quizá por esta herencia autoritaria de la izquierda tradicional, parece que existe un fuerte y generalizado rechazo, sobre todo entre la juventud, a todo lo que suena a organización, formalización o simplemente la explicitación y el análisis de las estructuras que formamos.

Pero no podemos abandonar el desarrollo *consciente y explícito* de modelos grupales adaptados a nuestras realidades concretas, si es que queremos construir procesos con un mínimo de profundidad y estabilidad. «Hay algo,

diferente a las personas mismas, pero construido por ellas, que hace que un grupo pueda ser inteligente o tonto. Tal vez sea el sistema de interacciones, o la cultura compartida del grupo, o la manera de plantear y resolver las reuniones, o la forma de coordinar sus trabajos, o el modo de resolver sus conflictos, o si se creen o no lo que hacen, o todos estos aspectos juntos. A menudo se ven grupos que lejos de ser "más que la suma de sus partes" son una verdadera resta de las posibilidades de sus partes. Un grupo inteligente es aquel que de verdad logra ser más que la suma de sus partes. Es un grupo que aprovecha las potencialidades y oportunidades que se le presentan por el hecho de ser grupo». (Cembranos y Medina, 2003)

No hay porqué rechazar ninguna herramienta de todas las que podamos disponer en nuestra tarea. Nosotros mismos somos la materia prima para construir un nuevo espacio donde vivir libres, plenos, en comunidad. No pensemos entonces que esto está *chupao*. Tan compleja como es una persona, mucho más lo es un grupo compuesto de muchas personas, con todas sus circunstancias y con las múltiples y variadas relaciones que se dan entre ellas.

4.1. Lo colectivo: un vehículo para movernos, un instrumento musical para tocar juntos

Nuestros proyectos pretenden reconstruir el tejido social local, comunidades de base, para recrear desde ahí las nuevas culturas y las nuevas formas de relación. Para ello debemos abrir espacios de encuentro, descubrir intereses y necesidades comunes y construir lenguajes que nos aunen. Una primera pregunta puede ser: ¿qué es lo que puede hacer que gente distinta nos juntemos y nos abramos de nuevo a la posibilidad de cooperar?

Si abrimos los ojos e investigamos un poco, no nos será difícil detectar necesidades preexistentes en un grupo determinado, a muy diversos niveles. Existen gran cantidad de necesidades insatisfechas entre la gente que vivimos en los pueblos y en los barrios, y muchas de ellas son comunes a la mayoría de nosotros. En base a estas necesidades comunes que *ya* son percibidas colectivamente, pueden abrirse vías de comunicación. Analizar las carencias y necesidades preexistentes puede darnos pistas de qué temas pueden movilizarnos, surgiendo de nosotros mismos la voluntad de hacerlo.

Hay muchas formas de satisfacer las necesidades. Si en mi barrio hay un problema de falta de empleo, podemos hacer varias cosas. Una solución sería, por ejemplo, irnos todos los desempleados a otros barrios donde haya más empleo, y otra sería presionar a la administración local para que genere empleo público. El abanico es muy amplio, y cada una tendrá unas consecuencias muy distintas. Retrocediendo aun más, no es lo mismo decir «necesitamos un empleo», que decir «necesitamos una forma de cubrir nuestras necesidades materiales». La primera formulación sólo permite una respuesta dentro del mundo laboral institucionalizado, mientras que la segunda es mucho más abierta.

Para Manfred Max Neef (1994) la segunda sería realmente una necesidad, con muchas formas distintas de ser cubierta, y la primera sería tan sólo un *satisfactor* de esa necesidad: «Las necesidades humanas fundamentales son finitas, pocas y clasificables.[...] Son las mismas en todas las culturas y en

todos los períodos históricos. Lo que cambia, a través del tiempo y de las culturas, es la manera o los medios utilizados en la satisfacción de las necesidades».[2] Cubrir las necesidades materiales de una comunidad no siempre se ha realizado por medio del trabajo asalariado, ni tiene por qué ser siempre así. Si el trabajo asalariado reproduce miseria, debemos buscar otro satisfactor de la necesidad de subsistencia que nos resulte más positivo.

Este autor ha definido nueve tipos de necesidades.[3] A la necesidad de «cubrir mis necesidades materiales» corresponden muchos satisfactores distintos: por ejemplo un trabajo asalariado que me dé dinero, o una red de trueque en donde canjee mis capacidades por otras de otra gente. Los distintos satisfactores son agrupados a su vez en cinco categorías: destructores, pseudo-satisfactores, inhibidores, singulares y sinérgicos, según el efecto que tienen en la acción de otros satisfactores sobre la comunidad.

Los que nos interesan son los satisfactores *sinérgicos*, «aquellos que por la forma en que satisfacen una necesidad determinada, estimulan y contribuyen a la satisfacción simultánea de otras necesidades. [...]Revela(n) el devenir de procesos liberadores [...] que se impulsan por la comunidad desde abajo hacia arriba»[4], puesto que se basan en el fortalecimiento de las estructuras y relaciones horizontales dentro de la comunidad, de su capacidad de autodeterminación. El trabajo asalariado puede cubrir mis necesidades materiales, pero por ejemplo inhibe la necesidad de expresar mi creatividad o de participar. Una actividad económica colectiva, inserta dentro de una comunidad y determinada por la misma, además de cubrir las necesidades de subsistencia, fortalece la posibilidad de cubrir las de participación, protección, identidad, afecto, entendimiento, creación y libertad.

Las alternativas que construyamos serán más sólidas y potentes cuantas más interacciones tengan con otros procesos y gentes, y cuanto más integradas estén en nuestra vida cotidiana. Por poner otro ejemplo, sentirnos integrados en una comunidad o en un grupo de personas es otra necesidad básica que podemos satisfacer a través de muchos tipos de socialización. Debemos buscar los satisfactores de esta necesidad que consigan una integración más plena, y creemos que éstos no están en el mercado. Como venimos subrayando a lo largo de todo el texto, crear espacios sociales fuera del mercado puede ser un satisfactor sinérgico, en el sentido que satisface a la vez nuestra necesidad de libertad, de creatividad, de sentirnos integrados en un grupo.

4.2. La comunidad: la carencia es a la vez posibilidad

Durante las últimas décadas asistimos a una creciente homogenización de las culturas en todo el mundo, con la consiguiente desaparición de las identidades tradicionales, y las culturas locales. La cultura que se va extendiendo se

---

2 Max Neef, 1994.

3 Las nueve categorías básicas de *necesidades fundamentales* serían: subsistencia, protección, afecto, entendimiento, participación, ocio, creación, identidad y libertad. Éstas a su vez se aplican a cuatro formas de la vida del individuo: ser, estar, tener y hacer, a cada una de las cuales corresponden distintos satisfactores. *Ibidem*.

4 *Ibidem.*

basa en el individuo aislado, abandonando la importancia de pertenecer a una comunidad. Incluso las identidades construidas durante el siglo XX, para estabilizar la sociedad y reproducir con garantías la fuerza de trabajo, han ido desapareciendo. Con la destrucción del Estado del Bienestar y el proceso de globalización neoliberal, se ha perdido la referencia nacional; y con la precarización del empleo y la complejización «postindustrial» del proceso de producción, la creciente insatisfacción, inseguridad e inestabilidad se ha desplazado el espacio laboral del centro de las relaciones sociales. (Conde y Alonso, 2002) De este modo, ha desaparecido la identidad «de clase», y el trabajo ha perdido su carácter como elemento vertebrador de la vida individual y colectiva. (Sennet, 2001.)

La identidad que construye el capital en esta última etapa está, en buena parte, basada en el consumo: nuestra situación social viene determinada por lo que consumimos y nuestras amistades y relaciones sociales se establecen en —y alrededor de— los espacios de consumo. «El "acto" de consumo de muchos bienes o servicios [...] significa en muchos casos el estar juntos con otros, el formar una cierta comunidad con otros. [...] Se pueden tener los signos de consumo, se puede tener —no siempre— el dinero, pero se "carece" de identidades sociales estables, de relaciones sociales fuertes que, en nuestro contexto sociocultural, también se buscan en el consumo». (Conde y Alonso, 2002).

Este modelo excluye a amplias y crecientes masas de la población que no pueden acceder al consumo o al ocio de masas normalizado, y que deben socializarse alrededor de otros valores. La cultura del consumo está tan integrada en todos nosotros que la exclusión social no cristaliza en una oposición activa y organizada a este modelo, sino en un sentimiento de automarginación y rechazo de lo propio. Parece que esta situación de exclusión se vive como vergüenza e incapacidad, más que como repulsa por el fracaso de un modelo de organización social: el Estado-Nación capitalista. Por ello se esconde y no se genera una contestación social importante, y así las propuestas alternativas no logran salir de lo marginal.

Tenemos depositada nuestra confianza en el capitalismo y en el Estado, en que entre ambos nos van a dar todo lo que necesitamos si trabajamos, pagamos los impuestos y somos buenos ciudadanos. Pero esta confianza se está quebrando: el sistema no es capaz siquiera de darnos un empleo; los servicios públicos —sanidad, educación, transporte— desaparecen, se convierten en un lujo o quedan reducidos a un servicio «de caridad» y de poca calidad; los jóvenes no podemos irnos de casa de los padres y empezar la vida por nosotros mismos; las pensiones no alcanzan; el aparato represivo y carcelario no acierta a reducir los comportamientos desordenados que el propio sistema genera... y últimamente vemos como las potencias se ven obligadas a demostrar en qué se basa su cruel autoridad con actos como las sangrientas ocupaciones militares de Afganistán e Irak en 2002 y 2003.

Ante un mundo que no cubre nuestras aspiraciones ni nuestras necesidades, la identidad global, de masas, es débil y superficial, lejana a nuestra vida, y no alcanza a cubrir la frustración que sentimos. No se adapta a nuestros intereses particulares, sino a la necesidad del capital de reproducirse y ampliarse; y nos empuja a un continuo esfuerzo para adquirir una siempre mayor capacidad de consumo, con la consiguiente insatisfacción. Está animada por la presencia total y constante de la publicidad, y sostenida por una imagen social en la que la dicotomía entre estar «dentro» o «fuera» del sistema —muy en

relación con las pautas y capacidades de consumo— hace del miedo a la exclusión uno de los principales elementos de cohesión social.

Es difícil encontrar espacios sociales donde el descontento ante esta situación se pueda expresar en la propuesta de alternativas potentes, multitudinarias y no marginales. Un espacio con otro sistema de valores a través de los cuales no se nos excluya por nuestra (in)capacidad económica, sino que nos podamos sentir integrados porque la integración no depende de valores económicos mercantiles, y donde podamos desarrollarnos plenamente en y desde la diversidad, como personas y como grupo.

El consumo es, por defecto, uno de los espacios preferentes de socialización, pero el consumo de masas, capitalista, desarrolla a la vez una situación que genera malestar. Quizás es posible construir en torno a otro tipo de consumo un espacio de relación que fortalezca a la comunidad, que consiga desplazar la centralidad del dinero y el beneficio, integrando este acto económico con otros aspectos de la vida. Un consumo alternativo, ligado a un grupo y a un territorio concretos, puede servir para reconstruir comunidades locales, a la vez que la identidad local es necesaria para la reconstrucción de economías a esa misma escala.

Un fortalecimiento de lo local, hacia proyectos que surjan de la satisfacción por parte de las comunidades de sus propias necesidades —economías sociales y alternativas—, requiere de modelos organizativos horizontales, que garanticen la participación de todos los integrantes de la comunidad, y que a la vez que sean capaces de hacer de la diversidad una riqueza en lugar de una fuente de conflictos. La participación no debe reducirse a la toma de las decisiones, sino que debe incluir también los aspectos relacionados con su ejecución y con la conservación de los mecanismos de reproducción social en un proceso que efectivamente construya comunidad.

El aprovechamiento eficiente de las potencialidades del grupo y de cada uno de sus componentes pasa por una adecuada articulación de las distintas dimensiones en la vida de la persona dentro de la comunidad. «La articulación de la dimensión personal del desarrollo con su dimensión social puede lograrse a partir de niveles crecientes de autodependencia. En el ámbito personal, la autodependencia estimula la identidad propia, la capacidad creativa, la autoconfianza y la demanda de mayores espacios de libertad. En el plano social, la autodependencia refuerza la capacidad para subsistir, la protección frente a variables exógenas, la identidad cultural endógena y la conquista de mayores espacios de libertad colectiva».[5]

Si queremos revertir el proceso actual de aislamiento de las personas para crear espacios colectivos que nos protejan de las agresiones cotidianas del capitalismo, es importante desarrollar nuestras propias formas de hacer las cosas colectivamente. Probablemente son los procesos internos y las relaciones entre los distintos grupos los que más se descuidan, y por ello los que más inestables hacen los procesos grupales. Es necesario poner el acento en estos aspectos y pararnos un instante a pensar en ellos. En este capítulo vamos a intentarlo.

---

5 *Ibidem*, p. 88.

4.3. Política desde el día a día

Construir desde lo cotidiano, intentar transformar nuestro día a día, esforzarnos por crear unas relaciones sociales distintas... exige un gran esfuerzo continuado. Al estar centrados en las relaciones entre la gente, en procesos muy lentos y sutiles, resulta difícil mantener presente que éstos tienen relación con otros proyectos más generales. Pero de hecho, los procesos que se desarrollan a escala «micro» están tremendamente condicionados por aquellos que se desarrollan a una escala más global, y por ello hay que considerar estas relaciones.

La escala global parece aplastante e incontestable: las instituciones globales manejan unos recursos que ni siquiera acertamos a imaginar, mienten y camuflan sus decisiones y motivaciones con su influencia sobre los Medios de Comunicación de Masas, ejercen la coacción y la violencia con total impunidad: Planes de Ajuste Estructural, el abandono de Argentina por parte del FMI durante el colapso nacional, la muerte de Carlo Giuliani en Génova, el «accidente» de Evian (Suiza) durante la cumbre del G-8... Los procesos globales parecen lejanos e irreales, ya que nos cuesta entender la lógica con la que operan y su relación directa con nuestra cotidianidad. Esta combinación genera, desde nuestro punto de vista, un alejamiento virtual entre lo local y lo global.

Parece que no se puede estar a la vez en los dos escenarios, que no hay conexiones. Pero son dos dimensiones que se determinan entre sí, en constante cambio pero siempre interdependientes, y en este mundo globalizado —es necesario— a la hora de abordar cualquier intento de construcción de alternativas sociales situarse también en este contexto de constante interacción entre lo local y lo global. Cualquier alternativa de vida que queramos construir debe atravesar esta oposición entre los dos escenarios para pasar a articularlos.

En esta línea, no es posible —ni tampoco necesario— establecer desde hoy un programa de transformación global, sino que será el diálogo entre las diferentes realidades locales y el escenario global lo que deberá ir marcando las tendencias. La guía principal para este camino que queremos emprender debe ser en todo momento el fortalecimiento de las comunidades locales, la adquisición de grados crecientes de autonomía y autoconciencia, y su capacidad de diálogo, de articulación entre sí y de resistencia frente a los abusos del poder.

4.3.1. Entre lo local y lo global

Los centros de poder que operan sobre nuestra cotidianidad se sitúan hoy día por encima incluso de los Estados nacionales. Nunca en la historia de la humanidad los poderes centrales mundiales, que se materializan a través de organismos, instituciones y procesos internacionales, tuvieron una influencia tan clara y directa sobre los escenarios locales y cotidianos. Ya sean organismos supraestatales como la Unión Europea, acuerdos entre países como el ALCA americano y el espacio Euromediterráneo, o instituciones globales como el Fondo Monetario Internacional y la Organización Mundial del Comercio.

Son este entramado de organismos, la estructura dominante de producción y comunicación globales y las subjetividades generadas en el propio capitalismo e internalizadas por la población, quienes dictan la forma en que se estructuran los tiempos, espacios y motivaciones de nuestra vida diaria. Quizá esto es lo que Negri y Hardt (2002) llaman Imperio.[6] El papel del gobierno local, en los países centrales, va quedando reducido a un escuálido aparato asistencial para las crecientes poblaciones excluidas del desarrollo económico y a un fuerte aparato policial-militar que en último término garantice la gobernabilidad y la capacidad del capital —principalmente— transnacional,[7] y especialmente el financiero.

El poder se aleja de la gente cada vez más y se diluye en muy variadas formas de control, desde los ejércitos al sistema de enseñanza o el modelo urbanístico imperante, hasta unas estructuras políticas opacas y distantes: los acuerdos internacionales, los grupos de presión sobre el poder político, la autonomía del mundo de las finanzas, el brutal juego de poder entre las potencias...Por poner un ejemplo cercano, el cuerpo legal de la Unión Europea va poco a poco engordando y fortaleciéndose, al igual que el resto de las competencias de este organismo —seguridad interna y externa, política económica y monetaria, política social, relaciones diplomáticas...—, suplantando a los estados nacionales con un entramado político complicado y con escasos controles democráticos por parte de la población o incluso de los gobiernos nacionales.

En respuesta a esta situación, en los últimos años observamos como de alguna forma vuelve a politizarse la vida. Los actos públicos del llamado Movimiento Antiglobalización saltan al fin a la vista, aunque sea de forma muy filtrada por el espectáculo mediático, tras al menos una década de gestación en la sombra. Algunas de las impresionantes movilizaciones de cientos de miles de personas, contra la invasión de Iraq o durante la presidencia española de la Unión Europea, superan a las de los años de la transición, allá por la década de 1980. Sin embargo, en aquellos años asistíamos a una explosión de ideas, movimientos, prácticas y proyectos innovadores en todos los sentidos, un momento muy rico y vivo, en el que la gente se sentía transformando el mundo. Hoy no es así, y estos movimientos inmensos presentan dificultades para cristalizar en una transformación de la vida cotidiana de sus protagonistas. Después de la manifestación contra la globalización en Barcelona, la mayoría de las 500.000 asistentes volvieron a su trabajo asalariado, al pago de su hipoteca, a comprar en el centro comercial: a la «comunidad global» y su cultura.

---

6 Negri y Hardt (2002) definen Imperio como el «mundo unificado por la estructura dominante de producción y comunicación» y emplean la metáfora de un águila bicéfala: una cabeza es la estructura jurídica y el poder constituido («dominio biopolítico»); y la otra es la multitud plural de subjetividades. Esta aparente contradicción la explican apuntando que el capitalismo actual no sólo produce mercancías, sino que también produce y reproduce subjetividades, llegando a decir que «la constitución del Imperio ha sido una respuesta a las distintas luchas contra la maquinaria del poder». Este proceso se haría especialmente visible a través de dos procesos: la globalización y la pérdida de poder de los Estados-Nación frente a los poderes internacionales.

7 En todos los movimientos de cara a la integración de las áreas continentales o transcontinentales de libre comercio y de los planes de desarrollo se observan las mismas tendencias, que se hacen especialmente patentes en las negociaciones de la Organización Mundial del Comercio.

Los Movimientos Sociales recurrimos, para transmitir nuestro mensaje, a lenguajes simbólicos susceptibles de ser captados y reproducidos a través de los medios. Estos mensajes simbólicos —manifestaciones, okupaciones simbólicas de casas, tirarle una tarta a un ministro, encadenarme a una presa, teñir de rojo una fuente...— son también susceptibles de ser manipulados hasta quedar transformados en parte del espectáculo mediático, que sale así fortalecido. Las acciones simbólicas tienen sentido cuando surgen de un movimiento social, como expresión de éste y de su fuerza, de un mensaje que se quiere enviar al resto de la sociedad. Si no tienen una base real, una alternativa de vida de donde surgen, un referente no simbólico al que significar, entonces sólo consiguen desvirtuar el mensaje. Los símbolos no sirven para cambiar actitudes o procesos, sólo sirven para comunicarnos. Nuestros cambios de actitud, mi movilización no como usuario sino como sujeto activo del propio movimiento, viene cuando la movilización es parte (surge) de la cotidianidad movilizada, en continuidad con ella. Porque es en esa cotidianidad preexistente donde el cambio se puede realizar.

Somos conscientes de nuestra precariedad, de la injusticia en el mundo, de la degradación del medio ambiente. También sabemos que esta situación no nos gusta y estamos convencidos de que «otro mundo es posible», pero ¿dónde está ese otro mundo? Nuestra tarea es abrirlo, aquí y ahora. La conciencia de un problema unido a la imposibilidad de hacer algo por solucionarlo nos trae frustración y nos lleva a buscar la evasión del problema. La actividad de denuncia y resistencia debe ir por tanto acompañada de la apertura de espacios sociales donde vivir de otra manera. Ese otro mundo posible existe, está aquí mismo, al alcance de nuestras manos. Sólo tenemos que arriesgarnos a abrir espacios, momentos, a la posibilidad. Al fin y al cabo este otro mundo que ya conocemos no nos da tanto... ¿o sí?

Estamos ante una importante oportunidad al haberse liberado toda la energía que está despertando en el descontento ante un mundo que nos exige y no nos da a cambio más que inseguridad y dependencia. Existe la posibilidad de que esta energía se transforme en acción colectiva para cambiar efectivamente el mundo en que vivimos, y para eso debemos llevarla hacia la cotidianidad, atravesar las ideas y los discursos que han tomado autonomía respecto a los procesos cotidianos para conectarlos con ellos y darles de nuevo vida a ambos —teoría y práctica— mas allá del espectáculo mediático.

4.3.2. Una política de la cotidianidad

El capital ha conseguido al fin poner a producir todos y cada uno de los espacios y momentos de nuestra vida. Ha conseguido poner a trabajar nuestra propia subjetividad, la de cada uno de nosotros, nuestras relaciones sociales, el saber compartido, nuestra forma de ver el mundo, nuestra identidad colectiva... y las coordina para su propia reproducción. Se ha metido dentro de nosotros y nos ha hecho dependientes de su tarea coordinadora para poder vivir. Hoy no sabemos hacerlo de otra manera.

Hay que tomar otro camino, hay que romper y cambiar el rumbo, como única vía de escape, pero siempre construyendo desde lo inmediato, en

continuidad con el aquí y el ahora: lo real, lo conocido; algo que podemos transformar. Debemos conocer para transformar, conscientes de toda la potencia que esto implica, no basta con estudiar y observar un objeto: hay que vivirlo y experimentarlo, *ser* aquello que se pretende transformar —nosotros y nosotras, y nuestras vidas. Es la experiencia la que cambia las conciencias, no la observación. En este sentido la fortaleza de la comunidad desde la que trabajemos dependerá de la capacidad de ésta para transformarse a sí misma, a su percepción del mundo a la vez que transforma el mundo que habita.

Comprobar que la forma que adoptamos en los procesos que construimos es capaz de funcionar, de gestionar efectivamente la realidad, es importante para ganar energía. Es la eficacia la que construye confianza, y por ello debemos marcarnos objetivos claros y alcanzables. Es importante traducir nuestras ideas en transformaciones palpables, duraderas, para saber que no estamos construyendo en falso, sino desde un punto estable —nosotros y nosotras, aquí y ahora— y en un proceso en continuidad con lo que hemos sido —nuestro pasado— y lo que podemos ser. Necesitamos ver que los esfuerzos que realizamos traen frutos, y por ello habrá que armonizar la vivencia del proceso con la consecución de los objetivos. El fin debe estar contenido en el proceso; en cuanto a las formas, porque si buscamos una sociedad en libertad y en la que cada uno aportemos nuestras capacidades. El proceso debe ser en libertad y participativo, en cuanto a los contenidos, porque si buscamos un mundo en el que se viva mejor, el proceso debe ir acompañado de una mejora paulatina en las condiciones de vida de sus integrantes.

Esto plantea una contradicción. Observamos cómo a menudo las luchas se desmovilizan y despolitizan según van consiguiendo aquello por lo que luchaban. Por otro lado vemos a lo largo de la historia que las grandes luchas crecen según van consiguiendo mejoras para la gente, y que hacer grandes esfuerzos sin ver que cristalizan en algo palpable desmoviliza. No conocemos la solución; pero pensamos que es positivo abandonar planteamientos totales basados en que algún día vamos a llegar a la sociedad perfecta, al fin de la historia, y que desprecian todo lo que se va generando en los procesos, las salidas intermedias, las transformaciones parciales. Al contrario, nosotros pensamos que hay que introducir en nuestros proyectos una dimensión temporal inacabada, como un horizonte que se aleja, una tensión permanente entre lo que tenemos y lo que deseamos. Aquello que vayamos transformando y construyendo debe encerrar la posibilidad, incluso la necesidad, de mayores y más profundos cambios.

Entendemos nuestros proyectos más como el desarrollo de unas potencialidades preexistentes que como una creación de la nada. Precisamente partir de lo existente —en oposición a lo ideal o lo ideológico— nos permite conectar con mucha gente que tiene necesidades, intereses o deseos similares. Diluye los límites entre quien está dentro y quien está fuera de nuestro espacio, pues al igual que la vida diaria, éste se compone de mil momentos, relaciones y encuentros en los que se podría decir que se diluye todo lo que se hace en el mar de la vida colectiva. Se trata, así, de funcionar de forma contraria a los fenómenos que se dan en grupos que se agregan en torno a ideologías predeterminadas, cerradas, que tienden más a construir una existencia identitaria que a proyectar la transformación de la propia vida. (Lorenzi y López, 2002) Las ideologías son útiles para orientar los proyectos, pero resultan poco operativas y excluyentes a la hora de ponerlas en el centro de

los mismos. No nos importa tanto una identidad cerrada —ideologica, estética, etnica...— sino una forma de hacer las cosas y una voluntad de construir comunidad sobre la base de la libertad y la autonomía de los individuos.

La construcción de unos proyectos que surjan desde nuestra cotidianidad y a su vez la transformen, no quiere decir que de repente debamos todos abandonar el trabajo asalariado e irnos al campo. Se trata de ir poco a poco cubriendo algunas de nuestras actividades y necesidades de forma colectiva, de experimentar otras formas de relación económica más allá del dinero y del mercado, de aprender a organizarnos. Poco a poco y sin rupturas —ya llegarán. Vale lo mismo organizar un curso de danza en un Centro Social, que organizarme con los vecinos para llevar juntos en coche a los niños al colegio o que integrarse en una organización de consumidores de verdura e ir de vez en cuando a visitar la huerta. Trascender el aislamiento, y ocupar con cooperación esos espacios que el mercado ha dejado vacíos, porque no se dispone de dinero suficiente o porque no exista una fórmula mercantil de hacer alguna cosa, desde luego no nos va a dejar sin desarrollar estas actividades.

Es desde esta actividad cotidiana, en la que día a día vamos expresando nuestra potencia, de donde debe surgir la articulación entre lo local y lo global. El funcionamiento actual de la sociedad urbano-industrial nos aleja del mundo de las cosas físicas y de la gente, para situar nuestra vida en una esfera subjetiva supuestamente independiente, regida por valores como la flexibilidad, la movilidad, la eventualidad, que tienen una vocación global, claramente independiente del espacio físico, que desarrollan relaciones que están mediadas por la alta tecnología. Queremos que la nueva subjetividad surja de unas nuevas relaciones entre nosotros y las cosas, en un escenario local, vivo y autocentrado.

Lo local, la actividad cotidiana, genera identidad colectiva, precisamente al compartir la experiencia de la transformación cotidiana de las condiciones de vida. Y esta identidad es requisito previo e imprescindible para construir grupos y comunidades operativos y autodependientes. Pero ojo, no estamos hablando de la identidad como recurso ciego para generar cohesión en base a la exclusión de otros grupos.[8] «Existen identidades fijas o duras [...] que dificultan los procesos colectivos y el encuentro, al realizar definiciones cerradas y prefijadas de la realidad [...] que no permean en el intercambio, en el contagio con otras experiencias. [...] Los procesos efectivos de cooperación social nacen del encuentro de lo diverso, no abstrayendo nunca las singularidades ni tratando de absorberlas o mitigarlas [...] en una *identidad procesual*, es decir, abierta al cambio, que se va modificando dentro del proceso en el que está inmersa».[9]

Estos procesos de construcción de comunidad y de identidad colectiva surgen cuando el grupo es capaz de satisfacer sus propias necesidades sobre la base de mecanismos colectivos. En el actual contexto, esto supone abrir espacios locales de autonomía respecto del ámbito de lo global, y articular formas de resistencia frente a sus presiones. La satisfacción de las necesidades

8 «La identidad colectiva es fruto del reconocimiento mutuo de un conjunto de individuos que definen la realidad de una manera similar y que comparten unos determinados valores y pautas de acción. La identidad se construye siempre en relación con otro que se convierte en el espejo en el cual nos miramos para saber como somos y qué podemos ser». (Fdez. Casadevante, 2002)

9 Fdez. Casadevante, 2002.

colectivas es política, y de hecho vuelve a situar la política en el nivel de la gente, lejos de las intrigas de los políticos profesionales. Este es el escenario donde nosotros contamos, donde tenemos algo que decir.

Podemos escoger de entre las necesidades percibidas por la comunidad, aquellas que contengan un potencial más interesante a la hora de transformar la realidad más inmediata. Aquellas necesidades cuya satisfacción fortalezca a la comunidad, la haga más capaz de realizar sus propias lecturas sobre la realidad, de administrar sus capacidades, de solucionar sus propios problemas. Nuestra intención será «acertar en la elección de un elemento-conflicto [...] —aunque a veces es el conflicto el que nos elige a nosotros— que sirva tanto de focalizador de todo un conjunto de necesidades, demandas y proyectos de los ciudadanos como de evidenciador de contradicciones centrales de la actual estructura socioeconómica e ideológica imperante, para poder ir trascendiendo lo cotidiano, lo emotivo» (Carmona Gallego, 1994), y a partir de ahí construir críticas y propuestas globales y estructuradas para la transformación de la realidad.

Construir proyectos con gente con la que convivimos pero que no hemos elegido, supone encontrarnos con personas muy distintas, que a menudo manejan lenguajes muy diferentes y presentan intereses divergentes con los nuestros, e incluso a veces valores o ideologías abiertamente reaccionarios. Construir sobre lo que nos une en vez de sobre lo que nos separa requerirá grandes esfuerzos y un lento aprendizaje que sólo nos permitirá la experiencia. Los espacios de agregación que proponemos —barrio, pueblo, comunidad— no son unidades estáticas y definidas ni tienen límites fijos; los grupos que escogemos para desarrollar nuestros proyectos se definirán en función de muchos factores, de entre los cuales uno de los más importantes será que estén abiertos y que permitan una evolución.

Articular lo global con lo local exige que en lo local exista algo que articular, y la herencia política y organizativa que hemos recibido parece centrada en bombear recursos «de abajo a arriba», de lo local a lo global, y aceptar las directrices que vienen «de arriba a abajo». Si queremos volver a situar el centro de la vida en los escenarios locales, la articulación debe en todo momento respetar la actividad que en ellos se realiza, fomentarla, servirla. Si nos organizamos en estructuras más grandes con otros grupos, es precisamente para defender mejor nuestra actividad cotidiana, y no al contrario. Esta construcción desde el escenario cotidiano requiere de sus propios ritmos, bastante más lentos, por lo general, que la de grupos organizados jerárquicamente y especializados en las tareas de gestión, tales como los partidos políticos o las Administraciones Públicas. Lo que proponemos persigue unos objetivos distintos y moviliza otros recursos. Debemos ser capaces de armonizar ambos escenarios.

Cualquier resistencia ante las miserias del capitalismo globalizado debe pues articularse con vocación global. Los contrapoderes que construimos deben surgir desde lo local para articular respuestas que atraviesen los polos local y global. Para acumular nuestra potencia y sostener nuestra acción en lo local, habrá que conectar los distintos núcleos poco a poco, según lo que la actividad cotidiana vaya pidiendo y permitiendo. Queremos que nuestro contrapoder emane desde abajo, que sea participativo y que en su desarrollo aprendamos colectivamente a tomar decisiones y a determinar las condiciones en que queremos vivir, en cada comunidad. Por lo tanto la acción

global debe estar siempre en continuidad con lo cotidiano, no pueden ser momentos separados. Realmente es necesario que resurjan de nuevo movimientos amplios que desde la diversidad y la multiplicidad articulen respuestas reales a las agresiones de los poderes, pero sin los viejos esquemas rígidos, centralistas, jerárquicos y los rancios militantes profesionales. Apostamos por la multiplicidad de seres y de acciones, y por una acción política integrada en el resto de la vida, pero la sostenibilidad en el tiempo de estos procesos pasa por su capacidad de encontrar formas posibles de coexistencia con los procesos y espacios globales.

La dificultad de plantear proyectos a medio o largo plazo es un problema que inunda desde la raíz nuestra cultura organizativa. Quizás se debe a la dificultad de superar el carácter juvenil de muchos proyectos, para integrarlos efectivamente en nuestra vida, o quizá a que no confiamos en nuestra propia capacidad de hacer proyectos realizables, y de comprometernos en su realización. Construir proyectos en este horizonte temporal no quiere decir agarrarse a verdades absolutas e inmutables, rechazar la riqueza de la realidad. Si no conseguimos idear proyectos dinámicos, capaces de evolucionar, éstos mueren irremediablemente, ahogados en sí mismos. Pero a nadie se le escapará que si no conseguimos una cierta estabilidad en el tiempo y en el espacio, no superaremos nunca el modelo de relaciones sociales que construye la sociedad capitalista, el espectáculo, la sociedad de masas, de consumo; no construiremos comunidad, no estableceremos otra nueva socialización basada en la cooperación social.

4.4. Dando vueltas en torno a la participación

Construir proyectos en lo local pasa por asegurar procesos efectivos en los que la comunidad se exprese de forma que transforme su propia realidad. Esta expresión se vuelve más palpable en determinados momentos concretos de movilización, y más en concreto a través de los procesos de participación. Nos vamos a detener un poco en estos aspectos de la participación —lo procesual, lo interno, lo micro— para seguir buceando en algunos momentos de la experiencia colectiva.

La participación es una de las palabras que más se escuchan actualmente en el ámbito de los movimientos sociales. También sale mucho de las bocas de los organismos internacionales, de los investigadores sociales, de los políticos... Suena tanto que a menudo parece otra palabra más que ha sido vaciada de significado. Para nosotros la participación es parte del proceso por el que se construyen grupos horizontales, capaces de integrar a los individuos como sujetos activos en un proyecto colectivo, en un entorno comunitario o en «lo social». La participación no debe ser la coartada de aquellos que detentan el poder efectivo para imponer su decisión, sino la herramienta central del grupo —su inteligencia, su flexibilidad, su creatividad, su operatividad, su seguridad— para actuar, así como la fuente de su legitimidad. Los grupos participativos deben ser capaces de aprovechar todas las capacidades y potencialidades de la gente que los compone, en el sentido que por muy poquito que quiera dar alguien, la estructura ha de ser tan flexible y adaptable como para recibirlo positivamente y aprovecharlo al máximo.

Se da un amplio y complejo entramado de elementos y relaciones, momentos y espacios, que actúan sobre el funcionamiento y la vivencia del grupo: la naturaleza y disposición de sus componentes, los órganos de poder del grupo, los de comunicación, las relaciones personales, la toma de decisiones, el tamaño, la formación... De una adecuada articulación de todos éstos depende la salud del grupo, y por tanto la capacidad de alcanzar sus objetivos y de reformularlos en pos de mejoras continuas de su condición. Cualquier actividad del grupo debe fortalecer a la vez a la persona y al propio grupo, incorporar a más gente, y siempre de forma más plena, a los procesos de toma de decisiones.[10]

En cualquier caso, aceptando que la toma de decisiones es un momento central, debemos añadir que no es lo más importante en los procesos participativos. El poder del grupo no se sitúa solamente en el momento de la decisión, sino que se diluye en todo el entramado de momentos, espacios, relaciones y personas que permiten que el grupo defina objetivos y los cumpla, fortaleciéndose así según se desarrolla. La toma de las decisiones es sólo un momento más del proceso del poder colectivo, en el que la participación se configura como un espacio múltiple.

Para que ésta sea efectiva es necesario reconocer explícitamente la diversidad de los y las integrantes del grupo, y después crear un ambiente receptivo para que todo el mundo se exprese y actúe, así como estructurar el tiempo de participación, las formas y los espacios necesarios para que así sea. Cada persona que se acerca a un proyecto lo hace por motivos diferentes, y a su vez estará dispuesta a —o preparada para— aportar diversas cosas. Es importante entonces valorar todas las actividades que se desarrollan en el seno de un grupo, tanto las dedicadas a la *producción* de aquello que el grupo ha definido como su finalidad —ya sea organizar partidas de ajedrez, acciones contra los Organismos Modificados Genéticamente o la producción, distribución y consumo de verdura— como las dedicadas a la *reproducción* de la capacidad del grupo de articularse a sí mismo y desarrollar dicha actividad autodeterminada.

Tejer una red de relaciones que permita que la actividad grupal surja del deseo individual requiere primero de un ambiente que permita a cada individuo conocer sus propios deseos en tanto grupo, poder expresarlos con plena confianza y sin coacción de ningún tipo. Esta red debe tener la capacidad de poner en común las voluntades, capacidades y límites de sus integrantes para articular una acción grupal óptima, que no genere tensiones por un excesivo esfuerzo, sino un refuerzo del grupo gracias al desarrollo de sus propias potencialidades en procesos creativos y autodeterminados. También habrá que contar con cómo se articula esto con nuestra individualidad, pensar que todo esto surge desde la vivencia personal de lo cotidiano y que por tanto tiene relación con lo emocional.

La acción eficiente del grupo requiere de gran autoconocimiento, tanto individual como grupal, y de gran confianza y sinceridad para poder diseñar acciones realmente efectivas, acordes con la realidad grupal. Para ello es

---

10 Entendemos este poder sencillamente como la capacidad de hacer, de ser, de comunicar.... Una capacidad inherente a la propia existencia, relativa a la potencia y no a la capacidad de dominación. Los procesos de poder son aquellos, individuales o colectivos, en los que esa potencia de ser se desarrolla y expresa. Sobre la cuestión del poder Holloway (2003) realizó recientemente una conceptualización interesante.

necesario superar el aislamiento individual y conocerse, y trabajar por crear un ambiente en el que seamos ante todo personas desarrollando su vida y disfrutando de ella, y no soldados. Existe una frontera muy delgada y difusa entre lo que es ser *amigos* y ser *compañeros*, que está poco clara en proyectos en los que echamos mucho tiempo, ilusión y esfuerzo. Se genera una afectividad distinta a la que estamos acostumbrados, que influye sobre nuestra vida. El sentimiento de pertenencia a un grupo nos puede dar gran fortaleza y seguridad, pero la convivencia no trae necesariamente la amistad, y las confusiones que esta situación genera pueden ser fuente de graves conflictos en el seno de un grupo, para los que generalmente estamos poco preparados como personas, y menos aún como grupo.

Las charlas, los momentos de esparcimiento, las risas, la posibilidad de una comunicación franca y abierta. Todo lo que suponga pasarlo bien, tener una imagen positiva de la actividad en el grupo, va a ser determinante en los conflictos cuando éstos aparezcan. Unas comunicaciones fluidas en el grupo, no sólo en los espacios colectivos y formales de la comunicación, sino sobre todo alrededor de ellos, va a permitir que pongamos de nuestra parte para confiar en los demás y tomar parte activa para superar los malentendidos. Debemos trabajar activamente por construir una red de afectos que envuelva los espacios formales, en los que las relaciones suelen ser verticales, mediadas —ya sea por la asamblea general, por el portavoz del grupo, por una circular interna, por los distintos roles de cada persona...—, complementándolos con comunicaciones horizontales, cruzadas... entramados múltiples y diversos que hagan del espacio grupal algo denso, fuerte. Tener pocos canales de comunicación incrementa la dependencia respecto de éstos, y el riesgo de colapso del grupo si se rompen.

El tiempo que se dedica a fortalecer las relaciones personales dentro de un grupo va a ser lo que cree un ambiente óptimo para que éste tome las decisiones adecuadas y las ejecute de forma óptima, dado que la disposición del grupo para la actividad será la más adecuada. Dicho de otro modo: la producción del grupo será más efectiva cuanto más se trabajen sus mecanismos de reproducción. Los espacios formales de la actividad están plenamente condicionados por el modo en que se configuran las relaciones en los espacios informales. En este sentido se puede decir que el poder de un grupo se concentra en momentos concretos y formales —la asamblea, una reunión...—, pero reside también en los espacios informales, que es donde se configura la subjetividad colectiva de la que surgirá la potencia del grupo. Por ello el espacio informal debe trascender el ámbito de «lo privado» y explicitarse de alguna manera, en el sentido en que condiciona fuertemente la actividad formal.[11] La fortaleza del grupo depende de una articulación positiva, abierta pero no intrusiva, entre lo privado y lo colectivo, entre lo formal y lo informal, entre la producción y la reproducción.

Las cuestiones de género tienen una importancia relevante en este aspecto, ya que la distribución de roles en los proyectos colectivos suele estar fuertemente determinada por esta dimensión, lo cual conlleva a menudo graves

---

11 «Reducir las relaciones y el afecto en el grupo a meros efectos no controlados es dar la espalda a un elemento importante del bienestar —del grupo. [...] En ocasiones, las conductas de las personas son guiadas efectivamente por el afecto. [...] —Los grupos inteligentes— no dejan las cuestiones personales fuera, porque saben que no se puede pedir a las personas que dejen una parte de si mismas». Cembranos y Medina (2003, p. 210)

conflictos. A riesgo de caer en la generalización y la simplificación, observamos que los espacios femeninos tienden a dar mayor importancia a los momentos para lo afectivo, a marcar un ritmo que permita el goce por la realización de la actividad, a abrir espacios para la explicitación de las vivencias subjetivas de cada momento, a «cuidar» a los integrantes del grupo y a disponer momentos para la integración de éstos en la diversidad. Mientras que en los espacios masculinos apenas se le da importancia a estas actividades, primando por lo general la «producción» y girando las relaciones personales alrededor del «trabajo», envuelto muy a menudo por determinado clima de competitividad, y esto aún en los grupos y colectivos más conscientes de las problemáticas de género. La situación se complica cuando normalmente se constata la carencia de lenguajes comunes —entre géneros— para abordar estos problemas, en gran medida por la ausencia de un trabajo sobre la cuestión desde el lado masculino.

Para nosotros, la apertura y el desarrollo consciente de estos espacios que complementan a los de «lo formal» y «lo productivo» es vital para la salud de un grupo, y más aún cuando estamos hablando de transformar nuestras condiciones de vida. No estamos proponiendo que debamos depositar nuestra vida afectiva en nuestros proyectos, ni hacernos necesariamente amigos de toda la gente que, aunque pase mucho tiempo junto a nosotros, no pasan de ser compañeros. En el otro extremo, suponer que somos capaces de aislar nuestros sentimientos de la realización de las actividades de producción es una idea tan simple como falsa. Al desarrollar proyectos que se pretenden integrales, lo primero que debemos integrar son las distintas facetas de nuestra vida en una cotidianidad plena. En este punto, y constatando que no nos resulta fácil la tarea, es necesario plantearse incluso la posibilidad de formalizar espacios para las relaciones informales, hasta que el grupo coja la inercia de superar las barreras entre lo privado y lo colectivo, hacia unas relaciones de convivencia plenas sin lugares prohibidos llenos de desconfianzas.

La participación que proponemos se aleja de la noción tradicional de los partidos políticos o de los Movimientos Sociales de masas de las décadas de 1970 y 1980. Pasamos de «apoyar» algo a «ser» parte activa de ese algo, que a su vez se convierte en parte de nuestra vida. Puesto que los proyectos que intentamos articular surgen de una necesidad de transformación de mis condiciones —materiales y también inmateriales— de vida, la actividad que yo desarrollo en ellos debe estar integrada en mi vida y tener efectos positivos sobre la misma desde ya. La fortaleza de nuestros proyectos estará precisamente en que estar dentro del mismo es un valor en sí, que satisface necesidades y deseos. Por tanto, al igual que un proyecto cambia nuestra vida el proyecto también debe ser capaz de adaptarse en cada momento a las necesidades particulares de los componentes del mismo. Sin las personas el proyecto simplemente no existe: es tan importante conseguir el objetivo marcado como generar un espacio social —una comunidad— en la que nos podamos desarrollar como personas aquí y ahora.

No proponemos el esquema tradicional de participante que sigue a la dirigencia en sus ratos libres. Tampoco nos vale el esquema del supermilitante entregado en cuerpo y alma a «La Lucha», más movido por la culpabilidad que por el deseo, y que no vive aquello que conquista. No valen entonces personas excepcionales que viven para los demás, puesto que disfrutar de mayores cotas de libertad y realización, de lo personal a lo colectivo, debe ser

en todo momento la guía que marque el rumbo. Así, nuestra vida deviene *movimiento*. Precisamente la potencia de nuestros proyectos surge de su adaptación a nuestra propia realidad, de conocer lo que tenemos y aprovecharlo bien, de ser nosotros mismos y disfrutarlo como locos. Repetimos que aquello que buscamos debe estar ya contenido en el mismo proceso de búsqueda, que no es más que el desarrollo de nuestras potencialidades, algo que surge de lo inmediato. Si no vivimos el presente es difícil que el futuro nos traiga aquello hacia lo que deseamos conducirnos.

La diversidad entre la gente que conforma un proyecto también traerá una gran multiplicidad en las formas de participación, ya sea en un mayor o menor nivel de implicación, o en las distintas formas, órganos y espacios dispuestos para ello. Se puede pertenecer a un proyecto sin participar en él, igual que se puede participar sin pertenecer formalmente. Nos interesan todos los casos: desde los que queremos ligar nuestra vida al proyecto hasta aquella gente que lo tiene como una cita más en la agenda, desde aquellos que sólo echan una mano en las tareas prácticas hasta aquellos que sólo vienen a las asambleas importantes. En todo caso no debemos llevarnos a engaño, la participación es algo a trabajar y desarrollar, no una cifra concreta que se deba alcanzar. Hay que adaptarse a lo que somos, para definir desde ahí qué es lo que podemos hacer juntos. Observar que la gente no participa en un proyecto como a nosotros nos gustaría puede acabar conduciéndonos a la frustración. Si planteamos la cuestión al revés el resultado puede ser distinto: ¿qué estamos dispuestos a aportar cada uno? Hagámoslo así y construyamos desde ahí. Lo interesante es estar juntos.

4.4.1. La asamblea, el espacio de la democracia de base

El espacio central de participación en los proyectos colectivos horizontales es la asamblea. La asamblea es el espacio donde se ejerce el poder del grupo, donde se toman las decisiones. Más allá de si es un método útil o no para la organización de un colectivo, el asamblearismo es una apuesta política en la línea de armonizar medios y fines. Para construir una cultura horizontal y democrática debemos entrenarnos desde el inicio en sus métodos. Desde luego, el funcionamiento operativo y participativo de un grupo asambleario no es cosa fácil. Una asamblea débil, que no toma decisiones o no las ejecuta, o que no fortalece al grupo sino que lo divide, no sirve. La asamblea debe dotarse de las herramientas necesarias para garantizar su buen funcionamiento. Hay muchas formas de entender la asamblea, tantas como grupos que la utilizan. Debemos trabajar para construir la nuestra, con sus normas, sus códigos, sus órganos, sus tiempos, sus espacios... y también con los complementos necesarios —comisiones, plenarios, boletines internos, debates..., porque una asamblea no sirve para todas las cosas.

Nos acercamos a la horizontalidad de un proceso cuanto más capaces somos los participantes de seguirlo e incorporarnos a él en la posición y condiciones que deseemos —y dentro de lo definido por el propio grupo—, cuando entendemos la evolución del mismo. Puede haber distintos niveles de conocimiento e implicación, pero es importante que el acceso a los debates o a la toma de decisiones esté abierto siempre para todo el mundo: lo que se

está debatiendo, la forma de debate, los objetivos, los antecedentes... deben ser en todo momento completamente legibles y estar disponibles.

La asamblea puede desarrollarse de muchas formas. A menudo tendemos a pensar que tan sólo con escuchar o con establecer un turno de palabras garantizamos que todo el mundo se pueda expresar en igualdad, pero en la práctica constatamos cotidianamente que no es así. Para ello han surgido metodologías que, partiendo de las desigualdades entre los miembros de un grupo a la hora de expresarse, se adaptan a las mismas para favorecer la participación. Nos resultan especialmente útiles las técnicas desarrolladas por la Educación Popular,[12] sobre todo en Latinoamérica, para formar y dinamizar grupos, a través de juegos, escenificaciones, modos distintos de organizar los debates o la toma de decisiones con herramientas gráficas, escénicas...

También en el ámbito de la Acción Social y la Animación Sociocultural se han desarrollado gran cantidad de técnicas muy útiles para dinamizar los grupos, y hay mucha gente en nuestros grupos con amplia experiencia en estos campos. Si en los proyectos sociales nos cuesta hacer de las asambleas estructuras operativas, ¿por qué no aplicar estas técnicas que están a nuestro alcance? Consideramos estas metodologías tan importantes que vemos necesario crear en nuestros proyectos espacios formales donde educarnos en su aplicación; espacios en los que diseñemos planes específicos de paulatina puesta en marcha de estas técnicas, tan positivas para la participación y la optimización de los espacios.

Otro fallo frecuente suele ser confundir la función que tiene cada momento o estructura de la organización. Por ejemplo, algunas asambleas no son lugares para debatir sino para comunicarnos y tomar decisiones, y el debate mal estructurado puede no llegar nunca a nada. Las reuniones interminables debilitan sobremanera a la asamblea, y a menudo son utilizadas conscientemente para bloquear y desacreditar los procesos horizontales. (Lorenzo y Martínez, 2001) Una solución que se puede tomar cuando no hay acuerdo, es sacar los debates fuera de la asamblea, en comisiones donde están representadas todas las partes, que deben presentar a la siguiente asamblea propuestas de consenso. En todo caso, tomar decisiones que van a generar malestar en sectores de la organización no es buen camino, y es mejor aplazar la decisión a otro momento en que las cosas estén más claras. (Harnecker, 2002)

Sin haberlo establecido en ningún momento, en los proyectos que tenemos más cercanos no se suele votar: las decisiones se toman por consenso. Esto es positivo, porque teóricamente decisiones sobre las que no hay acuerdo no se imponen a una minoría, lo cual a menudo degenera en rupturas, y se traduce en la exagerada fragmentación que aqueja a los movimientos sociales de base. Sin embargo, también puede pasar lo contrario. De hecho, a veces ocurre que la negación de una minoría supone imponer otra decisión al resto, en forma negativa. Esto ocurre cuando las decisiones por consenso suponen que cualquiera tiene derecho a veto, lo que en climas de desacuerdo o enfrentamiento, puede paralizar la asamblea.

La situación se complica en organizaciones no jerárquicas de segundo o mayor grado, que agrupan otras organizaciones. En este caso es problemático

---

12 Encontramos un excelente trabajo recopilatorio de técnicas de este tipo en Vargas, Bustillos y Marfan (2001), convertido ya en un clásico de la intervención socioeducativa.

determinar donde está el espacio final de la toma de decisiones, ya que primero debe decidir cada grupo y después la Asamblea General. En ésta sólo se pueden tomar decisiones si previamente ha habido un debate importante y efectivo, pero si no se alcanza un consenso entramos en un círculo en el que el debate va interminablemente de una postura ya conocida a otra. La solución tradicional, la votación, ha revelado ser fuente inagotable de conflictos y herramienta de dominación de las minorías por parte de las mayorías, con lo que tampoco resulta una herramienta muy adecuada. Cuando un mecanismo grupal funciona mal repetidas veces, es importante revisarlo y utilizar la creatividad colectiva para encontrar otro mejor. A menudo aceptamos modelos organizativos o normas sin analizar a fondo su funcionalidad y consecuencias.

A su vez, una organización debe servir para fortalecer a sus integrantes en la acción conjunta, y no para mutilarlos en un proceso de homogeneización. Una asamblea puede servir de punto de encuentro de gente, y derivar actividades que no sean asumidas por el conjunto del grupo a otros espacios que no sean necesariamente vinculantes. Debe cuidarse en estos casos que esto no suponga una erosión de la soberanía de la propia asamblea, o que la situación degenere en que desde cada miembro no se trabaja por la consecución del consenso, sino que a la menor traba se evita el debate. Hay que buscar fórmulas para que la asamblea sea un espacio fluido, operativo y agradable, en definitiva todo lo contrario de lo que suele ser.

El tamaño también es un aspecto muy importante en cuanto al funcionamiento de la asamblea. Hoy nos resulta algo difícil de llevar una asamblea de unas pocas decenas de personas, cuando hace no muchos años, durante las décadas de 1970 y 1980, eran posibles las asambleas de miles de obreros en las fábricas, algunas de ellas respetando escrupulosamente la horizontalidad y la democracia directa. (Anónimo, 2001) Simplemente se ha perdido la cultura asamblearia y todo el conocimiento que permitía esta organización multitudinaria. Es necesario adaptar el tamaño de la organización a lo que podemos autogestionar sin caer en la excesiva delegación, la dejación o la irresponsabilidad, según la naturaleza del grupo y sus capacidades para autorregularse. Así, para grupos grandes pueden utilizarse técnicas variadas que aseguren cotas aceptables de horizontalidad tales como el uso de moderadores, observadores que no participen pero que aporten ideas a la metodología, rondas, turnos de palabras, limite de tiempo en las aportaciones, debate en pequeños grupos, técnicas dinámicas..., así como una vertebración de la organización en grupos más pequeños que permitan una participación efectiva, de manera que el proceso fluya de abajo a arriba.

Lorenzo y Martínez (2002) dicen que hay tres líneas principales que hay que trabajar por igual en la asamblea: eficacia, participación democrática y buen clima grupal. Desarrollar los tres aspectos permitirá que superemos períodos difíciles, fuertes enfrentamientos y situaciones de bloqueo. Un grupo fuerte, con un buen clima de comunicación y participación, puede multiplicar su capacidad; sobre todo *puede cambiar, adaptarse*, sin destruirse, y eso es algo imprescindible. Por muy bien que se realice la actividad del grupo, sin un equilibrio entre estos tres aspectos no llegaremos lejos.

A menudo encontramos en las asambleas problemas de excesivo protagonismo, de delegación y de concentración de la información. Aceptamos que esto va a ocurrir siempre, debido a la diversidad de la gente y su disposición para con el grupo: intereses y disposiciones muy variadas, y distintas

aptitudes y capacidades. Es central asumir las desigualdades de inicio, y disponer el grupo para sacar todo lo positivo de esta multiplicidad, pero estando siempre alerta de que no degenere en situaciones de verticalidad, de autoritarismo o de excesiva delegación. Negar la realidad, por muy fea que sea, sólo nos mantendrá indefensos frente a ella.

Los líderes, como figuras estáticas, erosionan la autonomía y la horizontalidad del grupo; pero los liderazgos —dinámicos, múltiples, no personalizados— son necesarios para desarrollar las distintas actividades normales del grupo.[13] Por ello hay que trabajar para tratar de igualar al máximo la formación de la gente, para permitir rotaciones en el ejercicio de cada responsabilidad, para que el reparto de tareas sea complementación y no reparto de poder, y para que la diversidad no evolucione hacia el enfrentamiento de intereses, las desconfianzas o la excesiva responsabilidad de alguna gente.

Una estructura armada (Ribas, 1980) contra estas posibilidades podrá resistir a cualquier ataque de *intrusismo* de personas o grupos que pretendan dirigir y manipular la asamblea, o incluso destruirla, lo cual ocurre más a menudo de lo que nos gustaría. Disponer espacios para la formación en tareas organizativas, formalizar la distribución y rotación de responsabilidades, los espacios y mecanismos en la toma de decisiones, en las evaluaciones y revisiones, los objetivos del grupo... puede ayudarnos mucho. Hemos recibido una pesada herencia de macroestructuras burocráticas, anquilosadas y poco funcionales como los partidos o los sindicatos, y no queremos caer en el mismo error. Por tanto, debemos tener mucho ojo: formalizar tiene mucho más que ver con colectivizar y explicitar los procesos, problemas, responsabilidades y competencias que *de hecho* se dan, más que con tratar de hacer pasar la realidad por el aro de estructuras estáticas que la intenten ordenar. Debemos buscar nuestro propio equilibrio.

Aceptamos que el asamblearismo, si bien puede llegar a ser muy efectivo, requiere más tiempo que otras fórmulas de organización más centralistas. A menudo, partes de la asamblea desacreditan a la misma y exigen resultados inmediatos, avances, operatividad... sin valorar el proceso que esté llevando a cabo la asamblea o sin intentar determinar qué está impidiendo realmente que se avance o se tome determinada decisión. A menudo esto es una forma encubierta de sabotear y desprestigiar la asamblea por gente que no quiere asumir sus responsabilidades o que pretende imponer otro modelo de funcionamiento en el que tengan mayor acceso al poder. Si optamos por el asamblearismo, la horizontalidad y la mínima delegación, entonces no podemos decir que la asamblea no es útil, que no vale: sólo podemos preguntarnos qué estamos haciendo mal, pensar y trabajar para corregir estos problemas. La asamblea no es sólo una forma de organización o una herramienta del grupo, sino que es en sí un espacio central de la libertad colectiva.

---

13 «La tradicional confusión entre líder y liderazgo tiene origen —entre otras cosas— en el hecho de que los miembros del grupo participan de forma desigual en esta función [...] Siempre hay alguien más alto y siempre hay una persona que participa más en esta función. Sin embargo, que una persona participe más que el resto en la función de liderazgo no implica que el resto de las personas no participen [...] Cuando un grupo asimila la función de liderazgo a líder, el grupo no ve las participaciones más pequeñas e identifica la mayor participación con el líder único. Cuando un grupo quiere distribuir la función de liderazgo o evitar que se concentre en torno a una persona, debe estar atento a las participaciones en la función por parte de los otros miembros. Es precisamente a través de estas participaciones, desde donde puede impulsarse un proceso de distribución y aumento genérico de participación en esta función». (Cembranos y Medina, 2003)

4.4.2. La formación: una inversión para la participación

En muchas ocasiones nos hemos visto bloqueados en situaciones en las que respetar las formas horizontales paralizaban o retardaban a la organización. Parece que en este caso sólo quedan dos posibilidades, excluyentes entre si, para avanzar: participación o efectividad. Pero también podemos situarnos en una escala temporal más amplia, y atravesar la dicotomía apostando por optimizar la participación creando estructuras útiles, e invertir tiempo y esfuerzo en formación. Es más positivo decir: «vamos a introducir tales cambios, a hacer tales actividades, y a dedicar tantos meses para ver si mejora el problema». Invertir en un esfuerzo inicial para avanzar cada vez más gente, supone acumular mayor capacidad de acción; supone también la aceptación, que podemos evolucionar y mejorar en un proceso explícito y autoconsciente de nuestras limitaciones.

Si alguien no tiene capacidad para realizar una actividad concreta o algo se queda sin hacer porque fulanito no ha cumplido su compromiso, no es tan grave, cuando es un caso aislado que no resta soberanía a las decisiones de la asamblea. Pero cuando la gente más implicada soluciona los «marrones» de los vacíos o irresponsabilidades de la asamblea, eso sí puede llegar a ser grave, ya que de este modo se invisibilizan los problemas e involuntariamente se hace depender la estructura de aquellos más comprometidos. Todo el esfuerzo y capacidad que emplea esta gente tan capaz en solucionar problemas «a matacaballo» y sin que nadie se lo pida, lo puede invertir en formar al grupo y en estructurar la organización.

Aunque algunos problemas estallen en un primer momento, más adelante el grupo será capaz de hacerse cargo de ellos sin depender de ninguna persona en particular. Si no nos lanzamos al vacío nunca nos daremos la oportunidad de volar. La formación es una «inversión en horizontalidad» y en el reparto futuro de tareas porque si sólo una o dos personas saben hacer algo —o todo—, los demás nunca van a confiar en su capacidad de asumir responsabilidades, ni van a ser objetivamente capaces de asumirlas. Por otro lado, «los que sí saben» van a ver a los demás siempre como incapaces y dependientes.

Los grupos pasan sucesivamente por muchas etapas. De la comprensión colectiva y explícita de estas etapas ha de surgir la posibilidad de que el grupo se haga consciente de su evolución, de que las decisiones tomadas tengan consecuencias, de que el aprendizaje colectivo sea capaz de generar acumulación. Se abre así la posibilidad de que el grupo construya su propia narración de la realidad y le pueda dar coherencia. Es necesario acompañar la definición de objetivos con el establecimiento —institucionalización— de tiempos y espacios para evaluar cómo se va avanzando hacia ellos. La acción y reflexión deben acompañarse constantemente, guiándose la una a la otra, no para llegar a un final determinado, sino para asegurar en todo momento que el grupo es dueño y guía del proceso.

Precisamente uno de los problemas más importantes detectados por los movimientos sociales en la actualidad es que no confiamos en nuestra capacidad para transformar la realidad, nos queda como algo muy lejos que no nos resulta comprensible, en pocas palabras, nos es ajena. Por eso crear espacios, por muy pequeños que sean, en que definamos unos objetivos de acción que sean posibles de cumplir —y que nos permitan comprobar que

nuestro análisis y planificación son efectivos— son un momento constituyente y fundacional. Esto es algo que no sabemos hacer, y por tanto debemos reaprenderlo buscando formas de sistematizar los momentos de análisis de la realidad, planificación y evaluación, para que al principio sea más fácil.

Todo este esfuerzo que se emplea en la formación quita tiempo para otras tareas, pero es probablemente lo más importante que queda de nuestros proyectos cuando estos mueren o simplemente cambian. Hacernos dueños de la potencia de nuestra vivencia colectiva mediante su comprensión será nuestro mayor patrimonio y lo único que nos permitirá avistar nuevos horizontes que hagan que nuestro proyecto avance hacia espacios situados mas allá de la lógica en la que nos movemos en la actualidad. Buscamos crear escenarios emancipados donde desarrollarnos, para que la nueva experiencia nos permita imaginar en lenguajes distintos a los que la miseria de la vida mercantilizada nos ha dado. Pero este ejercicio debe sistematizarse para poder aprovechar todo su potencial, en un proceso en el que los momentos de acción y de reflexión se sucedan y complementen continuamente.

Hablamos de dos tipos de formación. El primero sería aquel que consiste en asistir al desarrollo cotidiano de la actividad con momentos formales para la sistematización, el análisis y la colectivización de la propia actividad. Así, deben existir espacios específicos para la definición de los objetivos del grupo y la planificación de la actividad. Y más tarde, para el análisis y la evaluación. Este debe ser un proceso explícito y colectivo, que busque el equilibrio entre la colectivización del conocimiento y la disponibilidad de la gente para intentar no convertir nuestra vida en una reunión sin principio ni final. Los distintos momentos de la planificación también pueden ser organizados sirviéndose de gran cantidad de técnicas y fórmulas desarrolladas ya en los procesos de intervención sociocultural; formulas que ya están a nuestro alcance y nos pueden servir de gran ayuda para optimizar el trabajo y hacerlo más ameno y participativo.

El otro tipo de formación, podría ser encontrarse en los espacios más formales, separados de la actividad cotidiana, dedicados a adquirir nuevos conocimientos, a intercambiarlos entre los miembros de un grupo, a acordar vías de desarrollo... existen multitud de fórmulas, entre las que debemos elegir las que más se adapten a nuestra realidad: seminarios, grupos de discusión, charlas informales, boletines, circulares internas, tablones de anuncios, debates abiertos... Contando con que el soporte electrónico ofrece una gran variedad de espacios para la comunicación. A su vez la formación puede trabajar muy diversos contenidos, desde los más técnicos o relacionados con la actividad hasta los más periféricos o abstractos que ayuden a definir el entorno en que se sitúan otros debates más centrales o cotidianos, pasando por la formación para la propia participación o para la planificación del trabajo.

4.4.3. La toma de decisiones

Si hay muchos espacios para la participación, uno de los más importantes es el de la toma de decisiones. Las decisiones se toman en la asamblea, pero dentro de ésta hay muchos mecanismos de decisión. Para Sánchez Alonso (2000) la toma de decisiones se entiende como un proceso en el que se pueden

dar distintos niveles de participación que él organiza en seis tipos: de la más autoritaria a la más democrática o participativa. Compartiendo este esquema, a cada cuestión a decidir corresponden cierto tipo de metodología de decisión. Participar siempre todos en todo puede ser un lío tremendo además de ser muy aburrido. La asamblea tiene que ser consciente y madurar hasta el punto de que cada tarea se realice de la forma más adecuada y de que se admitan distintos tipos de delegación de forma más o menos automática. Sólo así se podrá evitar la saturación de la asamblea con toda clase de informes, pequeñas decisiones y debates técnicos imposibles. En cualquier caso, esto será posible únicamente si existe un buen clima grupal y una definición clara y operativa de los objetivos y competencias de la asamblea, de sus diferentes órganos y de las relaciones entre ellos.

Siguiendo el mismo esquema, que la decisión tomada sea operativa y efectiva dependerá de formalizar correctamente los espacios y momentos de la información, comunicación, decisión y ejecución. Aún así una decisión puede ser muy apropiada y haber respetado todos los formalismos, pero no tiene porqué ser efectiva cuando los procedimientos no son los adecuados, ya sea porque no están bien definidos o porque éstos no respondan a la realidad del grupo. Cuanta menos participación haya en la toma de una decisión, mayor peligro habrá de que la decisión no se ajuste a los deseos o potencialidades del grupo, y por tanto sea más difícil su correcta ejecución. O tomando otro caso, por muchas artes que se tengan para imponer en una asamblea una determinada decisión, si ésta no se ajusta a las expectativas del grupo, tarde o temprano, el malestar saldrá a la superficie, ya sea porque no se ejecute o porque se ejecute sin convicción. En ambos casos se debilita la asamblea y, en la medida en que ésta es el órgano central del grupo, éste también.

Para asegurar que el proceso responda a la naturaleza del grupo y a una participación efectiva, antes de tomar las decisiones debe haber información suficiente y disponible, gente que haya pensado cómo se puede organizar la comunicación para que su desarrollo sea óptimo, deben existir lenguajes comunes en los que entendernos, personas que tejan lazos afectivos sobre los que desarrollar la comunicación y construir estos lenguajes propios... Cada decisión se debe ejecutar, y durante su ejecución debe haber un ambiente propicio para que todo el mundo envuelto en la actividad aprenda, se sienta incluido y se pueda establecer un debate positivo entre los sujetos que cumplan los distintos roles exigidos por la actividad.

Otro problema parecido surge por la inmadurez de los miembros. Al no ser sinceros con nosotros mismos en cuanto a nuestra disposición de aportar esfuerzo al grupo, somos incapaces de ser sinceros con el propio grupo. Si tomamos compromisos que no podemos asumir, entonces no estamos siendo sinceros. En ese caso sólo hay dos opciones: o no nos respetamos, asumiendo el sobreesfuerzo, o no respetamos al grupo incumpliendo el compromiso. Cuando no se cumple el compromiso contraído con el grupo todos perdemos: se está deslegitimando la asamblea ya que no es capaz de organizar su propio funcionamiento. La asamblea no es un sitio donde hacernos valer delante del grupo, queriendo asumir mucha responsabilidad: es un órgano horizontal de gestión del poder colectivo, una herramienta al servicio del grupo.

La asamblea gestiona el poder del grupo a través de la toma de decisiones, pero no lo monopoliza. El poder se diluye en las relaciones que se dan en el grupo, en los espacios de generación de subjetividad que harán del grupo

algo cohesionado y armónico o un ente desmembrado, que pelea por ir en varias direcciones a la vez. Más que negociar entre las distintas tendencias, la asamblea debe ser lo suficientemente hábil para encontrar en todo momento líneas de fuga que superen los enfrentamientos, propuestas nuevas que acierten a situarnos en escenarios esencialmente distintos a aquellos que generaron el enfrentamiento. Para ello debemos diferenciar el conflicto —como momento constituyente de encuentro con límites recíprocos que pueden ser superados desde la cooperación— del enfrentamiento como momento de incomunicación y competencia.

En todo caso debemos atender siempre a los distintos roles que se dan en el grupo, para explicitarlos en la medida de lo posible y evidenciar las distintas relaciones de poder que inevitablemente surgen en todo grupo. Mantenernos en la oscuridad de las «agendas ocultas», en movimientos y decisiones que nadie entiende porque no se dicen sus verdaderas razones, hará de los momentos comunes un espacio árido y pesado: una guerra incomprensible de la que la gente desertará. Ocultar las verdaderas razones que dan sentido a un conflicto es considerar al grupo incapaz de manejar la información, de aprender, de tomar decisiones y de asumir responsabilidades. Es condenarlo a la infancia eterna, ya que se le niega la posibilidad de aprender, y mantenerlo dependiente de aquellos que teóricamente «sí saben». Más bien debemos trabajar para poner las cualidades positivas de los miembros al servicio del grupo, de forma que las diferencias converjan de forma complementaria y que los roles dominantes no ahoguen a los demás.

4.4.4. Organización para la participación

Por último, una estructura participativa y viva requiere de un modelo organizativo adaptado a su realidad. A menudo espacios de decisión no estructurados son el ambiente perfecto para la imposición y el autoritarismo, ya que parten de una teórica igualdad de condiciones en la participación que efectivamente nunca se da. Para esto hace falta disponer un sistema que pueda evolucionar con el grupo, que permita que el grupo se forme como tal, a fin de que todo el mundo tenga cosas que aportar y sepa expresarlas. Debemos aceptar que por encima del funcionamiento individual en un grupo, está el funcionamiento del propio grupo: una esfera de relaciones que no es igual a la suma de las relaciones entre los individuos, sino que presenta su propia lógica, su propia dinámica y sus propios problemas, sobre los que debemos trabajar activamente para construir grupos fuertes y sanos. (Sánchez Alonso, 2000)

Debemos ser flexibles y abrir diferentes espacios que hagan posible la expresión de todas las particularidades, abordar todos los posibles enfoques, la inclusión de toda la gente y cubrir las diferentes necesidades presentes: unos que reúnan a todo el mundo y otros que sean más apropiados para gente con intereses específicos; unos que sirvan para tomar decisiones y otros para discutir «hasta caer derrotados»; unos para ser efectivos y otros para pasarnoslo bien; unos para conseguir financiación y otros para difundir nuestro proyecto... Y todos los intermedios y combinaciones posibles que podamos necesitar en cada momento concreto. El límite está en que el organigrama en su conjunto sea útil y funcional: si los espacios abiertos para

la participación están vacíos, entonces no sirven y sobrecargan al grupo con la sensación de que «las cosas no van bien».

No por abrir muchos espacios de participación hacemos posible que más gente se incorpore a ellos: a menudo un exceso de posibilidades se torna en saturación e impide la participación, además de la coordinación. Hay que estar atentos para ajustar permanentemente la estructura a las necesidades del grupo y a las posibilidades reales. Si la gente se siente sobrecargada, si hay funciones que no se pueden cubrir, antes de que la gente se «queme» debido a que funciona por encima de sus posibilidades, es mejor dejarlas de lado y readaptar la estructura para que requiera menos implicación. Al primer indicio de que las tareas acordadas se quedan sin cubrir, habrá que reestructurarlas, ya que si se deja pasar un problema de estas características, la asamblea perderá su autoridad y su legitimidad. Hay que combatir el clima de desidia que se genera al organizar mal las tareas.

Un problema frecuente en organizaciones de tipo asambleario es la multiplicación de las reuniones, a la vez que se prolonga su duración durante horas y horas. Las reuniones pueden llegar a ser una enfermedad si se convierten en el único momento en que el grupo *existe:* toda su actividad puede acabar reducida a éstas, con lo que se convierte en algo virtual. También puede ocurrir que en la reunión se produzca un encuentro en el que la gente quiere disfrutar, un momento de afectividad grupal; pero hay que saber separar las cosas, ya que esto puede lastrar la organización haciendo que los espacios formales no sean operativos. No todo se resuelve en reuniones, ni es necesario que todos y todas estemos siempre en todo. De hecho el exceso de reuniones y su larga duración es algo que selecciona a la gente que dispone de más tiempo y de «más estómago», y por tanto es algo a limitar.

La división de responsabilidades puede traer otros efectos indeseables, como una excesiva concentración de la información y el poder, problemas de comunicación y malentendidos, usos indebidos de la autoridad... Por eso pensamos también que es interesante formalizar la asignación de responsabilidades para que éstas no dependan de la buena voluntad de una persona o de un grupo, sino de la decisión consciente y responsable de la asamblea. Evitaremos el agotamiento por el exceso de trabajo y los peligros de centralización. Y también aseguraremos la posibilidad de exigir responsabilidades, ya sea al órgano delegado o en la persona responsable, lo cual a veces no es tan fácil si el reparto ha sido de forma voluntaria y «porque nadie más quería hacerlo».

Se puede combinar la formalización con la rotación, para evitar la concentración de poder, para que la estructura se renueve y para que gente distinta conozca la problemática específica de una tarea concreta y pueda ayudar o suplir, y también comprender cuando se producen fallos o errores. Consideramos que la rotación debe ir unida a un intenso trabajo de formación e información, y que hay muchas formas de rotar. En cualquier caso las rotaciones deben ser lo suficientemente amplias para alcanzar un equilibrio con las exigencias de efectividad, lo cual dependerá del horizonte temporal de mi organización: si dudo de que vayamos a funcionar más allá del año que viene, haré rotaciones cortas, pero seguramente serán muy poco efectivas y quizá haya que replantearse su necesidad. Debemos atrevernos a proyectar a medio y largo plazo; en caso contrario, nunca llegaremos muy lejos.

Establecer la estructura organizativa e ir abriendo los diferentes espacios de acción e interacción es un proceso lento, progresivo y dinámico, particular

de cada momento en cada grupo. El proceso debe estar en todo momento tan desarrollado como el grupo pueda controlar. Si no queremos un modelo preestablecido y por tanto que no haya una estructura definida para la gestión, ésta se tiene que ir haciendo según la organización se desarrolle. De hecho, esto es un signo de que la organización crece en potencia y madurez: a medida que el proyecto es capaz de inspirar más confianza, se está más dispuesto a aportar tiempo y trabajo.

Si nos forzamos desde el principio a seguir un modelo organizativo completamente equipado, seguramente no estaremos ante un modelo adecuado a nuestra realidad concreta. Si no vemos la necesidad de la actividad, se requeriría un esfuerzo tal para desarrollarla que la estructura se debilitaría y a nadie le gusta malgastar las energías. Hay que marcarse objetivos y trabajar activamente en avanzar hacia ellos, pero de forma dinámica y flexible. Los patrones preestablecidos rígidos a menudo debilitan al proyecto. La estructura se va construyendo según su desarrollo lo exige al tiempo que lo hace posible, según los ritmos de la identidad y la conciencia colectivas, que son los elementos capaces de insuflar ilusión por construir algo mejor, los elementos que aportan el *nosotros* y su finalidad.

4.4.5. El problema de la delegación

Por reacción a las formas verticales y jerárquicas de hacer política, a menudo creemos que es necesario estar todos en todo. Digamos que en la teoría hemos rechazado toda posibilidad de delegación, no hay modelos intermedios, y desde luego esto dificulta muchos procesos.

La delegación cede soberanía, poder y responsabilidad. Sin embargo, esta cesión no es total, ya que el delegado debe ejecutar —comunicar, escuchar, acordar, realizar...— lo que el que delega acuerda. Entre la «delegación cero» y el «comité central» hay sin duda muchas posiciones intermedias. En un modelo horizontal, el delegado no tiene poder de decisión, sino tan sólo de transmisión de las decisiones que el grupo toma. Para ello la comunicación debe ser continua y muy clara: digamos que el delegado depende de los que delegan en él.

Hay algunas cosas que nos pueden garantizar que la soberanía resida en el grupo: formalizar las competencias que se le da a cada delegado y sus mecanismos de control; debatir en profundidad y en espacios representativos —y por tanto legitimados— la cuestión para la cual se delega; también es importante que el delegado tenga la suficiente formación y sea lo suficientemente responsable como para representar al grupo de una forma no autoritaria; y por último tener cuidado de delegar para aspectos en los que hay un amplio consenso en la organización. En cualquier caso, si nos vemos superados por las circunstancias y no podemos responder a todas las decisiones que hay que tomar en coordinación con otros, siempre podemos no decidir nada, lo cual será mejor que tomar decisiones sin un adecuado debate y una adecuada participación colectiva.

Según vamos construyendo nuestra cultura organizativa y una identidad política propias, será posible agilizar la toma de decisiones. Recordemos que hace 70 años, durante la Revolución Anarquista de 1936, nuestros abuelos

construyeron una organización asamblearia de cerca de un millón de afiliados, la CNT, que aglutinaba gente de puntos muy dispersos de nuestra geografía. Esto prueba que existe la forma de gestionar organizaciones multitudinarias sin la necesidad de estructuras jerárquicas. Es cierto que entonces existía una cultura de clase y una identidad colectiva muy fuertes que por supuesto hoy no tenemos. Igual se trata de reconstruirlas, no buscando volver al pasado, sino investigando, experimentando y trabajando en el presente para conquistar el futuro, que ha de ser colectivo y no autoritario.

4.5. Una experiencia organizativa en torno a la autogestión de la alimentación

Al plantearnos el proyecto de Bajo el Asfalto está la Huerta buscábamos una forma de juntarnos en estructuras más o menos formales como vía para construir cultura y organización autogestionaria. El pequeño grupo que elaboró la primera propuesta partía de un contexto en el cual resultaba difícil articular proyectos de forma duradera: los movimientos sociales madrileños, en concreto aquellos grupos que se movían, de una u otra manera, cerca de los centros sociales okupados, en donde los proyectos que surgen suelen ser de duración tan efímera como los locales en que se realizan.[14] Nos preguntábamos qué podría hacer atractiva una organización del tipo que nosotros planteábamos, pensando también que a finales de la década de 1970 y a principios de la de 1980 había habido muchas iniciativas parecidas de las que muy pocas han sobrevivido, y menos aún ligadas a un proyecto global de transformación social.

Apostamos por la agricultura ecológica sobre todo porque el primer grupo promotor estaba compuesto por gente relacionada con esa cuestión, porque nos veíamos capaces y nos apetecía trabajar en el campo. También porque se trataba de una actividad económica en la que se han desarrollado muchas fórmulas asociativas como las cooperativas de consumo y los Circuitos Cortos de Comercialización. También porque la acción que se nos planteó para okupar tierras y darle un uso productivo[15] era muy interesante a objeto de denunciar y trabajar los contenidos que estábamos manejando en nuestras discusiones teóricas. Apostábamos un poco a ciegas por este proyecto porque sólo comenzar y llevar a cabo una okupación de tierras, abierta a la

---

[14] En este sentido observamos un giro importante, respecto al movimiento de okupación, en el ejemplo del Centro Social Okupado El Laboratorio, que desde 1996 mantiene un proyecto continuado a pesar de tres desalojos —y tres cambios de local, con lo que esto supone—, luchando por mantener el proyecto dentro de un espacio concreto: el barrio de Lavapiés. En la misma línea de dar continuidad a los proyectos en el tiempo y el espacio observamos otros Centros Sociales —La Kasika, en Móstoles; Seco, en Retiro; La Biblio, en Lavapiés...—, así como otros colectivos que han apostado por cierto tipo de profesionalización en actividades tales como la contrainformación —periódico *Molotov*— o la edición y distribución de material militante —Traficantes de Sueños, Virus, Likiniano—, además muchos otros. (Lorenzi y López, 2002)

[15] Véase el capítulo «¿Por qué vivimos en ciudades?» del presente libro.

posibilidad de darle un uso permanente y colectivo —esto es, crear una cooperativa de producción y consumo de alimentos—, bastaba para emprender el esfuerzo. Pero no teníamos nada claro qué podía hacer que un proyecto así tirase para adelante: tan sólo algunas intuiciones.

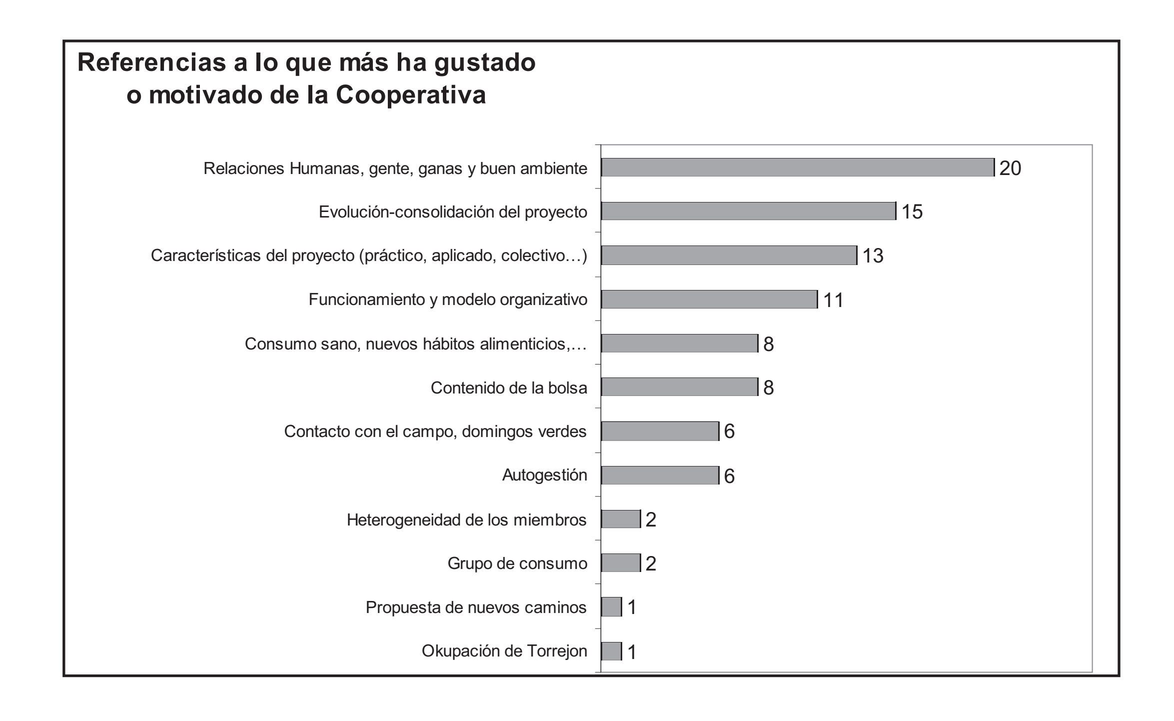
Para tratar de escaparnos a algunas de las dificultades que atravesaron muchas iniciativas de este tipo durante la década de 1980, la propuesta final fue la de cubrir esta necesidad que ya estaba generando movimiento y organización —el consumo de alimentos de calidad[16]— en un espacio que permitiese la organización de otras actividades. Nuestra hipótesis era que la necesidad de espacios comunitarios es común a mucha gente. A través de cubrir la alimentación en este espacio comunitario, cubriríamos otras necesidades de índole social, relacional, psicológica, afectiva o como queramos llamarlas. Y así, los distintos procesos que se diesen al gestionar la verdura y organizar nuestras relaciones como grupo, se reforzarían mutuamente.

La idea central vendría basada en el concepto de necesidades, y sobre todo en el de satisfactores de Max-Neef (1996). Según esta teoría, con la cooperativa estaríamos construyendo un satisfactor de tipo sinérgico, en tanto que al cubrir las necesidades de *subsistencia* —como la alimentación— promoveríamos la satisfacción de otras necesidades, tales como la necesidad de *identidad* —la pertenencia a grupo dentro del cual se establecen lazos y nuevas posibilidades del ser—, de *participación* —entre todos definimos y gestionamos la cooperativa—, de *comprensión* —con nuestra actividad cotidiana acercamos a la gente de la ciudad a las realidades rural y agraria, además de los espacios específicos para la formación—, de *afecto* —ya que hay diversos espacios para conocernos y empatizar—, de *creación* —ya que nuestro modelo de funcionamiento está siendo definido según cambian las necesidades, sin recurrir a recetas preestablecidas—, e incluso de *ocio* —con las actividades en el campo o las fiestas— y de *libertad* —al autogestionar colectivamente la alimentación.

Para ello hemos intentado en todo momento disponer de gran variedad de espacios, para que gente muy distinta pudiese integrarse en la cooperativa, aportar algo y hacerla así un poco más suya. También hemos intentado en todo momento que todos los espacios sean agradables y acogedores, trabajando en la integración de los y las «recién llegadas» y poniendo mucho énfasis en la formalización de espacios —para permitir una fácil identificación e incorporación—, en los acuerdos y en las responsabilidades, en la formación, en la información completa y abierta y en la rotación e intercambio de las tareas. El resultado ha sido muy satisfactorio, ya que cada día hay más actividades alrededor de la cooperativa, más gente se incorpora a alguno de los distintos espacios voluntarios de participación, y constantemente aparece gente nueva proveniente de muy diversos sitios.

---

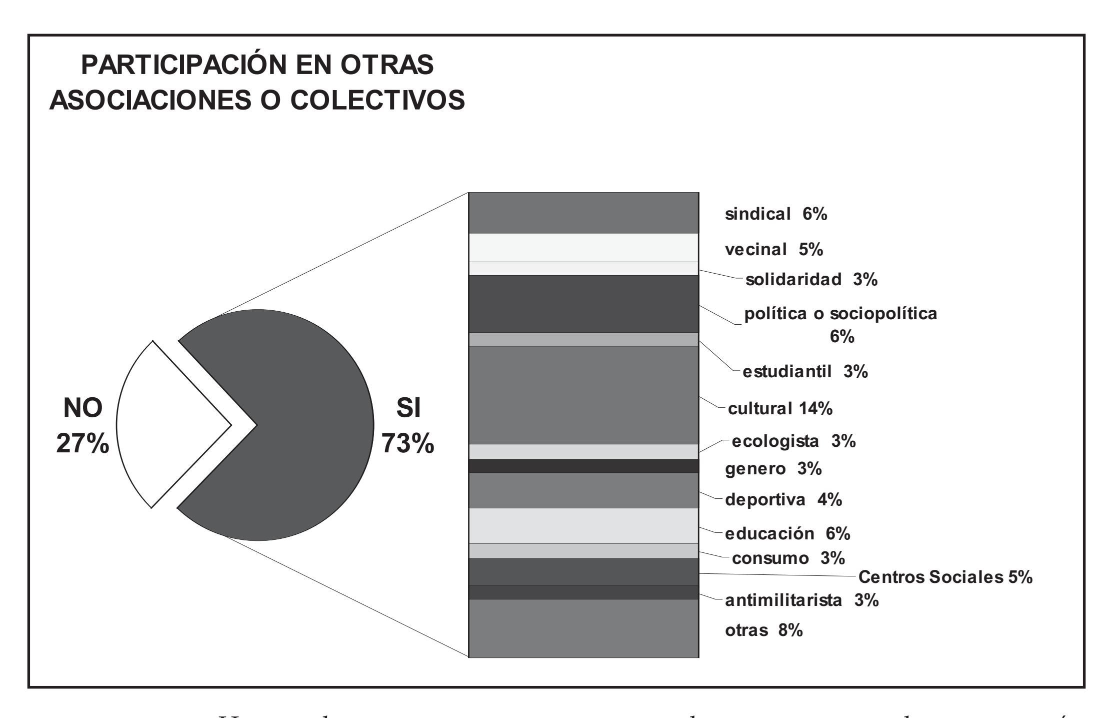
16 El mercado convencional del Estado español de alimentos ecológicos crece cada año aproximadamente un 20%. (Minetti, 2002)



4.5.1. Reflexiones en torno a la participación en la cooperativa

Hemos visto que es imprescindible una organización fuerte, en la que haya buen ambiente y en la que la gente se sienta a gusto. Es una tarea constante y difícil intentar que la asamblea esté lo más sana posible, preparando propuestas, metodologías, buscando los espacios, creando comisiones, visitando otros proyectos para enriquecernos más... Tras el primer momento en el que la gente que venía a las asambleas ya nos conocíamos de otros colectivos o de proyectos anteriores, paulatinamente se ha ido dando una renovación de la gente. Y ya no se trata de personas con mucha experiencia asociativa, como sucedía al principio. En cualquier caso, la procedencia asociativa se ha diversificado también mucho. Se ven caras nuevas, y quizá por eso mismo se aportan ideas nuevas, frescas. La asamblea es más operativa, hay mayor actividad y mayor compromiso, y sobre todo hay ilusión por el proyecto.

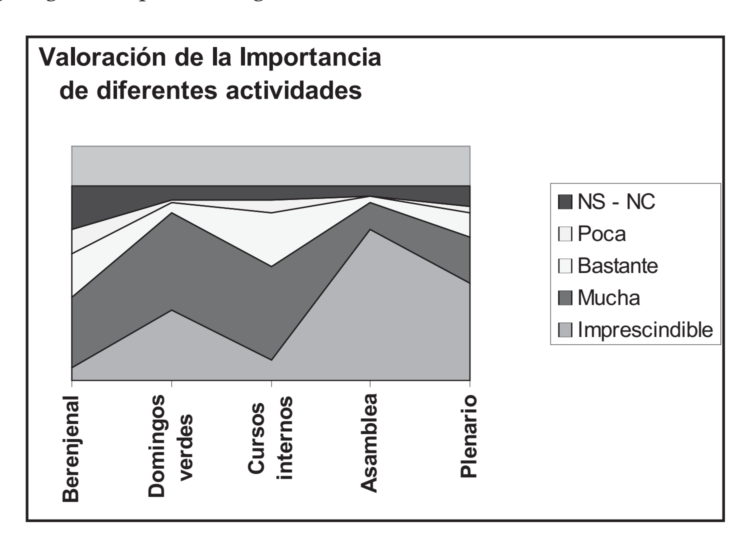
Todo el esfuerzo que se ha empleado en la formación y en el trabajo de reflexión para generar una estructura adecuada a la naturaleza de la cooperativa, sin duda quita tiempo para otras tareas. Además, gran parte de la información pasa necesariamente por el Grupo de trabajadores —todo lo relativo a la producción y distribución— y esto supone un aumento asimétrico del trabajo para estos últimos. Hasta el momento se ha asumido sin grandes problemas, con la pretensión de que a medio plazo la capacidad de gestión se va a distribuir más homogéneamente por la cooperativa, y por tanto no se dependerá tanto del empuje del GT. A raíz de estos esfuerzos, cada vez está más organizada la distribución de la información y más gente participa del proceso, al mismo tiempo la gente va siendo capaz de utilizar esa información.



Hay muchas tareas que se reparten entre los grupos, y que claramente están dentro de unos mínimos de participación aceptados por todo el mundo: pago de cuotas, asistencia a la asamblea general, limpieza del local donde nos reunimos —el Centro Social Seco—, toma y distribución de actas... Pero hay muchas otras tareas que no están formalizadas, y que se realizan de forma voluntaria. En la práctica, las tareas no formalizadas las realiza un grupo más o menos reducido y estable de gente. Cuando esta gente pide mayor implicación a los demás, se genera bastante tensión, y queda una sensación de que «se debaten los mismos problemas» que siempre generan aburrimiento y frustración. La mayor implicación de los consumidores en general ha sido paralela al proceso de percepción de la cooperativa como algo suyo. A este proceso ha ayudado la asunción de la autofinanciación colectiva —y con ella la propiedad de los bienes—, una mejor estructuración de las tareas que sí suponen un compromiso mínimo, la rotación en estas tareas esenciales —moderación y actas, participación en las asambleas del C.S.O. Seco— y ciertas actividades concretas.

De entre estas, los *Domingos Verdes* están cumpliendo un papel central en el fortalecimiento interno de la cooperativa. Es un día de campo al mes, en el que quien quiere viene a la huerta a trabajar un poco, con los amigos, la familia o los compañeros del grupo de consumo. Se aprende de huerta, se tiene contacto directo con la tierra y los cultivos, con los y las agricultoras y con gente de otros grupos de la cooperativa. Se come, nos bañamos, se debate, se discute en un ambiente abierto y distendido que, al contrario que la asamblea, permite la expresión libre de todo el mundo y el contacto personal. No sirven para tomar decisiones, pero sin duda son el espacio en que se fortalece la cooperativa; y además de darle un buen adelanto a los trabajos, se permite la incorporación a la misma de nueva gente que no se va a apuntar a una comisión o a la asamblea general. Últimamente también estamos probando, para el fortalecimiento

interno, con fiestas de la cooperativa, no tanto para financiarnos como para divertirnos, tratando de establecer algún tipo de *mística* de la cooperativa, que la haga algo más que una organización económica.



La posibilidad de mayor implicación, el que sea algo más que una tienda, podría ser una poderosa razón para explicar porqué el BAH! es una de las cooperativas relacionadas con el consumo de productos ecológicos que más rápido ha crecido en los últimos años en Madrid, de tal modo que es en la actualidad la agrupación de mayor tamaño en cuanto a unidades de consumo, además de servir de semillero a otras dos cooperativas nuevas de naturaleza muy parecida y que ya hemos reseñado. Digamos que se da una dualidad importante entre la gente que escoge la cooperativa como un proyecto sociopolítico en el que volcar sus energías, y la gente que tan sólo busca la parte más socioeconómica: producir y consumir verdura de una forma autogestionada, y que no quiere dedicar demasiado tiempo a reuniones.

Es importante aceptar este dualismo entre gente que escoge la cooperativa como una actividad importante en su vida asociativa y otra gente que no. En los primeros dos años, la razón principal para esta inestabilidad parecía ser de naturaleza económica: «es mucho esfuerzo y dinero para tan poca verdura, porque también tenemos que seguir comprando verdura en el mercado» o en relación con la calidad de la verdura. Una de las causas principales de abandono en la actualidad es el sentimiento de culpabilidad que siente alguna gente por no poder dedicarle a la cooperativa todo el tiempo que se pide o que les gustaría. Esta idea es un sinsentido, ya que esta gente actúa así precisamente porque valora el proyecto como algo importante, en el que hay que meter energía. Pero si todos tuviésemos que estar siempre a todo, no podríamos estar en ningún otro proyecto o red social, con lo cual nos acabaríamos aislando y uniformizando. Por eso algunos grupos introducen en su asignación interna de tareas los criterios individuales para la participación: ya sea la dedicación familiar, el trabajo, otro colectivo... «Todos somos necesarios, pero cada uno desde lo suyo».

Una de las críticas que más se nos han hecho es que somos un proyecto que le pide mucho a sus integrantes, y que por tanto no resulta válido más

que para un grupo reducido de personas dispuestas a sacrificar gran parte de su tiempo. Es cierto que los grupos de consumo, si bien se mantienen estables en número y muchos de ellos tienen lista de espera para entrar, cambian constantemente en su composición, lo cual dificulta la participación. También la generación de una identidad común a través del conocimiento y la confianza entre los miembros y entre éstos y el proyecto ahonda en la concentración de la información y del trabajo en los miembros estables, al tiempo que mutila los procesos de aprendizaje necesarios para una verdadera corresponsabilidad entre producción y consumo.

Estamos contentos de tener una composición muy diversa que incluye militantes y no militantes, personas más y menos implicadas... Hemos configurado una organización que exige poco a sus miembros pero ofrece la posibilidad de implicarse mucho, dejando un amplio espacio para la implicación voluntaria —aunque formalizada. Se establece así una tensión entre la participación que de hecho se da —en cantidad y calidad— y la que podría darse, que entendemos como la posibilidad de interacción entre las distintas subjetividades y experiencias, la experimentación y la incorporación de gente nueva. Ahora bien, si esta tensión se convierte en causa de abandono y por tanto de eventualidad y precariedad, estamos cayendo en un grave error. Cuánto se puede tensar la cuerda es algo que debemos ir respondiendo constantemente según va avanzando el proyecto, pues sin duda va a funcionar como proceso de selección. Se ha intentado prevenir la ruptura formalizando cada vez más las responsabilidades que *se pueden* asumir, pero esta explicitación no ha conseguido que gente menos involucrada siga sintiéndose culpable.

Hemos comprobado que proponer la implicación en un proceso de construcción colectiva no cierra el proceso a la incorporación de gente con poca experiencia asociativa. Son más bien las identidades cerradas, la opacidad de los órganos y de los mecanismos de participación, la inestabilidad del grupo o los mecanismos autoritarios los que hacen que no nos incorporemos a estos proyectos. Somos mucha gente en busca de alternativas, de experiencias colectivas, que quiere sustraerse al trabajo asalariado y precario. ¿Cuánta gente, del millón de personas que salió a la calle en Madrid contra la guerra, estaría interesada en incorporarse a proyectos de este tipo? ¿10.000? ¿100.000? No intentamos generar un proyecto que sirva ya para todo Madrid, puesto que nuestra forma de desarrollo es lenta y procesual. Nuestro faro es que vamos creciendo poco a poco, y que cada vez se asienta más gente;[17] el mismo desarrollo nos dirá que cambios debemos adoptar si queremos —y podemos— juntarnos 100.000 personas en grupos de este tipo

Para Sevilla Guzmán y Alonso Mielgo (2002) la expansión de los proyectos socioeconómicos, y más en concreto de los centrados en la producción, distribución y consumo asociativos de alimentos ecológicos es contraria a la dimensión de los mismos como movimiento social.[18] La forma en que éstos

---

17 De los tres años que lleva la cooperativa en el momento del estudio realizado, un tercio de la gente entró cada año. Se da una dualidad importante entre el grupo que entró al principio y se mantiene, y el grupo que entró el último año, con mayor inestabilidad. Sin embargo, el grupo «estable» va creciendo poco a poco, según mejora el funcionamiento.

18 Extraído de varios estudios de caso sobre la evolución de las asociaciones de consumidores de productos ecológicos en Andalucía.

actúan como agente político es en los escenarios más locales, a través de un contacto directo entre consumidores y productores, y entre las asociaciones y los entornos territoriales. La profesionalización de la actividad, de alguna forma necesaria para que estos proyectos superen la precariedad y por tanto puedan estabilizarse, requiere de aumentos en el tamaño de los proyectos, y esto puede alejar a las distintas partes, y a la vez debilita las identidades colectivas que se puedan crear.

En el BAH! intentamos un modelo de desarrollo que escape a la contradicción entre expansión de la experiencia económica y conservación de su carácter de movimiento social. Para ello, lo primero es escaparse de la noción de *crecimiento* como objetivo último y necesario de nuestra evolución. El crecimiento, como tendencia natural de los procesos sociales, nos viene del corazón de la ideología liberal y es causa constante de conflictos en procesos sociales que no buscan la implantación total, sino solamente la existencia. Por oposición, el *desarrollo* del proyecto presenta al menos tres dimensiones: equilibrio interno, mayor densidad de flujos y servicios internos, y por último expansión. La expansión de nuestros proyectos es ampliamente deseable para crear más empleo y consumo autogestionados, e incluso necesaria para la optimización de muchos procesos como la adquisición de insumos, la incorporación de otro tipo de productos al sistema... Sin embargo, esta expansión no es deseable si a cambio debemos soportar la pérdida de los principios y de la coherencia interna de la iniciativa.

Por ello no hablamos de crecimiento sino del *tamaño ideal* para cumplir coherentemente los objetivos que nos hemos marcado, que irá creciendo en todo caso en un proceso consciente y autodependiente, según la organización lo decide y sus capacidades —tecnología organizativa, recursos, infraestructuras, coherencia y cohesión internas...— lo permitan. Por esto, los criterios de coherencia interna dirán cuál es ese tamaño adecuado, que cada organización debe fijar según sus necesidades y su situación, ya que el fin de una iniciativa es existir y mantenerse en el tiempo conservando la esencia, y no tanto crecer.

Por ejemplo, en nuestra cooperativa estos criterios no están explicitados, pero el debate sobre el tamaño ha tenido una evolución muy definida, y a nuestro parecer respondería en primer lugar a una determinada relación entre el número de trabajadores y el número de productores; a que permita, luego, una calidad y cantidad adecuadas de la producción correspondiente a cada socio; de la estabilidad y el funcionamiento adecuado en los órganos de gestión —GG.CC., Asamblea General...—; de que permita unos ingresos suficientes para mantener la actividad; a que no suponga un exceso de trabajo para el GT; a que existan infraestructuras adecuadas —local, almacén, tierras, transporte...; a que haya un equilibrio entre la gente más implicada y aquella que lo está menos, entre veteranos y nuevos...; y a que haya estabilidad en el debate y un nivel aceptable en la participación.

Sobre la base de estos criterios, el tamaño adecuado se ha fijado en un número distinto en las diferentes etapas de la cooperativa, según ésta se iba desarrollando en sus diversas dimensiones. Así, al principio el objetivo fue asegurar un número mínimo de gente para estabilizar la iniciativa; después se intentó alcanzar un número que asegurase la estabilidad financiera; más tarde se fijó por primera vez un tamaño máximo para asegurar una mínima cantidad de verdura para cada socio; y en la última fase el tamaño máximo se ha definido en 130 Unidades de Consumo para asegurar una adecuada

participación en las tareas de gestión, y en siete personas el GT para una organización óptima del trabajo. Un tamaño excesivamente grande impide la estabilidad del grupo, con lo cual baja la productividad y la disponibilidad de los recursos, lo cual lleva a la precarización de la actividad. Esta precarización, más que regular el tamaño a la baja, puede lastrar el proyecto hasta llegar a acabar con él, o hacer que degenere hacia formas jerárquicas por la disfuncionalidad intrínseca a una asamblea excesivamente grande.

Por ello, cuando se ha acumulado un número grande de gente que quería entrar en la cooperativa —ya sea como trabajadores o como consumidores— se ha optado por la multiplicación de la estructura, en vez de por el crecimiento. Así, se ha impulsado el desarrollo de otros proyectos análogos, que se desarrollan de forma coordinada con «la matriz» pero a su vez totalmente autónomos. Es una vía para que pueda crecer la gente involucrada en este tipo de actividad, sin poner en peligro la coherencia interna de las estructuras por un tamaño inadecuado. Se abre así la posibilidad de un crecimiento ilimitado, pero que no entra en contradicción, en principio, con la esencia participativa y horizontal del proyecto.

En 2002 surgió en Montejo de la Sierra —norte de Madrid— un nuevo proyecto: «Surco A Surco» de un nuevo núcleo de producción constituido por dos personas de las cuales una formó parte del «colectivo BAH!». Ambos están ligados a un grupo de consumo en el Barrio del Pilar, en el norte de Madrid. Comenzaron como periodo de prueba con 15 Unidades de Consumo y una Unidad de Trabajo, y en el 2003 han llevado la Huerta a La Iglesuela —Valle del Tiétar, Toledo— y actualmente pretenden aumentar a dos las Unidades de Trabajo y a 40 las Unidades de Consumo. Si bien hasta el momento los medios de producción son en buena parte propiedad de los trabajadores, se avanza hacia la propiedad conjunta y el sistema de relación entre producción y consumo es en forma de bolsas fijas, sin precio. Los cultivos e inversiones se deciden conjuntamente, y se siguen los mismos principios definidos en el BAH! como *corresponsabilidad* entre producción y consumo. Por otro lado, en 2003 varias personas cercanas al BAH! se reunieron para lanzar un nuevo proyecto con tierras en San Martín de la Vega (Madrid) ante la gran demanda de gente que quiere entrar en la cooperativa. Este nuevo núcleo del BAH! comenzará a trabajar en noviembre de 2003, y prevé reunir cuatro Unidades de Trabajo y 80 Unidades de Consumo.

En cualquier caso es importante reforzar los espacios de responsabilidad para los consumidores, y muchas posibilidades de participación, para que la gente siga de cerca la cotidianidad de la cooperativa, y se pueda hacer efectiva una responsabilidad conjunta de productores y consumidores sobre la actividad. Pero por otro lado no hay que recargar a la gente con demasiadas reuniones. La experiencia nos dice que sin un mínimo de reuniones no es posible la participación en la toma de decisiones. Tan malo es el exceso como el defecto. La clave es encontrar el punto justo y que haya una flexibilidad para diferentes niveles de implicación. La experiencia de nuestra cooperativa y de otras cooperativas de consumo señala claramente que la gente no puede o no tiene ganas de reunirse. En este sentido, hay muchas estrategias posibles:

- En Courgenay (Suiza) hay desde hace 20 años una cooperativa que funciona también sin precios y con sistema de bolsas fijas, en la que los medios de producción son propiedad colectiva de productores —1 Unidad de Trabajo— y

consumidores —100 Unidades de Consumo—, y que funciona de forma asamblearia. Sin embargo este contacto íntimo del consumidor con la realidad de la huerta se realiza mediante 18 horas anuales de trabajo en el huerto por cada Unidad de Consumo, mientras que los trabajos de gestión se llevan a cabo por medio de una comisión de seis personas que se reúne todos los meses, y que es reelegida en la asamblea general anual de toda la cooperativa. Parece que en Ginebra (Suiza) hay otra cooperativa de igual naturaleza pero que agrupa a 600 familias y varios trabajadores.

- Hay bastantes núcleos de producción que se relacionan con Grupos o Cooperativas de Consumo que siguen el sistema de bolsas fijas, pero que no se basan en la propiedad colectiva, sino que su relación se reduce a revisiones conjuntas —de productores y consumidores— o encuestas entre las partes para poder prevenir problemas sobre la marcha del proyecto, apoyos más o menos puntuales y compromisos de consumo. En este caso, el riesgo de problemas en la producción se queda para los productores, y entonces más que hablar de responsabilidad conjunta, cabría hablar de solidaridad entre producción y consumo. Sería el modelo, por ejemplo, de «La Kosturica», en Gisá d´Amunt, Barcelona.

- En cuanto a las organizaciones de consumidores también hay infinidad de modelos, desde aquellos en que todo el trabajo de gestión es voluntario a otros en que hay gente «liberada» para esas tareas.

Es deseable que exista cierto grado de tensión entre lo que se desea aportar y lo que se decide colectivamente que se va a hacer para poder avanzar, pero también es claro que un ambiente de exigencia excluye a gente en la cooperativa y genera sentimiento de culpabilidad en aquellos que no pueden asumir el nivel más alto de compromiso, lo cual no es deseable. También es cierto, repetimos, que el carácter abiertamente «militante» del proyecto es uno de los principales factores de identidad grupal y permite generar entre sus miembros un fuerte sentimiento de pertenencia al proyecto, que lo hace atractivo para mucha gente que constantemente quiere entrar en la cooperativa. También le confiere una gran capacidad de acción debido a la gran concienciación de la gente y la ilusión que el proyecto genera.

Pero debemos estar atentos. Mucha gente cambia cada año en la cooperativa —también en el Grupo de Trabajadores—, y por tanto se pierde gran parte de lo que se aprende. Persiste la sensación de estar siempre empezando y de no avanzar, algo que indudablemente debilita mucho. La intención de estos proyectos es que nos permitan vivir de otra manera: vivir quiere decir que deben ser asumibles como proyecto de vida, y por ello, al igual que la persona debe aportar energía al proyecto, el proyecto debe aportar mejoras en la vida de sus miembros. Muchos proyectos preciosos se sostienen solamente con la esperanza de que algún día se va a vivir mejor, pero su trabajo no se traduce en mejoras palpables. Por ello mucha gente que ha militado muchos años en proyectos sociales llega un día que se cansa y lo deja todo. Todo. Y vuelve a una vida normalizada y al trabajo asalariado, porque muchos proyectos no permiten la existencia de situaciones intermedias entre el presente y la utopía a la que se pretende llegar.

Para que nuestros proyectos sean reales deben tener continuidad y ser susceptibles de ser asumidos como proyectos de vida. Para toda la vida. Para ello deben dotar de niveles crecientes de bienestar a sus miembros, ya sea en

forma de dinero, de recursos o de tiempo y disfrute. Este tipo de proyectos no pueden situarse en la excepcionalidad del esfuerzo militante, del sacrificio por un bienestar que nunca llega. Si mi proyecto me impide desarrollar otras partes de mi vida, es que algo falla. Entre ser mártires y convertirnos en unos burgueses asquerosos hay muchos intermedios: la dificultad no puede ser un indicador de que se está luchando mucho y en el camino adecuado. Los indicadores de lo que estamos consiguiendo deben estar definidos en positivo: no hay que tenerle miedo a que proyectos transformadores permitan a los militantes que efectivamente vivamos mejor.

4.5.2. Acción política

El proyecto de Bajo el Asfalto está la Huerta surge de los Movimientos Sociales Antagonistas Madrileños, se desarrolla en ellos, de ellos tomamos la energía, la práctica, el discurso, la tecnología organizativa... Surge de un espacio social con una importante actividad política —en cuanto a la gestión de los asuntos colectivos, y no del acceso al poder por medio de las urnas—, como una realización de éste hacia los espacios del autoempleo, el consumo responsable y la producción en el sector primario. De hecho, casi todos los grupos y gente de la cooperativa surgen, al menos en un primer momento, de este tejido.

Sin embargo la participación política de la cooperativa en movimientos, plataformas y campañas no ha dejado de ser fuente de conflicto desde el inicio. Al igual que otras tareas, la acción política —participación «hacia fuera», como a veces se ha denominado— es una actividad voluntaria, en el sentido que no se considera un mínimo de participación en la cooperativa: se proponen actividades a las que la gente se una sólo si lo consideran interesante. Pero presenta características especiales que podríamos reunir en tres grupos: para alguna gente la auténtica finalidad de la cooperativa, como estructura socioeconómica, es reunir gente para aprender a autogestionarnos y generar organización social. Desde esta perspectiva, la política «hacia fuera» supone perder energía innecesariamente. También hay quien opina que una estructura socioeconómica que no mantiene una actividad política constante degenera hacia la despolitización, lo cual la puede llevar a su desaparición al perder su sentido —y más aún si la estructura se basaba precisamente en la actividad militante y la afinidad política—; y por último está constantemente presente la «deuda» que existe con unos movimientos sociales que nos apoyan con su infraestructura y de los que viene nuestra gente, por ello hay personas que creen que deberíamos implicarnos más en campañas y movilizaciones con otros grupos.

Se ha acordado que sólo participaremos como estructura en campañas debatidas y aceptadas por todos los grupos, y en las que se decida la participación activa y unitaria de la cooperativa. Por ello debemos ser capaces de articular la acción desde los grupos, con una mínima delegación, lo cual es muy lento e incluso contradictorio con muchos modelos de campaña en los que la toma de decisiones no puede respetar estos ritmos. En la práctica la cooperativa como tal ha participado en pocas campañas, y normalmente en temas muy específicamente relacionados con nuestra actividad cotidiana y en los que había un fuerte consenso de inicio: contra la Central Térmica de

Morata de Tajuña, contra la Privatización de las Fincas Públicas Agrarias (Aranjuez), o acciones puntuales de apoyo a otras luchas —Centros Sociales Okupados, acciones del Movimiento anti-globalización... En temas en los que no había acuerdo simplemente no se ha participado más que a nivel individual o sólo ciertos grupos, o se han realizado acciones puntuales de apoyo, sin necesidad de que se asumiera la campaña al completo por medio de un debate que definitivamente no se podía afrontar.

Cuando la percepción que recibe la organización de sí misma es la de escasez de recursos, la relación entre actividad interna —mantenimiento y reproducción de la estructura y su actividad— y externa —acción política, coordinación, difusión, apoyo a otros grupos...— se plantea como enfrentamiento de intereses: o una u otra. Hasta el momento la cooperativa ha optado por fortalecer la actividad interna, y mantener hacia fuera tan sólo actividades de difusión y de apoyo de otros proyectos parecidos de producción y consumo agroecológicos. Sin embargo, el carácter voluntario de la actividad política sigue conllevando problemas, ya que al no haber asumido de verdad que es voluntario trae problemas de culpabilidad, sobreesfuerzo, etc.; los mismos problemas que los de la participación «interna»: desequilibrio, culpabilidad, sobreesfuerzo, sensación de ineficacia.

Lo que subyace en todo momento es que la mayor parte de la gente de la cooperativa ya milita en otros movimientos sociales —un 73%—, y los GG.CC. suelen estar en organizaciones sociales con su propia actividad política. Por ello, esta actividad en el BAH! se considera doblar esfuerzos y no se ve necesario. Por otro lado, el sistema de delegación adoptado hace muy costoso el proceso de coordinación con otros grupos, y por ello muchas veces se opta por participar de forma individual o aislada.

Ni hay capacidad, ni se ve la manera en que se puede articular desde la asamblea esta coordinación, debido a que no se quiere delegar responsabilidades estables y tampoco sobrecargar en los temas a debatir con más cuestiones internas. Esto es problemático, se dejan cuestiones que no se trabajan y la delegación al final se produce informalmente, lo cual a menudo ha degenerado en desconfianzas y conflictos. La naturaleza participativa y de mínima delegación de nuestro proyecto dificulta e incluso bloquea nuestra articulación en otras organizaciones de mayor grado, y más aún cuando la estructura de alguna de estas organizaciones imposibilitan los procesos participativos en que sus opiniones y propuestas han de generarse de abajo a arriba. Y esto, no tanto por la mínima delegación, sino por no haber encontrado la forma de vertebrar esta delegación de forma operativa y a la vez respetando los ritmos de la Asamblea. Esta es una contradicción importante, sobre la que debemos trabajar.

Es interesante el caso de la relación del BAH! con el Centro Social Seco, donde hemos situado la base de operaciones de la cooperativa desde el primer momento. Pese a pasar muchas horas de la semana allí, ha sido casi imposible durante casi tres años articular la participación de la cooperativa en la Asamblea del Centro Social, así como cumplir con los compromisos derivados de utilizar el espacio, más allá de la participación de miembros del grupo de trabajadores. Al final se ha conseguido la integración en esta organización de 2º grado con la rotación de la responsabilidad entre los grupos de consumo. Esto tras constatar el fracaso, una y otra vez del voluntarismo militante de unas pocas individualidades por implicar a la

cooperativa con el Centro Social. Hasta que la cooperativa no se ha hecho cargo de la responsabilidad contraida y se ha entendido colectivamente en cada Grupo de Consumo, no se ha realizado la tarea. Las buenas labores de comunicación interna han permitido finalmente la asunción del compromiso colectivo.

Sobre la fórmula de proyectos económicos asamblearios y participativos —como los Centros Sociales Ocupados, el servidor telemático Sindominio, las cooperativas de vivienda como CoViJo o el propio BAH!— están visibilizando en Madrid la incapacidad, por el momento, de engarzar los distintos espacios de autogestión que se van generando desde los movimientos sociales antagonistas. Si bien hay bastantes personas que están en varios de estos proyectos a la vez, esto no cristaliza en la formalización de relaciones entre los mismos. Muy al contrario, ocurre que las personas se decantan por su implicación en uno u otro proyecto, lo cual a veces ocasiona el abandono del resto por no poder implicarse lo suficiente. Urge abrir un debate entre las distintas experiencias para ver cómo hacemos que esta convergencia en el discurso asambleario y autogestionario cristalice en una red operativa de proyectos que de hecho ya están entrelazados, y que se pueden fortalecer mutuamente aún más.

En cuanto al sector concreto del consumo asociativo de alimentos ecológicos, observamos una importante dificultad en el BAH! para relacionarnos con otras iniciativas muy interesantes que ya existían o que están surgiendo. De hecho, muchos de los GG.CC. del BAH! participan desde el principio —o antes— de la cooperativa en la Red de Grupos Autogestionados de Konsumo de Madrid, en la que se abastecen de todo tipo de productos no perecederos; pero hasta el momento no ha sido posible la imbricación de ambas estructuras que en la práctica se solapan casi en su totalidad. Tampoco se ha debatido el contacto con la Coordinadora de Grupos de Consumo de Madrid, que ha cristalizado en el 2003, y que agrupa a varias organizaciones[19] del área metropolitana madrileña para abastecerse colectivamente de ciertos productos, así como publicitarse y constituir una organización con más fuerza. Vemos cómo deficiencias en la estructura impiden la coordinación con otros espacios análogos que podrían desembocar en un aislamiento indeseable para la organización, y en la limitación de sus posibilidades. Este aspecto ha sido bastante criticado por algunos miembros de la cooperativa, hasta el punto de llegar a abandonarla, sin que de momento se le haya podido dar solución.

En cuanto a la coordinación con otras iniciativas de producción, resulta también difícil la formalización de relaciones. Tras el encuentro de «Enraizando Las Luchas» que reunió en el invierno de 2001 a 14 iniciativas agroecológicas de distintas partes de la península, no se consiguió asentar la coordinación. La relación informal ha continuado a través de contactos personales, o de otros encuentros. Entre las siete iniciativas que asistieron de Madrid[20] y sus alrededores, los contactos se han seguido realizando de forma

---

19 Esta coordinadora reunió, al menos, a La Espiga, Asaltodemata, Ecosol, REDES, GAK-CAES, GG.CC. de «Ecologistas en Acción» y «Subiendo al Sur», Red de GAKs.

20 Coop. «Cocinillas» —Berzosa de Lozoya, Madrid—; Coop. «Los Apisquillos» —Puebla de la Sierra, Madrid—; Surco A Surco —La Iglesuela, Toledo—; Asoc. Agroecológica «En Tempero» —ya disuelta, Perales de Tajuña, Madrid—; gente de Utande —Guadalajara; «Comando Garibolo» —Galápagos, Guadalajara— y BAH! —Perales de Tajuña, Madrid.

informal, cristalizando en algunas producciones conjuntas o concertadas entre distintos núcleos, actividades de apoyo mutuo, e incluso con una propuesta de una mayor convergencia entre algunos núcleos de producción agraria.[21] La intención, en todo caso, sigue siendo la de tejer relaciones efectivas y estables de colaboración antes que la de establecer estructuras de coordinación de costoso mantenimiento, y que puedan anquilosar las relaciones. La estructura ha de ser un medio, y nunca un fin.

En sus cuatro años de existencia podemos decir que el BAH! ha tenido cierto impacto sobre la escena asociativa madrileña, como era nuestro objetivo, al desarrollar una práctica cotidiana ecológica en un entorno urbano y desde una óptica anticapitalista. Permitimos, de alguna forma, que se desarrollen y se pongan en práctica los valores de la Ecología Social en un entorno socioeconómico alternativo, que permite ir más allá de medidas ambientalistas para hacer crecer de forma no mercantil la producción, la circulación y el consumo de alimentos. Así como acercar a algunos sectores del movimiento anticapitalista madrileño más refractarios al ecologismo a una práctica de la ecología que entronca con el discurso de la autogestión y de la transformación social de base.

Por otro lado, el BAH! se ha convertido en un referente de autoempleo autogestionario para muchos colectivos del área anticapitalista del Estado español, y más en concreto en el sector primario, donde apenas existen experiencias cooperativistas o de autoempleo entre los movimientos alternativos. También está sirviendo para acercar a alguna gente a los espacios sociales autogestionados a través del consumo, para conectar distintas generaciones de militantes y distintos colectivos que comparten territorios, e incluso distintos movimientos sociales, ya que en la cooperativa se une gente perteneciente a decenas de colectivos, con prácticas muy diversas. Está sirviendo, por tanto, como medio de comunicación entre distintas realidades, y como fortalecimiento del anclaje de algunos colectivos y espacios sociales a su entorno territorial.

En el medio rural, nos ha sido muy difícil ir contactando con gentes o grupos afines porque éstos son escasos, pero también porque el contacto se realiza tan sólo a través del Grupo de Trabajadores, que la mayor parte del tiempo ha vivido en Madrid y que además van al pueblo tan sólo las horas de trabajo, a parte de que en su mayoría cambien de año en año. En el campo las relaciones avanzan muy lentamente: nadie se fía de ti porque eres joven y forastero, y mucho menos si llevas «pintas raras»; por otro lado, uno nunca sabe lo que está pasando, pues las razones del porqué de las cosas están ocultas en un turbio y revuelto mar de relaciones —sociales, familiares, políticas, afectivas, económicas...— que es absolutamente opaco para el forastero y que nunca se llega a conocer del todo. Los contactos se hacen en lo cotidiano, y muy especialmente a través del trabajo, en nuestro caso en la interdependencia que se da dentro de la comunidad de agricultores que

21 Surco A Surco y los dos BAH! actuales están buscando juntos nuevos grupos de consumo, y se está debatiendo entre los grupos de trabajadores algunos avances en la coordinación para las tareas agrícolas: adquisición conjunta de insumos, producciones concertadas, o incluso un boletín conjunto de las tres cooperativas. A su vez hay contactos entre los dos BAH!, Surco A Surco, Los Apisquillos y el Comando Garibolo para coordinar y/o asociar producciones.

dependen de unas mismas infraestructuras, que sufren los mismos rigores del clima, las mismas plagas, las mismas agresiones de la expansión del modo de vida urbano. Ha sido interesante comprobar cómo, con sus propias reglas, las relaciones aquí no están mediadas tanto por el dinero —que también— como por otros elementos de carácter social y cultural, marcadas por la reciprocidad y por cierto tipo de solidaridad.

4.5.3. ¿Dónde está el norte?

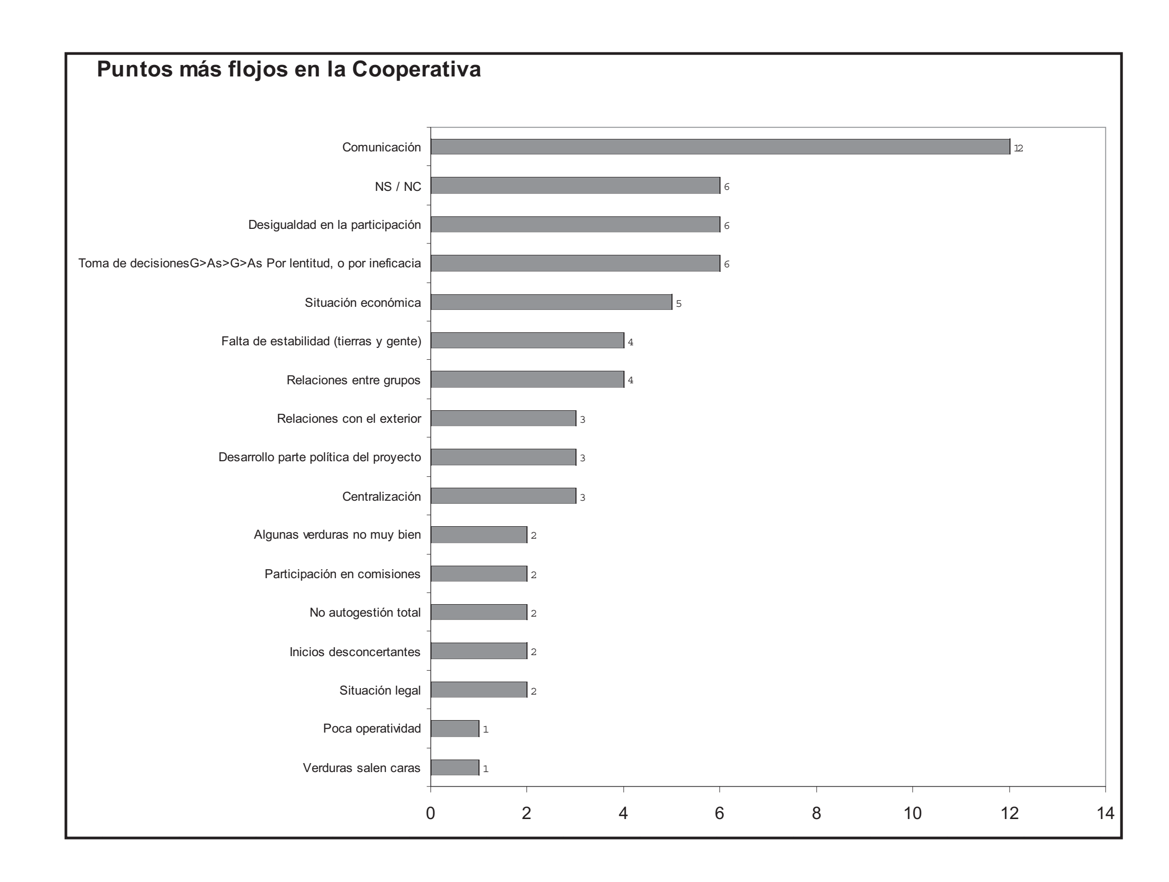
Urge abrir una profunda investigación sobre lo que ha quedado de aquella potente oleada cooperativista y autogestionaria que se dio en las décadas de 1970 y 1980[22] en nuestros pueblos y ciudades: cooperativas de producción en todos los sectores —agrícolas, industriales, de servicios—, experiencias de autogestión comunal, escuelas, viviendas, cooperativas de consumo, colectividades rurales y urbanas... Hoy vemos cómo poco a poco ese impulso vuelve a surgir, y sería importante no cometer los mismos errores que se cometieron entonces. Si bien la situación ha cambiado bastante, seguro que hay cosas que nos son útiles. Es necesario recuperar este conocimiento, así como seguir analizando y teorizando sobre los nuevos proyectos que vamos desarrollando.

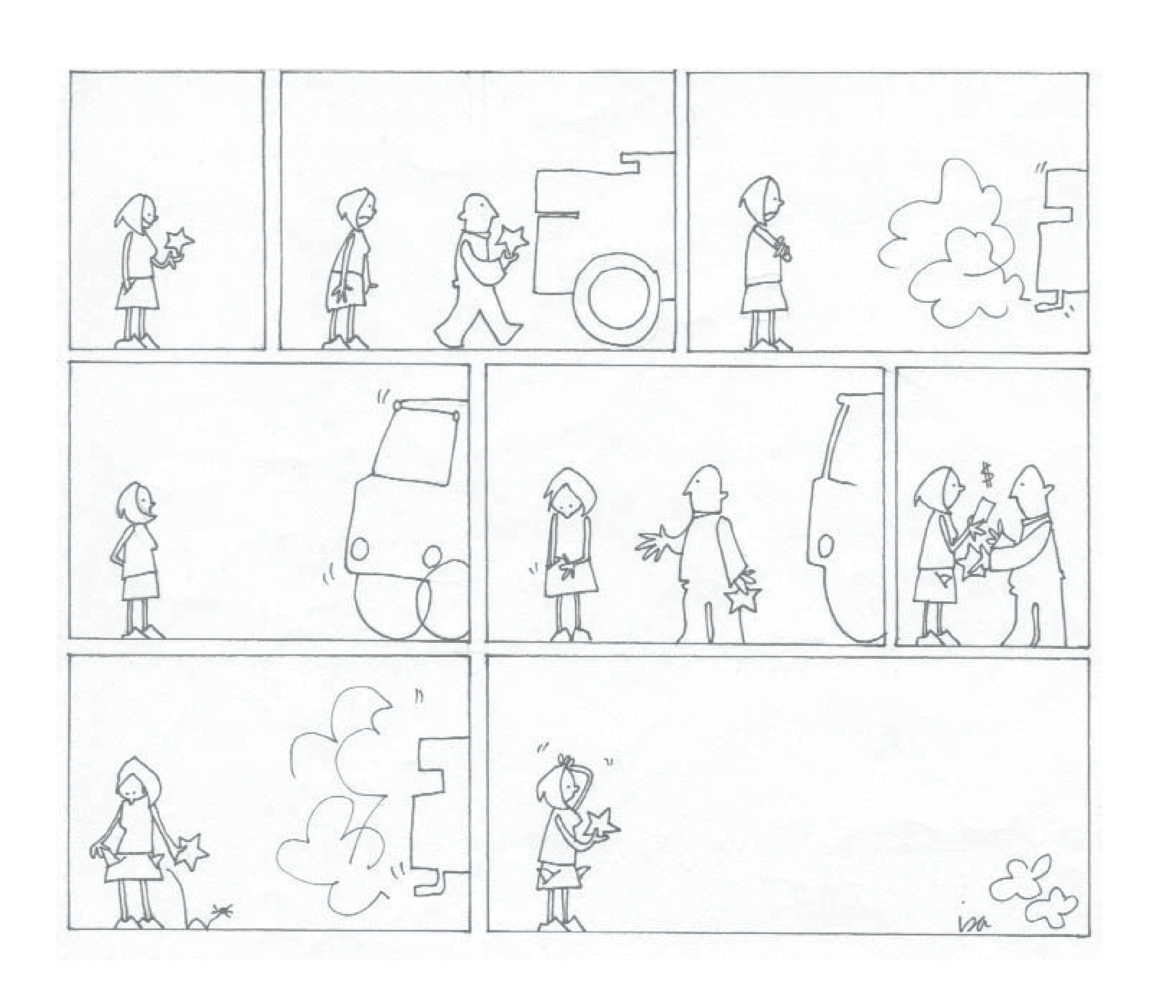
¿Dónde está el equilibrio? ¿Qué es lo imprescindible del proyecto? ¿Qué decisiones y cambios harán que el proyecto siga vivo y fresco? ¿Qué parte del proyecto constituye la esencia donde reside su potencial de transformación social? ¿Qué momentos de la cooperativa son los que con mayor potencia generan subjetividad antagonista? ¿Hasta qué punto ir a reuniones y tomar decisiones sobre nuestra alimentación cambian la conciencia de la gente, de nuestras propias potencialidades individuales y colectivas?... Se nos ocurren miles de preguntas y no sabemos si tendremos respuestas. Nuestro proyecto debe avanzar mucho más para juzgarlo, para dotarnos de un análisis que no sea tan apresurado como este.

Es difícil determinar cuál es la dirección a tomar cuando se plantean disyuntivas de este tipo. ¿Cuáles son los aspectos a favorecer? La creación de empleo, la capacidad de movilización de la asociación en actividades de denuncia, que haya variedad y cantidad en la oferta de los productos, reunir a muchos consumidores, que la producción sea lo más agroecológica posible... Lo realmente interesante es que sean proyectos que reúnan todos los elementos posibles. Según el aspecto que se potencie se generarán unos efectos, que en el peor caso pueden incluso suponer también la desaparición del mismo. Posiblemente, lo interesante sería encontrar, si es que las hay, vías intermedias a la oposición entre economía y ecología, entre teoría y práctica, entre participación y efectividad, entre organización y espontaneidad: una actividad socioeconómica sostenible en el tiempo, que tiene capacidad de actuar como organización o movimiento social, y que es capaz de evolucionar

22 Podemos encontrar gran número de artículos, reseñas y números monográficos sobre proyectos de este tipo en revistas alternativas de las décadas de 1970 y 1980 como *Bicicleta*, *Integral*, *Ajoblanco* y muchas otras.

y cambiar conservando su esencia de transformación social de base y emancipación. ¿Cómo se hace eso? Bueno, pues no lo sabemos. Se trata de que cada proyecto vaya avanzando en nuestra propia línea, y juntos avancemos hacia la convergencia.





5. ¿Cómo es el B.A.H!?

Una experiencia concreta para intentar la autogestión de la Producción-Distribución-Consumo alimentarios en el seno de una comunidad inserta en los movimientos sociales.



5.1. Introducción

En primer lugar debemos reiterar, como ya se señaló en la introducción general del libro, que los enfoques y opiniones que aquí aparecen son simplemente fruto de la experiencia de dos personas que han participado en el proceso de construcción del proyecto y que no pretende ser ni el autoanálisis «oficial» del BAH! ni recoger todas las visiones existentes. Seguro que coincidimos, nos diferenciamos y discrepamos, tanto en lo que se refiere a las cuestiones como en los matices, con las demás gentes del BAH!. Este hecho puede ser más importante en este capítulo que trata sobre la vida concreta de la organización.

Hecha esta salvedad, intentamos en este último capítulo situar al lector y a la lectora en la realidad actual del BAH! desde su proceso de surgimiento —que aún continua en muchos aspectos dado que somos una experiencia joven de apenas 4 años. Se trata de una realidad en construcción constante como la misma realidad social y ambiental en la que se desarrolla el espacio periurbano sometido a fuertes presiones de cambio o perturbaciones por los procesos de modernización y urbanización que impone la expansión de la ciudad siguiendo el modelo desarrollista de la lógica capitalista. Este capítulo intenta reflexionar sobre la coevolución del BAH! como organización social en relación con el entorno que le rodea —social y ambiental. Esta relación intenta ser de diálogo y adaptación con lo que queda de popular y de natural en el territorio en el que se desarrolla el proyecto y por el contrario intenta ser dialéctica y antagonista con las modificaciones que el poder y el desarrollismo han impuesto en nuestro entorno.

Seguidamente analizamos los principios en los que se basa el BAH! en el seno de esa realidad paradójica y conflictiva. Se trata de unos principios consensuados que tienen una finalidad inspiradora más que estatutaria —de hecho se han aprobado recientemente y sólo con el objetivo de difundir el proyecto.

Mediante algunos esquemas sencillos tratamos de exponer lo más claramente posible cuáles son las estructuras y procesos más básicos de funcionamiento que practicamos —unas veces con más éxito que otras— en cuanto a la toma de decisiones y la organización de las principales actividades. Como se indica convenientemente en el texto, bastantes datos sobre el proyecto provienen del proceso de investigación-acción participante (I.A.P.) que está realizando el BAH! en colaboración con la Maestría Iberoamericana en Agroecología y Desarrollo Rural Sostenible.[1]

Asimismo, se analiza la inserción del BAH! en los diferentes movimientos sociales, fundamentalmente en los que le dieron vida. El capítulo finaliza trazando algunas perspectivas sobre la base de debates más de fondo, que a la hora de redactar este texto están todavía ocupando a nuestra organización.

En todo caso, se debe señalar que no se trata de contar «las batallitas del abuelo» en un plano autorreferencial sino de exponer nuestras opciones de organización y de analizar en qué medida pueden suponer propuestas alternativas para autoorganizar la cobertura de algunas de nuestras necesidades básicas —materiales y de socialización— colectivamente pero sin vernos sometidos, a cambio, a pesadas estructuras verticales y burocráticas.

5.2. Cómo surge y evoluciona el BAH!

Al margen de las circunstancias anecdóticas que en un momento dado confluyen para que surja un proyecto podemos empezar diciendo que en las primeras Asambleas de las que luego nacerá el BAH! se convocó «a gente interesada por la agricultura ecológica y la okupación de tierras». Sin embargo, pronto se propusieron tres proyectos diferenciados: uno sobre la base de la okupación de una finca pública en desuso para la producción y el consumo ecológicos, otro de okupación de un pueblo para la vida comunitaria por medio del desarrollo de la economía campesina, y otro de debate y edición de una revista sobre temas de Ecología Social, animada por un grupo de debate y difusión de estas ideas. Finalmente fue el proyecto de okupación de tierras el que se priorizó dado que era el más definido y el que contaba con más gente dispuesta en ese momento, si bien el de la okupación de un pueblo también llegó a materializarse en parte en Aizkurgui, cerca de Itoiz (Navarra).

En esa Asamblea inicial, de la que surgió tras los primeros meses de funcionamiento el BAH!-Colectivo, convergieron gentes de principalmente cuatro movimientos sociales: el de okupación, el ecologista, el cooperativista

---

1 Se trata de una investigación que va a presentar Carlos Barrajón, un antiguo trabajador de la cooperativa, como tesis de la Maestría en Agroecología y Desarrollo Rural Sostenible que ha realizado. La tesis la dirige Eduardo Sevilla Guzmán del Instituto de Estudios Campesinos de la Universidad de Córdoba. Se trata de un autor ampliamente citado en nuestro libro y en toda la bibliografía agroecológica.

—consumo y producción autogestionados— y el estudiantil —grupos que trabajaban temas de ecología social.

CUADRO 1:

Históricamente el BAH! groseramente tiene la siguiente «evolución estructural»:

Tipo de organización	Lugar	Fechas	Participantes
Asamblea informal	CSOA LaboII	Oct-dic-(99)	Ex miembros del colectivo Malayerba, de C.S. Okupados y otros.
Colectivo Bah!	CSOA La Biblio	Ene-mar-(00)	Ex Malayerba y otros varios
Grupo de trabajadores	Torrejón	Mar-ago-(00)	Miembros del colectivo BAH!
G.T.- Asamblea mensual de GRUPOS	CSOA Seco	sep-oct-(01)	G.T. y Red de Gaks y nuevos GG.CC.
Cooperativa Bah!	CSOA Seco	oct(01)-may-(02)	G.T. y GG.CC.
Cooperativa unitaria p-d-c. bah!	CSOA Seco - Perales de T.	may(02)-dic-(02)	GG.CC. y Grupo de perales

(NOTA) *Este cuadro simplifica procesos múltiples y complejos. No ha existido en realidad un modelo único de organización, ni unas fechas tan delimitadas entre una etapa y otra, son sólo pinceladas para intentar expresar de manera más comprensible una determinada trayectoria.*

Obviamente es en principio la gente del propio colectivo BAH! la que más se implica en sacar adelante el proyecto. Desde las primeras asambleas abiertas en octubre de 1999 pasaron seis meses de intensísima actividad de cara a debatir ideas y fijar las bases de la futura cooperativa, así como un interesante trabajo político de puertas afuera con el fin de trazar el mayor número de contactos para explicar el proyecto y recoger autoinculpaciones personales y de colectivos para la okupación de tierras —unas 50. Se recabó un abanico de apoyos muy amplio que incluía organizaciones sindicales, ecologistas, vecinales y de barrio, de mujeres, de jóvenes, culturales, de cooperativas de consumo, ONGs, estudiantiles, antimilitaristas, centros sociales okupados, de educación de adultos, de contrainformación, etc ...

En enero del año 2000 se convocó la primera asamblea general en el CSOA Seco con las personas y colectivos interesados en formar parte de los futuros grupos de consumo de la cooperativa. Entre ellos estaban algunos de los grupos pertenecientes a la Red de Grupos Autogestionados de Konsumo (Red de GAKs), que ya llevaban años funcionando —de hecho, aportaron al

proyecto su sistema de distribución de verduras en Madrid. Mientras, se empezaron a convocar asambleas en los locales de la P.G.B. en Torrejón de Ardoz con asociaciones y organizaciones de la comarca del corredor del Henares —Torrejón, S. Fernando, Coslada y Alcalá.

Por fin el 18 de marzo de 2000 unas ciento cincuenta personas de diferentes asociaciones y colectivos de la Comunidad Autónoma de Madrid (C.A.M) entramos en la finca «Caserío del Henares» —comprada hacía 10 años por la Consejería de Medio Ambiente a la familia del Conde de Romanones y en total desuso en la mayor parte de su superficie. Plantamos árboles y los primeros cientos de m^2 de huerta. Negociamos con la Consejería acampar a las puertas de la finca a cambio de poder seguir cultivando las tierras y les entregamos nuestro proyecto por escrito. Estuvimos quince días acampados para defender la okupación, hasta que finalmente se rompieron las negociaciones cuando nos negamos a desalojar a cambio de participar en un concurso por una posible finca en Aranjuez, dado que exigíamos ser realojados antes de abandonar la de Torrejón. El gobierno de la C.A.M. envió un notario con una orden de desalojo en 72 horas a la que presentamos alegaciones que incluían todas las autoinculpaciones y copia de una campaña de FAX dirigidos al Gobierno Regional en apoyo a nuestro proyecto. No hubo ninguna respuesta por lo que en ningún momento interrumpimos los trabajos agrícolas y organizativos. Es entonces cuando se creó el primer Grupo de Trabajadoras (G.T.) que se responsabilizó en el día a día de sacar adelante la producción.

En el fondo del conflicto estaba la lucha contra la política ambiental del gobierno regional del Partido Popular basada en un conservacionismo que intenta preservar pequeñas porciones del medio ambiente separándolas del ser humano. De ahí se deriva su política de levantar vallas, contratar vigilantes y privatizar la gestión de la finca. Frente a esta política intentábamos proponer una integración de las comunidades humanas en su entorno y una gestión social de los recursos naturales. Este conflicto era aun más patente en la medida en que se trataba de una finca incluida en el Parque Regional del Sureste, afectada por la contaminación de las aguas del río, por una central de depósitos de hidrocarburos y rodeada de proyectos de grandes infraestructuras —AVE a Barcelona, M-45, M-50, varias radiales, etc. El BAH! nació pues con la vocación de actuar en el ámbito periurbano, en el espacio físico donde más evidentemente la ciudad se come al campo —aunque como ya hemos visto la ciudad global impone su lógica en la ordenación de todos los territorios.

Lo que no dejó de intensificarse fue la presión por parte de los vigilantes de la empresa que gestionaba la finca okupada. Levantaron una doble valla y cerraron el acceso en vehículo con lo que nos obligaban a caminar con las herramientas y la cosecha varios kilómetros. Sin embargo, fue la «misteriosa» desaparición de nuestra motobomba de riego primero y el cegado del pozo con escavadora más tarde lo que nos obligó finalmente —año y medio después— a suspender el cultivo de esa finca. Como habíamos previsto al riesgo de desalojo, habíamos iniciado paralelamente el cultivo de otra finca en otro pueblo de la C.A.M. (S. Martín de la Vega). Esta otra parcela pertenecía a una finca comunal que se concedía a los pequeños agricultores de la localidad y que por medio de un conocido de ese pueblo pudimos acceder a ella. Sin embargo, en octubre de 2000 recibimos una carta del Ayuntamiento ordenando la interrupción del cultivo en todas las fincas cedidas «para obras de acondicionamiento y mejora de infraestructuras» durante dos años. En

efecto se desmantelaron las acequias de riego y se inició la construcción de carreteras de acceso y la llegada del ferrocarril de Cercanías a la finca, pues justo al lado se empezó a levantar un Parque Temático de la multinacional Warner Bros.

Mientras, la actividad política-reivindicativa no cesaba. En el seno de la Campaña contra la cumbre del FMI-Banco Mundial en Praga 2.000 realizamos acciones locales junto con otras organizaciones. En concreto, ocupamos con gente de la asociación de vecinos y asociaciones culturales del barrio un solar en el barrio de la Latina, en pleno centro histórico de Madrid sumándonos con ello a una reivindicación histórica de los vecinos que exigían su destino como parque público frente a los tratos especulativos propiciados por el Ayuntamiento de Madrid. Además plantamos una huerta para que asociaciones del barrio que trabajaban con chavalas y chavales pudieran realizar actividades de educación ambiental.

El trabajo agotador hizo mella en el incipiente grupo de trabajadores y éste se renovó casi al completo. Es importante resaltar esta situación porque el G.T. surge del Colectivo BAH! y de él hereda la función —y la enorme carga— de llevar casi siempre la iniciativa. Tras el paro de la producción motivada por la dispersión de muchos consumidores en la época de verano se decidió en Asamblea Plenaria en septiembre de 2000 continuar con el proyecto y reanudar la producción y el consumo lo antes posible. La mayor parte del grupo de trabajadores decide irse y buscar tierras en el valle del Tajuña a 35 kilómetros de Madrid. Se trataba de una comarca en la que ya habíamos tenido algunas experiencias de agricultura ecológica —de hecho, cultivamos ajos en una tierra de secano en Perales de Tajuña para autofinanciarnos con su venta. Tras dos meses de difícil búsqueda se logró arrendar algunas tierras y una casa. A finales de febrero y en un tiempo record —incluso se construyeron unos precarios invernaderos— volvió el suministro de bolsas de verduras y la plena actividad a la cooperativa. Ante la incapacidad de los trabajadores de cultivar las nuevas tierras y continuar con la de Torrejón se decidió en Asamblea crear una comisión mixta productores-consumidores que continuase la okupación de la finca y se decidió, ante la falta de disponibilidad de agua, cultivar ajos de secano.

Este fue un año crítico para la vida de la cooperativa pues coincidió con el hecho de que se dobló el número de trabajadores y consumidores —de 3 a 6 y de 60 á 120 respectivamente para lo cual se crearon muchos nuevos grupos de consumo— y con el hecho también de que se reforzara la relación con la Red de GAKs —entraron al BAH! casi todos los grupos de la Red al tiempo que grupos del BAH! ingresaron también en la Red. En cualquier caso, en julio de 2001 se puso en cuestión la viabilidad del proyecto, se convocaron dos Asambleas Extraordinarias y se creo una Comisión para que redactara un Informe sobre los problemas existentes en la Cooperativa; se tomó una decisión definitiva sobre la corresponsabilidad productores-consumidores —en autofinanciación, toma de decisiones, etc.— y se produjo una grave crisis en el seno del grupo de trabajadores que finalmente provocó de nuevo su renovación casi total. Esta apuesta por la corresponsabilidad, aunque siempre existió a nivel teórico en nuestra manera de entender la autogestión, supuso un importante paso práctico porque la sobrecarga que suponía para el G.T. responsabilizarse siempre en última instancia de casi todo se estaba demostrando insostenible a nivel de

capacidad de trabajo e incluso a nivel personal. Además había generado una concentración de información y de capacidad propositiva que hacía que este grupo llenase por sí sólo, casi al completo, los órdenes del día de las Asambleas, y fijara *de facto* la agenda de la Cooperativa saturándola y bloqueándola. Esta acumulación de poder no deseada ha supuesto un gran esfuerzo de tiempo y de trabajo con el fin de disolverla.

El nuevo equipo de trabajadores que comenzó la campaña de invierno 2001/02 estuvo muy mermado, pero fruto del trabajo anterior de concienciación en el seno de la cooperativa y de una política de puertas abiertas en las fincas se produjo un fenómeno muy interesante a nuestro juicio. Varios miembros de los grupos de consumo decidieron formar parte del grupo de trabajadores. Esto supuso un importantísimo paso adelante en el concepto de cooperativa unitaria de producción-consumo, dado que estos nuevos trabajadores llevaron al ámbito de la producción su sensibilidad y experiencia como consumidores y además reforzaron la comunicación, en la medida en que algunos grupos vieron como sus antiguos compañeros eran entonces sus interlocutores. La «barrera psicológica» productores-consumidores cuanto menos era ya permeable.

Sin embargo, seguidamente se desencadenó una fuerte crisis en la relación con la Red de GAKs. A parte de problemas objetivos como la doble militancia —dobles esfuerzos— de algunos grupos en ambas estructuras —BAH! y Red— y la forma de inserción de nuestra organización en las Campañas Globales con los movimientos sociales, empezaron a surgir problemas entre subjetividades personales y colectivas en cuanto al modelo de organización y a su vocación política. En pocas palabras, se puso en duda la compatibilidad de ambos proyectos. Esta situación restó muchas energías a ambas estructuras. Tras la Asamblea Extraordinaria de junio de 2002 se confirmó la viabilidad del proyecto y se creó una Comisión que redactó un Informe, con el fin de hacer una propuesta de orden del día que priorizase los problemas que atenazaban a la Cooperativa. Después de varios meses de trabajo, dos Plenarios —octubre de 2001 y junio 2002— y muchos meses de conflicto, uno de los grupos más activos en ambos proyectos acabó por abandonar el BAH!. Esto generó, por un lado, cierta distensión y la desaparición de algunos bloqueos en los que se hallaban estancadas algunas decisiones y actividades importantes para la vida de la cooperativa, dado que el respeto al ejercicio del derecho de veto y el respeto al consenso fueros siempre mantenidos; por otro lado, hay que reconocer que aun hoy subsisten cuestiones de fondo por resolver en la relación entre ambas organizaciones. Las contradicciones no están totalmente cerradas.

Y así, prácticamente llegamos al «ahora» de esta joven organización. De la situación actual destacaríamos:

- La asunción rotativa por parte de la Asamblea de grupos de la asistencia a las Asambleas del Centro Social Seco —al que llevamos las verduras y en el que realizamos nuestras reuniones— así como de las funciones de moderación y toma de actas de nuestra Asamblea mensual de grupos

- Un fuerte avance en la corresponsabilidad producción-consumo —actividades de autofinanciación, charlas de difusión, participación en los Domingos Verdes de trabajo comunitario en las tierras, etc...

- La colectivización de la distribución —antes la realizaba una repartidora a la que se pagaba dentro del sistema de distribución de la Red de GAKs.

- Un fuerte progreso en la organización del grupo de trabajadores que ha logrado estructurarse con un reparto de tareas y de funciones rotativo, que ha mejorado mucho su eficacia

- La realización de acciones de carácter reivindicativo con los movimientos sociales —contra el desalojo de Centros Sociales y el modelo de Ciudad Global, contra los transgénicos, etc.

A la vista de los cuadros y tablas incluidas podríamos sacar las siguientes conclusiones sobre la evolución del BAH!:

- La evolución estructural de la organización interna seguida por este proyecto (véase el cuadro 1) refleja bastante bien el lento proceso de toma de conciencia de la corresponsabilidad producción-consumo que además va convergiendo hacia un modelo de organización e identidad unitarias que tiende a superar, poco a poco, la falsa separación de intereses que nos hace vivir esquizofrénicamente nuestras actividades económicas en esta sociedad capitalista. Dentro del BAH!, por parte de los consumidores se suele empezar por apoyar a un proyecto de autoempleo y okupación de tierras y con el paso de los años se va tomando conciencia de que todos somos en realidad productores y consumidores —aunque estemos socialmente especializados. De este modo, van sintiendo la Cooperativa como algo suyo con unos intereses, medios y fines comunes. De igual modo, los productores también viven otro proceso convergente pero desde una conciencia de «vanguardia militante» que va cediendo espacio y protagonismo a las estructuras unitarias de la Cooperativa, y de esta forma acaban reconociendo que la Cooperativa como algo que no les pertenece sólo a ellos.

- Se trata pues de un sujeto político estructurado en grupos. Estos grupos han tenido un origen mayormente militante (véase cuadro 2). Abundan los simpatizantes de la órbita autónoma, libertaria o de la izquierda más o menos radical, relacionada con los nuevos Movimientos Sociales —aunque existe una diversidad garantizada por la autonomía ideológica y organizativa de cada grupo. Actualmente la organización comprende una media de 11 grupos que agrupan a unas 130 unidades de consumo, lo cual puede suponer que unas 250-300 personas están consumiendo los productos de la Cooperativa. Sin embargo, todos los grupos tienen ya gente no militante —no obstante siempre simpatizantes de las ideas, la estética o simplemente «el mundillo» de las izquierdas. Precisamente la evolución que se observa ha sido una apertura hacia la inclusión de gente que no se considera militante de ninguna organización y por otra parte un crecimiento de la edad media de las personas que componen los grupos, lo que ha reforzado la estabilidad de los mismos. A pesar de los diversos conflictos que se han dado en las relaciones con algún grupo de la Red de GAKs, lo cierto es que aproximadamente la mitad de los GG.CC. siguen participando en ambas organizaciones. El número de grupos se ha reducido ligeramente a favor de un pequeño aumento de su tamaño medio.

- Si observamos la evolución de algunos parámetros sociales, económicos y territoriales asociados a las actividades centrales de la Cooperativa (véase cuadros 3 y 4) podemos concluir que han mejorado tanto las condiciones de trabajo como de consumo —el «bienestar comunitario». Además esto se ha producido junto a un proceso de importante desarrollo que dobló, ya en el segundo año, el tamaño de la Cooperativa en miembros y actividad, un crecimiento que parece haberse asentado, debido también a una decisión política sobre el tamaño óptimo para que el proyecto pueda seguir siendo posible con unos niveles suficientes de participación, que garanticen también el carácter comunitario de las relaciones sociales.

Territorialmente nos hemos expandido también de forma acorde al aumento de nuestras necesidades y entendemos que la práctica de la agricultura ecológica que realizamos supone un impacto ambiental muy positivo sobre las fincas y parajes donde desarrollamos nuestro proyecto. Quizás, y más desde una perspectiva agroecológica, se echa en falta un análisis sobre la evolución del impacto social de nuestro proyecto en los territorios en los que nos movemos. Dentro del área periurbana, difusa y por tanto difícil de delimitar en que desarrollamos nuestra intervención cotidiana, incluso a nivel de análisis, seguimos inmersos en una fuerte dialéctica campo/ciudad.

Nuestra acción en el polo «ciudad» sí es más palpable dado que llevamos ya cuatro años en los mismos barrios y pueblos periféricos; sin embargo, en el polo «campo» nuestra ubicación ha sido muy inestable debido fundamentalmente a la precariedad en el acceso a la tierra. Hemos tenido que cambiar de fincas y pueblos frecuentemente, hasta hace dos en que nos asentamos en Perales de Tajuña (véase cuadro 5). Sin embargo, el proceso de inserción social en los pueblos es mucho más lento que las ciudades —de donde procedemos— y creemos que aún es pronto para trazar una evolución aunque está entre nuestros objetivos y trabajemos por ello en la convivencia día a día.

CUADRO 2:

Estos son los 22 grupos que pertenecen o han pertenecido a la Cooperativa:

Tipo de organización	Tamaño	Red de Gaks	Actividad de la organización de contacto	Local de reunión
Agrícolas (ex-00)	11	no	estudiantil	Universidad
Alcalá (01)	12-22	no	sindical (CNT)	CNT, AA.VV.
Aravaca (01)	8	no	coop. viviendas	Coop. viviendas
Arganzuela (00)	5	no	coop. viviendas	Coop. viviendas
CAES (ex-02)	6	si	asesoría laboral y coord. MM.SS.	Local CAES
Campamento (ex-01)	6	si	grupo de consumo	CSOA del Bº
Canillejas (ex-01)	3	si	grupo de consumo	Asociación cultural
Cnt- Fed. local (01)	5	no	sindical (CNT)	Sindicato

Cosas de la luna (ex-01)	5	si	asociación cultural del barrio	Local de la asociación
Estrecho (00)	8	si	grupo de consumo	Local okupado
Gato negro-Elipa (01)	8-5	si	asociación cultural del barrio	Local de la asociación
Guinda (00)	9	no	apoyo okupación	Csoa Seco
Laboratorio II (ex-01)	6	no	centro social okupado	Csoa Labo II
Lavandería-Vallecas (02)	3	si	asociación cultural del barrio	Local coop. de viviendas
Perales - G. Trabajador (00)	5-8	no	Colectivo BAH!	Csoa Seco
Prospe (01)	11	si	educación popular	Local cedido a la escuela
Pueblo Vallecas (02)	6	no	vecinos (militantes)	asoc. juvenil Bº
Rivas (ex-00)	5	no	coop. viviendas	coop. viviendas
Sanse (01)	5	no	col. autónomo de Bº	coop. viviendas
Trasgo-Labo III (00)	13	si	asoc. cultural Bº	csoa okupado, asoc. cultural del Bº
VK-zona roja III (ex-00)	3	no	csoa okupado Bº	csoa okupado
Villaverde (ex-01)	10	no	ateneo, CNT, ALA y otras	ateneo, CNT, ALA y otras

(NOTA): En la 1ª columna se especifica la fecha de entrada y si ya no pertenecen (los «ex») al BAH!; en la 2ª el tamaño o rango medio orientativo; en la 3ª si pertenecen a la vez que al BAH! a la Red de GAKs —se explica algo de esta organización en el apartado sobre relación con los MM.SS.— y en la penúltima columna muy a «grosso modo» el tipo de actividad desarrollada por la organización de contacto cuando se creó el grupo —que puede o no coincidir con la actividad de las personas del grupo de consumo. Cuadro de elaboración propia.

CUADRO 3:

Evolución de algunos parámetros de bienestar, dimensión e impacto ambiental de la Cooperativa.

AÑO	CONDICIONES DE CONSUMO	CONDICIONES DE TRABAJO	Nº DE TRABAJADORAS Y CONSUMIDORAS	TIERRAS TRABAJADAS ECOLOGICAMENTE
2000	Empezó en mayo. Hasta mediados de julio el suministro de verduras fue muy escaso. Se paró en octubre.	Asignación media de 50.000 pts. Empezó a recibirse regularmente en agosto. No se trabajaba con horario regular y con el trabajo político se trabajaban de media 12 horas/día.	5 trabajadoras, solo uno a tiempo completo —dos jornadas completas—. Hasta 13 grupos de consumo con una media de 50 bolsas semanales	3 parcelas: con unos 5000 m^2 de secano y 8.000 de regadío en torrejón y S. Martín Vega.
2001	El suministro recomenzó en febrero y no paró. Verduras escasas en general.	Asignación media de 70.000 pts. Empezó a recibirse regularmente en marzo	Se trabaja a horario regular salvo campañas especiales. Sin los tiempos de transporte la jornada media es de 8 horas6 trabajadoras, 4 a tiempo completo —lo que significa 5 jornadas completas. Hasta 17 grupos de consumo diferentes con una rango de 120 á 85 bolsas semanales	6 parcelas: con 600 m^2 de secano y 16.000 de regadío en Torrejón y Vega Tajuña.
2002	Ininterrumpido. Buen suministro de verdura. Se asume la tarea de distribución de las verduras.	Asignación a tiempo completo de 70.000 pts Coop. paga transporte. Jornada: de 6 h en invierno á 10 h en verano —sin tiempo de transporte.	De 6 á 8 trabajadores —lo que significa cinco jornadas completas. 12 grupos de consumo con unas 90 bolsas semanales	6 parcelas: con 20.000 m^2 de regadío en Vega Tajuña.

2003	Ininterrumpido. Buen suministro incluso en invierno.	Asignación a tiempo completo 83.000 pts (=500 €). Coop. pone transporte. Se recibe a primeros de mes. Se recibe bolsa, masajes y tratamiento naturopatía Jornada media 7 horas —sin transporte. De 6 á 8 trabajadoras: 3 a tiempo completo —cinco jornadas y media. 11 grupos de consumo con unas 120 bolsas semanales	5 trabajadoras, solo uno a tiempo completo —dos jornadas completas—. Hasta 13 grupos de consumo con una media de 50 bolsas semanales	7 parcelas: 18.000 m^2 regadío en Valle Tajuña; 8.000 m^2 regadío y 25.000 m^2 de secano en Galápagos (Guadalajara).

Cuadro de elaboración propia a partir de documento interno sobre viabilidad del proyecto.

CUADRO 4:

Evolución cuantitativa de algunos parámetros sociales, económicos y territoriales de la Cooperativa:

Cuadro evolutivo	Año 2000	Año 2001	Año 2002	Año 2003(*)
Colectivos y personas contactadas en la campaña previa[2]	50			
Personas participantes en la okupación M18	unas 100			
Colectivo BAH!	15			

2 Además de todos los recogidos en las notas sucesivas (3,4,5,6 y 7): Asamblea «Rompamos el Silencio», Coord.Lucha Autónoma, CNT-AIT Madrid, Conf. Sind.Solidaridad Obrera, Madres contra la Droga, Escuela de Educación de adultos «La Prospe», Red de Grupos Autogestionados de Konsumo de Madrid, Asamblea de casas okupadas-Madrid, Can Pasqual-Barna, Okupación de huerto de limones-Murcia (Baladre), Revista «Ekintza Zuzena», Revista «Rescoldos», Revista «La Fertilidad de la Tierra» (Savia), Periódico «Molotov», CSOA Seco, CSOA El Laboratorio, CSOA La Nevera, CSOA La Biblio, CSOA La Kasika, CSOA de mujeres «La Escalera Karakola», Asoc. de mujeres «Nosotras mismas», CAES, Colectivo de Agroecología «Kybele» de la U. Complutense, Asoc. Estudiantes de Biológicas «Malayerba» U.Autónoma, Plataforma Cívica por los Derechos Sociales, Asoc. Cultural «Frauen», Asoc. Cultural «Gato Negro», Asoc. Cultural «La Compañía del Crisol», Coop. Agrícola «La Verde» S.C.A-Cádiz, Sindicato de Obreros del Campo y del M.R. de Andalucía (SOC), Area de Medio Ambiente de CC.OO., diputados regionales de I.U. autoinculpados en otras okupaciones, colectivo de jóvenes de la Casa de la Juventud de Rivas.

Autoinculpaciones okupación de Torrejón	casi 300			
Asociaciones y colectivos autoinculpados[3]	30			
Grupos de consumo:				
Número de grupos pertenecientes	13	17	13	10
Número medio anual	7	13	12	11
BAH! y Red de GAKS[4]	6	6	6	5
Sólo BAH![5]	7	11	7	5
Asoc. apoyo en la Asamblea de la Comarca del Henares[6]	10			
Grupo de trabajadoras				
Nº personas	5	6	6-8	8
Unidades equivalentes a tiempo completo	3	4,5	5	5,5
Trabajador@s de apoyo				
Apoyo estable	5	4	2	1
Campañas puntuales —después *Domigos Verdes*— (**)	unas 30	unas 10	unas 20	unas 30
Bolsas de verduras (reparto semanal):				
Número medio anual	56	110	90	130
Número máximo anual	81	127	109	132

---

3 Ecologistas en Acción-Estatal, CGT-Confederal, Fundación «Salvador Seguí», Plataforma Rural-Estatal, Movimiento contra la Europa de Maastricht, ONG Sur, Asoc. Estudiantes ADN Recalcitrante (U.Autónoma), MOC-Madrid, Grupo Ecologista de estudiantes de ETSI.Montes (U.Complutense), Asoc. ARBA, Grupo de Consumo de la U.Autónoma, Colectivo A SACO-Cantabria, GEDEA-U.Complutense, Asoc. Cosas de la Luna, Asoc. La Guinda, Biblioteca autogestionada «La Biblio», ONG Nexos, Asoc. Cultural de contrainformación UPA-Molotov, Librería Asociativa Traficantes de Sueños, Asoc. Cultural Pacifista de Moratalaz, CAES, Colectivo de Trabajador@s de Limpieza Hospital Ramón y Cajal, Comité de Empresa Hospital Clínico, CGT-Madrid-Castilla-La Mancha.

4 GAKS CAES, Estrecho, Ekkaia, Canillejas, Lavandería y Rivas.

5 La Guinda, Trasgo, Cosas de la Luna, Arganzuela, Vallekas Zona Roja, Agrícolas-Agrónomos, MOC-Madrid.

6 Colectivo de apoyo zapatistas, PGB, Asoc. Monitoras «Alabulié», Ecologistas en Acción-Torrejón, Ecologistas en Acción- S.Fernando-Coslada, CGT-Torrejón, CGT-S.Fernando, I.U.-Torrejón, Asoc. Cultural Ernesto Guevara, Asoc. ecologista «Alerce».

Fincas trabajadas en m^2	3	6	6	7
Ajos secano (Perales de Tajuña-enero00)	5000			
Okupada (Torrejón-S. Fernando)	2000	600		
Regadío (S. Martín 00; Vega Tajuña -01-03)	6000	16000	20000	1800
Galápagos (Guadalajara 02-03)			10000 sec. *por acuerdo*	25000 reg.
Huerta vecinal Cornisa (La Latina-Madrid 00-01) (**)	100	100		
Huerta vecinal «Muy disputada cornisa»				
Colectivos participantes[7]	5	2		
Número de personas en la okupación	unas 100	unas 20		

Elaboración propia a partir de los datos de la Cooperativa.

(*) Proyección de abril 2003.

(**) En 2000 se producen estos apoyos espontáneamente en las acciones de okupación; en 2001 en torno al cultivo de ajos organizado desde la Comisión de Mantenimiento de la Okupación en Torrejón; y tras varias convocatorias puntuales se instituyen los Domingos Verdes como un espacio permanente.

(***) Se consideró remunerar sólo los 7-8 meses de actividad agrícola más fuerte, realmente el proyecto empezó en octubre 99 (13 meses), no se empezó a cobrar asignaciones hasta junio 2000, no se cobró en julio 2000 y a partir de agosto 2000 se comenzó a cobrar regularmente.

CUADRO 5:

Evolucion territorial de la parte productiva del proyecto:

Localidad	Fechas	Razones de abandono	Modo de acceso
Torrejón	Marzo 00-Junio 01	Represión de la Admón.	Okupación pública
Sán Martín de la Vega	Mayo 00-Octubre 00	Orden municipal por obras de Parque temático	Cesión municipal

7 organizaron: AA.VV. La Corrala, Asociación PAIDEIA, Cosas de la Luna, Colectivo BAH!, gente de GAK Trasgo, GAK La Guindalera, GAK Campamento.

TIELMES	Noviembre 01-Diciembre 02	Excesiva dispersión de parcelas	Arrendamiento verbal anual
PERALES	Diciembre 02-?	*Peligros*: posible central térmica; próxima urbanización de la vega, nuevo aeropuerto.	Arrendamiento verbal anual, cesiones y okupaciones privadas
GALÁPAGOS	Noviembre 02-?	*Peligro*: terrenos en próxima urbanización	Aportación de nuevo miembro de la coop.

5.3. Principios consensuados en los que nos basamos

No existen unos estatutos formales en el BAH! —nuestra organización ni siquiera está legalizada. No ha sido hasta el último Plenario que se ha aprobado con varias modificaciones —aun pendientes— un Guión utilizado para las charlas de difusión del proyecto. En base a este Guión y a la práctica acumulada exponemos algunos de los principios por los que intentamos guiarnos para decidir y actuar.

Nos definimos como una iniciativa social y económica formada por grupos que intentamos construir en el día a día una alternativa de organización social de base, autogestionaria y autónoma del Poder en todas sus expresiones —Estado, Capital, cualquier institución que lo detente o en sentido amplio toda expresión cultural que promueva su acumulación. Para ello proponemos e intentamos practicar la democracia en asambleas, la acción directa y la autogestión a todos los niveles desde una clara opción anticapitalista y de implicación en los movimientos sociales urbanos y rurales.

En concreto nuestra actividad se centra en intentar autogestionar nuestra alimentación como alternativa al sistema alimentario industrial que nos ofrecen las grandes superficies de consumo, que perjudica nuestra salud y provoca graves desequilibrios sociales y ambientales en nuestro territorio y en el Tercer Mundo. Hemos comenzado con las verduras y hortalizas ecológicas y para ello hemos creado una cooperativa que las produce, distribuye y consume en un proceso unitario y autogestionario.

La practica en la que se ha ido construyendo la Cooperativa ha consolidado ciertas ideas básicas que inspiran nuestro desarrollo:

> COOPERACIÓN. Se tiene como objetivo conocer las necesidades y posibilidades de las demás —entre productores, consumidores y dentro de cada grupo— dentro de un proceso constructivo de comunidad, y por ello se fomenta la cooperación a todos los niveles: entre consumidores, entre trabajadores, entre consumidores y trabajadores y también con los distribuidores. Participamos de unos

intereses comunes, con lo que se va diluyendo la separación y la contraposición de intereses que en el mercado se da entre producción y consumo.

AUTOGESTIÓN. El proyecto lo gestionan exclusivamente quienes forman parte de él, también en lo relativo a los aspectos económicos; resulta de esto mismo una soberanía alimentaria, financiera y organizativa, que dota al proyecto de una dimensión social fundamental y que garantiza un cierto nivel de autoabastecimiento que intentamos aumentar.

A diferencia de algunas concepciones clásicas de la autogestión, la que tratamos de practicar no corresponde sólo a los productores sino en una economía basada en cubrir necesidades definidas colectivamente —y que hemos dado el nombre economía campesina— en las que han de participar todas las personas a quienes les afecta. Se trata de darle la vuelta a la lógica productivista de la economía actual que hace negocio de las necesidades humanas y sólo produce para demandas solventes manipulando la escasez y la abundancia. La producción en esta economía alternativa —alternativa sobre todo porque no tiene en cuenta sólo criterios estrictamente económicos sino una visión integral— está al servicio de las necesidades y por tanto del consumo. Primero se definen colectivamente las necesidades y en función de éstas se planifica la producción y la distribución. No tienen sentido, por tanto, los excedentes ni el objetivo de extraer la máxima productividad a cada recurso natural o humano. No se produce unilateralmente para hacer luego «milagros» de marketing para crear una salida para los productos —no se hace publicidad para crear necesidades.

Lo que si autogestionan los trabajadores es la organización de su trabajo —horarios, organización interna de su grupo, admisiones, etc.— como los demás grupos, atendiendo al principio de autonomía.

ASAMBLEARISMO. Las decisiones se toman en la asamblea general mensual —financiación, distribución, acciones políticas, coste de las bolsas, corrección de problemas...—, previa discusión en cada Grupo de base. No existen órganos superiores, es decir, no se basa en un proceso autoritario o jerárquico sino «de abajo a arriba». En el último año se han establecido estructuras o mecanismos para facilitar la participación.

AUTONOMÍA. Cada grupo es autónomo a la hora de organizarse y funcionar, ya sea en lo que se refiere a la producción, como en lo que respecta al consumo. Como en toda iniciativa, se dan distintos niveles de implicación por parte de personas y grupos, una realidad que salió a relucir como algo sumamente importante en la asamblea extraordinaria. En general, se percibe como algo aceptable e incluso deseable, al tiempo que se respetan unos mínimos de participación. La autonomía ideológica y de funcionamiento de cada grupo respecto de la Asamblea General de grupos de la Cooperativa se garantiza por la necesidad de consenso para la toma de decisiones y el correspondiente uso responsable del derecho de veto.

ANTICAPITALISMO. No queremos organizar nuestros intereses egoístas frente a los intereses de otros, compitiendo como uno más en el mercado, sino construir espacios, liberar medios de producción y relaciones sociales para servir a la comunidad y a la sociedad. No tenemos una alternativa «macro» para la sociedad ni una utopía dogmática que implantar pero sí tenemos claro que el capitalismo no nos sirve y que para reproducirlo no nos merece la pena tomar el esfuerzo de construir una comunidad o una cooperativa:

- La actividad de la cooperativa consiste en el ciclo P-D-C alimentario para el autoabastecimiento, pero también en crear organización social, sensibilización y reivindicación política. «Producimos tomates y autoorganización social», relaciones sociales basadas en valores alternativos al sistema.

- Nuestras producciones agrícolas, la distribución y el consumo, las consensuamos con criterios de justicia y apoyo mutuo, no de escasez-abundancia u oferta-demanda. Se reparte toda la producción entre todas las que somos, dependiendo la cantidad de la temporada.

- Los integrantes de los Grupos de Consumo aportan una cuota semanal, que unida a acciones colectivas y otras propuestas permite autofinanciar la actividad: este es el principio del sistema de bolsas fijas. A cada cuota le corresponde un lote de verduras, pero la cantidad aportada no tiene relación directa con la cantidad o calidad de la verdura, sino con las necesidades de la cooperativa para subsistir. No hay relación mercantil, de compra-venta. La propiedad de los bienes de producción y del producto es colectivo, así como su gestión.

- El hecho de que las trabajadoras reciban una asignación no establece la relación típica del capitalismo —el salario—, ni sus consecuencias — enajenación de una plusvalía del trabajo que hacen, obediencia debida y enfrentamiento de intereses—; la asignación de un dinero existe para que las trabajadoras puedan dedicarse a cubrir las necesidades de verdura de la comunidad y la motivación principal no es económica.

No existe compra-venta de fuerza de trabajo en un mercado, no se retribuye este factor productivo. La asignación se puede asimilar más a una renta básica —no está por tanto en relación con la cantidad de trabajo aportada— que surge de la solidaridad comunitaria en vez del Estado. Además, entendemos que el hecho de que se concluya todo el ciclo alimentario y al final podamos alimentarnos —producción/distribución/consumo— no es sólo un producto económico sino que esas necesidades se cubren también gracias al «trabajo afectivo» y organizativo realizado por todos los miembros de la cooperativa —agricultores y consumidores— que crean unas relaciones sociales basadas en valores no mercantilizables substancialmente distintas de las relaciones sociales de producción típicas del capitalismo. Estas relaciones sociales nuevas hacen posible que se valoren los esfuerzos de las personas, y por ende a las personas en sí, más allá de su valor de cambio e incluso de su valor de uso. El bienestar, las necesidades de las personas —de verduras, de socialización comunitaria— son un fin en sí porque las propias personas y la comunidad son un fin en sí mismo, frente a la consecución de un beneficio para una acumulación ilimitada como persigue el capitalismo.

- En nuestras cuentas sí se refleja la valoración de los recursos naturales como algo precioso, limitado y que ha de ser renovado. Mientras que la contabilidad capitalista no asume los costes sociales ni ambientales —que son diferidos a las próximas generaciones o a otras zonas del Planeta—, nuestra cooperativa asume los «sobrecostes» que supone usar tecnologías limpias y la inversión en renovación de los recursos naturales, que en definitiva conlleva emplear tiempo de nuestras vidas en conseguir impactos sociales y ambientales positivos en nuestros entornos. El capitalismo nos hace *dumping* social y ambiental, una «competencia desleal» —usando su lenguaje— en la que basa su pretendida eficiencia, pues se niega a asumir esos costes que también son reales y que obliga a pagar a terceros —en última instancia por la vía militar si es preciso como estamos viendo en tantas guerras por el control de los recursos no renovables.

AGROECOLOGÍA EN UN CONTEXTO HOSTIL. La agroecología es un concepto mucho más amplio que la agricultura ecológica, ya que ésta lo es en cuanto se elimina el uso de productos químicos y legalmente no es incompatible con inmensas plantaciones dirigidas por la lógica capitalista —explotación de personas y recursos naturales, transporte a largas distancias, por ejemplo.

Para nosotras la Agroecología es el conocimiento integrado —cultural, social, político, ecológico, económico, etc.— y el desarrollo de ecosistemas agrarios, incluyendo a las sociedades humanas en el ecosistema y considerando interdependientes el sistema socioeconómico y el tipo de relación con el entorno. Algunos requisitos para que exista un verdadero equilibrio e integración son: la proximidad entre producción y consumo, la eliminación de intermediarios, la inclusión de los residuos que se generen en el propio circuito y la integración en un movimiento social.

Trabajar en un ecosistema urbano es una opción que condiciona el proyecto. En Madrid existe especulación del suelo, un acceso prácticamente imposible a terrenos cultivables en la ciudad, gobernantes que reprimen las iniciativas sociales y no digamos las reapropiaciones-okupaciones de espacios, necesidad de grandes desplazamientos diarios para poder dedicarse a la agricultura sin tener que renunciar a vivir en la ciudad, marginación de la actividad agrícola y desplazamiento de ésta a países baratos y especializados, creciente contaminación, etc. La ciudad, como ciudad global, es la expresión territorial más pura del sistema capitalista en cuanto extensión física del principio de concentración y acumulación ilimitadas. De nuestra postura antagonista con estas concepciones surge nuestra opción de desarrollar nuestro proyecto en el ámbito periurbano. Es en esta área, muchas veces difusa, donde la ciudad «se come» al campo más evidentemente —aunque la cultura de la ciudad global y su lógica de ordenación en función de sus intereses de acumulación llega ya a todos los territorios— y desde donde entendemos que se puede incidir más en la ciudad y en frenar el avance de su ordenación material y de su lógica Sin embargo, somos conscientes de que supone vivir en una paradoja constante rural/urbana, que tenemos que explorar si tratamos de producir/

distribuir/consumir ecológicamente. A la vez, no deja de ser un argumento más a la hora de denunciar el sistema imperante: ¿a qué lejano continente tenemos que ir para poder cultivar verduras sin estar sumergidos en suciedad? ¿En qué remoto planeta podremos producir ecológicamente nuestras propias verduras o al menos consumirlas sin necesidad de múltiples intermediarios y sin temer por nuestra salud? ¿Nos comeremos algún tomate que no resulte de la sobreexplotación de quien lo recoge o del suelo en que crece?...

INSERCIÓN EN OTROS MOVIMIENTOS SOCIALES. La cooperativa surge del esfuerzo de convergencia y de exploración de nuevos campos de lucha y del desarrollo de las alternativas propuestas por los movimientos sociales. En su seno, se desarrolla este proyecto y por tanto entendemos que hemos de participar en el mismo, tratando de superar el trabajo parcial y sectorial, integrando las luchas globales rurales y urbanas contra el capitalismo por un mundo diferente más justo y sustentable. Nos queda un gran trabajo pendiente a la hora de articular nuestra participación y las relaciones con los movimientos sociales.

5.4. Funcionamiento

¿Cómo se concretan en la práctica estos principios?. La alimentación y la agricultura actuales se basan en las leyes del mercado capitalista, la contaminación de la Naturaleza y los alimentos. En nuestra Cooperativa todas las verduras y las hortalizas producidas en nuestras huertas se reparten frescas cada semana en lotes o «bolsas fijas» —todas contienen lo mismo, independientemente de por quién sean recibidas. Cada bolsa se compone de un lote de verduras variadas de temporada. Esto permite un consumo —y una producción— en función de los ciclos naturales tal y como indica la agroecología —y el sentido común. En invierno hay menos y en verano se compensa con mayor cantidad y abundancia, pues así es nuestro agroecosistema hortícola de clima continental y nuestras necesidades de alimentación y de organización. La cantidad de bolsas ha oscilado desde las 35 en el comienzo hasta las 130 actuales, un número en el que hemos querido estabilizarnos pues entendemos que un tamaño mayor no nos permitiría desarrollar nuestro modelo organizativo basado en unas relaciones sociales de conocimiento y reconocimiento mutuos.

Para poder cubrir los gastos de la cooperativa —recordemos que seguimos en un sistema económicamente abierto y por tanto aun dependiente de ciertos mercados—, cada miembro de la cooperativa aporta un dinero acordado colectivamente, salvo en algunos casos en que se ha conseguido trocar verdura por algún otro producto o servicio. El compromiso de consumo, así como el de producción, es una pieza clave del modelo, pues permite una seguridad muy necesaria para todas las partes, una estabilidad que permite basar la relación en el conocimiento y la confianza mutuas, y una planificación conjunta de la producción para intentar que no haya verdura de más ni de menos. Así, el tamaño de la cooperativa se intenta mantener estable, tanto en el número de productores como en el de consumidores. Para ello el

compromiso se ha fijado en ambos casos de acuerdo a un mínimo de un año, y este compromiso es de grupo, no individual. Esto implica que si se va un productor o una consumidora el grupo al que pertenecía, asume el compromiso de buscar a otra persona y realizar en la cooperativa la aportación económica correspondiente a la bolsa o el trabajo que hacía previamente, mientras se incorpora la nueva persona.

Las personas que trabajan a diario en el campo reciben una asignación que les permita dedicarse de lleno al trabajo físico y a la gestión agrícola de la cooperativa. Se ha acordado colectivamente que por una dedicación de trabajo a tiempo completo se reciba una cantidad de dinero en función de la capacidad económica de la cooperativa —esto es acorde con la de las personas que la forman. Además, se intentan cubrir otras necesidades —como la salud, el transporte o la alimentación— de estas personas desde la cooperativa. No existe relación salarial ni comercial; se produce solo para el autoabastecimiento de la cooperativa.

La cooperativa se gestiona desde la Asamblea General de Grupos, mensual, que decide sobre practicamente, todas las cuestiones. Esta última está compuesta por el Grupo de Trabajadoras y los Grupos de Consumo, estas estructuras de gestión son más pequeñas con el fin de optimizar la distribución, y es en ellas donde reside el compromiso de consumo. Cada uno de los grupos es autónomo en su organización interna, siempre que cumpla los compromisos mínimos de Consumo o Trabajo, distribución, financiación y participación en la Asamblea de Grupos. Aparte de esto existen varias estructuras que permiten un mejor y más operativo reparto de los trabajos —agrícolas, políticos y de gestión—, favoreciendo la participación de todo el mundo en la toma de decisiones, y un conocimiento cercano de la problemática general de la producción agrícola —la propia, y también la ajena—, y del medio rural.

CUADRO 6 :

Resumiendo: funcionamiento actual de la cooperativa

Para conseguir llevar a la práctica los principios antes reseñados, es necesario un proceso; y hasta el momento hemos logrado asentar la estructura que describimos a continuación.

-Digamos que el **BAH!** es como una asociación en la que todos sus miembros consiguen corresponsablemente los medios de producción necesarios para cubrir sus necesidades de una alimentación sana —social y ecológicamente— construyendo unas relaciones sociales comunitarias que también necesitan. Para ello autogestionan la producción, la distribución y el consumo de sus alimentos —de momento verduras y legumbres ecológicas de temporada. La propiedad de todos los bienes de producción y de la propia producción es colectiva, así como su gestión: entre todos se decide todo, en asambleas generales mensuales. Existe una especialización de las tareas agrícolas en uno de los grupos, pero la pertenencia a este grupo no es cerrada y numerosos consumidores han pasado por él.

-**La Asamblea General de Grupos**: es una asamblea en la que participan gente de todos los grupos: el grupo de trabajadoras agrícolas (GT) y los grupos de consumo (GG.CC), donde se decide sobre el día a día de la Cooperativa. Las cuestiones se deciden previa discusión y decisión en las reuniones de los grupos de base.

-**Los Grupos de Consumo**. No se puede pertenecer a la Cooperativa a título individual, hay que integrarse en un grupo. Tienen un compromiso fijo de consumo por un año, que se comprometen a mantener colectivamente. En caso de que no pudieran, deben informar a la Asamblea con suficiente antelación para que se asuman esas tareas entre todos los grupos. También deben ir a la Asamblea General de GG.CC. mensual y participar en labores de gestión —son corresponsables con el GT de todos los aspectos no estrictamente agrícolas de la Cooperativa. Son autónomos en su organización interna

-**El Grupo de Trabajadores**. Sus miembros tienen también compromiso anual, de noviembre a noviembre. Son responsables de producir y distribuir verdura ecológica de temporada suficiente para toda la cooperativa durante todo el año. También deben informar de los avatares en la huerta y preparar los documentos necesarios para la participación de las consumidores en la planificación de los cultivos. También realizan la distribución a cada G.C. A efectos de participación política es un grupo más con los mismos derechos y obligaciones.

-**Las Bolsas** —o los lotes de verdura ecológica de temporada correspondientes a cada cooperativista— son semanales y la aportación no varía en los períodos acordados, ni cuando hay más ni cuando hay menos verdura. Su valor está fijado colectivamente y es independiente de los precios del mercado; principalmente tiene relación con las necesidades de la cooperativa para mantener su actividad. Cada grupo de consumo se compromete a pedir un número fijo de bolsas por campaña para que sea posible una planificación de acuerdo a nuestras necesidades de consumo —ya que en ningún caso, ni de escasez ni de abundancia, se acude al mercado. Al principio para cubrir todas las necesidades de inversión la aportación por bolsa hubiera tenido que ser más alta, pero para que esto no excluyera a gente de bajo poder adquisitivo —como de hecho ocurre en el elitista mercado normal de productos ecológicos— la diferencia se consigue colectivamente mediante actividades diversas de financiación. El sistema de bolsas se considera por todas estas razones una opción política de la Cooperativa de hondas consecuencias prácticas en la relación productores-consumidores, la estabilidad de la cooperativa y el desarrollo de una agricultura y un consumo realmente agroecológicos.

-**Otros productos**. Para conseguir producción que no puede asumir el GT, nos hemos asociado con otros productores afines con el fin de poner parte de la producción en común.

-**Mecanismos de Participación y Optimización del funcionamiento Asambleario**. Son variados y dinámicos: van evolucionando con la Cooperativa: *Asambleas Extraordinarias y Plenarios* para cuestiones de fondo no que requieren más tiempo y reflexión que las Asambleas ordinarias; *Comisiones* «ad hoc» creadas en Asambleas o Plenarios para trabajar temporalmente temas específicos; *Domingos Verdes* para trabajos colectivos y encuentro productores-consumidores; Boletín interno *El Berenjenal*, *Curso de Agroecología* que se organiza anualmente para formarnos, debatir y difundir la Agroecología y nuestro proyecto; y *Rueda de emergencia*, sólo para decisiones urgentes que no pueden esperar a la Asamblea mensual más próxima.

5.4.1. Estructuras consensuadas

Las estructuras que hemos creado son instrumentos de comunicación de información y de participación esenciales para la toma de decisiones y en general para la vida de la cooperativa. No son inamovibles pero nos parecen importantes para que se dé un proceso transparente y democrático que evite la acumulación de poder en determinados liderazgos o que impida los mecanismos que impiden participar.

Grupos autónomos: de Consumo y de Trabajo

Constituyen la unidad básica de nuestra organización. De hecho no se puede pertenecer a la cooperativa a nivel individual sino integrándose en un grupo. Esto cultiva el valor y la pedagogía de lo colectivo, vertebra la participación en las estructuras de coordinación de la cooperativa y hace posible desarrollar relaciones sociales comunitarias.

Se trata de grupos autónomos iguales en derechos y obligaciones. Es por ello que hablamos de una Cooperativa unitaria, porque la relación productores-consumidores se basa en la corresponsabilidad de la gestión de la cooperativa, con la particularidad de que existe una especialización de las tareas de cultivo y gestión agrícolas, así como de la distribución, que recae en el grupo de trabajadores. Sin embargo, a todos los demás efectos el grupo de trabajadores es un grupo más —se denomina Grupo de Perales en alusión al territorio donde desarrolla su acción. El objetivo del proyecto es alimentarnos autogestionariamente creando unas relaciones sociales comunitarias y esto compete por igual a quien produce, distribuye o consume. Esta es una cuestión muy importante para la Cooperativa porque como se ha visto en el desarrollo histórico esto no fue así desde el principio. Ha costado mucho tiempo y esfuerzo revertir la inercia que asignaba al G.T. la tarea de impulsor de la Cooperativa a todos los niveles.

Los grupos son además espacios de debate y de toma de decisiones colectivas tanto en lo que compete a cada grupo como a los temas comunes. Esto es importante porque la toma de decisiones, como veremos más adelante, es de abajo a arriba.

Asambleas Generales y Plenarios

La Cooperativa es unitaria y con esto queremos decir que productores, distribuidores y consumidores pertenecen a la misma organización en régimen de corresponsabilidad. La relación es por tanto directa y el circuito de distribución corto sigue los principios agroecológicos. Las Asambleas Generales y los Plenarios son espacios de encuentro para la puesta en común de ideas y de toma de decisiones.

Las Asambleas Generales de Grupos (A.G.G) se celebran la primera semana de cada mes y a ella acuden una o varias personas de cada grupo con las propuestas y posturas de sus grupos respectivos con un cierto margen para llegar a acuerdos. Cuando se plantea un tema imprevisto o de cierta importancia vuelve a los grupos de base para su discusión y se decide en la siguiente A.G.G.

Los Plenarios o Asambleas extraordinarias suelen organizarse dos veces al año y requieren tiempo de preparación. Se crea una Comisión que anima esta preparación recogiendo los temas que proponen los grupos para el orden del día y presentándoles propuestas sucesivas de orden y metodología. También modera el plenario y hace la redacción final de las Actas. A estas Asambleas se puede participar a título personal, aunque lo normal es que se lleven posturas de grupo.

Los Plenarios y las Asambleas Generales Extraordinarias siempre han sido puntos de inflexión importantes en los cambios organizativos como podemos ver en el siguiente cuadro:

CUADRO 7:

Historia de las asambleas generales extraordinarias y plenarios

Septiembre 00	Reanudación de la producción y el consumo tras el parón después del primer verano.
Julio 01	Debate sobre la viabilidad del proyecto y creación de la Comisión del Informe sobre problemas de viabilidad de la cooperativa.
Octubre 01	Asunción de la cofinanciación plena, creación de la comisión económica y subida de la aportación por bolsas.
Mayo 02	Fijación de las competencias de los grupos y Asambleas. Crisis por la salida de unos de los grupos más activos —también de la Red de GAKs— por desacuerdos sistemáticos.
Diciembre 02	Inicio de procesos de mejora de condiciones de trabajo —aumento de la asignación de las trabajadoras—y crecimiento. Al hilo de estos temas debate sobre la legalización o no de la cooperativa

Un importante progreso en el funcionamiento de las Asambleas en cuanto a participación y eficiencia ha venido de la mano de la moderación y recogida de actas en las asambleas desde hace un año y medio. Estas funciones las realiza cada mes un grupo diferente de manera que vaya rotando —antes casi siempre asumía esta tarea un miembro del G.T.

Las Comisiones.

Las Comisiones en el BAH! se crean por acuerdo en las Asambleas Generales y en los Plenarios. En principio las Comisiones se crean para una tarea concreta que no es posible realizar en el tiempo dedicado a las Asambleas. La Comisión se crea cuando surge la necesidad y, cuando realiza la tarea encomendada, desaparece para evitar un exceso de estructuras o que se concentren las las tareas en pocas personas. La Asamblea define su propio trabajo y es ella la que teniendo en cuenta los resultados de su actividad toma la decisión, esto quiere decir que las comisiones nunca toman decisiones. Normalmente su tarea se reduce a recavar y ordenar la información que le pide la Asamblea sobre una cuestión dada.

Algunos casos especiales de comisiones son la comisión de preparación de Plenarios —de la que se ha hablado anteriormente— y la Económica. La Económica se ha convertido *de facto* en una comisión permanente porque las Asambleas constantemente le encargaban trabajos. Lo que sí se intenta es que no sean siempre las mismas personas sino que haya una constante rotación. Otra particularidad de esta comisión consiste en que alguno de sus miembros tiene que ser siempre el responsable rotativo de las cuentas del G.T. Esto sucede porque es el G.T. el que hace un uso cotidiano de esas cuentas y quien en la práctica realiza la inmensa mayoría de los gastos de la Cooperativa necesarios para la actividad agrícola.

CUADRO 8:

Ejemplos de Comisiones que han funcionado el BAH! en estos años:

Comisión de Okupación del solar de La Kornisa
Comisión de mantenimiento de la Okupación de Torrejón
Comisión de animación de Plenarios
Comisión de organización del Curso de Agroecología
Comisión de Redacción de un Informe sobrela situación de la Cooperativa
Comisión Económica
Comisión de Distribución
Comisión de apoyo a la Campaña contra el proyecto de Central térmica en Morata de Tajuña
Comisión de estudios sobre formas legales y alegales
Comisión de redacción del Guión de Charlas
Comisión de apoyo a otros proyectos
Comisión de acción contra el Plan Urbanístico de Perales
Comisión de preparación de una fiesta para autofinanciación

Los Domingos Verdes

Al principio bastante gente se pasaba por las huertas de la Cooperativa a conocernos o a aprender agricultura ecológica. Incluso algunas llegaban a ofrecer una ayuda constante y periódica de manera que constituían lo que llamábamos «grupo de apoyo al trabajo». Algunas de estas personas eran consumidoras de la Cooperativa pero esta colaboración se realizaba a título personal.

Conforme ha ido calando el principio de corresponsabilidad productores-consumidores en la Cooperativa, los consumidores han ido planteándose una participación más activa en las tareas de producción. Así surgió en el año 2001 la Comisión de Mantenimiento de la Okupación de Torrejón formada por consumidores y un productor para cultivar ajos de secano —tras el cegado del pozo de riego por orden del gobierno regional. En las operaciones de siembra y cosecha llegaron a juntarse hasta 30 consumidores de la Cooperativa. A raíz

de esta experiencia y abandonado del cultivo en la finca ocupada, por las razones ya expuestas, se propuso instituir un domingo fijo al mes de trabajo colectivo que además sirviera de encuentro entre productores y consumidores fuera del marco habitual de las Asambleas —con poco tiempo y mucho temas a tratar— que no dejaban mucho espacio para otras relaciones. Lo que hemos comprobado —y los propios consumidores reconocen— es que hay un antes y un después en la manera de entender el esfuerzo de los productores y de la cooperativa respecto de la experiencia de haber echado simplemente una mañana de domingo colaborando en las huertas. Las relaciones se han hecho mucho más cercanas, la comprensión recíproca producción-consumo ha aumentado cuantitativa y cualitativamente.

Boletín interno *El Berenjenal*

Uno de los compromisos que el G.T. adquirió desde el principio con el resto de la Cooperativa fue el de presentar un Informe Agrícola mensual, que básicamente adelanta información sobre las variaciones que puede haber en el contenido de las bolsas de verduras respecto de lo planificado en función del desarrollo real de cada cultivo concreto.

Sin embargo, pronto surgieron iniciativas de gente que quería comunicar sus impresiones sobre otras actividades de la Cooperativa de tipo social, político o lúdico o bien difundir convocatorias o documentos de otros colectivos o coordinadoras. Así surgió el Boletín que en principio redactaba y editaba el G.T. pero que más tarde fue asumido por los propios consumidores.

Rueda de Emergencia

Se explica más adelante en el apartado de toma de decisiones.

5.4.2. La toma de decisiones

La toma de decisiones es un aspecto crucial en una organización que se quiere democrática y autogestionaria. Si hay algo que no querríamos sería reproducir las estructuras de dominación de esta sociedad jerárquica y autoritaria. Creemos que por debajo de la alienación a que el sistema nos tiene sometidos desde el adiestramiento y la disciplina familiar, escolar, militar y laboral está una cierta necesidad —diferente en cada persona— de participar en las decisiones que afectan a la vida de cada cual, sentir que dentro de las comunidades o grupos humanos a los que pertenecemos «se nos tiene en cuenta». Esta es otra necesidad, para nosotros tan básica como la alimentación, que el proyecto pretende cubrir en los sectores de actividades que trabaja.

Intentando seguir nuestros principios hemos entendido que la «fórmula» básica —nunca mágica— para ir construyendo una participación en base a la toma de decisiones horizontal es la del consenso asambleario. Para que la participación pueda ser lo mayor posible entendemos que el proceso de toma

de decisiones debe seguir el esquema «de abajo a arriba» Por ello es esencial el respeto de la autonomía de cada grupo en lo organizativo y lo decisional. Esta autonomía se garantiza por el correspondiente derecho a veto de cada grupo ante las decisiones de la Asamblea General de grupos. Lógicamente el ejercicio de este derecho conlleva una gran responsabilidad, pues un uso indiscriminado puede interrumpir gravemente la vida cotidiana de la cooperativa —como ya ha sucedido en varias ocasiones.

Por el criterio temporal tomamos tres tipos de decisiones:

CUADRO 9:

Plazo	Carácter de la decisión	Ámbito de decisión
Largo plazo	De fondo, políticas.	1º Grupos de base y después Plenarios y Asambleas Extraordinarias.
Corto plazo	Prácticas, técnicas	1º Grupos de base y después Asamblea Mensual.
Urgentes	Imprevista, necesaria antes de la siguiente Asamblea.	Rueda de Emergencia telefónica.

CUADRO 10:

El **esquema normal** que intentamos seguir en la toma de decisiones es:

—1º. Una persona o varias hacen una propuesta para la cooperativa en su Grupo de Base —ya sea de consumo o en el de producción. En el grupo de base se debate y se llega a un consenso sobre el tema elaborándose una propuesta de Grupo.

—2º. La persona o personas que llevan —normalmente de manera rotativa— las propuestas de su grupo a la Asamblea General de grupos mensual la exponen a los demás grupos.

—3º. Se discute en cada Grupo de Base las propuestas escuchadas en la Asamblea General de grupos y se elabora una postura de Grupo para llevar a la Asamblea General de grupos del siguiente mes.

—4º. En esa siguiente Asamblea General de grupos se exponen las posturas de todos los grupos sobre esa propuesta y se intenta llegar a un consenso — desestimarla, aprobarla o modificarla y cómo llevarla a la práctica en su caso.

Para las decisiones de fondo a largo plazo se proponen Plenarios. Si se aprueban se crea, siempre una Comisión de Preparación del Plenario que recoge las propuestas de los grupos y de las personas sobre los temas a tratar y elabora una propuesta de orden del día y de metodología para el Plenario, que más tarde, aprueba la Asamblea General de grupos. Se debaten previamente en los Grupo de Base los temas del el orden del día. Se elaboran posturas de grupo para el Plenario pero pueden llevarse también posturas personales.

Sobre las decisiones urgentes lo primero que hay que decir es que se intenta por todos los medios que sean las menos posibles, y sólo cuando por

razones externas a la cooperativa no es posible llevarlas a la Asamblea General de Grupos más próxima o convocar una Extraordinaria se recurre de la Red de Emergencia telefónica, siempre como un mal menor ante una decisión que de no tomarse podría significar un muy grave perjuicio para la cooperativa. La Red de Emergencia está compuesta por un par de teléfonos de contacto de miembros de cada grupo de base que funciona como una rueda de doble sentido. La persona contactada de cada grupo intenta ponerse en contacto a la mayor brevedad posible con los demás compañeros de su grupo, tomar una postura y comunicársela al grupo siguiente de la Red de Emergencia. Todos los grupos devuelven la llamada al grupo o la persona que tiene que ejecutar la decisión que en conciencia intenta captar el sentir general de los grupos. En la siguiente Asamblea General de Grupos se responde de la decisión tomada y en su caso si es posible se modifica o se anula.

5.5. La organización de la actividad

Antes de nada, conviene señalar, de nuevo, que una de las mayores especificidades del proyecto es la interdependencia total que existe entre todas las actividades que desarrolla la Cooperativa —es por esto que se llama «unitaria».

5.5.1. Organización de la producción

Para organizar colectivamente la producción, la Cooperativa se ha dotado de varias estructuras como son el Grupo de Trabajadores y el proceso integrado de planificación de la producción-consumo.

El Grupo de trabajadores o Grupo de Perales (G.T.) se está especializado, dentro de la Cooperativa, en el trabajo físico y de gestión agrícolas, aunque en todos los demás temas también participa como un grupo más —participa en las tareas que rotan entre todos los grupos, toma de actas, modera de asambleas, limpia del centro social Seco, asiste a las asambleas del centro social y debate las propuestas o cuestiones que plantean otros grupos y lleva una opinión o decisión de grupo a la Asamblea, etc. Para ello este grupo se ha ido organizando en función de las necesidades de la Cooperativa y del mejor desarrollo de sus tareas específicas. Vamos a explicar algunas características definitorias de su estructura interna y funcionamiento:

Responsabilidades específicas:

- Cada uno de sus miembros aporta el trabajo correspondiente a unas 40 h por jornada completa.
- Gestiona lo mejor posible los medios de los que disponemos para que la producción sea cada vez mejor en calidad, cantidad —y variedad si procede—, con el objetivo de que una bolsa cubra las necesidades medias de verdura de 2-3 personas semanalmente. El GT es autónomo en la gestión de esos medios mientras no suponga un gasto sustancial ni influya directamente en las condiciones de consumo.

- Informa lo mejor posible —a riesgo de saturar a las cooperativistas— a la Asamblea de nuestra actividad agrícola y no agrícola relacionada con ella.

-Facilita la participación y la formación de las cooperativistas en lo relacionado con la planificación de cultivos, es decir, con lo que van a comer.

- Promueve la autoformación, en la medida de lo posible, para desempeñar mejor las responsabilidades contraidas.

Debido a la inercia del excesivo protagonismo del G.T. dentro de la Cooperativa heredado del colectivo BAH! también se ha visto necesario aclarar cuales *no* son responsabilidad del Grupo de Trabajo:

- Hacer de colchón en situaciones límite y/o estar en todas partes. En definitiva, si no se puede, no se puede.

- Velar por la esencia de la cooperativa —¿quién sabe cuál es?— y descubrir el camino verdadero. Se trata de que no sea una vanguardia, que proteja las esencias fundamentales del proyecto.

Consideramos importante evaluar sistemáticamente el resultado de nuestra actividad, para ello estamos siguiendo un proceso de formación ayudados por la Cooperativa *SEMBLA* que trabaja estas cuestiones.

La organización interna se apoya en asambleas de grupo y en el reparto de las responsabilidades por medio de un sistema de rotación. Las reuniones de grupo son de diferente periodicidad y naturaleza: de Planificación colectiva de las tareas agrícolas —semanales y de temporada—, de Grupo —cuestiones de dinámica de grupo y acción social y política. Este año hemos seguido[8] un proceso de debate y planificación de objetivos a mediano plazo —3 años.

El reparto de responsabilidades dentro del grupo se hace rotativo —cada 4 ó 6 meses— para que sea más equilibrado y para que todas nos formemos evitando protagonismos excesivos y dependencias. Para este fin, existen siete comisiones: económica, cuentas —actualmente está en proceso de traspasar la mayor parte de estas tareas a la Comisión económica de la Cooperativa—, de planificación agrícola de cultivos, de seguimiento de cultivos y parcelas, de salud de cultivos, de relaciones públicas y de archivo.[9]

---

8 En este proceso hemos sido ayudados por la Cooperativa *Sembla*.

9 Otras responsabilidades, de contenido menor pero también rotativas, son:

a) Portavoz de grupo en la Asamblea general: se decidió crear esta figura porque éramos el único grupo que asistía con más de una o dos personas, lo que se reflejaba en un desequilibrio en el número de voces y el tiempo de intervención. La consecuencia de esto para nuestro grupo es que ahora hay que dedicar una parte de la propia asamblea a comunicar el contenido de la general, algo que antes se hacía sobre la marcha con aquellos que no habían asistido.

b) Asistencia al domingo verde: dos o tres personas cada domingo, dado que nos juntamos hasta 30 en primavera y hay que organizarse.

c) Tesorería, recibe y entrega los dineros internos del grupo: comidas, naturópata, etc...

d) Reparto el día de la distribución

e) Traer el almuerzo respetando a los vegetarianos, y encargarse de prepararlo en la huerta.

f) Elaboración mensual del informe agrícola.

El otro pilar sobre el que se sustenta la organización autogestionaria de la producción en nuestra Cooperativa es el *proceso integrado de planificación de la producción-consumo* (P.I.P.). Este proceso sería muy sencillo en un contexto social acostumbrado a la participación democrática y a la vida integrada en los ciclos naturales —dado que es la propia sucesión de las estaciones lo que marca los ritmos del calendario. En la cultura en que nos movemos —alienada de su entorno y de las formas sociales comunitarias— es preciso que este proceso sea muy pedagógico y con etapas muy diferenciadas, establecidas casi formalmente para que sea posible que todo el mundo participe. Hay que tener en cuenta que los cultivos tardan meses en desarrollarse lo que implica que uno debe plantearse qué va a necesitar comer, muchos meses antes de que los alimentos lleguen a su mesa. Además el proceso democrático necesita de sus propio ritmos, que en este caso tiene una fecha tope natural determinada por las fechas de siembra que vienen dadas por el agroecosistema natural; condicionantes naturales que el grupo planificador agrícola y las y los consumidores tienen que respetar.

El P.I.P. perseguiría varios objetivos: el primero sería facilitar e incentivar la participación en la planificación de todas las componentes del G.P. en un primer momento y de la cooperativa —de los consumidores— después; con ello se pasa de una corresponsabilidad «nominal» a otra «real», y se evitan insanas discusiones individuales a pie de surco, que ahora se adelantan en el tiempo y se desplazan a una reunión específica del grupo. El segundo objetivo consistiría en sistematizar la tarea de planificación, sus pasos, contenidos, criterios y plazos, de manera que sea fácilmente rotable/transmisible y de tal forma también que nos permita alcanzar un sistema óptimo de acumulación de las mejoras, que evite empezar desde cero con cada responsable.

Condiciones de trabajo:

Jornadas de trabajo: de momento han existido tres modalidades que van de la jornada completa —unas 40 horas semanales— a la media —concentrada en algunos días de la semana. Los horarios concretos se adaptan a las estaciones del año y a los ciclos naturales.

Asignación: No hay relación salarial ni comercial sino que la relación productores-consumidores es una relación de pertenencia a una misma organización. No existe relación directa entre el trabajo realmente aportado y lo que se percibe como asignación sino que esta está en función de la capacidad económica de la Cooperativa. La parte tangible que reciben las trabajadores incluye actualmente:

- 500 euros, 375 euros o 250 euros según sea el tipo de jornada
- Una bolsa semanal de verdura como la que reciben las consumidoras — en la práctica se empezó a cumplir en la primavera de 2002.
- Gastos de transporte de Madrid a las parcelas, desde la temporada 2001/02.
- Aproximadamente 2 masajes cada tres meses, uno de quiromasaje —mensual, desde el 2001/2— y otro de shiatsu, bimensual, desde el 2002/2003.

- Formación colectiva y tratamientos personalizados de Naturopatía. Estamos trabajando para recoger todo esto y profundizar elaborando un proyecto de seguridad social alternativa o solidaridad comunitaria.
- Períodos de descanso retribuidos: dos semanas en invierno y una en verano.

Hay otra parte con la que las trabajadores se sienten retribuidas, como son:

- La pertenencia a un grupo y la participación en un proyecto cooperativo que construye alternativas vitales reales.
- La inserción en un grupo que intenta velar por el bienestar de sus integrantes.
- El respaldo político y económico de la cooperativa, o sea, un importante nivel de seguridad en el puesto de trabajo y en los ingresos.
- La participación en la gestión de la actividad y en la toma de decisiones, tanto dentro del GT como en la Asamblea de grupos.
- La actividad saludable física, mental y socialmente en un entorno natural de relaciones no anónimas.
- La formación en la práctica agrícola y organizativa.
- La progresiva mejora de las condiciones de trabajo.

Estabilidad: la cooperativa garantiza que no va a haber relevos involuntarios; del mismo modo puede exigir el cumplimiento del compromiso inicial de un año como mínimo por parte de quienes se incorporan

5.5.2. Organización de la distribución:

Hay que resaltar que mientras que esta función suele ser privilegiada en el mercado alimentario capitalista, para nuestra Cooperativa es una actividad más. En el sistema alimentario industrial suelen ser los intermediarios y la gran distribución la que suele quedarse con la mayor parte de los beneficios parasitando y despersonalizando la relación productoras y consumidoras hasta el punto de que normalmente tienen intereses aparentemente contrapuestos.

Al principio la verdura del BAH! fue repartida compartiendo el sistema de distribución organizado por la Red de GAKs. La distribución la realizaba una persona de manera autónoma que aportaba su propia furgoneta, combustible y recibía un dinero fijo a cambio. Esta fórmula funcionó un tiempo pero llegó un momento en el que dejó de ser lo suficientemente atractiva económica y/o políticamente, y no apareció nadie dispuesta a continuar con esa labor —noviembre de 2001. El BAH! aportó entonces su furgoneta para que la usase quien pudiera querer conducirla y así apareció una persona que retomó los repartos durante tres meses —diciembre de 2001-marzo de 2002. Mientras, se debatió esta situación, y el grupo de Perales decidió proponer que el BAH! asumiese como cooperativa el reparto a la Red y al BAH!, es decir, se propuso colectivizar la actividad de tal forma que el propio grupo se responsabilizase del reparto en sí.

Los objetivos que se intentaban alcanzar —y que en gran medida se han logrado ya— eran:

- Colectivizar esta actividad que hasta entonces era cubierta por terceras personas, sin menoscabo de su alta implicación. De esta colectivización resultaba: 1) garantía de estabilidad en la medida en la que es la cooperativa quien asume la distribución; 2) toma de conciencia por parte de los integrantes de la realidad de la distribución —en qué consiste y qué supone— y, por consiguiente, gestión de la misma con una perspectiva amplia en el tiempo y en los contenidos. El BAH! pasó, así, a ser una cooperativa unitaria de producción, distribución y consumo.

-Generar un fondo mensual que permitiese: 1) amortizar la furgoneta sin que fueran necesarios más préstamos para comprar futuras furgonetas, 2) la entrada de una persona más a media jornada al grupo de Perales para que comenzase a distribuir; de esto resultaba un aumento de la capacidad de trabajo en la huerta

Además de las verduras y hortalizas del BAH! producidas en la vega del Tajuña que trae el G.T. semanalmente, se distribuyen otros productos alimenticios ecológicos de la Red de GAKs que llegan al Centro Social Okupado Seco desde La Vera (Extremadura), Valencia y Euskadi y productos de iniciativas autogestionadas de proyectos cercanos —pan, yogur, repostería...

CUADRO 12:

¿A quién se distribuye?

Grupo	Colectivo	Lugar de entrega
Laboratorio	BAH!+Red de GAKS	CSOA Laboratorio
Prosperidad	BAH!+Red de GAKS	Escuela Popular de la Prospe
Estrecho	BAH!+Red de GAKS	Distri. La Ortiga
Gato Negro	BAH!+Red de GAKS	AA.VV. La Elipa
Aravaca	BAH!	Vivienda en urb. Rosa Luxemburgo
Sanse	BAH!	Vivienda en urb. Rosa Luxemburgo
C.N.T	BAH!	Local C.N.T Pza. Tirso de Molina
Pueblo VK.	BAH!	Asoc. Kontrakorriente
Lavandería	BAH! + Red	Asoc. La Lavandería
Grupos que hacen su propia distribución		
Alcalá	BAH!	Perales
Guinda	BAH!	Csoa. Seco
Perales		Csoa. Seco o Perales

Los últimos grupos de la tabla constituyen casos especiales que tienen su propio sistema de distribución. El Grupo de Alcalá organiza rotativamente

entre sus miembros la recogida directa de las verduras en el almacén de la Cooperativa en la huerta; el grupo de la Guindalera la recoge y reparte directamente en el CSOA-Seco y el G.T. en la huerta o en Seco.

5.5.3. Organización del consumo:

Existen muy diversos grupos de consumo y son autónomos en su organización interna y funcionamiento. Por tanto no se puede exponer un modelo único de grupo.

Sí que es cierto que desde la Cooperativa se anima a que se fomente el reparto de responsabilidades, la rotación de tareas y en general los principios consensuados por los que se guía la Cooperativa.

Es obvio que los GG.CC. no necesitan generar una estructura tan desarrollada como la del G.T. El G.T. debe gestionar colectivamente muchas horas de trabajo diario mientras que la actividad de los GG.CC. gira más bien en torno al reparto semanal y la Asamblea General mensual conjunta de todos los GG.CC.

Funciones a cubrir por los GG.CC. para autogestionar el consumo:

- Mantener un local que les sirva para reunirse y repartirse las verduras.
- Realizar las bolsas para cada miembro del grupo, ya que el G.T. lleva, en conjunto, todo lo de cada grupo.
- Recoger las aportaciones de dinero mensuales y entregarlas a principios de cada mes en la Asamblea General al Responsable de Cuentas del G.T.
- Reunirse periódicamente para decidir colectivamente sobre cuestiones internas de su grupo, de la Cooperativa en general o sobre cualquier otra cosa que consideren oportuno.

Los GG.CC. como miembros de la Cooperativa participan corresponsablemente en todas las tareas comunes de la Cooperativa —toma de Actas y moderación de las Asambleas, participación en la gestión del CSO Seco, actividades de financiación, participación en Plenarios, Asambleas, Comisiones, Domingos Verdes, etc.

Además si pertenecen a la red de GAKS deben gestionar también su participación en esa organización. Lo que supone un trabajo muy fuerte e importante, no siempre fácil de compatibilizar con su pertenencia al BAH!.

5.5.4. Organización de actividades socio-políticas y de financiación:

La organización de estas actividades, como en general todas las que no se refieren a actividades específicas del ciclo P-D-C, es responsabilidad por igual de todos los grupos de la Cooperativa.

Antes de nada, se debe decir que en cierta medida todo lo que hacemos en la Cooperativa tiene una dimensión social y política. Incluso, la actividad interna tiene como objetivo promover una cultura de autoorganización política en los barrios y pueblos. Como ya hemos desarrollado en otras partes de este libro, se trata de una apuesta decidida por una «política de la cotidianidad». Nuestra tarea específica y cotidiana es autogestionar nuestra alimentación y entendemos que al intentar cubrir esta necesidad básica creando un espacio comunitario basado en unos valores y relaciones sociales nuevas estamos luchando contra la lógica capitalista en nuestras mentes, en nuestras vidas y en las de aquellos que entran en contacto con nosotros. La necesidad del capitalismo de invadir todas las esferas de la vida, personal y social, constituye la primera violencia y genera multitud de conflictos en los que nuestra organización, que vive en este mundo y no en un *guetto* aislado de autoprotección, se ve inmersa quiera o no. La realidad capitalista es tan inobviable que además de compartir nuestra cotidianidad con organizaciones afines en cualquier dimensión necesitamos unirnos para plantar cara globalmente a las agresiones capitalistas desde todas las frentes de lucha.

Para el desarrollo de las actividades sociopolíticas suelen crearse comisiones *ad hoc* o bien cuando no da tiempo simplemente se activa la Rueda de Emergencia.

CUADRO 13:

Ejemplos de actividades sociopolíticas realizadas por el BAH!:

- Okupación y sucesivas reocupaciones de la finca de Torrejón.

- Okupación del solar de «La Muy Disputada Cornisa» en el Barrio de la Latina —junto con la asociación de vecinas y otros colectivos del barrio.

- Organización de Cursos de Agroecología todos los años.

- Participación en encierros de inmigrantes contra la Ley de Extranjería —Ciudad Universitaria y Vallecas, 2001.

- Acciones contra el proyecto de Central térmica en Morata de Tajuña junto con las AA.VV. y ecologistas de la comarca.

- Acciones contra la privatización de varias fincas públicas —*Dehesa de Sotomayor* y *Puentelargo*, expropiadas en su día a RUMASA— en Aranjuez, de gran interés ambiental y agroecológico junto a colectivos y organizaciones sociales ribereñas.

- Acción contra las empresas de transgénicos en su último Congreso en la U. Auónoma de Madrid —conjunta con Ecologistas en Acción y organizaciones de estudiantes.

- Acciones de solidaridad contra el desalojo del Centro Social Ocupado El Laboratorio III —dentro de las Campañas organizadas desde el CSOA.

- Acciones diversas contra el Plan Urbanístico de Perales de Tajuña que pretende urbanizar gran parte de las fincas que actualmente cultivamos.

En cuanto a las *actividades de financiación* colectiva se realizan por tres razones fundamentales:

- Tener independencia financiera de los medios típicos del capitalismo: los préstamos bancarios y las subvenciones estatales —y su correspondiente condicionalidad.
- Ser todos, productores y consumidores, corresponsables por igual de cubrir las necesidades de financiación de la cooperativa que implica la propiedad colectiva de los medios de producción.
- Permitir, sobre todo en la etapa inicial, que no se carguen los gastos de inversión inicial en la cantidad a aportar por las bolsas de verduras que siempre supone un criterio de selección de aquellas personas que pueden permitírselas por su alto poder adquisitivo. No queremos caer en la vocación elitista de la agricultura ecológica-industrial de mercado.

Estas actividades han consistido sobre todo en fiestas en Centros Sociales, confección y venta de camisetas del BAH!, calendarios, bonos de apoyo...

Algunos grupos también han tomado iniciativas por sus propios medios para ayudar a la financiación de la Cooperativa. Por ejemplo el G.T. ha realizado acciones colectivas para cubrir necesidades de la Cooperativa, de su grupo o de sus miembros en épocas de «vacas flacas». Por ejemplo, se ha trabajado sin cobrar, se han compartido las asignaciones con los miembros nuevos o se han realizado trabajos agrícolas en otras fincas o se ha colectivizado la elaboración de otros productos alimentarios ecológicos —pan, yogur, etc. Otros GG.CC. han organizado cenas o fiestas con los mismos fines.

5.6. Relación con los movimientos sociales

Como ya se expuso en el capítulo sobre Agroecología el rasgo más distintivo de nuestro proyecto es la vinculación del proceso productivo —y económico en general— a la organización social así como su interdependencia y coevolución, que conlleva el reconocimiento del conocimiento campesino y de las comunidades locales. (García Trujillo, 2000) Desde nuestra experiencia más enclavada en el ámbito periurbano —zona caliente y difusa del continuo rural-urbano— la praxis agroecológica que tratamos de desarrollar se entiende desde la perspectiva de un desarrollo local endógeno. Este desarrollo se sostiene sobre la base de una economía «campesina» integrada en su ecosistema, llevada a cabo en el seno de comunidades organizadas en un movimiento social coordinado con los demás movimientos sociales (MM.SS.) rurales y urbanos. Es decir, que no nos movemos en un contexto exclusivamente rural sino que entramos de lleno en el seno del conflicto rural/urbano. Pero recordemos que para nuestro proyecto la acepción «campesina» no es sinónimo de agrario o rural sino que expresa un modelo cultural, social y económico basado en los valores que han desarrollado algunas culturas campesinas —vida comunitaria, desarrollo a escala humana, integración ecológica, economía en función de necesidades, etc.— pero que también han vivido algunas experiencias de comunidades urbanas. Por tanto, esto no quiere decir que sólo sean desarrollables en el campo, al contrario pensamos que nos pueden servir para «ruralizar la ciudad», en el sentido, antes señalado, de recuperar estos valores sin pretender resucitar los antivalores —que también

los han tenido— de las culturas campesinas o renegar de aquellos valores que algunas culturas urbanas hayan podido generar.

El proyecto del BAH! nace de los MM.SS. Las personas y grupos que lo iniciaron son militantes de diferentes organizaciones y colectivos que actúan en áreas diversas y que habitan una tupida red de relaciones afectivas y políticas[10] que cuajan en esta iniciativa. En el seno de varios MM.SS. surge la preocupación por la alimentación y sus implicaciones tanto a nivel social como a nivel cotidiano y entre todos se aporta el esfuerzo y la experiencia organizativa y relacional para dotarse de una estructura social y económica que construya una alternativa para cubrir esa necesidad.

Es muy difícil excluir a ningún movimiento social de haber aportado algo al proyecto, aunque sea muy indirectamente. Sobre todo, cuando estos movimientos tienen muchos orígenes, valores e incluso áreas de acción comunes ycuando tanta gente y organizaciones diversas han confluido en su puesta en marcha. Hay que advertir que esta confluencia no es el resultado mecánico de un conjunto de «decisiones orgánicas» de diferentes organizaciones sino que los procesos se dan muchas veces de una manera indirecta y sutil y son el producto de mucho tiempo y de muchos intentos previos. A veces se basan en personas en común y otras en anteriores actividades compartidas. En algunos casos estas relaciones finalmente se hacen explícitas y se formalizan y en otras nunca se institucionalizan. En el caso del BAH! se comienza convocando a personas interesadas en la agricultura y el consumo ecológicos, la okupación rural o la ecología social. Esa gente pertenece o conoce a distintas asociaciones y colectivos y transmite las ideas y proyectos que se van debatiendo inicialmente en el embrión del BAH!. Pero es que además, las ideas que aporta la gente en esas primeras Asambleas o al colectivo BAH! las había aprendido y trabajado en sus organizaciones de origen —que son parte de los MM.SS.— por lo que es difícil establecer «si fue antes el huevo o la gallina». De esta manera, se puede reconocer una fuerte comunicación, ya desde su misma constitución, entre el proyecto y los MM.SS. Se trata de una relación no formal, múltiple que conlleva múltiples interrelaciones.

Después, esta relación se desarrolló también en una tarea más consciente y formalizada de difusión del proyecto y búsqueda de apoyos explícitos de un amplio abanico de organizaciones sociales que trabajaban en muchos sectores de actividad. De ellos recibimos apoyos de muchas formas, en muchos grados diferentes y por muy diversos canales.

Simplemente analizando la trayectoria de las personas que impulsaron en principio la iniciativa se podría comprobar, en su currículo vital, que se han formado o participado en varias áreas de la acción social. El mayor apoyo recibido —que no el único— ha venido de parte de colectivos y personas en el entorno de los movimientos de okupación, de consumo responsable, ecologista y estudiantil. Hemos intentado resaltar que aspectos creemos que han sido los más distintivos en sus aportaciones, pero hay que dejar claro que

---

10 Con la palabra «política» conviene aclarar que no nos referimos a la pugna partidista al uso, que normalmente se desarrolla en las democracias parlamentarias occidentales y siempre protagonizada por políticos profesionales. Nos referimos una vez más a la gestión colectiva de lo común, de la cosa pública, de la cotidianidad que trata de la autoorganización de la cobertura de nuestras necesidades sobre la base de una ética colectiva.

realmente cada aspecto siempre ha sido aportado en mayor o menor medida por varios colectivos y no son por tanto patrimonio particular de nadie. Asimismo, cuando hablamos de que un movimiento social dado nos ha aportado tal o cual cosa no queremos decir que nos haya apoyado tal movimiento social en pleno como si nuestro proyecto fuera el ombligo del mundo, tan sólo queremos expresar que algún grupo o persona relacionada con ese movimiento nos ha transmitido lo que allí ha aprendido y que somos conscientes de que no lo hemos inventado nosotros, sino que es herencia de muchos años de trabajo.

Gentes y grupos relacionados con el movimiento de okupación —y con el movimiento autónomo en los barrios— proporcionaron muchos apoyos al inicio del proyecto: nos reunimos en Centros Sociales Okupados —El Labo II, Seco, La Biblio, La Nevera ...—, participamos activamente en la preparación y la acción de la okupación de tierras, se sembraron semilleros en las terrazas de los centros sociales para obtener la planta que luego se trasplantará en las tierras okupadas, etc. En definitiva, los C.S.O. nos aportaron su experiencia en la política de lo cotidiano y su interés por las ideas autónomas y la organización asamblearia.

Diversos GG.CC. ecológico ya existentes aportaron su experiencia organizativa de años en la autogestión de los alimentos, en la relación directa productores-consumidores en circuito corto —dentro de su preocupación general por la Agroecología— y en el funcionamiento coordinado de sus grupos —Red de Grupos Autogestionarios de Konsumo.

La parte del movimiento ecologista que nos apoyó estaba y está muy relacionada con asociaciones de estudiantes de carreras profesionales afines —Biológicas, Ciencias Ambientales, Agrícolas, Agrónomos, Forestales, Montes..., etc. Nos aportaron sus preocupaciones y debates más teóricos sobre la Agroecología y la Ecología Social.

También es de destacar el hecho de que bastantes grupos se han formado en cooperativas de viviendas —Aravaca, Sanse, Arganzuela, Rivas, La Lavandería. Para nosotros esto refuerza la idea de que la satisfacción colectiva de una necesidad básica cotidiana está unida a las demás y podría avanzarse hacia organizaciones y proyectos más integrales.

Otras organizaciones con presencia importante en la vida del BAH han sido las Asociaciones Culturales de barrio —Trasgo, Cosas de la Luna, La Lavandería y Gato Negro— que suelen atraer a gente joven con inquietudes relativamente diversas entre las que se halla la del consumo responsable;[11] también individualidades de varios sindicatos pertenecientes a la CNT-AIT han impulsado GG.CC. en la medida en que existían afinidades claras en varios objetivos y formas organizativas —Federación Local de Madrid, Alcalá y Villaverde. También debemos mencionar a varias escuelas populares de personas adultas y ateneos de barrio —como la Escuela P. de Prosperidad, o la del Pilar que participó en un proyecto similar al nuestro.

11 Estas asociaciones realizan diferentes actividades como la autogestión de su financiación y de su local, diversos talleres, actuaciones artísticas, charlas, etc. Aunque no tengan un proyecto tan elaborado y político como los Centros Sociales, eventualmente sí cumplen algunas funciones de éstos como lugar de encuentro y de información para otras iniciativas. De hecho, varias han servido o sirven de espacio para grupos de consumo del BAH!.

También hay otras organizaciones y personas muy heterogéneas que nos han aportado mucho aunque no se hayan implicado en la constitución de los grupos de la Cooperativa (véase las notas de este capítulo).

Por tanto nos parece claro que el BAH! debe su ser a los MM.SS. y que ellos son su espacio «natural» como natural sería que participase en su seno en los procesos de luchas globales por más que la propia actividad cotidiana deje poco tiempo para la coordinación y la participación en redes y en macro-campañas.

El desarrollo de nuestras relaciones más explícitas y formales con otras organizaciones y movimientos sociales podríamos situarlas simultáneamente a lo largo de cuatro ejes: territorial, sectorial, de afinidad ideológica y de pertenencia.

CUADRO 14:

EJE RELACIONAL	CRITERIOS	ORGANIZACIONES: *algunos ejemplos*
Pertenencia	Se han constituido GG.CC. en su seno o han colaborado a ello de alguna manera	(Véase cuadro 2 y párrafos anteriores)
Territorial	La relación se basa en compartir el territorio de acción —el espacio periurbano— en diferentes posiciones del continuo rural-urbano (Madrid y pueblos).	AA.VV. La Corrala (Bº La Latina, Madrid), Los Pinos (Bº Adelfas, Madrid), de Morata de Tajuña; Centros Sociales Ocupados Seco y El Laboratorio II y III ...
Sectorial	Trabajan en las diferentes áreas de la Agroecológía: producción, distribución, consumo, investigación, difusión ...	Red de G.A.K.S (Madrid) , Coop. La Kosturika (Barna), Xarxa Agroecológica de Cata-lunya, Coop. Los Apisquillos (C.A.M.), Coop. Surco A Surco (Valle del Tiétar, Avila), Ecologistas en Acción , Asoc. de estudiantes...
Afinidad ideológica	Sus discursos o formas organizativas demuestran en la práctica gran afinidad recíproca de manera que compartimos espacios —asamblearismo, política de la cotidianidad, economía desde las necesidades y los MM.SS., etc...	Coop. Vivienda COVIJO, Escuelas Populares de Prosperidad y el Pilar, C.N.T., S.O.C., algunos pueblos okupados de Navarra, Centros Sociales Okupados y Colectivos Autónomos de Bº y de pueblos del alfoz de Madrid

Las relaciones son pues relativamente múltiples y diversas. Sin embargo la inserción en los MM.SS., a pesar de que es para nuestro proyecto una de las cuestiones claves en nuestra forma de entender la Agroecología, sigue siendo una de las asignaturas pendientes más relevantes. Aun no hemos conseguido articular nuestra participación en redes, coordinadoras o simplemente campañas que engloban a los MM.SS. e incluso hemos tardado años en asegurar unos mínimos de participación estable en las tareas de gestión del Centro Social en el que distribuimos la verdura y nos reunimos. Los actores que han influido en esta relativa ausencia en los foros y tareas comunes a todos los MM.SS. pueden haber sido a nuestro juicio:

- Que se ha apostado, en los años iniciales, por una política de crear y consolidar una organización interna dinámica y participativa, una tarea muy compleja, que consume gran cantidad de tiempo y de energías, siempre limitadas, por otra parte, en una cooperativa compuesta por muchas asociaciones y colectivos diversos.

- La ausencia, hasta ahora, de una identidad colectiva como BAH!, suficientemente fuerte entre los GG.CC. como para sentir la necesidad de acudir con un discurso y una voz común a los foros globales. Asimismo esto está relacionado con el hecho de que muchos grupos se han creado en organizaciones con una larga trayectoria propia que siempre han participado en estos eventos políticos, locales o globales, y que prefieren seguir haciéndolo a través de estas organizaciones, sin caer en una duplicidad de esfuerzos al acudir en representación también de la Cooperativa.

- La renuncia del G.T. a realizar esta labor para no incurrir en el error de actuar subsidiariamente cuando el resto de la cooperativa no asuma una tarea. El G.T entiende que en una cooperativa asamblearia un solo grupo no puede asumir sistemáticamente labores de representación política y prefiere esperar acompasadamente al ritmo común,

- Por último, nuestro esquema de funcionamiento básico —de abajo a arriba— nos obliga a que cualquier tema o postura deba debatirse primero en cada grupo antes de tomar una decisión a nivel del Cooperativa. Este proceso democrático conlleva un tiempo que, normalmente, el ritmo frenético de las Campañas Globales no permite.

En lo referente a la acción local podemos distinguir al menos tres espacios de acción.

A nivel de cada grupo funciona el principio básico de autonomía. No obstante hay momentos en que se solicita la solidaridad de los demás grupos o de la Cooperativa en su conjunto.

CUADRO 15:

En el ámbito de cada grupo	En cada organización, barrio o pueblo donde está uno de nuestros grupos
En el ámbito de la Cooperativa en Madrid	Desde el Centro Social Seco, a todo el ámbito de los Nuevos Movimientos Sociales madrileños
En el ámbito de la Cooperativa en la comarca de las Vegas	En Perales de Tajuña y su comarca

A nivel de Cooperativa tenemos un compromiso con los demás colectivos para gestionar el C.S.O.A. Seco.[12] Este Centro social lleva 12 años ocupado. Cuando

12 Se trata de colectivos con un campo de acción muy diverso: asociación de vecinos, telemática antagonista, cooperativismo de vivienda, antifascismo, acción político-social de barrio, jóvenes del barrio, acción contra la deuda externa de los países empobrecidos y nuestra Cooperativa. Incluso es un espacio utilizado por la Red local de Retiro que agrupa a asociaciones y colectivos sociales aun más diversos que actúan en ese distrito de la ciudad.

llegó nuestra Cooperativa estaba en una etapa de muy baja actividad por lo que prácticamente no nos supuso ningún compromiso de coordinación. Sin embargo, conforme el Centro ha ido ganando en actividad impulsado desde la asociación de vecinas hemos tenido que ir planteándonos nuestra participación de manera muchas veces bastante crítica. No ha sido hasta recientemente que la Cooperativa ha cobrado conciencia de ello y ha establecido turnos rotativos entre los grupos para asumir las labores de mantenimiento y de asistencia a las Asambleas del Centro Social. Se está elaborando un proyecto con los demás colectivos de Centro Social que incluye una estrategia de defensa contra la amenaza de desalojo y la búsqueda de alternativas como la reivindicación ante la Administración Local del realojo en un nuevo Centro Social en el barrio cuando concluya el proceso de remodelación —a través del P.E.R.I. Como BAH! lo entendemos dentro de nuestras luchas contra el avance de la lógica desarrollista y su proyecto de Ciudad Global capitalista.

También a nivel de la Cooperativa se intenta desarrollar una intervención en los pueblos donde hemos estado produciendo. En este punto ha existido una evolución relacionada con la relación productores-consumidores y la conciencia de cooperativa unitaria. En principio se consideraba que estos pueblos eran el ámbito territorial propio del G.T., pero sobre todo a raíz de que se fue regularizando la asistencia a los Domingos Verdes se fue extendiendo por todos los grupos de la Cooperativa el sentimiento de que las tierras eran algo propio.

En cuanto a la intervención en la comarca donde producimos se debe señalar que, a las dificultades estructurales propias de la Cooperativa, se añaden la escasez de organizaciones sociales locales, menos aún si consideramos nuestra órbita ideológica. Hemos participado en campañas muy concretas —contra el proyecto de Central Térmica en Morata de Tajuña o contra la privatización de fincas públicas en Aranjuez— pero dado que llevamos poco tiempo en la comarca —en la del Tajuña unos tres años— y no hemos vivido siempre en ella hemos tenido problemas de integración en el territorio.

La relación con las organizaciones sindicales agrarias presentes en Madrid ha sido muy leve o inexistente. AGIM-COAG, siguiendo la línea de su coordinadora estatal, sólo admite a afiliados por cuenta propia a la seguridad social —nuestra cooperativa es alegal. Además aunque existen importantes afinidades a muchos niveles con otras organizaciones «regionales» de la COAG —de la Rioja, o de Euskadi-Navarra—, no precisamente con la de la Comunidad de Madrid que proviene de una escisión de la patronal del campo ASAJA-CEOE. [13]

En cuanto a nuestras relaciones con las organizaciones con las que compartimos el ámbito de intervención hay que resaltar dos: la iniciativa Enraizando Las Luchas (E.L.L.) y la Xarxa Agroecológica Catalana. E.L.L. fue un intento de establecer una relación estable en relación a los debates que sostienen

---

13 La Asociación Agraria Jóvenes Agricultores ASAJA-CEOE defiende un modelo de explotación agraria profesionalizada al estilo clásico de la empresa capitalista sobre la base de un aumento constante de su dimensión económica (menos explotaciones, más grandes); mientras que la Coordinadora de Organizaciones de Agricultores y Ganaderos COAG defiende un medio rural vivo de base económica agraria con numerosas explotaciones familiares agrarias y cooperativas con una renta digna que permita fijar población y con la que se pueda vivir del campo.

estas experiencias y al apoyo mutuo entre iniciativas de corte agroecológico que realizan una producción ecológica y social y que trabajan por el mantenimiento y reconstrucción de circuitos cortos de intercambio y otras fórmulas alternativas y directas de relación entre productores y consumidores. Miembros del G.T. de la Cooperativa participaron en la organización de esta iniciativa que cuajó en el encuentro de E.L.L. en diciembre 2001 en la sierra de Madrid y que agrupó a 14 cooperativas de producción ecológica y venta directa de toda la península. También se produjo algún trueque temporal de trabajadores y algún encuentro más a nivel regional. De alguna manera, estos encuentros han posibilitado un mayor conocimiento y contacto entre las cooperativas, a pesar de que finalmente no se haya constituido como espacio estable. La naturaleza unitaria de la cooperativa ha hecho difícil que se establezcan relaciones con otras iniciativas similares, ya sea con otras cooperativas de consumo de productos ecológicos o con los núcleos de producción de las mismas. En la medida en que nuestra estructura cubre el conjunto de la circulación del producto, la problemática es diferente a la de otras iniciativas parciales, y hasta el momento no se ve claro la fórmula de participación en estructuras de coordinación. La participación del G.T. en E.L.L. —una coordinación de cooperativas sólo de producción— supuso un conflicto importante respecto a las diferencias en los intereses de producción y consumo, así como en el papel de la Cooperativa como agente político hacia el exterior.

En Cataluña asistimos en la actualidad a un proceso muy interesante, una iniciativa que intenta relacionar de manera estable cooperativas de producción ecológica, organizaciones ecologistas y de comercio justo, cooperativas de consumidores, organizaciones sindicales agrarias, agricultores ecológicos y otras organizaciones sociales del medio rural y urbano: la Xarxa Agroecológica. Esta «Xarxa» o Red abre el debate entre estos agentes sociales, muchos de ellos tradicionalmente enfrentados, para diseñar modelos convergentes de desarrollo que no reproduzcan los efectos negativos del mercado agroalimentario. Hemos acudido una representación de productores y consumidores de la Cooperativa invitados por los organizadores e intentaremos aprender y trasladar este impulso sinérgico teniendo en cuenta que el tejido social de base agraria y rural está mucho más degradado en la Comunidad de Madrid que en Cataluña.

5.7. Perspectivas

La extensión elegida para este libro impediría realizar una exposición sistemática de alternativas a los problemas detectados. Es más, tampoco era el propósito de este trabajo realizar una auditoría exhaustiva de la Cooperativa con fines terapéuticos. Es cierto que en muchas partes podrán encontrarse sugerencias más o menos explícitas sobre ideas o prácticas susceptibles de debatirse en relación el futuro del proyecto. Sin embargo, nuestra intención respecto a este asunto es simplemente suscitar debates. Entendemos que la Cooperativa posee ya los elementos suficientes de evaluación y planificación —al margen de que funcionen mejor o peor— tanto por los que se refiere a sus estructuras «ordinarias» —Asambleas extraordinarias y Plenarios y sus Comisiones de Trabajo— como «extraordinarias» —Proceso de Investigación-

Acción-Participativa, proceso de elaboración del escenario para los tres próximos años del grupo de trabajadores, etc.

Por todo lo expresado anteriormente hemos decidido limitarnos a exponer las líneas de trabajo más importantes en cuanto a las perspectivas de futuro que se están debatiendo y trabajando en la propia Cooperativa.

5.7.1. Legalización y relaciones con la administración.

Uno de los principios de la Cooperativa es la autonomía de cada grupo, que incluye también por supuesto autonomía ideológica. Han existido y existen diferentes ideas sobre muchas cuestiones y en concreto sobre la cuestión de la legalidad y de las relaciones con las Administraciones públicas y el Estado en general.

Asimismo, otro de los principios practicados por la Cooperativa es el de la autogestión, que nos lleva a intentar no delegar la cobertura de nuestras necesidades como comunidad, si podemos cubrirlas nosotros mismos. Esto implica un deseo de independencia respecto a las instituciones de gobierno como pueda ser el Estado.

Es importante, planteados estos dos principios en el debate presente, tratar de contextualizar cómo han surgido estas discusiones en la Cooperativa. Esta discusión surge a raíz de un problema concreto: cuando nos planteamos la falta de cobertura de las personas que trabajan cotidianamente en la producción de hortalizas, ya que carecen de respaldo ante un eventual accidente de trabajo, sobre todo en casos graves que pudieran incapacitarles durante períodos largos o de manera definitiva. En estos casos sería muy difícil desde el punto de vista económico asegurar una cobertura autogestionada por la propia Cooperativa, de este modo se ha planteado la posibilidad de buscarla fuera.

Las opciones en este caso serían:

a) Realizar un acuerdo con alguna organización social que trabajase la autogestión de la salud o una Cooperativa de seguros sanitarios

b) Acudir al sistema público de la Seguridad Social

c) Contratar un seguro privado de accidentes

Con respecto a estas cuestiones dentro de la Cooperativa habría al menos tres grandes líneas de opinión:

a) La de aquellos que apuestan por desarrollar un sistema de Seguridad Social Alternativa autogestionada

b) La de aquellos que apuestan por apoyarnos en el sistema de S.S público —que implicaría algún tipo de legalización de nuestra organización.

c) La de los que rechazan la legalización dela Cooperativa y apuestan por una burocracia mínima. Creen que si no es posible una S.S. propia autogestionada prefieren un seguro de accidentes privado que cubra

los mínimos que se consideren colectivamente, como el seguro de accidentes graves.

En torno a estas tres «grandes posturas» existe un gran número de posiciones intermedias incluidas las que no consideran incompatibles entre sí las diferentes opciones.

El hecho es que llevamos tiempo en la Cooperativa realizando, mediante el recurso al trueque, acuerdos relacionados con la salud del equipo de trabajadores, como el recurso a masajistas —terapéutico y shiatsu— y a una naturópata que realiza sesiones colectivas y personalizadas. Asimismo se ha creado en el G.T. una responsabilidad rotativa que impulsa la autogestión de la salud de los trabajadores en materia de prevención de riesgos laborales y de salud preventiva en general.

En todo caso es importante señalar que disponer de cualquier tipo de cobertura ante un posible accidente no debe distraernos del objetivo fundamental :

a) Enunciado en positivo: la salud y el bienestar de los trabajadores.

b) Enunciado en negativo: evitar cualquier tipo de accidente o enfermedad laboral.

Los modelos de S.S. convencionales son esencialmente pasivos, esto es, sólo actúan en caso de que ocurra un suceso desgraciado y, en el caso de los seguros de accidentes, sólo compensan económicamente. Sin embargo, lo que realmente queremos los trabajadores es no tener accidentes y, si es posible, vivir sanos. Entendemos que esto requiere de una acción constante, y una acción protagonista por parte de los propios trabajadores es decir, una autogestión de la salud laboral y general.

CUADRO 16:

Aunque aún necesitamos de más estudio y conocimiento, creemos que esta autogestión de la salud requiere de acciones en los siguientes campos:

i) Concienciación por parte de los trabajadores como personas y como colectivo, para que se valore la propia salud

ii) Formación adecuada para un desarrollo seguro e higiénico de las tareas agrícolas que incluya desde posturas corporales, hábitos alimenticios, uso de productos nocivos o manejo de maquinaria, etc

iii) Inversiones en medios de producción seguros: productos y maquinaria en buen estado —no demasiado desgastada— y tiempo de trabajo dedicado a garantizar un buen mantenimiento.

iv) Inversión en protecciones y medios específicos de seguridad

v) Organización del trabajo que permita horarios y ritmos que permitan trabajar con seguridad.

El problema a la hora de la toma de decisiones no está en la propia cuestión de la seguridad de las trabajadoras en sí —existe en la Cooperativa

un consenso total respecto a la necesidad de mejora de las condiciones de generales de trabajo—, sino en que algunas respuestas que se proponen nos remiten a debates más de fondo:

- La necesidad o no de legalizarnos como entidad jurídica para poder tener interlocución con las Administraciones Públicas y tener opción, tanto a evitar determinadas multas y sanciones —relacionadas con presuntas actividades económicas alegales—, como al acceso a ayudas y subvenciones oficiales
- La propia concepción ideológica sobre el Estado en sí, más allá, de las relaciones instrumentales que pudieran decidirse, acerca de si o bien reforzar el valor de lo «público» debe ser una opción política de la Cooperativa frente a la ofensiva privatizadora neoliberal; o bien partimos de una opción prioritaria por la autogestión que ve en las iniciativas sociales de base lo realmente «público» mientras que se concibe el Estado como una institución al servicio de los intereses comunes de los grandes capitales, tanto en su versión mínima liberal como en su versión extendida socialdemócrata —capitalismo de rostro humano, pacto capital-trabajo, Estado de Bienestar...

Los debates, desde luego, siguen abiertos.

5.7.2. Crecimiento *versus* desarrollo

Es un sentimiento lógico desear, cuando se descubre algo bueno, compartir con más gente aquellos que se tiene. Sin embargo, no es menos cierto que en nuestra sociedad, quizás incluso en nuestra cultura, existe una obsesión por el crecimiento. Esta obsesión se vuelve central en la economía. Aquí el lema «crecer o morir» parece más que una consigna un *leit motiv*. En una economía de competencia la escala se convierte en una estrategia imprescindible para la supervivencia, más aun en la medida que los mercados parecen abrirse y la dimensión de las empresas ha de adecuarse al nuevo tamaño de estos mercados enormes y homogéneos.

Sin embargo, como hemos visto en anteriores capítulos, esta carrera por el crecimiento ilimitado no está exenta de problemas y genera dinámicas económicas y sociales insostenibles. Es por esto que hemos apostado por hablar de desarrollo, más que de crecimiento y de «desarrollo a escala humana» (Max Neef, 1998) para desmarcarnos del concepto de desarrollo difundido y aplicado desde las ideologías desarrollistas[14] aunque somos

---

14 El desarrollismo no es exclusivo de las ideologías capitalistas sino que la doctrina económica ortodoxa soviética estaba totalmente imbuida de él. En la definición oficial de *Kolkhoz* se ve claramente: «una asociación de trabajadores agrícolas que anteriormente cultivaban medianas y pequeñas explotaciones y que, agrupando sus fuerzas e instrumentos de trabajos, crearán grandes unidades de producción colectiva cuya finalidad consiste en obtener elevados rendimientos y fuertes excedentes de productos, excedentes estos destinados a alimentar a las poblaciones urbanas y permitir así la industrialización del país». (cita extraída de DE BARROS, H., 1.970)

conscientes de que el concepto de «desarrollo» tampoco está exento, ni mucho menos, de problemas.

En este sentido el desarrollo de nuestro proyecto tendría un aspecto cualitativo que se realiza en la medida que evoluciona con el fin de hacer más reales, en su práctica cotidiana, los principios consensuados que le inspiran —la agroecología y la autogestión—; y tendría también un aspecto cuantitativo que se refiere a la dimensión del proyecto y de la organización que lo desarrolla y del cual nos ocuparemos de especial modo, dado que es el aspecto que más se está debatiendo a nivel práctico en la Cooperativa, sin dejar de tener en cuenta que ambos aspectos —cuantitativo y cualitativo— están íntimamente ligados.

Lo que parecía claro desde el principio es que en la Cooperativa no se quería «crecer linealmente» hasta conformar una organización de gran tamaño. Creemos que una organización de burocracia mínima que quiere construirse como comunidad en base a unas relaciones sociales de producción alternativas al capitalismo necesita dinámicas de participación que no permiten sobrepasar un tamaño sin dejar de ser lo que se es. Dadas las estructuras de las que nos hemos sabido dotar, por encima de una dimensión dada, no serían posibles unas relaciones cara a cara, que impliquen confianza y que garanticen una participación suficiente —por ejemplo, sin un excesivo número de reuniones siempre extenuante. Por otra parte la eliminación o transformación de estas dinámicas de participación obligaría a un cambio estructural que de momento no se plantea la Cooperativa —no se ha abierto el debate sobre los conceptos de delegación, representación, consenso, etc.

Por estas razones hemos optado por multiplicarnos en vez de crecer y para nosotros el tamaño no es un número que se calcula *a priori* sino que es una consecuencia de mantener unos principios y estructuras de funcionamiento cnsensuadas. Lo importante no sería pues mantener un tamaño a ultranza sino mantener unos equilibrios internos que nos permitan perseguir y cumplir unos objetivos y no otros. Mientras se respete esto la Cooperativa podría variar su dimensión hasta que la práctica y la experiencia marquen el momento de parar y el de comenzar a multiplicar ese modelo equilibrado —que nunca sería una mera fotocopia sino otro proyecto básicamente autónomo— para que más gentes y grupos pudieran incorporarse a este proyecto político coordinadamente.

Aunque aun no está cerrado totalmente el debate sobre «el crecimiento» —realmente sobre el tamaño y la multiplicación— la Cooperativa ya está dando los primeros pasos en este sentido. Las abundantes solicitudes de ingreso, tanto para producir como para consumir, y la posibilidad de acceso estable a una finca nos decidieron a convocar, poco a poco, a la gente interesada para que ésta forme un grupo promotor autónomo al que la Cooperativa va a ceder medios humanos —trabajadores y GG.CC. con experiencia— y materiales, desde un compromiso mutuo de identidad del proyecto político. El modelo de funcionamiento de este grupo —que está aún en plena construcción— se basa, muy a grandes rasgos, en reuniones autónomas periódicas para organizar la producción, la distribución y el consumo con personas interesadas en crear nuevos GG.CC.; y en propuestas emanadas en las anteriores reuniones que presenta a la Asamblea del BAH!.

Se está promoviendo pues otro núcleo de P-D-C con base productiva en los terrenos comunales que cultivamos en verano 2000 en S. Martín de la Vega y

GG.CC. de la Comunidad de Madrid cercanos o en Madrid-ciudad. La nueva cooperativa tendrá una estructura y funcionamiento similares a la original —con menor dimensión en principio— aunque queda pendiente decidir cuáles serán las dinámicas u organismos de coordinación formales entre ambas cooperativas autónomas.

Por otra parte, están surgiendo otras iniciativas similares con las cuales se está elaborando e incluso desarrollando actividades productivas y organizativas comunes, en zonas próximas de Toledo y Guadalajara.

5.7.3. Otras perspectivas

Queda pendiente, entre otras muchas cuestiones, cómo se va a establecer una dinámica formal —con el fin de que sea transparente y participativa— de relación con los MM.SS., en la medida en que esta inserción política es la clave de nuestra visión de la agroecología. Para ello puede que sea necesario crear instrumentos de representación de la Cooperativa en Campañas y Redes diversas que en todo caso deben basarse en los principios de participación del BAH!: autonomía de los grupos, autogestión, rotatividad y el esquema «de abajo a arriba» en la elaboración de posiciones comunes a llevar a otras partes, cuestiones todas que exigen primero animar el debate en los grupos y en la Cooperativa en general y ser capaces de tomar decisiones políticas en las Asambleas y Plenarios.

De igual modo, es una preocupación constante la mejora de las condiciones de trabajo de los miembros del G.T., tanto en cantidad percibida como asignación como en materia de cobertura de riesgos de accidentes y enfermedades. Paralelamente nos planteamos también una mejora en las condiciones de consumo que estabilice la cantidad de producto percibido a lo largo del año y que ofrezca una mayor diversidad de alimentos. De este modo, se trata de proporcionar a las personas y a los grupos de consumo una mayor autonomía alimentaria respecto del sistema agroalimentario convencional y por tanto una mayor calidad de vida.

También será preciso profundizar en la dialéctica campo-ciudad y en la articulación de una praxis que realmente actúe en ambos espacios interrelacionándolos desde valores comunitarios y ecológicos. En ocasiones nuestra organización aun se mueve de una manera muy esquizofrénica en ambos dos ámbitos duplicando los discursos y las acciones. Tenemos que unir esos «mundos» porque sabemos que realmente hay un solo mundo.

Bibliografía

ALIANZA COOPERATIVISTA INTERNACIONAL, *Declaración de la Alianza Cooperativista Internacional sobre la identidad cooperativa*, A.C.I. Manchester, 1995.

ALTIERI, M.A, A*groecología. Bases científicas para una agricultura sustentable»*, CLADES, La Habana, 1997.

ALONSO MILLÁN, Jesús, *Una tierra abierta. Materiales para una historia ecológica de España,* Compañía Literaria, Madrid, 1996.

ÁLVARO, Gregorio, «La Nueva Alquimia: La Transgénesis», *Viento Sur*, nº 45, julio 1999.

AMIN, Samir, «El Capitalismo Senil», *El Viejo Topo*, nº 173.

ANÓNIMO, *Todo el Poder a las Asambleas*, Likiniano Elkartea, Bilbo, 2001.

ARNON, I., *La modernización de la agricultura en los países en vías de desarrollo*, Limusa, Méjico, 1987.

BAD MARIGIL, Julián, *La agrupación solidaria*, Fundación Emmanuel Mounier, Madrid, 2003.

BARKIN, D. *et alli.*, *Alimentos versus forrajes*, Siglo XXI, Méjico, 1991.

BOFF, LEONARDO, *Ecología: grito de la Tierra y de los pobres*, Trotta, Madrid, 1996.

BOLTANSKY, Luc y CHIAPELLO, Eve, *El nuevo espíritu del capitalismo*, Ed Akal (Cuestiones de Antagonismo), Madrid, 2002..

BADAL PIJUÁN, Marc, *Núcleos rehabilitados y experiencias colectivas de autoabastecimiento*, Tesis para la V maestría en Agroecología y Desarrollo Rural Sostenible, Inédito, Baeza, 2001.

BALLESTEROS, Gregorio; GAVIRIA, Mario; BAIGORRI, Artemio y DOMINGO, Elena, *Agricultura Periurbana,* D.G. de Ordenación del Territorio y Medio Ambiente de la C.A. de Madrid, Madrid, 1984.

BERMEJO, Isabel, «Consecuencias Ambientales y Sociales de la Ingeniería Genética», *Encuentro Internacional: «La Agricultura y la Alimentación en la Relaciones Sur-Norte»,* Inédito, Barcelona, marzo, 1999.

BERTRAND, Agnés y KALAFATIDES, Lawrence, *OMC, le Pouvoir Invisible*, Fayard, Paris, 2002.

BONELL GARCIA, Lars, «Polos de tensión en organizaciones de Economía Social dedicadas a la Intervención Socioeducativa», *Documentación del Seminario La Madeja: Creación de redes para la Economía Social*, Sembla S. Coop. y Catep S. Coop, Madrid, 2003.

BOOKCHIN, Murray y BIEHL, Janet, *Las políticas de la Ecología Social: El Municipalismo Libertario,* Virus Editorial-Fundación Salvador Seguí, Barcelona, 1999.

BOOKCHIN, Murray, *Ecología Libertaria,* Madre Tierra, Móstoles, 1994.

_______ *La Ecología de la Libertad*, Madre Tierra, Móstoles, 2000.

BRUNDTLAND, Gro Harlem (Dir.), *Nuestro Futuro Común*, Comisión para el Desarrollo y el Medio Ambiente, Organización de las Naciones Unidas, Alianza Editorial, Madrid, 1987.

CAMPBELL, Bernard, *Ecología humana*, Salvat, Barcelona, 1996.

CARMONA GALLEGO, José, *Patrimonio sin vitrina, desarrollo participativo y educación permanente en el Parque Miraflores*, Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico, Sevilla, 1999.

CARRASCO, Cristina, «La sostenibilidad de la vida humana. ¿Un asunto de mujeres?», *Mientras Tanto*, nº 82., Icaria, Barcelona, 2001.

CEMBRANOS, Fernando y MEDINA, José Angel, *Grupos Inteligentes. Teoría y práctica del trabajo en equipo*, Popular, Madrid, 2003.

CEMBRANOS, Fernando, «Televisión, Interacciones Sociales y Poder», *Intervención Psicosocial, Revista de Igualdad y Calidad de Vida*, Vol. 12, nº 2, 2003.

CENTRO NUEVO MODELO DE DESARROLLO, *Carta a un consumidor del Norte*, A.C.C. Madrid, 1995.

COMISION EUROPEA, *La Unión Europea y el medio ambiente*, Oficina de Publicaciones Oficiales de las Comunidades Europeas, Luxemburgo, 1997.

COMITÉ EUROPEO DE DEFENSA DE LOS REFUGIADOS E INMIGRANTES, *El Ejido. Tierra sin Ley*, Foro Cívico Europeo, Francia, 2000.

CONDE, Fernando y ALONSO, L. Enrique, «Gente conectada: la emergencia de la dimensión fática en el consumo glocal», *Política y Sociedad*, nº 39, Madrid, 2002.

CRUZANDO PUENTES, Asoc., *Argentina: Asamblea, piquete, comunidad,* Autoedición, Almirante Brown, Buenos Aires, 2003.

CURSO DE AGROECOLOGIA Y DESARROLLO RURAL SOSTENIBLE, ETSIAM, Cordoba, 2000.

DE BARROS, Enrique, *Cooperação agrícola,* Horizonte, Lisboa, 1970.

DEBORD, Guy, *La Sociedad del Espectáculo*, La Flor, Madrid, 1979.

DEL VALLE, Julia, *Perales de Tajuña: ¿Futuro rural o urbano?*, inédito, Alcalá de Henares, Madrid, 2003.

DEL RIO, Sira, «Mujeres, Globalización, U.E. Algunas reflexiones», *Molotov*, Madrid, marzo 2002.

DEL RIO PARACOLLS, Nuria, *Rescata tu dinero. Finanzas solidarias y transformación social*, Talasa, Madrid, 2003.

DOUG PARR – GREENPEACE, *Seguridad alimentaria para todos los habitantes del mundo,* GreenPeace-IFOAM, Alemania, 2002. (www.soel.org)

ECOS, Asociación, *Hacia un desarrollo rural sostenible*, Edita la Asociación Cambalache, Torrelavega, 2001.

ELLIOTT, David y Ruth, *El control popular de la tecnología*, Gustavo Gili, Barcelona, 1980.

FERNANDEZ CASADEVANTE, Jose Luis, *C. S. Seco. Historias, saberes y perspectivas generadas por una experiencia local de participación ciudadana*, Inédito, Madrid, 2002.

FERNÁNDEZ DURÁN, Ramón; ETXEZARRETA, Miren; y SAEZ, Manolo, *Globalización capitalista. Luchas y resistencias*, Virus, Barcelona, 2001.

FERNÁNDEZ DURÁN, Ramón, *La Explosión del Desorden. La Metrópoli como Espacio de la Crisis Global,* Fundamentos, Madrid, 1993.

______ «Globalización, Territorio y Población» en Naredo, José Manuel y Parra, Fernando, *Situación Diferencial de los Recursos Naturales Españoles,* Fundación César Manrique (colección Economía *vs* Naturaleza), Lanzarote, 2002.

______ *Capitalismo (Financiero) Global y Guerra Permanente*, Editorial Virus,. Barcelona, 2003.

GARCÍA BELLIDO, Javier y GONZALEZ TAMARIT, Luis, *Para comprender la ciudad. Claves sobre los procesos de producción del espacio*, Nuestra Cultura, Madrid, 1979.

GARCÍA OLMEDO, Francisco, *La tercera revolución verde*, Temas de Debate, Madrid, 1998.

GARCÍA TRUJILLO, R ., *La agroecología: ciencia, enfoque y plataforma para un desarrollo rural sostenible y humano*, ISEC, Córdoba, 2000.

GARCÍA SAINZ, Cristina, «Entre valor y precio. Notas sobre el proceso de valoración económica del trabajo no remunerado», *Ágor@ 2001*, Institut Catalá de la Dona, Barcelona, 2002.

GARRIDO PEÑA, Francisco y GONZALEZ DE MOLINA, Manuel, «La cuestión nacional desde la ecología política, algunos elementos de análisis», *Ecología Política*, nº 13, Icaria-FUHEM, Barcelona, 1997

GORZ, André, «Miserias del presente, riquezas de lo posible. Entrevista realizada por Carlo Vercellone, Patrick Dieuaide y Pierre Péronnet», *Archipiélago*, nº 48, Madrid, Otoño 2001.

GRUPO DE ESTUDIOS FEMINISMO Y CAMBIO SOCIAL (GEFCS), *Trabajos, afectos y vida cotidiana*, Inédito, Madrid, 2001.

GUZMÁN CASADO, Gloria; ALONSO MIELGO, Antonio y SEVILLA GUZMÁN, Eduardo, *Introducción a la Agroecología como Desarrollo Rural Sostenible*, Mundiprensa, Madrid, 2000.

GÓMEZ MENDOZA, Josefina, «La agricultura periurbana. Su estudio. Sus cambios. Sus características», *Agricultura y Sociedad*, MAPA, Madrid, 1987.

GUZMÁN CASADO, Gloria, GONZALEZ DE MOLINA, Manuel y SEVILLA GUZMAN, Eduardo, *Introducción a la Agroecologia como Desarrollo Rural Sostenible*, Mundiprensa, 2000.

HARNECKER, Marta, *Sin Tierra. Construyendo Movimiento Social*, Siglo XXI, Madrid, 2002.

HOLLOWAY, John, *Cambiar el Mundo sin tomar el Poder. El significado de la revolución, hoy*, El Viejo Topo, Barcelona, 2003.

ICHIYO, Muto, «Perspectivas ecológicas sobre desarrollo alternativo: el Plan Arcoiris», *Ecología Política*, nº 16, FUHEM/CIP- Icaria Ed, Barcelona, 1998.

KOORDINADORA DE KOLECTIVOS DEL PARKE, *Dossier: «¿Qué pasa en el*

parque?», Inédito, Parque Alcosa, Alfafar, Valencia.

La Punta, una aldea irreductible, inédito, Valencia, 2001.

LÓPEZ GARCIA, Daniel, «¿Quién le está poniendo puertas al campo?» en MALAYERBA, *Colectividades y Okupación Rural*, Traficantes de Sueños, Madrid, 1999.

______ «Bajo el Asfalto está la Huerta. Ecología Urbana y Anticapitalista», *Dossier presentado en el encuentro estatal de Okupación en Barcelona*, en el C.S.O. L´Hamsa, Abril de 2000.

______ «Okupación de tierras periurbanas: Un asalto sobre los medios de producción», *Ekintza Zuzena*, Bilbo, Verano 2000.

______ «Bajo el Asfalto está la Huerta. Agricultura Asociativa», *Rescoldos. Revista de diálogo social*, nº 6, Madrid, 2002.

LÓPEZ LÓPEZ, Jose Ángel, *Para debatir sobre el BAH*, Inédito, Madrid, 2001.

LORENZI, Elísabeth y LOPEZ, Daniel, «El proyecto político de la peñita. Identidad y movimiento autónomo madrileño», *Molotov*, Madrid, 2002.

MADOZ, Pascual, *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de ultramar*, Madrid, 1845.

MARTÍNEZ, Miguel y LORENZO, Ana Rosa, *Asambleas y reuniones. Metodologías de autoorganización*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2001.

MARTÍNEZ, Miguel, *Okupaciones de viviendas y de Centros Sociales. Autogestión, contracultura y conflictos urbanos*, Virus, Barcelona, 2002

MARTÍNEZ DÍAZ, Graciela, *Dos Faros. Sobre Montevideo y el Big Bang*, Tesis de la I Maestría en Impactos Territoriales y Ambientales de la Globalización en Ámbitos Periféricos y Centrales: América Latina y Europa, Universidad Internacional de Andalucía-La Rábida, 2003.

MARTÍNEZ GARRIDO, Emilia y MATA OLMO, Rafael, «Estructuras y estrategias productivas del regadío metropolitano de Madrid», *Agricultura y Sociedad*, MAPA, Madrid, 1987.

MASJOAN, Eduard, *La Ecología Humana en el Anarquismo Ibérico*, Icaria, Barcelona, 2001.

MATA OLMO, Rafael y RODRIGUEZ CHUMILLAS, Isabel, «Propiedad y explotación agrarias en la comarca de "Las Vegas" de Madrid», *Agricultura y Sociedad*, MAPA, Madrid, 1987.

MAX NEEF, Manfred, *Desarrollo a Escala Humana*, Nordan Comunidad, Santiago de Chile, 1994.

MINETTI, Ana Clara, *Marketing de alimentos ecológicos,* Pirámide, Madrid, 2002.

MORÁN, Emilio F., *La ecología humana en los pueblos de la Amazonía*, F.C.E., Méjico, 1993.

NAREDO, Jose Manuel y VALERO, Antonio (Dirs.), *Desarrollo económico y deterioro ecológico*, Fundación Argentaria, Madrid, 1999.

NAREDO, Jose Manuel y PARRA, Fernando (Eds.), *Situación diferencial de los recursos naturales españoles*, Fundación César Manrique, Lanzarote, 2002.

NAREDO, José Manuel, «Ciudades y Crisis de Civilización», *Documentación Social*, nº 119, 2000.

_______ «Configuración y crisis del mito del trabajo», *Archipiélago*, nº 48, Madrid, otoño 2001.

NAROTZKY, Susana, «El afecto y el trabajo: la nueva economía, entre la reciprocidad y el capital social», *Archipiélago*, nº 48, Barcelona, 2001.

NN.UU., *Plan de Acción Mundial. Habitat 96*, NNUU, Nueva York, 1997.

NICHOLSON, Paul, «Entender lo global desde una explotación de fresas de Bizkaia», *Asoc. ECOS*, 2001.

NOGUÉ I FONT, Joan, «El fenómeno Neorrural», *Agricultura y Sociedad*, nº 47, MAPA, Madrid, 1988.

NEGRI, Antonio y HARDT, Michael, *Imperio*, Piadós, Buenos Aires, 2002.

OVEJERO, Felix, *La libertad inhóspita. Modelos humanos y democracia liberal*», Paidos, Barcelona, 2002.

PÉREZ OROZCO, Amaia y DEL RIO, Sira, *La economía desde el feminismo: Trabajos y cuidados*, Inédito, Madrid, nov. 2002.

PER L´HORTA, Colectivo, *Dossier de prensa: La Punta,* Inédito, Valencia, 2002.

POLANYI, Karl, *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico*, La Piqueta, Madrid, 1989.

RAMBAUD, Placide, «Modelos de cálculo económico y estrategias de identidad en la agricultura», *Agricultura y Sociedad*, nº49, Madrid, 1988.

RAMOS MONREAL, Álvaro, *La evolución de la agricultura a lo largo de la Historia*, Universidad de Palencia, 1992.

RIBAS, Pepe, *De que van las comunas*, La Piqueta, Madrid, 1980.

RODRÍGUEZ, Arantxa, «Trabajar, repartir y compartir: Hacia un reparto igualitario del trabajo», Arxius, Bilbao, 1998.

RODRÍGUEZ VILLASANTE, Tomás, «Movimiento ciudadano e iniciativas populares». *Cuadernos de Noticias Obreras*, HOAC, Madrid, 1991.

______ *Cuatro redes para mejor-vivir*, Lumen-Hvmanitas, Buenos Aires, 1998.

ROWBOTHAM, Michael, *The Grip of Death. A study on modern money, debt slavery and destructive economics*, John Carpenter Publishing, Oxford, 1998.

SÁNCHEZ ALONSO, Manuel, *La participación. Metodología y práctica*, Popular, Madrid, 2000.

SASSEN, Saskia, *La Ciudad Global. Nueva York, Londres, Tokio*, Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires, 1999.

SENNETT, Richard, *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Anagrama (5ª edición), Barcelona, 2001.

SEVILLA GUZMÁN, Eduardo y GONZALEZ DE MOLINA, Manuel (Dirs), *Ecología, Campesinado e Historia*, Ediciones de la Piqueta, Madrid, 1993.

SEVILLA GUZMÁN *et alli*., *Introducción a la agroecología como desarrollo rural sostenible*, Mundi-Prensa, Madrid, 1999.

SEVILLA GUZMÁN, Eduardo, ALONSO MIELGO, Antonio y Equipo ISEC, «Las cooperativas del SOC como movimiento social agroecológico en la dinámica de las asociaciones andaluzas de productores consumidores ecológicos», en *Materiales de la IV Maestría en Agroecología, Universidad Internacional de Andalucía*, Baeza, 2002.

SHIVA, Vandana, «Sostenibilidad y bioagricultura en las pequeñas granjas familiares», *The Ecologist*, nº 13, 2003.

SIMON FERNANDEZ, Xavier, «Economía ecológica, agroecología y desarrollo rural sostenible», *Agricultura y Sociedad*, nº77, Secretaría Gral. Técnica del MAPA, Madrid, 1995.

SOLDEVILLA Y VILLAR, Antonio D., *El movimiento cooperativsta mundial*, Soldevilla, Valladolid, 1973.

TORRES LAÑA, César (Coord.), *Democratizando la Economía. Diez años de experiencias del Grupo La Veloz Cooperativa*, Grupo La Veloz Cooperativa, Zaragoza, 2003.

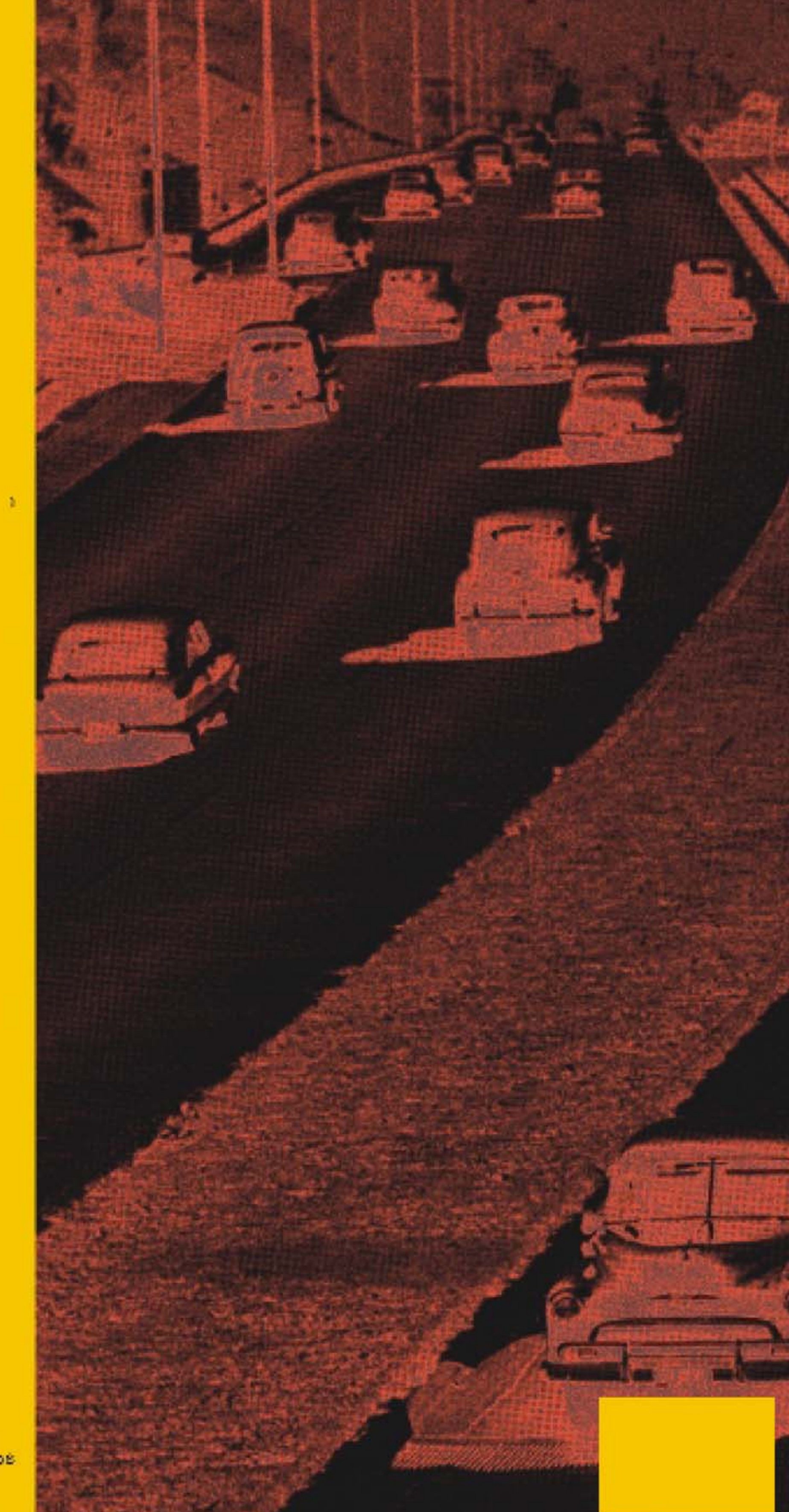
VAN HAUNERMEIREN, Saar, *Manual de Economía Ecológica*, 1998.

VARGAS, Laura; BUSTILLOS, Graciela y MARFAN, Miguel, *Técnicas participativas para la Educación Popular,* Popular (4º Edición), Madrid, 2001.

VIRNO, Paolo, «Diez tesis sobre la multitud y el capitalismo postfordista», *Contrapoder*, nª 7, Madrid, 2003.

VV.AA. «Maldito Parné. La bolsa o la vida», Archipiélago nº 39, Barcelona, 1999.

WEIZSACKER, ERNST VON, *Política de la Tierra*, Sistema, Madrid, 1992.



traficantes de sueños
movimiento